



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

ERNESTO GUEVARA, EL CHE. UN ESTUDIO DE SU LITERATURA

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA:
JOSÉ DOMINGO ARREOLA JIMÉNEZ

TUTORA:
DRA. LILIANA IRENE WEINBERG MARCHEVSKY
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR:

DRA. EDITH DEL ROSARIO NEGRÍN MUÑOZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

DR. JOSÉ RAFAEL MONDRAGÓN VELÁZQUEZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

CIUDAD UNIVERSITARIA, CIUDAD DE MÉXICO, SEPTIEMBRE DE 2017.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Eduardo Galeano

A nuestros 43 compañeros de Ayotzinapa

Índice

Agradecimientos	p. 5
Introducción	p. 7
Capítulo I. El ethos literario	p.25
Literatura y experiencia de vida	p. 26
Lectura y curación	p. 37
Lectura para explicar el mundo	p. 42
Lectura en la guerrilla	p. 47
Literatura y visión de mundo	p. 55
Capitulo II. La militancia lectora	p. 60
Entre el mundo de la lectura y la lectura del mundo	p. 61
El cuaderno filosófico	p. 65
Los apuntes de lectura	p. 76
Los cuadernos económico- filosóficos	p. 84
Los cuadernos de Bolivia	p. 91

Capítulo III. La pretensión literaria_____ p. 99

Narrar la vida y vivir la narración_____ p. 100

El poeta fracasado_____ p. 104

Los diarios _____ p. 109

La guerra de guerrillas y Los pasajes de la guerra_____ p. 119

La piedra_____ p. 133

Cartas para polemizar a la distancia_____ p. 138

Mensaje a la Tricontinental_____ p. 151

Capítulo IV. Ensayar la Revolución _____ p. 160

Entre el intelectual revolucionario y la revolución intelectual_____ p. 161

a) Palabras a los intelectuales y la polémica cultural_____ p. 162

b) El socialismo y el hombre en Cuba: entre la audacia intelectual y el pecado original_____ p. 173

c) Antiintelectualismo, transición y utilidad de la cultura_____ p. 177

Una carta balbuceante_____ p. 186

El hombre nuevo como problema_____ p. 201

El hombre nuevo como personaje literario_____ p. 210

Consideraciones finales_____ p. 225

Bibliografía_____ p. 232

Agradecimientos

Muchos fueron los factores para que esta tesis se haya escrito, por eso quiero agradecer, en primer lugar, a la generación rebelde de 1999. A los estudiantes del CGH que hicieron posible que nuestra UNAM continúe crítica, pública y gratuita.

A mis compañeros, maestros y amigos de una militancia siempre en lucha contra las adversidades.

A mi familia. A los “terribles encantos” que son mis sobrinos. A Juan y Javier y, especialmente, a Doña Ale y Don Panta.

A la Dra. Liliana Weinberg porque con sus consejos, su paciencia y su guía, mucho me ha enseñado sobre la literatura, es decir, sobre la vida.

A la Dra. Edith Negrín por sus comentarios, observaciones y la agudeza de su lectura.

Al Dr. Rafael Mondragón cuyos análisis y recomendaciones de textos resultan siempre estimulantes.

A la Dra. Begoña Pulido por la lectura y los comentarios. Al Dr. Sergio Ugalde, conocedor en serio de los debates culturales en Cuba.

Al Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos. Al CONACYT. Al Colegio Internacional de Graduados “Entre Espacios” por el apoyo y las facilidades para realizar una estancia en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín. Especialmente le agradezco al Dr. Ottmar Ette por su tutoría y acompañamiento, así como a los compañeros de su seminario en la Universidad de Potsdam.

A Farouk Caballero, por la afinidad en los temas de investigación y la importancia otorgada a la literatura en los conflictos sociales.

A Lucía Pi. Porque estas letras son parte de los mundos que ambos nos presentamos. Por el diálogo constante, cariñoso e infinito que nació de la amistad. Por las polémicas, por los acuerdos y los desacuerdos. Por todo y por nada.

A los amigos del fútbol, que siempre me salvan. Al Dynamo, en Berlín. Al Palmeiras, en la Ciudad de México.

Al barrio vallechalquense.

A Iveth Moreno Gaytán, mi compañera de vida. Por el tiempo y lo imposible. Por la paciencia y el amor. Por las tempestades. Por el lenguaje secreto ante el dolor. Por “el paisaje y el pan, la poesía de todos”.

Finalmente a todos aquellos que, aunque no sean nombrados, llevo siempre en los huesos, el alma y la piel.

Introducción

I

Una de las primeras preocupaciones de Ernesto Guevara de la Serna, cuando ya era conocido como el Che, fue que los combatientes de Sierra Maestra –en su mayoría campesinos pobres y analfabetos– aprendieran a leer y a escribir. Él personalmente enseñó las primeras letras a Israel Pardo y Joel Iglesias; creó grupos de estudio, fundó escuelas y, como profesor desde el ejemplo, leía en toda oportunidad.¹ Las lecturas de las que echó mano iban de la historia cubana a las biografías de los héroes nacionales, de textos literarios a manuales militares y de éstos a la teoría política. La presencia de los libros, de la literatura y el ejercicio lector, fueron una constante en las incursiones guerrilleras llevadas a cabo por Guevara. Quizá estos elementos parezcan naturales para alguien que, como él, leyó desde muy pequeño y descubrió parte del mundo a través de las novelas, los cuentos, la poesía. Además del rasgo evidentemente pedagógico que significaba compartir las lecturas, esta situación permite reflexionar sobre una dimensión más profunda: la concepción de la literatura en cuanto componente central de la transformación política de los guerrilleros y, asimismo, pensar la transmisión de la experiencia lectora como un elemento de convivencia, solidaridad y adquisición de saberes. Leer, por lo tanto, representaba no sólo el ejercicio de un derecho negado a la mayor parte de los guerrilleros sino también, y sobre todo, una parte fundamental en la construcción de su capacidad política, de su actuar en el mundo.

¹ Jon Lee Anderson, *Che Guevara. Una vida revolucionaria*, trad. de Daniel Zadunaisky, Barcelona, Emecé Editores, 1997, p. 274.

En ese sentido, el primer capítulo del presente trabajo es una exploración del proceso de construcción del Che como lector en el que la literatura resultó una parte fundamental. En su niñez, las novelas de aventura se convirtieron en un pilar que le permitió sobrellevar el asma, desarrollando así un gusto literario y un incipiente *habitus* lector. El Che leía desde la enfermedad: las obras literarias significaron una reconfiguración de ésta, pero también del espacio y del mundo en el que se desarrolló; le proporcionaron una visión de la vida que iba más allá del padecimiento, una manera de posicionarse ante el mundo, de conocerlo y enfrentarlo. Como ha señalado Graciela Montes, en el espacio de ficción generado por la literatura se descubren cosas tapadas, se fisura lo plano, se horada otra dimensión de la imaginación, se abonan desmesuras y se exploran territorios de frontera entre lo leído y lo vivido.² Para el Che, las novelas de aventura de London y Salgari se convirtieron en ese espacio en el que descubría la vida a través de lo literario, y lo literario mediante la vida.

A consecuencia de los frecuentes ataques de asma *Teté*, como cariñosamente lo llamaban sus familiares, asistió de manera irregular a la escuela y los primeros años de su formación estuvieron prácticamente a cargo de Celia de la Serna, su madre. Los biógrafos de Guevara coinciden en que recibió una educación basada principalmente en la lectura de autores clásicos de la literatura universal, así como de obras literarias en francés. La relación con Celia de la Serna representó no sólo el lazo afectivo entre madre e hijo, sino también una relación de amor, de experiencia y convivencia fincada en los textos literarios, en el gusto por la poesía, la filosofía y la narrativa. De igual manera, *Teté* encontró modelos de conducta en los textos: su identificación con don Quijote y Sandokan revelaban una idea de su deber ser construida a través de esos personajes. A decir de Daniel James, las aventuras narradas

² Graciela Montes, *La frontera indómita. En torno a la construcción y la defensa del espacio poético* (1999), México, SEP-FCE, 2000, pp. 28-29.

por Verne, Dumas, Salgari y Cervantes, así como la épica gaucha de *Martín Fierro*, formaron en el Che una gran imaginación, un romanticismo por el viaje, los retos y la aventura, que perduró durante toda su existencia.³ En otras palabras, la literatura como una experiencia de vida constituyó un ethos que tuvo su origen en la infancia y se desarrolló a lo largo de su existir.

A través de los distintos testimonios de amigos y familiares del Che, y de sus propias reflexiones acerca de las lecturas, es posible analizar cómo la literatura le significó una experiencia de vida, un saber para ésta. Desde su niñez, leer se convirtió en un elemento terapéutico, forjando una relación casi médica con la experiencia de lectura, los textos y las vivencias que éstos le ofrecían. A lo largo de su trajinar por América Latina, en sus incursiones guerrilleras en Cuba, el Congo y Bolivia, la idea del alivio generado por el acto de lectura fue una constante; no como un acto evasivo, sino como la construcción de un espacio íntimo que afianzaba su individualidad para recuperar fuerza, para enfrentar de mejor manera el desamor, la tristeza, la lejanía familiar, las derrotas militares. Es decir, el Che hacía de la lectura un refugio ante momentos de crisis y, como ha expresado Michèle Petit, lo leído se transformó en un eco “difractado” que generó pensamientos, emociones, “potencialidades de acción, una comunicación más libre entre cuerpo y espíritu”. Por eso, la energía recuperada, liberada, daba la fuerza “para pasar a otra cosa, para salir del lugar” en el que el lector aparecía inmovilizado.⁴

Para Guevara, las obras literarias, los personajes, los versos, fueron una referencia continua, tanto en sus cartas como en los discursos que pronunció ante trabajadores cubanos

³ Daniel James, *Che Guevara. Una biografía*, trad. de Agustín Bárcena, México, Editorial Diana, 1971, p. 66.

⁴ Michèle Petit, *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, trad. de Diana Luz Sánchez, Barcelona, Editorial Océano, 2009, p. 76.

o en tribunas internacionales en calidad de representante de la Revolución cubana. Sus alusiones literarias mostraban una manera en la que él mismo se explicaba el mundo, pero también contribuían a explicar sus inquietudes e ideas ante sus interlocutores. Es decir, las obras literarias servían como herramienta de conocimiento de su alrededor y de sí mismo; además podían traducir sus preocupaciones y eran generadoras de diálogo. Como señala Martine Poulain, la lectura proporciona al lector “la comprensión de su lugar en el mundo, de su historia, la capacidad de representarse, de construir una identidad con el dominio simbólico de su condición”.⁵

El primer capítulo del presente texto es, pues, una aproximación a la figura del Che como un lector que en el ejercicio de lectura encontró su primera forma de militancia y a través de ella, de los textos con los que dialogaba, potenció su capacidad política e intelectual y se conformó como sujeto revolucionario.

II

El Che, a diferencia de otros militantes políticos de su época –el nicaragüense Carlos Fonseca Amador, el uruguayo Raúl Sendic, y el mismo Fidel Castro– no participó políticamente durante su primera juventud, sino hasta la edad de 26 años durante su estancia en Guatemala. Ni siquiera en su etapa de estudiante universitario hizo eco de las manifestaciones callejeras contra Perón. Incluso cuando su amigo Alberto Granado cayó preso por algún tiempo, el Che apenas se limitó a visitarlo. Guevara no encontraba un espacio de participación política que le convenciera. En cambio, ejerció una militancia lectora que a la postre sería parte

⁵ Martine Poulain, “Entre preocupaciones sociales e investigación científica: el desarrollo de sociologías de la lectura en Francia en el siglo XX”, en Bernard Lahire, compilador, *Sociología de la lectura*, trad. de Hilda H. García, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004, p. 46.

fundamental de su praxis política. El segundo capítulo de esta investigación indaga sobre dicha militancia a partir de un panorama general de los textos leídos por él, es decir, mediante la relación que el Che estableció con los libros, pero también con la realidad político social en la que se desarrolló.

Un libro, escribió nadie menos que Jorge Luis Borges, además de ser una serie de estructuras verbales es también “el diálogo que entabla con su lector y la entonación que impone a su voz y las cambiantes y durables imágenes que deja en su memoria”.⁶ La lectura en el Che fue, precisamente, un diálogo con las obras, un ejercicio pro-activo ante los textos. Desde la adolescencia, y hasta su última incursión armada en Bolivia, Guevara elaboró listas de lecturas, índices, diccionarios, cuadernos de notas, que permiten observar, como si se tratara de un archivo o de un mapa, sus preocupaciones, angustias, inquietudes, gustos y sus reflexiones políticas, intelectuales y literarias. Ese mapa de lecturas da la posibilidad de analizar cuáles fueron las temáticas constantes sobre las que prestaba atención, pero también ofrece claves para pensar las lecturas entendidas como un programa de vida, como un itinerario intelectual en su lectura del mundo. La formación lectora del Che transitó de la bohemia universitaria a la militancia política, con un marcado sustrato autodidacta; es decir, Guevara leía estudiando. Esta característica lo integró a una comunidad de militantes políticos que, desde la educación autodidacta, accedieron a las mismas lecturas y autores; a la postre, la amplitud y el eclecticismo de los textos formaron en el Che una visión mucho más profunda y compleja del ser humano y, muy particularmente, del sujeto revolucionario.

La constitución del Che como lector tiene como base, por una parte, el acceso a los bienes culturales de su época, pero también el ejercicio de éstos como simiente de una

⁶ Jorge Luis Borges, “Nota sobre (hacia) Bernard Shaw” (1951), en *Páginas escogidas*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2006, p. 223.

potencialidad política. En otras palabras, a través de la figura de Guevara se puede problematizar sobre el ejercicio lector como formador de una capacidad política, como constructor de una subjetividad que permite pensar el mundo también desde la imaginación y la fantasía. Esto puede parecer una contradicción si sólo se entiende la lectura, y el acceso a otras manifestaciones culturales, como “escape” o desapego del mundo y no como un ejercicio enmarcado en éste y, necesariamente, remitiendo a él. Es decir, el acceso y el ejercicio de los bienes culturales, que iban de una cultura letrada universitaria a la bohemia y de ésta al mundo de la militancia política, permitieron al Che convertirse no sólo en militante de la lectura sino también en sujeto revolucionario. E. P. Thompson consideró la transformación de William Morris, el célebre socialista inglés, como “una de las más grandes conversiones de la historia”.⁷ Para Thompson, la militancia revolucionaria de Morris tuvo su germen en el acceso a los bienes culturales de su sociedad y el modo en que los ejerció, lo que hizo posible el rompimiento del “círculo encantado y cada vez más estrecho del derrotismo de la cultura burguesa”.⁸ En ese sentido, puede pensarse en una analogía con Guevara: como Morris, también enfrentó esa cultura “burguesa” de su contexto y enfiló contra la idea del ser humano aislado, individualista y enajenado.

Asimismo, los textos que el Che resumió, subrayó o anotó en sus listas, ofrecen rastros del ambiente cultural y los debates políticos e intelectuales, en Argentina y en el resto de América Latina, de los que se hizo partícipe; es decir, el ambiente en el que Guevara se desarrolló y se formó como sujeto revolucionario. Entre los autores que leyó en su juventud figuran Jack London, Emilio Salgari, Miguel de Cervantes, William Faulkner, Sigmund

⁷ E. P. Thompson, *William Morris, de romántico a revolucionario*, trad. de Manuel Lloris Valdés, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim – Institució Valenciana d’estudis i investigació, 1988, p. 232.

⁸ *Id.*

Freud, Carlos Marx. Se trata de los mismos autores a los que Gabriel García Márquez prefería leer antes que entrar a sus clases en Zipaquirá, cuando tenía 17 años.⁹ Eran los autores leídos por Julio Cortázar, Juan Gelman y José Lezama Lima. Guevara formó parte de ese ambiente cultural en el que las editoriales, como ha señalado Ángel Rama, se volcaron a publicar obras específicamente literarias. Durante la niñez y adolescencia el Che fue un asiduo lector de obras editadas por Tor, Sudamericana, Americana; Stendhal, Faulkner, Baudelaire, Neruda, se convirtieron en autores de cabecera. Como ha señalado José Luis de Diego, eran los años de una coyuntura económica muy favorable, en la que las editoriales de Argentina contaban con la capacidad de expansión, captando el mercado nacional con autores argentinos pero también de procedencia extranjera, principalmente de Estados Unidos, Inglaterra y Francia.¹⁰ Aunque el Che llegaba a simpatizar con los planteamientos políticos de los militantes de la juventud comunista argentina – como lo prueban los intercambios epistolares con su amiga Tita Infante –, el mundo de la lectura era el que guiaba sus pasos. No obstante, a través de los viajes que realizó por el interior de su país, y luego por distintos países latinoamericanos, desarrolló una lectura del mundo. Mundo de la lectura y lectura del mundo se convirtieron así en los senderos por los que el Che transitó y ejerció su capacidad política. Los acontecimientos de 1952 en Bolivia y de 1954 en Guatemala marcaron el ulterior desarrollo de su actuación política, pero los viajes por América Latina resultaron fundamentales también por el acceso a un mundo de militancia política hasta entonces ajeno para él. Ese mundo de la militancia le permitió conocer a diferentes personalidades que serían determinantes en el devenir de su existencia: Hugo Pesce, Hilda Gadea, Arnaldo Orfila Reynal y el propio Fidel

⁹ Gerald Martín, *Gabriel García Márquez. Una vida*, trad. de Eugenia Vázquez Nacarino, Barcelona, Debate, 2009, p. 110.

¹⁰ José Luis de Diego, “1938-1955. La ‘época de oro’ de la industria editorial,” en José Luis de Diego, director, *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Buenos Aires, FCE, 2014, pp. 110-111.

Castro. Entre debates, libros y bohemia el Che se convirtió en un disciplinado alumno de “San Carlitos”, como en más de una ocasión se refirió a Carlos Marx. En ese sentido, la incorporación del Che a la expedición guerrillera encabezada por Fidel puede entenderse como una apuesta política nacida, precisamente, tanto de su lectura del mundo como del mundo de la lectura. A la larga, estas dos prácticas políticas le permitieron el desarrollo de una visión abarcadora del marxismo y pensar la construcción del socialismo como un proceso político, cultural, intelectual y estético en el que el objetivo central era la liberación del ser humano.

III

“El que piensa es el que escribe”, señaló Liliana Weinberg al reflexionar acerca del ensayo como el género literario que pone en juego una poética del pensar.¹¹ La rica formulación puede hacerse extensiva a otras manifestaciones literarias y, al mismo tiempo, vincularla al ejercicio lector; es decir, pensar el acto de escribir como una necesidad de reflexión íntimamente ligada a la lectura. El que lee, piensa y, porque piensa, escribe. Con esta idea como punto de partida, en el tercer capítulo de la presente tesis se realiza un análisis de algunos de los textos escritos por el Che. Los textos seleccionados forman un corpus que permite observar, por un lado, una fuerte sensibilidad literaria y, por otro, un estilo de escritura salpicado de ironía y una capacidad descriptiva singular. Los textos analizados son aquellos que el Che escribió con una voluntad literaria, con una búsqueda artística y que, además, fueron concebidos para publicarse o bien dirigidos a un interlocutor particular. Por

¹¹ Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, México, CECyDEL-UNAM, 2006, p. 60.

esa razón me he centrado en los *Diarios de motocicleta* y *Pasajes de la guerra revolucionaria*, así como en algunas cartas, el relato conocido como “La piedra”, *La guerra de guerrillas* y, finalmente, en el “Mensaje a la tricontinental”.

Los *Diarios de motocicleta* son representativos de la forma en la que el Che construyó sus narraciones: partía de las anotaciones realizadas durante su viaje para luego desarrollarlas, fue un método que utilizó también en textos posteriores. Los *Diarios de motocicleta* son, en ese sentido, un texto fundacional del estilo literario del Che: brevedad, descripciones detalladas tanto de paisajes como de sensaciones, uso de metáforas y por ello una construcción de imágenes. Cintio Vitier caracterizó las narraciones del diario como la “fidelidad de la experiencia”, construida a través de la “sobriedad”, la “lisura” y un “ágil” frescor.¹²

Los *Pasajes de la guerra revolucionaria* se inscriben en lo que Ambrosio Fornet ha llamado literatura de campaña, cuyos mayores exponentes son José Martí y Máximo Gómez. Los relatos del Che tienen una suerte de continuidad y correspondencia, tanto con las narraciones de Martí como con las de Gómez, especialmente con las de este último.¹³ No obstante, más que analizarlos a través de esas referencias, opté por centrarme en la construcción literaria de los textos, es decir, en la estructura narrativa empelada por Guevara para relatar un momento histórico y triunfal de la Revolución cubana. Los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, según Lidia Turner Martí, llaman la atención por la unidad entre “lo objetivo del paisaje o situación y lo subjetivo de las emociones”, generando de ese modo una

¹² Cintio Vitier, “Introducción”, en *Diarios de motocicleta. Notas de un viaje por América Latina*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2005, p. 33.

¹³ Véase Ambrosio Fornet, “Mapa 2: Gómez y la literatura de campaña”, en *Narrar la nación*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2009, pp. 62- 84.

“síntesis de la verdad donde lo emocional se funde con lo racional de la observación”.¹⁴ A decir de José Revueltas, ese texto del Che resalta por la sencillez, la sobriedad y la “conmovedora ternura” que el autor supo transmitir literariamente.¹⁵ Por eso, en el corpus narrativo analizo especialmente dos textos del volumen: “Alegría de Pío” y “El cachorro asesinado” pues considero que la complejidad de su composición, en apariencia escueta y simple, no sólo son el testimonio de un momento histórico fundamental en el imaginario cubano, sino también la traducción estética de una visión del mundo. De igual manera, examino *La guerra de guerrillas* al considerarlo como complemento de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, aunque con otro ritmo y una estructura mucho más sencilla, apegada a la idea de manual. A través de ambos textos, el Che reflexionó sobre la lucha guerrillera desde aspectos distintos; en *La guerra de guerrillas* su reflexión se enfocó en la guerrilla en cuanto acontecimiento político y militar, mientras en los *Pasajes de la guerra revolucionaria* privó el aspecto emocional, descrito a través de recursos literarios.

Asimismo, me detengo en “La piedra”, relato escrito en el Congo, cuya confección es quizá el mejor ejemplo de la narración metafórica que el Che desarrolló. En el texto, la emoción y la “conmovedora ternura” son aspectos sobresalientes desplegados por Guevara en tensión con la incertidumbre ante la noticia de la posible muerte de su madre. En “La supersticiosa ética del lector” Jorge Luis Borges apuntó que en general, más allá de la estructura y las “tecniquerías”, lo que manda en un escritor es “la pasión del tema tratado”¹⁶.

¹⁴ Lidia Turner Martí, *Del pensamiento pedagógico de Ernesto Che Guevara*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1999, p. 120.

¹⁵ José Revueltas, “El Che Guevara, o de la confirmación del ser humano en la esperanza” (1967), en *Visión del Paricutín (y otras crónicas y reseñas)*, México, Era, 1983, p. 178.

¹⁶ Jorge Luis Borges, “La supersticiosa ética del lector” (1930), en *Páginas escogidas*, p. 104.

El relato del Che, en efecto, retrata el amor por la palabra trabajado con pasión; esa misma pasión que, según sus propias palabras, era necesaria “para toda gran obra”.

“Cada carta de Ernesto era una página literaria, llena de afecto, de gracia y de ironía; contaba sus aventuras y desventuras con pinceladas de comicidad que quitaban gravedad aún en los momentos más difíciles”.¹⁷ Con esas palabras, Berta Gilda Infante – *Tita* como la llamaba el Che – calificó parte del ejercicio de escritura llevado a cabo por Guevara. En efecto, el vasto epistolario del Che da cuenta de un estilo, pero también de una necesidad de escribir, de relatar, de contar. Por tal motivo, analizo parte de las cartas que el Che escribió a Celia de la Serna: la razón de tal corte es que la correspondencia entre madre e hijo fue constante, pero también se debe a que las cartas dirigidas a Celia muestran al Che responsabilizándose de aquello que decía y de la forma en la que lo decía. De igual manera, el intercambio epistolar con León Felipe, Ernesto Sábato, Charles Bettelheim revelan a un Guevara invitando a “polemizar a la distancia”; de ahí la trascendencia de un texto como *El socialismo y el hombre en Cuba*, escrito en forma de carta.

Guevara fue un aficionado a la poesía: Neruda, León Felipe, Machado, Baudelaire, Nazim Hikmet y César Vallejo se convirtieron en sus poetas predilectos. Además de ser un gran lector de este género, él mismo intentó escribir poesía. Pero sus intentos, salvo aquellos versos escritos para Aleida March, no rebasaron nunca el plano de la intimidad y, a diferencia de sus narraciones, jamás buscó publicarlos. Sus tentativas poéticas hicieron que él mismo se calificara como un poeta “fracasado”; como aquel síndrome de Bartleby que Enrique Vila Matas ha buscado en obras y autores, el Che tenía una pulsión negativa, quizá el pudor de autor o tal vez la “conciencia literaria muy exigente” que lo hacían contenerse en la escritura

¹⁷ Yolanda Portuondo López, “Berta Gilda Infante”, en *Che ¡Hasta la victoria siempre!*, Buenos Aires, Corpus Editorial, 2013, p. 42.

de versos, o más aun desecharlos por completo cuando llegó a escribirlos.¹⁸ Es decir, en el Che había una suerte de tensión entre el deseo por ser poeta y el fracaso de serlo; no es que no lo intentara, sino que en ese intento se dio cuenta de su imposibilidad de nombrar a través de los versos. Esa misma tensión resulta todavía más sorprendente si se piensa que Guevara, lector de ficciones, jamás incursionó en ese género. Todos sus textos apelaban a decir la verdad, a dejar testimonio fiel de aquello que narraba.

Finalmente, en cuanto a la producción escrita de Guevara, examino el *Mensaje a la tricontinental*, texto que parece un manifiesto, una carta, una proclama y en el que existe toda una proyección épica de la lucha del tercer mundo por su independencia.

IV

En 1964, José Revueltas publicó *Los errores*. Un año después, apareció bajo el sello de Era el volumen titulado *Las ideas estéticas de Marx*, de Adolfo Sánchez Vázquez; el 12 de marzo de ese mismo año, entre las páginas del emblemático semanario uruguayo *Marcha* se pudo leer *El socialismo y el hombre en Cuba*, de Ernesto Guevara. Situados “dentro” de un debate de la izquierda internacional, en medio de la guerra fría, los tres textos tienen en común una relectura del marxismo realizada desde el campo intelectual y artístico. Era el momento en el que se cuestionó el marxismo de corte soviético como el único camino posible para el pensamiento militante de la izquierda latinoamericana. Era el momento en el que, a decir de Guillermo Almeyra, ya no se discutía el “marxismo” sino sobre los “marxismos”.¹⁹ Aunque

¹⁸ Enrique Vila Matas, *Bartleby y compañía*, Barcelona, Anagrama, 2006, p.3

¹⁹ Guillermo Almeyra, “El redescubrimiento del Che”, en Guillermo Almeyra y Enzo Santarelli, *Che el pensamiento rebelde*, México, La Jornada Ediciones, 1997, p. 19.

desde luego es inevitable hacer referencia a esta discusión, centro el análisis de *El socialismo y el hombre en Cuba* en el aspecto de su constitución literaria, la polémica del arte y la estética como elementos necesarios para la Revolución y la construcción del socialismo. Es decir, es analizado en cuanto texto literario que puso en acción una “poética del pensar” y mostró la capacidad de despliegue y síntesis de los problemas observados por el Che en el proceso de construcción socialista cubano.

En segundo lugar, situando al texto en el debate que desde 1961 emergió en Cuba con respecto al lugar del arte y los intelectuales en la Revolución; contextualizándolo dentro de las polémicas que tuvieron lugar en los años 60 y 70 del siglo pasado acerca del papel del intelectual en la lucha revolucionaria. Es decir, se trata de una exploración sobre la configuración del intelectual latinoamericano desde los planteamientos hechos por el Che. En ese sentido, *El socialismo y el hombre en Cuba* puede leerse como una toma de postura sobre este polémico tema, tanto en el campo intelectual de Cuba como en el de América Latina.

El texto se publicó justamente a la mitad de la década de 1960, cuatro años después de *Palabras a los intelectuales* y seis años antes del caso Padilla, en 1971. Como señala Gabriel Ramos Carrasco, los primeros años de la década del 60 representaron una etapa en la que las medidas políticas y económicas de corte radical profundizaron la redistribución de la riqueza del pueblo cubano. Asimismo, las expropiaciones, la reforma agraria y urbana, la campaña de alfabetización, significaron una afrenta para el gobierno estadounidense que, bajo el pretexto de contener el avance comunista en medio de la guerra fría, intensificó el

enfrentamiento con la naciente Revolución.²⁰ Fue la década “propriadamente revolucionaria” del socialismo cubano, como la caracterizó Rafael Rojas; en ella se produjo “un nuevo orden social y un nuevo repertorio de prácticas, valores, discursos y costumbres”.²¹ La misma que sinceramente entusiasmó a la mayoría de los intelectuales y artistas latinoamericanos, cuyas adhesiones no se hicieron esperar. Eran los años del cambio posible, “vía la revolución que estaba ahí”, cuando, en palabras de Antonio Cornejo Polar, “la imaginación y las plazas parecían ser nuestras y nuestros el poder, la voz y la capacidad de inventar el amor y la solidaridad de nuevo”.²² Aunque parecía existir un consenso sobre el quehacer del intelectual “dentro” del proceso revolucionario, hubo dos grandes visiones al respecto: la de los intelectuales que, asumiendo la política cultural trazada desde la dirigencia revolucionaria, privilegiaron el derecho de existencia del proceso socialista en el que las expresiones artísticas quedaban al servicio de éste. Por otro lado, existió la postura de aquellos intelectuales cuya visión sobre la labor artística e intelectual apostó, en primer lugar, a una necesaria autonomía y, en segundo término, al hecho de asumir la Revolución desde su propio espacio de creación. Este debate alcanzó un punto de quiebre en la década siguiente, y se hizo visible no sólo con el arresto de Heberto Padilla, sino también en el endurecimiento ideológico y un cambio sustancial en la política cultural revolucionaria. Esta situación implicó la hegemonía del discurso cultural que concibió la creación artística y la cultura como “armas” al servicio del proyecto revolucionario.²³

²⁰ Gabriel Ramos Carrasco, *Crisis del periodo especial y el debate actual sobre el socialismo en Cuba*, Tesis de Maestría, México, UNAM, pp. 4-20, disponible en <http://132.248.9.195/ptd2012/junio/097137786/Index.html>, consultado el 25 de marzo de 2015.

²¹ Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006, p.12.

²² Antonio Cornejo Polar, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Editorial Horizonte, 1994, p. 12.

²³ Véase Liliana Martínez Pérez, *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*, México, FLACSO-Miguel Ángel Porrúa, 2006.

Desde mi perspectiva, el texto del Che representa la conjugación de su papel como lector – del marxismo, de literatura, del mundo – y de escritor que, en el ensayo mismo, desarrolló una hermenéutica del socialismo partiendo de la experiencia revolucionaria cubana. *El socialismo y el hombre en Cuba*, desde un punto de vista literario, como una poética del pensar, como interpretación y acercamiento entre lo pensable y lo decible, ligado “a la conquista del presente y la experiencia” y la idea del hombre nuevo, se convirtió así en “su marca de origen”.²⁴ Guevara proyectó la idea del hombre nuevo que se ligó inevitablemente a él y a la Revolución cubana. Como lenguaje vital y propio, el ensayo es revelación y enunciación; aquello que nombra se inserta en el mundo pero vuelve necesariamente al texto, aunque con significación nueva.²⁵ El ensayo del Che puede considerarse como puente entre sus vivencias y aspiraciones; entre la política y la literatura; entre la crítica al dogmatismo y la reivindicación socialista; entre su presente y su visión de futuro.

La época del Che fue también la época en la que se debatió el papel de la literatura y la creación artística como elementos fundamentales para la Revolución. Había un discurso social, es decir, un discurso sobre “formas” y “contenidos” con “marcas”, “efectos” y “funciones”²⁶ en el que la idea de un cambio político social posible, y la concepción de la literatura como potenciadora de la liberación y la conciencia fueron indisociables. El Che ubicó la enajenación capitalista como el problema central del ser humano; desde su perspectiva, el capitalismo despojaba al hombre de su calidad de ser humano para convertirlo

²⁴ Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, p. 329.

²⁵ Michel Foucault planteó que el lenguaje “continúa siendo, en una u otra forma, el lugar de las revelaciones y sigue siendo parte del espacio en el que la verdad se manifiesta y se enuncia a la vez”, en *Las palabras y las cosas (una arqueología de las ciencias humanas)*, trad. de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 2007, p.44

²⁶ Marc Angenot, *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, trad. de Hilda H. García, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, p. 27.

en una mercancía más. Ante ello, la función liberadora que encontraba en la creación artística fue relevante. En *El socialismo y el hombre en Cuba*, Guevara calificó a la Revolución como “un extraño y apasionante drama” que se construía “conscientemente”, en el que la “audacia intelectual” resultaba imprescindible para alcanzar la liberación total del hombre. Por esa razón, el análisis del ensayo tiene un peso fundamental en este aspecto que, como han señalado Néstor Kohan, Fernando Martínez Heredia y Roberto Massari, se vinculó con una relectura que el Che realizó de Marx, particularmente de los *Manuscritos económico – filosóficos de 1844*.

Finalmente, hago un breve recorrido del hombre nuevo como personaje literario. La idea del hombre nuevo fue recibida por varios autores como una referencia necesaria para ser plasmada en sus obras literarias. Roberto Fernández Retamar, Mario Benedetti, Julio Cortázar problematizaron el planteamiento del Che en sus textos. Asimismo en la novelística de la guerrilla en México, ampliamente analizada por Patricia Cabrera y Alba Teresa Estrada, se retomó este concepto como eje central de las narraciones. En Cuba, Jesús Díaz y Senel Paz son ejemplos significativos de cómo se pensó la idea del hombre nuevo, de cómo se resignificó y sirvió de punto de partida para la reflexión, desde el espacio literario, de la propia Revolución cubana. He preferido ocuparme sólo de los textos que se publicaron con una relativa cercanía al del Che, o que, como en el caso cubano, se enmarcaron en contextos políticos determinados que elaboraron un discurso distinto al que predominó desde el Estado cubano. Sería enriquecedor realizar un acercamiento a la visión del militante revolucionario en novelas como *Historia de Mayta* (1984), de Mario Vargas Llosa o *Abril Rojo* (2006), del también peruano Santiago Rocangliolo, en las que predomina, precisamente, un desencanto político y se muestra al hombre nuevo desde una perspectiva de la derrota, mucho menos

épica y heroica que la concebida por el Che. Es un tema apasionante, pero que escapa, por su amplitud y especificidad, a los objetivos de este trabajo.

V

Ésta es, por supuesto, una tesis que recorre, a través de las lecturas y los escritos del Che, parte de la vida del “intelectual guerrillero” como lo ha llamado Julio César Guanche.²⁷ Sin embargo, no ha querido ser una “biografía” en el sentido estricto del término, sino una reflexión sobre la relación del Che y la literatura como un saber necesario para la vida. Es decir, se trata de un intento por mostrar cómo la militancia lectora, y la literatura dentro de ella, fueron elementos fundamentales y constantes en la configuración de la subjetividad, las emociones y las sensaciones en la visión del mundo de Guevara; en otros términos, la forma en la que la literatura contribuyó a la constitución del Che como sujeto revolucionario. Es, si se quiere, una apuesta de lectura a través de la lectura misma, un diálogo con el “poeta fracasado”. Desde luego, no se trata de un planteamiento mecánico, es decir, creer que por sí mismas literatura y lectura forman militantes con un pensamiento de izquierda, para ello hay una serie de factores que intervienen en la configuración de esa manera de ver y sentir lo literario: cómo se lee, quién transmite la experiencia lectora inicial, cómo se posiciona el lector ante el mundo a través de lo leído, etc. La lectura, para decirlo con Michèle Petit, como un proceso de “elaboración” o reconquista de “la posición de sujeto” que permite dejar de ser “sólo objeto de los discursos de otros”.²⁸ De hecho, no es una casualidad que en las novelas donde Guevara aparece como personaje – *Los cuadernos de Praga* (1998), de Abel

²⁷ Julio César Guanche, *En el borde de todo. El hoy y el mañana de la revolución en Cuba*, Melbourne, Ocean Sur, 2007, p.361.

²⁸ Michèle Petit, “Del espacio íntimo al espacio público”, en *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, trad. de Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez, México, FCE, 2000, p. 104.

Posse; *Los últimos días del Che* (2007), de Juan Ignacio Siles del Valle; *Método práctico de la guerrilla* (2010), de Marcelo Ferroni, y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011), de Carlos Gamerro, aunque en ésta el personaje principal cree transformarse en el Che –, necesariamente se le configure considerando su papel como lector.

Este trabajo es, en suma, un primer intento por poner en el centro del análisis el ethos literario del Che –sus lecturas, su deseo escritural–, entendido como un componente potencial de su constitución revolucionaria y no sólo como un aspecto supeditado a su visión política. Ello permite, además, pensar en la literatura como elemento catalizador de transformaciones humanas, no a pesar de ser una manifestación artística, sino precisamente por serlo. Es decir, pensar la relación entre literatura y política en pie de igualdad. A riesgo de incurrir en una generalización, casi siempre que se examina dicha relación se hace desde la perspectiva política, supeditando la creación artística a ella. Por ejemplo, se examina la influencia de ciertos acontecimientos políticos en las obras literarias de Julio Cortázar, Gabriel García Márquez o Mario Vargas Llosa, pero no la influencia de la literatura en la configuración de vida, y por lo tanto en la conformación política de los tres escritores. Algo muy parecido sucede con el Che. Ésta es la pulsión primordial que guía el presente texto; a través de ella, la aproximación a la figura de Guevara como sujeto político resulta enriquecedora pues él fue, es, un claro ejemplo de que la praxis política y la praxis intelectual no son caminos antagónicos, sino complementarios e indispensables para concebir un mundo en el que el ser humano sea política y culturalmente libre, capaz de enfrentar “la carrera de lobos” que el capitalismo representa.

Capítulo I

El ethos literario

Literatura, lectura y experiencia de vida

El 8 de octubre de 1967, luego de ser herido en una pierna y tras caer en combate en la quebrada del Yuro, el Che fue apresado y despojado de todas sus pertenencias. En manos del Ejército boliviano quedaron los diarios de los combatientes y las libretas de notas realizadas por Guevara. Años después se sabría que algunas de éstas contenían análisis sobre los libros que leyó en Bolivia, así como un ambicioso plan de lecturas.²⁹ De los 106 títulos que figuraban en la lista, 23 eran de corte literario: Rubén Darío, Stendhal, Dostoievski, Roberto Arlt, William Faulkner y Julio Cortázar integraban ese abanico literario. Que la literatura formara parte de sus lecturas puede parecer un hecho normal para alguien que, desde la infancia, desarrolló un gusto muy particular por ella. Sin embargo, en el afán de llevar consigo esas obras literarias, en medio de condiciones políticas y geográficas sumamente difíciles, existía una significación mucho más profunda: la literatura como una parte fundamental de un proyecto que buscaba la transformación del mundo. Con razón, Carlos Soria Galvarro anota que en esa utopía de una sociedad justa y un continente liberado por la que el Che apostó la vida, los libros fueron “parte de su instrumental bélico”.³⁰ Por ello, conviene detenerse en la fuerte relación entre literatura y experiencia de vida presente en el Che para analizar, desde distintos ángulos, cómo es que en su caso la primera no podía entenderse sin la segunda, pero tampoco ésta sin aquélla. En esa relación, Guevara se

²⁹ Un buen análisis sobre las obras políticas anotadas por el Che es el realizado por Néstor Kohan, *En la selva. Los estudios desconocidos del Che Guevara. A propósito de sus cuadernos de lectura de Bolivia*, Barcelona, Editorial Yulca, 2013.

³⁰ Carlos Soria Galvarro, *Los libros: compañía inseparable del Che*, 2008, disponible en <http://www.chebolivia.org/index.php/articuloscs/75-los-libros-compania-inseparable-del-che>, consultado el 11 de noviembre de 2014.

convirtió en un lector crítico del mundo en el que la lectura se hizo casi inherente a él. En una carta para Aleida March, fechada el 28 de noviembre de 1965, escribió “Me he acostumbrado tanto a leer y estudiar que es una segunda naturaleza y hace más grande el contraste con mi aventurerismo”.³¹ Es significativa la identificación de la lectura y el estudio como una “segunda naturaleza” de la que no podía separarse, complementaria de su naturaleza política; pero también porque esa “segunda naturaleza”, que le dio la oportunidad de analizar el mundo, de pensarlo de un modo diferente y de emprender la acción revolucionaria resultaba, al mismo tiempo, contrastante con su “aventurerismo”. La contradicción entre la aventura y la lectura sugería, por una parte, el modo en el que el Che prefería leer y, por otra, su papel como lector en movilidad constante.

Parto de una consideración fundamental: en el Che la literatura significó una experiencia *de y en* la vida que le permitió modelar una manera de concebirse y proyectarse en ella. Como sugiere Ottmar Ette, la literatura “implica el probar experimentalmente saberes de vida y también el resultado de este experimento vuelve a producir un nuevo saber de la vida y en la vida”.³² Dicha experiencia, como praxis, como vivencia, se basa en el papel del Che como lector *de y desde* la vida que repercutió en su proyecto revolucionario en el que la acción política transformó y enriqueció la experiencia literaria, y ésta a su vez enriqueció la acción política. La literatura, para decirlo con Ottmar Ette, “siempre transmite un saber específico de cómo se vive o cómo se podría vivir y, por ende, también un saber de cómo no se puede (sobre) vivir.”³³ En ese sentido, la literatura no puede sino considerarse anclada en

³¹ Véase Aleida March, en *Evocación. Mi vida al lado del Che*, Melbourne, Ocean Sur, 2011, p. 11.

³² Ottmar Ette, “La filología como ciencia de la vida. Un escrito programático en el año de las humanidades”, en Ottmar Ette y Sergio Ugalde (coords.), *La filología como ciencia de la vida*, México, Universidad Iberoamericana, 2015, p. 20

³³ *Ibíd.*, p. 26.

la vida pero reconfigurándola desde el ámbito creativo, permitiendo cuestionarla e imaginarla de otro modo. En otras palabras, la literatura concebida como experiencia de, en y para la vida, posibilita imaginar otras opciones de enfrentar el mundo y es, al mismo tiempo, un modo de conocerlo, de cuestionarlo.³⁴

El Che configuró, desde una edad temprana, una manera de saber y saberse en la vida a través de la experiencia literaria; ésta contribuyó, además, a la lectura activa y aguzada que hizo del mundo. Su acción de lectura estuvo marcada por ese sustrato literario que en la infancia le permitió, paradójicamente, vencer la inmovilidad a la que el asma lo sometía y después, ya siendo adulto, convertirlo en un agudo lector del marxismo y del propio proceso revolucionario cubano. En el Che existió una íntima relación entre literatura y lectura, entre los textos y la forma en la que los leyó; fue, igualmente, una relación entre las condiciones de lectura y los distintos componentes que le permitieron leer de una manera específica. Como señalan Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, “La lectura no es solamente una operación intelectual abstracta: es una puesta a prueba del cuerpo, la inscripción de un espacio, la relación consigo mismo o con los demás.”³⁵ Se trata, en otros términos, de un proceso epistémico en el que, literatura de por medio, hay una apropiación del mundo, una forma de conocerlo y desenvolverse en él. De ese modo, lectura, cuerpo, espacio, se relacionan, conviven, se interpelan y se transforman. En el caso del Che, sus situaciones de lectura, o en otros términos sus situaciones de vida, sufrieron un cambio gracias a los textos leídos: en la infancia, la inmovilidad ocasionada por el asma fue vencida por el movimiento

³⁴ En *La orgía perpetua. Flaubert y Madame Bovary* (1975), Mario Vargas Llosa desarrolla, precisamente, la idea de la literatura como alternativa que ofrece una visión diferente de la vida pero inexorablemente inscrita en ella.

³⁵ Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, “Introducción”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, (directores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, trad. de María Barberán *et.al.*, México, Taurus, 2006, p.15.

imaginario despertado por las novelas de aventura; en sus viajes por Latinoamérica, aprendió a leer políticamente la realidad social; en la guerrilla cubana, la lectura de obras literarias sirvió como elemento de comunión y transformación de los combatientes. Después de leerse, los textos tienen un alcance profundo en la medida en que contribuyen, individual y colectivamente, a repensar el mundo, a situarse en él con una visión distinta: vida y textos se resignifican porque resignifican al lector.

A decir de Alberto Manguel, el lector es el que condiciona –y acondiciona– la lectura, atribuyéndole “sentido a un sistema de signos para luego descifrarlos” porque todos “nos leemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea para poder vislumbrar qué somos y dónde estamos”.³⁶ Las condiciones de lectura, el espacio, la movilidad, predisponen una forma de acercarse a los textos, pero depende del lector que éstas, sobre todo si son adversas como en el caso de Guevara, se conviertan en medio idóneo que faciliten ese acercamiento. En la infancia, la lectura tuvo un aspecto terapéutico, aunque con el paso de los años el propio Che la definió también como una de sus “debilidades fundamentales”;³⁷ leer representó una necesidad vital, al mismo tiempo una fortaleza y una debilidad “fundamental”, a la vez que un espacio de interlocución para sus inquietudes intelectuales. Además, había una adaptación a los contextos en los que leyó –de su habitación a los recorridos por Latinoamérica y de éstos a la lucha guerrillera – pero sobre todo, Guevara supo adaptar dichos contextos para ejercer la lectura. Como ejemplo de ello, Paco Ignacio Taibo II anota que en la adolescencia, cuando el *Fúser* practicaba rugby “[...] antes de iniciarse un entrenamiento sus compañeros

³⁶ Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, trad. de Eduardo Hojman, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 21.

³⁷ Ernesto Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria (Congo)*, Meolbourne, Ocean Sur, 2009. El Che dice al respecto, “mis dos debilidades fundamentales estaban satisfechas en el Congo; el tabaco, que me faltó muy poco, y la lectura que siempre fue abundante”, p.231.

lo observan frecuentemente abrir un libro y ponerse a leer. En cualquier lugar, bajo un poste alumbrado, en el borde de la cancha mientras otros la desocupan, *Ernesto saca de su chaqueta un libro y desaparece del mundo*".³⁸ El Che tendía así un puente entre el momento anterior a la práctica deportiva y su ejercicio lector, como si éste fuese el preludeo y el epílogo del ejercicio físico. Cuando el *Fúser* "desaparecía" del mundo, no era para evadirlo sino para enfrentarlo de mejor forma; no para irse, sino para afirmarse en él a través del ejercicio intelectual y el ejercicio físico. Guevara se forjó como lector en la adversidad constante: adversidad física si se toma en cuenta el asma; adversidad en el espacio si se consideran las condiciones bélicas en las distintas expediciones guerrilleras. En ese sentido, es necesario detenerse en los elementos que constituyeron el ethos literario de su trayectoria política a través de la "segunda naturaleza" desde la que actuó en y para el mundo.

Un testimonio de Ernesto Guevara Lynch señala cómo el asma de su hijo, más que un impedimento, fue una oportunidad para la lectura:

El asma solía obligarlo a estar quieto; él aprovechaba *esta quietud física* para leer y releer. *Y cuando Ernesto llegó a los doce años, poseía una cultura correspondiente a un muchacho de dieciocho*. Su biblioteca estaba atiborrada de toda clase de libros de aventuras, de novelas, de viajes. Allí se encontraba a Salgari, a Stevenson, a Julio Verne y Alejandro Dumas [...] Abundaban en su biblioteca los libros de viaje y especialmente de expediciones a regiones desconocidas.³⁹

Lo relevante del testimonio se encuentra en el papel que jugó el acto de leer ante la enfermedad: el asma se transfiguró en virtud, en posibilidad de aprendizaje a partir del ejercicio lector que se tornó en paliativo ante el padecimiento, lo que implicó una transformación del pequeño Ernesto como lector. El ejercicio de lectura le permitió ser un niño de doce años con un bagaje cultural de "un muchacho de dieciocho", es decir, le otorgó

³⁸ Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara también conocido como el Che*, México, Planeta, 2007, p.26

³⁹ Ernesto Guevara Lynch, *Mi hijo el Che*, Barcelona, Planeta, 1981, p.180, cursivas mías.

una personalidad propia, una autonomía intelectual forjada a partir de su experiencia lectora. La forma en la que aprendió a leer está íntimamente relacionada con la manera de entender la literatura y la vida. Como señalan sus biógrafos, debido al asma su asistencia a la escuela fue sumamente irregular, pero este hecho, que en apariencia representaría una desventaja, se convirtió en una oportunidad de aprendizaje distinto al sistema escolarizado. Celia de la Serna, madre del Che, se encargó de su educación; las obras literarias se hicieron un pilar importante de ésta. Según John Lee Anderson, Celia “era una lectora ávida de ficción, filosofía y poesía, y con el tiempo enseñó a su hijo a apreciar esas disciplinas”.⁴⁰ Un testimonio brindado por Juan Martín Guevara, hermano menor del Che, refuerza esta idea:

[...] mi vieja fue una persona que, aunque nunca se menciona, influyó sobre el Che. Por la posición que ella asumía en las discusiones políticas que se daban en mi casa, *por la lectura que había llevado siempre*. Ella leía en francés. Ernesto leía y además recitaba en francés. Los libros que ella leía, los leyó él después. Sí, influyó, por su propia manera de ser, por la voluntad que tenía, por su firmeza de carácter.⁴¹

Del testimonio destaca la manera en la que Ernesto aprendió a leer; a través de la cercanía con su madre, modeló su experiencia ante los textos. Lo que su madre le transmitió no sólo fueron los conocimientos, sino la forma de acercamiento a ellos, es decir la práctica de lectura, la experiencia misma. Verlaine y Baudelaire se convertirían en sus poetas preferidos y, como ha hecho notar Roberto Massari, que esas lecturas hayan sido realizadas a una edad precoz, con la tutela de Celia, generó “una maduración crítico literaria del gusto”.⁴² En otros términos: el Che se constituyó, a través de las lecturas y la experiencia

⁴⁰ John Lee Anderson, *Che Guevara. Una vida revolucionaria*, p. 38.

⁴¹ Citado en Yolanda Portuondo López, *Che, ¡Hasta la victoria siempre!*, p. 11, las cursivas son mías.

⁴² Roberto Massari, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, trad. de José María Pérez Bustero, Nafarroa, Editorial Txalaparta, 2004, p.27. Para un acercamiento detallado sobre la vida de Celia de la Serna existe la obra de Adys Cupull y Froilán González, *Amor revolucionario. Celia, la madre del Che*, Nafarroa, Editorial Txalaparta, 2004.

transmitida, como sujeto lector que iba conociendo el mundo que le rodeaba. Como señala Rafael Mondragón, en la enseñanza no sólo se transmiten “contenidos leídos, sino sobre todo *maneras de leer*, de posicionarse ante el mundo y ante la propia experiencia”.⁴³ Aprender a leer con Celia se tradujo, precisamente, en un modo específico de comprender lo leído, en una forma de situarse frente a los textos que generó un lazo afectivo indisoluble. Celia de la Serna transmitió, sobre todo, un amor por la literatura que repercutió en un posicionamiento ante la lectura y ante la vida. Pero además, al forjarse como sujeto de conocimiento del mundo, y para el mundo, con gustos específicos, *Teté* se constituyó a sí mismo como un ávido lector, con gustos y preferencias particulares. Si Celia le transmitió la experiencia, el Che se reapropió de ella, adquiriendo así una pronta autonomía intelectual, la formación de una sensibilidad y una incipiente capacidad política.

En una carta fechada el 27 de noviembre de 1936, apenas con ocho años de edad, Ernesto solicitó algunos libros a su tía Beatriz Guevara Lynch. “Recibí tu carta ya llegaron los libros de Salgari y los de Vigil. Mandame [sic] los otros cuatro libros de la colección”. Unos meses después volvió a la carga, “Cuando pases por la calle Santa Fe averiguame [sic] si tienen ‘Los misterios de la India’ de Emilio Salgari”.⁴⁴ Junto al afán de lectura destaca también el conocimiento de lo que quería leer: sabía de la existencia de cuatro libros “de la colección” necesarios para él; además, tenía certeza del lugar donde podía adquirirse el otro título de Salgari. Si bien ambas cuestiones reflejan un *habitus* particular de lectura,⁴⁵

⁴³ Rafael Mondragón, “Nuestra filología, entre dos silencios (Notas sobre la historia del saber filológico latinoamericano y la responsabilidad ciudadana)”, en Ottmar Ette y Sergio Ugalde, *op. cit.*, p. 125, las cursivas son mías.

⁴⁴ Ambas cartas pueden verse en el video disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Fq7iYqSa-kk>, que forma parte del proyecto Casa natal de Ernesto Che Guevara en Rosario, Argentina, consultado el 27 de diciembre de 2015.

⁴⁵ Sobre el concepto de *habitus*, véase Pierre Bourdieu, *The Field of Cultural Productions*, Cambridge, Polity Press, 2004, disponible en <http://web.mit.edu/allanmc/www/bourdieu2.pdf>, consultado el 22 de diciembre 2014. De igual modo, vale la pena el interesante análisis realizado por Alejandro Estrella González sobre E. P.

muestran al Che en el proceso constitutivo como lector de vida a través de las obras literarias, conociéndolas a fondo, sabiendo que eran parte de una colección y, en suma, armando una biblioteca propia desde entonces.

Es sintomático, por esa razón, que las novelas de aventura y autores como Jack London, Emilio Salgari, Julio Verne, fueran los preferidos del Che durante su infancia. Resulta llamativo, además, que dichos autores también hayan sido leídos por dos gigantes asmáticos de las letras latinoamericanas que, como Guevara, leyeron desde la enfermedad: José Lezama Lima y Julio Cortázar. Durante la infancia, la lectura del Che destacó por el ansia de movilidad. El niño asmático, frecuentemente en cama, encontró en la literatura un modo de convivir con la enfermedad que, en gran medida, determinaba su mundo, su manera de conocerlo y estar en él. La literatura representó un pilar importante en la constitución de sí mismo como sujeto, identificándose con los personajes de esas novelas de aventura. Michèle Petit recuerda que en su infancia ella se creyó Peter Pan, no sólo por lo que el personaje representaba –cierta androginia, la libertad y la felicidad – sino también porque a través de él, de la vivencia de sus aventuras, incursionó en otro espacio, en “una tercera dimensión” en la que “No sólo estaban los padres inaccesibles, el miedo a los castigos en la escuela y la sombra de la guerra. Estaba también ese impulso hacia otro lugar. Yo encontraba en la historia una fuerza”.⁴⁶ Su reflexión permite pensar cómo el Che también encontró un impulso, una fuerza, un mundo distinto al de las cuatro paredes y la enfermedad a través de lo leído. El ethos literario se construyó sobre la base de su identificación con el aventurerismo de los personajes, con el impulso del desplazamiento, con el afán de movilidad. El niño Guevara

Thompson en *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E.P. Thompson*, Cádiz, Universidad de Cádiz-UAM Cuajimalpa, 2011

⁴⁶ Michèle Petit, *Una infancia en el país de los libros*, trad. de Diana Luz Sánchez, Barcelona, Editorial Océano, 2008, p. 38.

encontró en Sandokan, “El rey del mar”, “El tigre de la Malasia”, uno de sus primeros modelos a seguir, por eso mismo se presentaba con ese nombre ante sus amigos.⁴⁷ Lo que Sandokan significó fue, en efecto, la incursión a ese otro espacio, a esa “tercera dimensión” en la que podía desplazarse pese al asma. Muchos años después, durante las operaciones secretas para la preparación de una incursión guerrillera en la Argentina, Guevara firmaba sus cartas –dirigidas especialmente a Jorge Ricardo Masetti– como “Martín Fierro”.⁴⁸ La identificación con el gaucho, en una misión en su tierra natal resulta altamente significativa: *Martín Fierro*, el personaje creado por José Hernández, fue el arquetipo justiciero y liberador retomado por Guevara para su posible regreso a Argentina.⁴⁹ El Che asumía así una figura literaria como propia; era, nuevamente, un personaje de sus lecturas el que le brindaba claves de su existencia.

Por ello no es gratuito que a lo largo de su vida, para hablar de sí mismo, hiciera referencia en múltiples ocasiones al caballero de la triste figura creado por Miguel de Cervantes. Don Quijote fue leído por el Che con afinidad y proyección para sí, como modelo rector de su desenvolvimiento en el mundo. Guevara encontró en don Quijote, desde su lectura particular, diversos elementos que le parecieron necesarios para tenerlos consigo: la lucha por la justicia, el valor de la verdad y la honra.⁵⁰ De hecho, en la carta de despedida a

⁴⁷ Horacio López Das Eras, *Ernestito Guevara antes de ser el Che (Sus años en Alta Gracia, Córdoba y Buenos Aires)*, Córdoba, Ediciones del Boulevard, 2006, p. 73.

⁴⁸ Jorge Serguera Riverí, *Caminos del CHE, datos inéditos de su vida*, México, Plaza y Valdés, 2008, p. 58.

⁴⁹ El proyecto que tuvo una corta duración entre 1963 y 1964, en el que el desempeño de Jorge Masetti fue fundamental, fracasó rotundamente. El Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) fue desmantelado y muchos de sus integrantes asesinados. Los restos de los combatientes, como en el caso del propio Masetti, nunca se encontraron. El Che no alcanzó a incorporarse al EGP. Véase Ciro Bustos, *El Che quiere vierte. La historia jamás contada del Che*, Buenos Aires, Ediciones B Argentina, 2011, pp. 136-208.

⁵⁰ Un análisis necesario sobre una lectura posible de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* es el realizado por Adolfo Sánchez Vázquez, “La utopía de don Quijote”, en *Entre la realidad y la utopía. Ensayos sobre política, moral y socialismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, pp.261-273. Además, para una visión más amplia sobre la influencia del Quijote en el Che véase Julio M. Llanes, *Che, entre la literatura y la vida (Notas para el corazón y la memoria)*, La Habana, Instituto de Investigación Cultural Juan Marinello, 2010. Asimismo, véase Daniel James, *Che Guevara. Una biografía*, pp. 61- 89.

sus padres antes de iniciar su partida al Congo y luego a Bolivia, escribió “Queridos viejos: Otra vez siento sobre mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo”.⁵¹ Una despedida firmada por valores quijotescos fue la mejor analogía que el Che halló para retratarse ante sus “viejos”. Pero quizá no exista nada más ilustrativo sobre la literatura como experiencia de vida, y de la vida como experiencia literaria, que un evento narrado por el propio Guevara. Se trata del desembarco en Alegría de Pío, apenas iniciada la gesta guerrillera de Sierra Maestra en 1956. Tras ser herido en el cuello, recordó una de sus lecturas de juventud:

Una ráfaga que no se distinguió de las demás, nos alcanzó a los dos. Sentí un fuerte golpe en el pecho y una herida en el cuello; me di a mí mismo por muerto [...] Faustino me echó una mirada en medio de su tarea y me dijo que no era nada, pero en sus ojos se leía la condena que significaba mi herida [...] Inmediatamente, *me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte por congelación, en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen nítida.*⁵²

En ese breve instante, la “única imagen nítida” fue un recuerdo literario. El Che evocó lo leído en un momento límite y enfrentó la posibilidad de la muerte emulando al personaje de London; encontró en éste un modelo de “dignidad” ante un acontecimiento entre la vida y la muerte. La experiencia literaria se convirtió en la experiencia vivida y ésta tuvo su referente en el texto; se generó así una reinterpretación vivencial en ese tiempo sincrónico en el que lo leído se fundió con lo vivido. Un episodio literario resignificó la vida y ésta resignificó, a su vez, lo leído. Existió una vivificación literaria en un momento en el que la

⁵¹ Ernesto Guevara, “Carta a los padres”, en *Escritos y discursos*, tomo 9, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, p. 390.

⁵² Ernesto Guevara, “Alegría de Pío” (1961), en *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1963), La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 2009, pp.12-13, cursivas mías.

vida se encontró en y con la literatura o, más aún, en un momento en el que la literatura se presentó en y con la vida.

Ricardo Piglia señala que en esa imagen evocada por el Che “se condensa lo que busca un lector de ficciones; *es alguien que encuentra en una escena leída un modelo ético, un modelo de conducta, la forma pura de la experiencia*”.⁵³ De tal manera, la literatura fue para el Che una proyección de su experiencia en la vida y, al mismo tiempo, un saberse dentro de esa experiencia. Es decir, un ethos que le permitía explicarse un suceso del mundo mediante una experiencia literaria. Para decirlo con Horacio López Das Eras, “sólo quien lleva la literatura en la sangre, puede asociar un cuento leído de niño con el instante que presagia una muerte inminente”.⁵⁴ El cuento de London le ofreció la posibilidad de manifestar su abatimiento, de representarse como si fuese aquel personaje literario que, sabiéndose condenado a muerte, buscaba acabar dignamente su existencia. La dimensión literaria de la vida que el Che encontró en ese momento límite sólo tiene parangón con la dimensión de vida literariamente creada por el cuento. A decir de Michèle Petit, los lectores no sólo se identifican o proyectan con los personajes literarios, además simbolizan su concepción como sujetos que se construyen a través de los relatos de otros, de ese proceso sacan “fuerzas para ir a otro lugar diferente”. Un texto, un personaje, del que el lector se apropia “viene a liberar algo que el lector llevaba en él, de manera silenciosa”.⁵⁵ Lo que el Che encontró en los textos, en la identificación y simbolización de sí mismo a través de los personajes evocados, fue un modelo de conducta, un deber ser ante el mundo.

⁵³ Ricardo Piglia, “Ernesto Guevara, rastros de lectura”, en *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 105.

⁵⁴ Horacio López Das Eras, *op.cit.*, p. 72.

⁵⁵ Michèle Petit, “Lectura literaria y construcción del sí mismo”, en *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, pp. 47-48.

Lectura y curación

La práctica de lectura ejercida por el Che se encontró marcada por una constante: la realizó desde la adversidad y en resistencia. Practicó una lectura subversiva si se la entiende como una alteración del orden existente en su entorno, transformando, al mismo tiempo, los textos leídos. Esa subversión generó un cambio en el orden de las cosas y en su relación con quienes le rodearon. Alberto Granado ofrece un testimonio representativo del tema que vale la pena citar:

Lo que más me asombraba era cómo había podido tener ese dominio de la literatura en tan poca edad. Yo al principio creía que era mentiroso. Decía “este muchachito me está engañando”, pero después discutíamos y me daba cuenta de que sí lo había leído. Entonces yo le decía: “Che, pelao, ¿cómo vos has tenido tanto tiempo para leer?” Él me decía: “*cuando mi viejo y mi vieja me meten en una habitación para hacer los sahumeros (el humo que se producía para el asma tan de moda en aquella época) yo en vez de estar tonteando lo uso para leer, por eso tengo tanto tiempo*”.⁵⁶

Del relato hay dos aspectos dignos de extraer. Primero: la oportunidad que el tratamiento de la enfermedad le brindó a Ernesto para leer “en vez de estar tonteando”; segundo: que tanto los “sahumerios” como la lectura se empataron así en un mismo plano curativo creando un espacio y “tanto tiempo” para leer; el tiempo de curación se tornó en tiempo de lectura, de aprendizaje, de imaginación. Adentrarse en la literatura representó una posibilidad de transformación en una clave de lectura que transitó del asma y la obligada quietud (donde respiración, ritmo, cuerpo y espacio, conforman un complejo universo de relaciones) a la movilidad necesaria en la guerrilla a la que convirtió en el espacio desde el cual leyó y se leyó. En ese sentido, la lectura no fue solamente un atenuante de la enfermedad

⁵⁶ Citado en Claudia Korol, *El Che y los argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Dialéctica, 1988, pp. 55-56, las cursivas son mías.

sino también la experiencia que la transformó en posibilidad de acceso a otras visiones del mundo.⁵⁷ El pequeño Ernesto se curaba leyendo, lejos de “tontear” prefería aliviar el asma a través del ejercicio lector. La movilidad de la que careció debido al padecimiento respiratorio fue subsanada por sus lecturas; las aventuras que no vivió físicamente las experimentó en el plano imaginativo. En esa operación hubo una apuesta de vida con y en la literatura o, más aun, una apuesta literaria en y con la vida. La vida lo condujo a la literatura, la literatura lo llevó a la vida; las obras literarias fueron el puente de experiencia entre el Guevara lector, los textos, y las condiciones de lectura.

El Che se refirió en varias ocasiones al poder curativo que la lectura ejerció en él; en ella encontró alivio en los momentos difíciles de su existencia. En su segundo viaje por Latinoamérica, durante su estancia en México, envió una carta para su amiga *Tita Infante* en la que le confesó haber tenido “mis momentos de abandono o más bien de pesimismo [...] Cuando eso ocurre como cosa transitoria de un día *yo lo soluciono con unos mates y un par de versos*”.⁵⁸ En sus palabras, los versos eran parte de la solución ante el pesimismo: empataban con el mate y, nuevamente, el espacio de abandono se reconfiguró en tiempo y espacio para leer. El “par de versos” significaron un alivio, una cura, una solución no para abstraerse de la realidad que vivía sino para hacerle frente. En otro momento, ya en noviembre de 1965 fuera de Cuba y en plena etapa de preparación para la expedición guerrillera de Bolivia, le escribió a Aleida March que se sentía “encarcelado, sin enemigos en la cercanía ni entuertos a la vista, *la necesidad de ti se hace virulenta y también fisiológica*

⁵⁷ Michèle Petit ha realizado un análisis sumamente valioso acerca del papel transformador de la lectura en la que resalta cómo, durante momentos de crisis sociales y personales, ésta no sólo es un refugio, un modo de abstraerse de los problemas sino un medio por el que se puede enfrentar de mucha mejor manera diversos obstáculos. Véase, Michèle Petit, *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, *op.cit.*

⁵⁸ Froilán González y Adys Cupull, *Cálida Presencia. Mi amistad con Tita Infante*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1995, p. 64, las cursivas son mías.

y no siempre pueden calmarlas Karl Marx o Vladimir Ilich”.⁵⁹ La formulación revela qué grado de importancia le concedió al ejercicio lector; éste podía calmar –aunque no siempre– la necesidad física y virulenta que sentía por su esposa. La lectura tenía la capacidad de romper distancias, de acercarlos, de pelear contra el “encarcelamiento”, la inmovilidad y la soledad que suponían los preparativos guerrilleros.

Leer le brindaba al Che el respiro fundamental ante las situaciones más complicadas. Así lo consignó en el diario de campaña que elaboró en el Congo donde narró “la historia de un fracaso” en la que se sintió solo “como nunca lo había estado, ni en Cuba ni en ningún otro lugar de mi peregrinar por el mundo”, allí se retiraba a leer “*huyendo de los problemas cotidianos, tendía a alejarme del contacto con los hombres*, sin contar que hay ciertos aspectos de mi carácter que no hacen fácil el intimar”.⁶⁰ Quizá, según lo ha sugerido Ricardo Piglia, se trataba de “una marca del pasado” en la que “La lectura es la metáfora de ese camino solitario. Es el contenido de su soledad y su efecto”.⁶¹ El doble movimiento señalado por Piglia, “contenido y efecto” de la soledad, no considera sin embargo cómo la lectura permitió, paradójicamente, vencer el camino solitario más allá del Congo o, en otras palabras, que la acción lectora era a la vez la metáfora y su superación, permitiendo al Che no desistir en su proyecto revolucionario. Leer funcionaba como una toma de distancia, como abstracción de “los problemas cotidianos” con la finalidad de enfrentarlos y, sobre todo, de realizar un examen crítico de la experiencia con miras al futuro en selvas sudamericanas. De esa manera había un afianzamiento por partida doble: el de su carácter como combatiente guerrillero y el de su militancia lectora ante la adversidad.

⁵⁹ Aleida March, *Evocación. Mi vida al lado del Che*, p. 141, las cursivas son mías.

⁶⁰ Ernesto Guevara, *Pasajes de la Guerra revolucionaria (Congo)*, p. 247.

⁶¹ Ricardo Piglia, “Ernesto Guevara, rastros de lectura”, *op.cit.*, p. 111.

En la configuración del Che como lector, la poesía ocupó un lugar de privilegio en su constante batalla por encontrar alivio en condiciones adversas. Antes de partir a Bolivia, como regalo de despedida para Aleida March, grabó en su voz “Los heraldos negros” de César Vallejo y dijo “Esto es lo único íntimamente mío, e íntimamente conocido de los dos, que puedo dejarte ahora”.⁶² El énfasis que dio a la frase “íntimamente mío” no era fortuito: la poesía fue su refugio y la expresión artística que más estimó. En selvas bolivianas, bajo el asedio constante del ejército boliviano, con escasas provisiones, rotos los contactos con la ciudad y con decesos de combatientes, transcribió poemas de César Vallejo, Nicolás Guillén, León Felipe y Pablo Neruda. Aunque, a decir de Paco Ignacio Taibo II, se trataba de una antología que el Che inició en Dar es Salaam. Además de elaborar el diario de campaña y un cuaderno de anotaciones sobre sus lecturas, invirtió tiempo en la expedición guerrillera para transcribir un total de 69 poemas.⁶³

Ciro Bustos, sobreviviente de la guerrilla boliviana, recuerda que en las marchas efectuadas por entre la selva el Che “caminaba recitando poemas, como si estuviera en un balcón de casa en las sierras de Córdoba”.⁶⁴ El Che recitó poesía porque así sobrellevaba la marcha guerrillera haciéndola más familiar, cercana, menos hostil. El 25 de abril de 1967, día que Guevara describió en su diario como “día negro” por la muerte de *Rolando* (“el mejor hombre de la guerrilla”) anotó, a modo de homenaje, que sobre su “muerte oscura sólo cabe decir, para un hipotético futuro que pudiera cristalizar: ‘Tu cadáver pequeño de capitán valiente ha extendido en lo inmenso su metálica forma’ [...] A las 3 enterramos el cadáver

⁶² La grabación puede escucharse en el documental de Tristán Bauer, *Che un hombre nuevo*, 2010, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=eQDEY3AAaBM>, consultado el 10 de diciembre de 2015.

⁶³ Paco Ignacio Taibo II, *El cuaderno verde del CHE*, México, Planeta, 2014.

⁶⁴ Ciro Bustos, *El Che quiere verte. La historia jamás contada del Che en Bolivia*, p. 324.

bajo una débil capa de tierra”.⁶⁵ El verso dedicado a *Rolando* forma parte del poema *Canto a Bolívar*, de Pablo Neruda.⁶⁶ Ante “la muerte oscura” recurrió a los versos, en ellos encontró no sólo la mejor manera de despedir a *Rolando* sino también el alivio necesario ante su pérdida.

Si bien la poesía resultó fundamental en los momentos adversos a los que se enfrentó, debe destacarse la manera en la que el Che concibió su propia práctica lectora en cuanto elemento de alivio. Ésta le permitió combatir la inmovilidad originada por el asma y transformar el mundo existente a su alrededor; revirtió el impedimento físico y lo aprovechó para conocer los mundos que la literatura le brindaba. Asimismo, curó su desánimo, o al menos, desde su visión, eso sucedía al recurrir a los versos. Leer significó la posibilidad de superar la distancia física entre él y Aleida; representó la calma que necesitaba ante la lejanía, la soledad y la muerte. En suma, la lectura no sólo fue el medio por el cual forjó un ethos y se posicionó ante el mundo sino también el espacio de combate contra la melancolía ocasionada por la adversidad o la derrota, convirtiendo a éstas en oportunidades para la victoria.⁶⁷

⁶⁵ Ernesto Guevara, *El diario del Che en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1978, p. 127.

⁶⁶ Es altamente probable que la transcripción del verso fuese hecha de memoria. El verso de Neruda dice “Tu pequeño cadáver”, mientras que el Che escribió “Tu cadáver pequeño”. Aunque el cambio es mínimo, si el Che hubiera tenido la oportunidad de cotejarlo seguramente habría notado la alteración.

⁶⁷ Sobre el tema de la melancolía y la militancia de izquierda véase el excelente artículo de Philippe Corcuff, “Libre Homenaje a Daniel Bensaïd (1946-2010). Travesías melancólicas de juegos de ‘juegos de lenguaje’ diversificados”, trad. de Catherine Héau y Gilberto Giménez, en *Cultura y representaciones sociales. Un espacio para el diálogo transdisciplinario. Revista electrónica de ciencias sociales*, Año 5, num.9., México, Instituto de Ciencias Sociales UNAM, septiembre de 2010, disponible en <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num9/>, consultado el 25 de enero de 2017. Asimismo, véase el seminario *Melancolía de izquierda*, realizado en el Instituto de Investigaciones Filológicas UNAM, los días 26, 27, y 28 de abril de 2016 a cargo de Enzo Traverso, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=2iIfCol2-D4>, consultado el 19 de agosto de 2016.

Literatura para explicar el mundo

Un elemento central en la configuración del Che como lector recayó en la manera de explicarse el mundo, y ante el mundo, a través de la literatura. En ese sentido, en Guevara puede encontrarse la literatura como un saber de vida que le permitió entenderse a sí mismo y hacerse entender con sus interlocutores. En el primer viaje por Latinoamérica, acompañado por su inseparable Alberto Granado, vivió un episodio amoroso que consignó en su diario. Para continuar el viaje tuvo que dejar a su novia, ocasionando una tensión que el *Fúser* describió como una “puja entre ella y yo”; al marcharse “por un momento resonaban en mis oídos los versos de Otero Silva”. Cito ahora los versos a los que se refirió:

Yo escuchaba chapotear el barco
los pies descalzos
y presentía los rostros anochecidos de hambre.
Mi corazón fue un péndulo entre ella y la calle.
Yo no sé con qué fuerza me libré de sus ojos
me zafé de sus brazos.
Ella quedó nublando de lágrimas su angustia
tras de la lluvia y el cristal
Pero incapaz de gritarme: ¡Espérame,
yo me marchó contigo!⁶⁸

Con los versos retrató la situación por la que atravesó, encontrando en ellos la mejor manera de exponer sus sentimientos y la “puja” amorosa con María del Carmen Ferreyra, *Chichina*. El ejemplo, aunque mínimo, ilustra cómo la experiencia literaria le otorgó una posibilidad de comprensión y descripción de un momento particular. En otras palabras, la literatura es, además de una experiencia personal, un saber de convivencia y, como ha observado Ottmar Ette, “quíéralo o no, posee una intervención en el saber sobre el vivir de los lectores”.⁶⁹ De hecho, en una carta para su madre, muy poco antes de embarcarse en el

⁶⁸ Ernesto Guevara, *Diarios de motocicleta. Notas de un viaje por América Latina*, p. 58.

⁶⁹ Ottmar Ette, “La filología como ciencia de la vida. Un escrito programático en el año de las humanidades”, p. 31.

Granma, escribió que si los cantos se equivocaran y no llegaran a ser victoriosos “Podré decir como un poeta que no conocés: ‘Sólo llevaré bajo tierra la pesadumbre de un canto inconcluso’”.⁷⁰ El verso era del poeta turco Nazim Hikmet y fue utilizado por el Che para exponerse ante Celia de la Serna, o en otras palabras, para traducir las inquietudes y sensaciones que experimentó en ese momento.

En 1961, en la conferencia económica celebrada en Punta del Este y ya como ministro de la Revolución cubana, el Che inició su participación agradeciendo el regalo que el presidente de Uruguay le hizo: las obras completas de José Enrique Rodó. El discurso, considerado por Peter W. Rose como uno de los más importantes realizados por Guevara, puso en tela de juicio la idea de la integración económica de América a través de la Alianza para el Progreso que encabezaba Estados Unidos.⁷¹ Para el Che, Rodó más que uruguayo era “americano nuestro, americano del Río Bravo hacia el sur”, que supo manifestar “en todo su ‘Ariel’ la lucha violenta y las contradicciones de los pueblos latinoamericanos contra la nación que hace cincuenta años ya también estaba interfiriendo nuestra economía y nuestra libertad política”.⁷² Abrir el discurso recordando a Rodó, con una interpretación altamente política del *Ariel*, significó tomar la figura del intelectual que supo pensar las contradicciones de lo “nuestro americano” ante el imperialismo estadounidense. Fue una obra literaria la que le dio una base intelectual desde la que debatió las ideas expuestas por los “señores técnicos” que se dieron cita en la conferencia. En ésta hubo una participación que mencionó a Martí; para contestarle a uno de los “señores técnicos” –refiriéndose así a los diplomáticos que

⁷⁰ Ernesto Guevara, “Carta a la madre”, en *Otra vez*, Melbourne, Ocean Sur, 2007, p. 170.

⁷¹ El cuidadoso análisis de Peter W. Rose disecciona la estructura retórica antiimperialista empleada por el Che en Punta del Este, véase “Che Guevara y la retórica del imperio”, en Helena Beristáin (compiladora), *Lecturas retóricas de la sociedad*, México, UNAM, 2002, pp.179-192.

⁷² Ernesto Guevara, “Discurso en la quinta sesión plenaria del Consejo Interamericano Económico y Social en Punta del Este, Uruguay”, en *Escritos y discursos*, tomo 9, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, p. 41.

defendieron la iniciativa de la Alianza para el Progreso— el Che advirtió que respondería a “Martí con Martí”. Es decir, “A Martí con Martí, pero con el Martí antiimperialista y antifeudal”. Guevara citó un largo fragmento de un texto escrito por José Martí en 1891; se trató del artículo “La Conferencia Monetaria de las Repúblicas Españolas” en el que el independentista cubano arremetió contra la unidad económica propuesta por la Conferencia Internacional Americana, en la que Estados Unidos tuvo un peso preponderante.⁷³ La formulación de Martí retomada por el Che fue la siguiente: “Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad”.⁷⁴ Esta fue la idea central que recorrió toda la intervención de Guevara. Respaldándose tanto en Rodó como en Martí, encontró fundamentos de sobra para debatir, una por una, las participaciones de los “señores técnicos” y enarbolar el derecho de la Revolución cubana a existir, así como el de los países del tercer mundo a rebelarse. Es decir, con Martí y Rodó, Guevara pudo explicar su oposición a la Alianza para el Progreso y a través de sus obras posicionarse ante los asistentes. Dos intelectuales latinoamericanos, dos escritores, le dieron la pauta para entablar un debate ideológico ante los representantes de Estados Unidos.

⁷³ Véase José Martí, *Obras escogidas en tres tomos*, tomo II, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales – Centro de Estudios José Martí, 2007, pp. 515-525.

⁷⁴ Ernesto Guevara, “Discurso en la quinta sesión plenaria...”, *op.cit.*, El párrafo completo que el Che citó es el siguiente: “Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra manda, el pueblo que vende sirve; hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad; el pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinde sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio de los que necesitan de él. El pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios en otros países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga sino en la mente de algún candidato o algún bachiller a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es el de ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras”, p. 42.

En el Che, la literatura fue un saber sobre la vida como comprensión y objeción del mundo también dentro de la Revolución cubana. En una carta a León Felipe, relató que en una comparecencia ante trabajadores recitó unos versos del poeta español con el fin de rebatirlos. “El poeta fracasado” que habitaba en Guevara afloró en ese momento con la intención de polemizar sobre el papel creador del trabajo en la construcción de una nueva sociedad. Para explicarse, para explicar su idea ante los demás, echó mano de uno de sus poetas predilectos. Los versos “empujados” por el Che fueron los siguientes:

Pero el hombre es un niño laborioso y estúpido/
que ha convertido el trabajo en una sudorosa jornada, /
convirtió el palo del tambor en una azada/
y en vez de tocar sobre la tierra una canción de júbilo, /
se puso a cavar...
Quiero decir que nadie ha podido cavar al ritmo del sol, /
y que nadie todavía ha cortado una espiga con amor y con gracia.⁷⁵

Esas líneas fueron el punto de arranque para señalar la forma en la que el trabajo, dentro del sistema capitalista, enajena al ser humano y lo despoja de sí mismo, convirtiéndolo en un “niño laborioso y estúpido”. Compartir el poema, recitando los versos de memoria, representó una operación intelectual cuyo objetivo era propiciar una reflexión colectiva. En esa intervención hubo un doble nivel de objeción a la realidad: por un lado, el que provenía de los propios versos pues éstos criticaban a ese hombre enajenado que no podía “cavar al ritmo del sol” y que no cortaba la espiga “con amor y gracia”; por otro, el que se desprendió de la lectura e interpretación del Che. Desde su punto de vista, el proyecto revolucionario de Cuba representó una ruptura de la enajenación a la que el ser humano era sometido en el capitalismo, por eso:

⁷⁵ Ernesto Guevara, “Discurso en la entrega de certificados de trabajo comunista en el Ministerio de Industrias”, en *Escritos y discursos*, tomo 8, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, p.150.

nosotros podríamos decirle hoy a ese gran poeta desesperado que viniera a Cuba, que viera cómo el hombre después de pasar por todas las etapas de la enajenación capitalista, y después de considerarse una bestia de carga uncida al yugo explotador ha reencontrado su ruta y ha reencontrado el camino del fuego. Hoy en nuestra Cuba el trabajo adquiere cada vez más una significación nueva, se hace con una alegría nueva.⁷⁶

En ese gesto se dibujó un método de lectura que entendió el poema como texto vivo capaz de interpelar tanto a la realidad cubana como al ser humano; así, polemizó con la idea encarnada en los versos y generó un diálogo con el poeta. La presencia de lo literario era fundamental para Guevara porque en ella encontró una posibilidad de explicar sus sensaciones; fue un saber de convivencia que le proporcionó herramientas para observar desde una perspectiva diferente los contextos en los que se desarrolló: se tratara de la lucha guerrillera o de los viajes por Latinoamérica; de la intimidad y el amor o la construcción del socialismo. La referencia a la vida era también una referencia a la literatura, ambas fueron experiencias complementarias en su existencia.

Un testimonio de Orlando Borrego, colaborador cercano de Guevara en su etapa como ministro, así lo ejemplifica. En 1962, paralelamente a la construcción teórico-práctica del Sistema de Financiamiento Presupuestario, el Che encontró correspondencia con éste y la novela *Looking Backward*, de Edward Bellamy. Aunque escrito en la mitad del siglo XIX, el relato está ambientado en un futuro año 2000 en Estados Unidos. Bellamy planteó una sociedad soñada por el protagonista en la que dejó de existir la circulación del dinero. Bellamy, a decir de Orlando Borrego, proyectó cómo “se podría socializar la economía”, tocaba el tema del desarrollo tecnológico y el problema de la distribución “justo en términos prácticos”. Así, según Borrego, cuando el Che leyó la novela encontró similitudes con “el sistema presupuestario de financiamiento”. Guevara se sorprendió y se apasionó tanto que

⁷⁶ *Ídem.*

“obligó” a sus colaboradores a leerlo. El testimonio continúa refiriéndose a la impresión que la novela causó en el Che, “¡Fíjate que interesante! ¡Cómo coincide con lo que planteamos nosotros!”.⁷⁷ Lo llamativo es el diálogo establecido entre la obra literaria y la obra revolucionaria; la literatura resultó un componente imprescindible de los planteamientos teóricos del Che porque en ella encontró una veta diferente para exponer, con igual profundidad intelectual, el complejo entramado de sus ideas. En otras palabras, de la mano de *Looking Backward*, Guevara se explicó a sí mismo y explicó sus proposiciones a los demás. Es relevante cómo se formó así, a partir de una obra de ficción, una posibilidad de entender la realidad cubana; la obra literaria aportó elementos para enfrentar un problema en la construcción socialista. La ficción “coincidía” con lo que el Che buscaba para Cuba en ese momento y permitía imaginar una realidad posible. De ahí la sugerencia para que fuera conocida por sus colaboradores, buscando leer, con ella y desde ella, un pensar distinto para la triunfante Revolución cubana de esos primeros años. De esa manera, una obra literaria generó en Guevara una reflexión teórica a partir de un contexto histórico concreto. Desde luego, dicho ejercicio intelectual representó la marca de una lectura crítica en la que dialogó con los textos para tratar de entender la vida y desenvolverse mejor en ella.

Lectura en la guerrilla

Para el Che, la literatura fue una forma de aprendizaje y una interpretación de la vida que le permitió una construcción como sujeto ante el mundo y fue, sobre todo, una experiencia

⁷⁷ Néstor Kohan, “Che Guevara, lector del *Capital*. Diálogo con Orlando Borrego Díaz, compañero y colaborador del Che en el Ministerio de Industrias”, en *Ernesto Che Guevara. El sujeto y el poder*, Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2005, pp.249-250, las cursivas son mías. Para un conocimiento a mayor profundidad de esa etapa en la que el Che plantea el Sistema Presupuestario de Financiamiento como el camino a seguir en la economía cubana, el propio Orlando Borrego ofrece un rico recorrido de los debates y dificultades a las que Guevara se enfrentó, véase *Che. El camino del fuego*, La Habana, Imagen Contemporánea, 2001.

reflexiva que abonaba a la transformación del ser humano. Por eso resulta llamativo un informe del FBI fechado el 13 de febrero de 1958, en el que se describe al Che en plena lucha guerrillera de Sierra Maestra:

El “Che” es bastante intelectual para ser “latino”. Ha leído bastante de la literatura “latina” y aprecia a los clásicos de la literatura de otros países. Es inteligente y de pensamiento ágil. [] Ha hecho que se traigan libros a la Sierra Maestra y se los lee a los soldados [] de su columna [] nunca le vio leyendo a Karl Marx ni a otros autores comunistas. Por el contrario, sus esfuerzos por educar a los soldados se restringen a la literatura, [] leyéndoles obras de Charles Dickens y de Alphonse Daudet, entre otros.⁷⁸

Vale la pena detenerse un poco en el informe. Si bien tiene un fuerte sesgo peyorativo al considerar a Guevara “bastante intelectual para ser latino”, lo relevante está en la percepción que ofrecía acerca de las obras literarias como base fundamental de la educación guerrillera. El Che hizo que se llevaran libros de Dickens y Daudet para él y sus compañeros; compartió así lecturas, libros y combates. Es decir, socializó su modo personal de aprendizaje entre los combatientes, ponderando la lectura de obras literarias en cuanto forma de transformación intelectual y política de los guerrilleros.⁷⁹ La literatura tomó así un fuerte sesgo pedagógico en comunión en la acción política que supuso la lucha armada. En ese contexto, lucha política y lectura adquirieron un mismo nivel de trascendencia: no era posible pensar la primera sin la segunda, ni ésta sin aquélla. Por eso, Roberto Massari señala que “En la Sierra Maestra el Che leerá resúmenes de Don Quijote como texto formativo para los nuevos reclutas de la guerrilla, a modo de confirmación de su paso de una apreciación de los

⁷⁸ Michael Ratner y Michael Steven Smith (comps.), *El Che Guevara y el FBI. El expediente de la policía secreta de Estados Unidos sobre el revolucionario latinoamericano*, trad. de Gabriela Salazar, México, Siglo XXI, 2000, p. 60. Los corchetes representan tachaduras en el texto original.

⁷⁹ Según Peter McLaren, en la guerrilla “la autoeducación, por medio de la lectura y la escritura diarias, se volvió una práctica importante para la formación de la conciencia socialista”, *La pedagogía del Che Guevara: la pedagogía crítica y la globalización treinta años después*, trad. de Óscar Fernando Velasco, México, Editorial La Vasija, 2001, p. 74.

orígenes esencialmente fantástico- literarios de la obra más célebre a un interés político educativo”.⁸⁰ En ese sentido, se creó una nueva situación de lectura, ya no como una cuestión individual sino colectiva, no como aspiración personal anterior a la vida guerrillera sino que se gestó, con los textos literarios como simiente, un proyecto de transformación política en común durante el proceso de insurrección. La lectura como ejercicio crítico, como fermento de una nueva subjetividad, fue constitutiva tanto de la formación intelectual dentro de la lucha guerrillera, como de la transformación humana en ella. Con sobrada razón, Gustavo Ogarrio señala que en Guevara se produjo “una transfiguración” vinculada por “la política revolucionaria” y una importante “formación letrada”.⁸¹ En esa transfiguración colectiva en plena Sierra Maestra, la biblioteca andante transportada en mochilas resultó fundamental.

Asimismo, hay una línea de continuidad en la lectura que se enlaza íntimamente con su actividad política: una lectura desde el ejemplo. El testimonio de Ponciana Pérez, “Chana”, una vieja campesina simpatizante de los rebeldes, es una muestra del modo en que el Che enseñaba a través de su actuar:

Ese cristiano andaba siempre con los libros arriba: se iba a tomar un buchito de café y usted ve que soplabla y tomaba sin quitar los ojos del libro, como si estuviera lelo [...] eran libros y folletos y revistas que siempre hablaban de la política, de la guerra. Yo no sé si a veces eran novelas o libritos de cuentos porque yo no leo gran cosa y tengo la vista bastante mala [...] Todos esos libros él los llevaba en mochila y a veces la mochila la cargaba él y a veces la cargaba otro. *Él no dejaba esa mochila en ningún lado: tenía que ser para un combate o para irse a bañar al río.*⁸²

Del testimonio de la vieja “Chana” pueden rescatarse tres observaciones relevantes. La primera de ellas se vincula con la inversión de tiempo para la lectura. Valía la pena leer

⁸⁰ Roberto Massari, *op. cit.*, p. 29.

⁸¹ Gustavo Ogarrio, “Che Guevara: una política de la transfiguración”, en *La Jornada Semanal*, n.745, 14 de junio 2009, disponible en www.jornada.unam.mx, consultado el 20 de junio de 2014.

⁸² Citado en Froylán Escobar y Félix Guerra, *El Che en la Sierra Maestra*, México, Editorial Diógenes, 1980, p. 118, las cursivas son mías.

incluso cuando se tomaba “un buchito de café”, es decir, empataba el ejercicio placentero de lectura con el placer de la bebida. Era tiempo vivo que otorgaba, además de la posibilidad de distracción, “alelarse”, estudiar sobre “política” y la “guerra”. La segunda se refiere a los tipos de textos, pues bien podían ser “novelas”, “libritos de cuentos”, “folletos” o “revistas”. Finalmente, los libros representaron una carga valiosa que no podía dejarse “en ningún lado” y la mochila en la que viajaban iba a un “combate” o “al río”. Esa forma de actuar por parte del Che sugería a sus compañeros lo importante que era leer, lo importante de los libros en el proceso revolucionario.

La mayoría de los combatientes eran analfabetos; aprender a leer a través de textos literarios representó para ellos una apropiación de la experiencia lectora del Che y para éste la viva transmisión de su experiencia literaria como conocimiento del mundo. Leer la vida en la guerrilla a través de la literatura era concebir de un modo diferente la guerra misma. La lectura, la enseñanza desde la literatura, entendida no como un gesto paternalista sino como expresión de solidaridad, de construcción de conocimiento de los combatientes y, por lo tanto, del proceso revolucionario mismo. La recepción de las obras literarias en la guerrilla, y la figura solidaria del Che como transmisor de la lectura, representaron una forma lúdica de aprendizaje que se convirtió en modelo de significación, reinterpretación y concepción estética de lo que la vida podía ser.⁸³

Por esa razón, la presencia de una biblioteca y la preocupación de Guevara por la lectura y el estudio de los guerrilleros en las tres expediciones armadas en las que participó son elementos sustanciales en la constitución del combatiente como ser humano pleno. Asimismo, leer desde la guerrilla, leer con los guerrilleros, significó la creación de una

⁸³ Véase Rosario Mañalich Suárez, *La competencia literaria en Ernesto “Che” Guevara*, disponible en <http://bimestrecubana.cult.cu>, 2008, consultado el 15 de enero de 2013.

comunidad lectora que inició así su militancia política. El estudio –y de ahí la importancia de las escuelas fundadas por el Che, principalmente en Sierra Maestra–, la lectura, se presentaron como agentes indispensables que contribuían al cambio social. De hecho, en *La guerra de guerrillas* Guevara señaló la conveniencia de llevar “algún libro, *intercambiable entre los miembros de la guerrilla*”. Los libros podían ser “buenas biografías de héroes del pasado, historias o geografías económicas, preferentemente del país” además de “algunas obras de carácter general”, con la finalidad de elevar “el nivel cultural de los soldados”.⁸⁴ Los libros resultaban entonces un aditamento necesario, una compañía para los guerrilleros, pero también un modo de sociabilidad dentro de la guerrilla; un libro tenía que ser “intercambiable”, es decir, para todos los combatientes. Asimismo, podían ser textos que sirvieran tanto para el estudio de la historia del país, como para elevar el “nivel cultural” de los guerrilleros.

El ejercicio lector hermanó a los combatientes no sólo como compañeros de armas sino también como seres humanos que buscaban un cambio en las condiciones sociales imperantes en su vida. A través de la lectura se crearon lazos de afecto y compañerismo, tan importantes como el desempeño armado. Al respecto, Harry Villegas “Pombo”, combatiente de Sierra Maestra y luego sobreviviente de la guerrilla boliviana, señaló: “El Che me enseñó en gran medida todo lo que conozco de la vida, *empezando por aprender a leer y a escribir*, siempre se ocupó mucho del problema del carácter del hombre”.⁸⁵ Vale la pena resaltar cómo se estrecha así la relación de “conocimiento” de la vida gracias a los actos de “leer” y

⁸⁴ Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, La Habana, Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, 1960, p. 81, las cursivas son mías.

⁸⁵ Harry Villegas, “El Che me enseñó a leer y a escribir”, 2010, disponible en <http://marialeon.psu.org.ve/2010/10/07/opinion/ernesto-che-guevara-me-enseno-a-leer-y-a-escribir-fue-ejemplo-del-hombre-nuevo/#.WH8wXVXhCpo>, consultado el 16 de enero de 2017, las cursivas son mías.

“escribir”, vinculándose también al problema del “carácter del hombre” o en otras palabras a la formación intelectual y política del combatiente. Guevara fue el compañero que enseñó a leer, es decir, el que actuó solidariamente con los demás ofreciéndoles herramientas para interpretar el mundo.

El 11 de enero de 1967, ya en tierras bolivianas, el Che registró en su diario que en una cueva, cuya función era la de escondite, “mis libros se habían mojado; algunos se habían desecho”.⁸⁶ El evento de los libros mojados, aunque registrado lacónicamente, no podía pasar desapercibido y tenía que ser anotado como un suceso importante dentro del desarrollo de la guerrilla, sobre todo porque “algunos” se deshicieron, es decir, fueron bajas en el contexto de guerra. No fue la única ocasión en la que el Che escribió sobre la pérdida de libros, el 31 de julio de 1967 consignó que luego de una emboscada del Ejército boliviano a uno de los campamentos guerrilleros “Se pierden 11 mochilas con medicamentos, prismáticos, y algunos útiles conflictivos como la grabadora en la que se copian los mensajes de Manila, el libro de Debray anotado por mí y un libro de Trotski”.⁸⁷ Resulta llamativa la forma en la que se refiere a los libros: son, junto a la grabadora, “útiles conflictivos”. Es decir, herramientas que en manos del enemigo otorgarían pistas no sólo de lo que llegaba al campamento, sino también de los temas políticos que se discutían. En una entrevista realizada por Néstor Kohan, Harry Villegas ofreció su visión sobre la importancia del estudio en la guerrilla boliviana:

Hicimos una biblioteca bastante amplia. Teníamos muchos materiales de carácter económico, de carácter histórico. *El tiempo que estuvimos en Bolivia haciendo vida clandestina nos permitió ir adquiriendo unos 500 o 600 libros. Nos dedicábamos a leer y a hacer trabajo organizativo. [...] Además de estas cosas [el Che] leía colectivamente con todos nosotros novelas costumbristas de forma tal que entendiéramos al hombre sudamericano [...]* En Cuba los

⁸⁶ Ernesto Guevara, *El diario del Che en Bolivia*, p. 60.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 188.

españoles desaparecieron al hombre autóctono y después está la mezcla de nosotros, los negros, con los gallegos, y surgió el criollo. Entonces acá había otros hábitos...*Entonces el Che trataba de transmitirnos la psicología de la gente de Bolivia.*⁸⁸

El testimonio de Pombo destaca, en primera instancia, por la cantidad de libros adquiridos, “500 o 600”, si se toma en cuenta la necesidad de ligereza y movilidad que la guerrilla debía priorizar. En segundo término, los materiales que estaban en la “biblioteca”, es decir, de “carácter histórico” y económico que iban a ser estudiados. Leer y organizar tenían la misma importancia en la preparación de los combatientes: para pertenecer a la guerrilla había que leer y estudiar. Además, el acto de lectura no era solamente individual, sino también colectivo. Se leían “novelas costumbristas” para tratar de entender “al hombre sudamericano”, para comprender al otro, al desconocido. La literatura no como un acto mecánico de lectura, sino como medio de transmisión “de la psicología” de los bolivianos. La lectura se convirtió así un acontecimiento político dentro de la propia guerrilla, fue la metáfora de ésta: la lectura como guerrilla de la guerrilla. El Che escribió en *La guerra de guerrillas*, debatiendo contra el quietismo político de ciertas organizaciones, que no se trataba de esperar a que las condiciones sociales estuvieran dadas para actuar y propiciar un cambio en la sociedad, sino de generar esas condiciones, de crearlas. Leer actuó al interior de la organización guerrillera, de la mano con la acción política, como fermento transformador de los combatientes que coadyuvó a la creación de “las condiciones” para la consolidación política e intelectual de los guerrilleros. A decir del Che, un guerrillero tenía que ser, sobre todo, un reformador social que empuñaba las armas para “cambiar el régimen

⁸⁸ Néstor Kohan, “Las enseñanzas del Che. Entrevista a Harry Villegas Tamayo “Pombo”, en *El sujeto y el poder*, p. 183, las cursivas son mías.

social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria”;⁸⁹ la lectura como práctica política se convirtió así en uno de los agentes de cambio y consolidación revolucionaria de los guerrilleros. Asimismo, leer en la guerrilla significó el acceso y el ejercicio de los bienes culturales antes adquiridos por el Che, luego resignificados en las condiciones de la vida bélica. La biblioteca andante de los guerrilleros resultó importante porque los proveyó de una lectura del mundo desde los libros que, a su vez, transformó la guerrilla en torrente de aprendizaje y solidaridad. Como ha señalado Rafael Mondragón, las bibliotecas populares concebidas desde la militancia política significan ante todo “un espacio de amor”, de “solidaridad incondicionada”.⁹⁰

En *El socialismo y el hombre en Cuba*, el Che afirmó que el revolucionario “verdadero” se guiaba por “grandes sentimientos de amor”.⁹¹ Por esa razón un guerrillero, como revolucionario, como reformador social, era impulsado por “grandes sentimientos de amor”, es decir, por los sentimientos de solidaridad, de la hermandad, del compañerismo con el otro, con el desconocido. En la lucha guerrillera, anotó el Che en su diario de Bolivia, hay oportunidad de convertirse “en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana”.⁹² Para alcanzar ese escalón era importante leer, estudiar, comprenderse y comprender al otro en el mundo que se deseaba transformar.

⁸⁹ Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, p. 16.

⁹⁰ Rafael Mondragón, “La biblioteca, otro nombre de utopía (A contramano del dramaturgo anarquista Rodolfo González Pacheco)”, en *La Pacarina del Sur [En línea]*, num.27, abril- junio del 2016, disponible en <http://www.pacarinadelsur.com/home/pielago-de-imagenes/1295-la-biblioteca-otro-nombre-de-utopia-a-contramano-del-dramaturgo-anarquista-rodolfo-gonzalez-pacheco>, consultado el 10 de octubre del 2016.

⁹¹ Ernesto Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Escritos y discursos*, tomo 8, p. 269.

⁹² Ernesto Guevara, *El diario del Che en Bolivia*, p. 196.

Literatura y visión de mundo

La escritora María Rosa Oliver recuerda algunas apreciaciones vertidas por el Che acerca de la literatura de la Revolución cubana durante una entrevista sostenida en 1964. Según su testimonio, Guevara comentó “lo *malas que suelen ser las novelas* con temas de la naciente revolución que considera falsas, estereotipadas y basadas en una errada tendencia didáctica que hace pasar por alto hechos dignos de ser contados”.⁹³ Despunta de inmediato la valoración artística que tenía de la producción novelística: no bastaba que éstas relataran “temas” de la Revolución si en cuanto a la forma eran “estereotipadas”. Su evaluación se sustentó en términos estéticos, por encima de la cuestión temática. Además, se desprendía otro elemento relevante que tenía que ver con la relación desfasada entre la creación literaria y la creación revolucionaria, donde la primera quedaba a la zaga de la segunda.

Desde luego, la lectura de Guevara no se redujo sólo a la cuestión de la forma, pero fue una parte significativa. Se trató, al igual que el aspecto de la adversidad, de una constante en su constitución como lector de textos literarios, a la vez que lector de sí mismo y del mundo. En 1965, poco antes de partir a Bolivia, en una carta para Aleida March, escribió “Como siempre, te había hecho un versito y, como siempre, lo rompí. *Cada vez soy mejor crítico*, y no quiero que me pasen accidentes como los de la otra vez”.⁹⁴ El “poeta fracasado” salió nuevamente al camino pero en un examen estético decidió, “como siempre”, romper el “versito”. Se trata de un testimonio valioso entendido como consideración autocrítica que puso en primer lugar el nivel artístico de sus letras. Es relevante porque está en un plano de intimidad y respeto a su lectora; ponderando literariamente lo escrito prefirió deshacerse del

⁹³ María Rosa Oliver, “Solamente un testimonio”, en *Casa de las Américas*, n. 206, enero –marzo de 1997, p. 95.

⁹⁴ Aleida March, *op.cit.*, p. 141.

verso. La frase “Cada vez soy mejor crítico” es reveladora por dos cuestiones: por una parte, lo muestra consciente de su papel de lector –y como autor del versito– en constante construcción, es decir, “cada vez” que leía o escribía realizaba una evaluación estética; por otra, que esa construcción era impensable sin el sustrato literario que lo constituyó como lector y como autor. La referencia a una buena poesía tenía como base a sus poetas predilectos: Neruda, Vallejo, León Felipe, Nicolás Guillén, Nazim Hikmet. En el Che, la literatura, como forma de conocimiento, como experiencia y saber de vida, no fue algo ya construido y terminado sino un proceso continuo que le dio la posibilidad de constituirse como un “mejor crítico”. Cuando Guevara se refirió a los accidentes “como los de la otra vez”, lo hizo muy probablemente a la publicación en Cuba (sin su consentimiento) de unos versos de juventud; al estimarlos de poco valor literario solicitó el fin de su circulación. Hubo, ni duda cabe, una fuerte dosis de ego en ello, pero también de franca honestidad “crítica” ante lo que escribió y, sobre todo, de respeto a su propia experiencia literaria y a la de los posibles lectores.

La literatura se convirtió así en un filtro estético que paralelamente le generó un juicio autocrítico capaz de perfilar su mirada en tensión con el mundo que vivió. Al respecto, conviene apuntar que el propio Che, en la carta de despedida a sus padres al abandonar Cuba, escribió que su voluntad había sido pulida “con delectación de artista”.⁹⁵ Las obras literarias le brindaron modelos éticos a seguir con una impronta crítica ante el mundo desde la cual, siempre de la mano de la experiencia, configuró esa visión estética, es decir, “de artista”. No resulta casual, en ese sentido, que hiciera énfasis en considerar a la Revolución cubana como una obra de arte. En el más célebre de sus ensayos, *El socialismo y el hombre en Cuba*, el

⁹⁵ Ernesto Guevara, “Carta de despedida a sus padres”, en *Escritos y discursos*, tomo 9, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, p. 391.

Che señaló que la construcción del socialismo era “*un extraño y apasionante drama*”⁹⁶ en el que el ser humano daba inicio a la ruptura de la enajenación capitalista. La Revolución se tornaba así, a modo de una puesta en escena, en una obra artística en la que los individuos eran a la vez quienes la escribían y la actuaban. Considerar a la Revolución, en la etapa de construcción socialista, como un “extraño y apasionante drama” muestra la visión de Guevara a través de un catalejo artístico. Ojo estético y acción revolucionaria se tornaron, por esa razón, en partes complementarias de su pensamiento.

Por ese motivo, en el caso del Che, la literatura le permitió conducirse en la vida a través de los modelos éticos de conducta proporcionados por lo literario, desarrollando así una visión estética, *un deber ser del mundo y un deber ser en el mundo* que se tradujo en su acción revolucionaria configurando un proyecto ético y estético expresado en la idea del hombre nuevo. El proceso revolucionario cubano fue, en esa perspectiva, una apuesta desde un ethos que le permitió construir, desde la propia experiencia, desde la praxis, una alternativa al sistema capitalista. Por eso, con la literatura, desde ella, como un saber sobre la vida, tras lo que decía Marx podía sentir “latir la misma palpitación de Baudelaire”.⁹⁷

Para Guevara, la literatura y el ejercicio lector fueron elementos que hicieron posible pulir su voluntad con “delectación de artista”, y le otorgaron la capacidad de construir todo un proyecto de utopía enunciado especialmente en *El socialismo y el hombre en Cuba*. En esa apuesta por la utopía está la base de la transfiguración política de quien puso en juego su propia vida. Para Guevara, la lectura no fue solamente un medio de crecimiento personal sino también un modo de vida por el que transitó su experiencia, su saber de ella y en ella, en el que, según lo expresa el periodista Diego Cano, leyó porque “sabía que sus propias ideas

⁹⁶ Ernesto Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Escritos y discursos*, tomo 8, p.257, cursivas mías.

⁹⁷ María Rosa Oliver, “Solamente un testimonio”.

debían ser sustentadas en el conocimiento interno de las cosas que hicieran más fuerte su accionar político”.⁹⁸ Leer fue componente fundamental de su proyecto político revolucionario. La lectura como práctica política, y la práctica política como lectura del mundo, se convirtieron en un binomio que le permitió entender la Revolución en cuanto proceso de transformación del ser humano, como una utopía capaz de alcanzarse. Si el proyecto revolucionario de Guevara le dio razón a la utopía, la lectura le proporcionó las herramientas teóricas para el planteamiento intelectual de ésta. El ejercicio de lectura llevado a cabo por el Che fue también un ejercicio político; en otras palabras, se trató de la traducción intelectual de su praxis política. Por ello, su accionar político no puede atribuirse a la improvisación o el aventurerismo, sino a todo el bagaje teórico brindado por lo que leyó y al método con el que se enfrentó a los textos. Con éstos, al participar en la lucha guerrillera en Cuba y después en la construcción del socialismo con “cabeza propia”, generó “la conciencia de la posibilidad del cambio creada en la práctica misma”, según lo plantea el uruguayo Fernando Lizárraga.⁹⁹ La utopía como proyecto realizable dentro de la Revolución por la que el Che apostó no fue sino otra manera de expresar una lectura subversiva de las condiciones por las que transitó en su existir. Guevara leyó desde la experiencia literaria que enriqueció su experiencia de saber sobre la vida. El Che demostró, a lo largo de las diferentes expediciones guerrilleras, y de su etapa como constructor del socialismo, que la lectura –y dentro de ella las obras literarias– puede ser entendida como sinónimo de militancia política que dota de riqueza teórica a ese saber sobre la vida que representa la literatura. El ethos

⁹⁸ Diego Cano, “El *Che* de Bauer: política, romanticismo y mitificación”, en *Nueva Crónica*, primera quincena de noviembre 2010, p.14, disponible en <http://www.chebolivia.org/index.php/articulos-de-otros-autores/96-el-che-en-el-cine/214-el-che-de-bauer-politica-romanticismo-y-mitificacion>, consultado el 7 de diciembre de 2015.

⁹⁹ Fernando Lizárraga, *La justicia en el pensamiento de Ernesto Che Guevara*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2006, p.200.

literario del Che, y todos los elementos que lo componen, significaron una poética de la lectura para la vida; es decir, una apuesta política para la transformación del mundo.

Capítulo II

La militancia lectora

Entre el mundo de la lectura y la lectura del mundo

El ensayista argentino Alberto Manguel escribió que en el ejercicio lector “el lugar en el que leemos” es importante porque además de proporcionar un espacio físico al texto, tanto éste como aquél “comparten la misma calidad hermenéutica”, es decir, ambos “tientan al lector con el desafío de la elucidación”.¹⁰⁰ La observación del crítico argentino es afortunada porque coloca en un mismo plano de análisis aquello que se lee y una lectura en situación mediada por las condiciones en las que se lleva a cabo. El lector se acerca al texto desde una situación determinada, pero al mismo tiempo el texto permite una aproximación a la situación desde la que se desarrolla el ejercicio lector. En otras palabras, el lector interpreta al mundo porque interpreta al texto y viceversa. Nadie menos que Paulo Freire escribió que la lectura del mundo “precede a la lectura de la palabra, de ahí que la posterior lectura de ésta no pueda prescindir de la lectura de aquél”.¹⁰¹ El planteamiento del pedagogo brasileño ofrece la oportunidad de reparar en algunos aspectos. Si bien la lectura del mundo “precede” a la lectura de la “palabra”, ésta es la que posibilita una nueva lectura del mundo que, a su vez, genera una nueva lectura de aquello que se lee. En otros términos, existe un movimiento paralelo de lectura porque ésta, aunque se trate de la lectura del mundo, se encuentra mediada por la forma de leer de aquel que enseña a otros; la influencia sobre esos otros predispone así una manera de acercarse a la palabra. Por esa razón, las situaciones de lectura representan parte fundamental de la lectura misma.

¹⁰⁰ Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, p. 180.

¹⁰¹ Paulo Freire, “La importancia del acto de leer”, en *La importancia de leer y el proceso de liberación*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Siglo XXI, 2004, p.94.

Ernesto Guevara de la Serna no participó políticamente sino hasta los 26 años cuando intentó sin éxito, junto a varios exiliados latinoamericanos, armar grupos de resistencia ante el golpe militar que derrocó al gobierno de Jacobo Árbenz en 1954. Hasta entonces, quien todavía no era conocido como el Che, ejercía una militancia que luego se convirtió en un componente de suma importancia en su trayectoria revolucionaria: era un militante de la lectura. Su militancia lectora no fue siempre igual, sino que tuvo distintos momentos, inquietudes, debates, que respondieron, en gran medida, a la época y las situaciones en las que la desarrolló y consolidó.

En la casa de los Guevara de la Serna existió un ambiente bohemio, de una cultura de izquierda que apoyó la causa de la República española y el movimiento antifascista generado a su alrededor. Carlos “Calica” Ferrer, amigo de Ernesto desde la infancia y con el que viajó en su segundo recorrido por América Latina, señala que el círculo de amistades de la familia Guevara, especialmente en Alta Gracia, estaba conformado por músicos como Manuel de Falla, Paco Aguilar y el poeta Rafael Alberti.¹⁰² Los Guevara, incluido el pequeño Ernesto, asistían asiduamente a las tertulias donde había poesía, música y discusión política; muy tempranamente, *Teté* se desarrolló en un ambiente de sociabilidad política e intelectual. Todos los biógrafos del Che coinciden en que la biblioteca de su familia era amplia, con textos de filosofía, poesía y novelas de aventura a las que se aficionó rápidamente. Según Horacio López Das Eras, Ernesto adoptó, desde muy pequeño y con gran entusiasmo, “la tradición lectora de su familia”.¹⁰³ *Teté* hizo uso de la biblioteca familiar y se integró a la “tradición lectora”, es decir, se apropió de los libros y empezó a constituirse como lector.

¹⁰² Carlos Ferrer, *De Ernesto al Che. El segundo y último viaje del Che Guevara por América Latina*, Buenos Aires, Marea Editorial, 2012, p. 48.

¹⁰³ Horacio López Das Eras, *op. cit.*, pp. 71-72.

Baudelaire, Neruda, Quiroga, London, Salgari figuraron entre los autores a los que Ernesto tuvo alcance. La biblioteca, la tradición lectora de su familia, las tertulias, las discusiones políticas fueron los primeros bienes culturales a los que Guevara accedió. Estos elementos quedaron consignados en los distintos índices, cuadernos de anotaciones y programas de lectura que escribió a lo largo de su vida. A su vez, este conjunto de textos representan una práctica escritural íntimamente vinculada con su militancia lectora. Es, precisamente en tal sentido, que las listas, índices, programas y anotaciones de las lecturas realizadas por el Che representan, sobre todo, una guía de la biblioteca conformada a lo largo de su vida. Al referirse a la biblioteca personal de José Lezama Lima, Sergio Ugalde ha escrito una idea valiosa que puede vincularse con Guevara: una biblioteca es “el origen de una tradición. Cada quien hace la suya según su sensibilidad, sus gustos y sus disgustos”.¹⁰⁴ El Che fundó su propia biblioteca y en ella conjuntó distintas tradiciones políticas, literarias e intelectuales y éstas, a su vez, configuraron la tradición lectora de Guevara. Para decirlo a la manera de Sergio Ugalde, en la biblioteca “se congregan, como en una cena de familia, todos los antepasados más cercanos: los queridos y los incómodos, los admirados y los polémicos, los cómplices y los enemistados. A ella asisten nuestras deudas más íntimas. Se aparecen los personajes que una vez soñamos y vimos; los versos que se grabaron en nuestra mente”.¹⁰⁵

La biblioteca del Che narra, a su manera, las inquietudes intelectuales y políticas que le interesaron desde la adolescencia hasta la etapa de madurez en selvas bolivianas. Se trata de géneros textuales que dialogan entre sí, pero revelan sobre todo un diálogo del Che consigo mismo. Los índices, los programas y las notas de lectura fueron textos con un alto

¹⁰⁴ Sergio Ugalde, “Lezama o el mundo de la biblioteca”, en Verónica Murguía y Geney Beltrán Félix, (compiladores), *El hacha puesta en la raíz. Ensayistas mexicanos para el siglo XXI*, México, Fondo Editorial Tierra Adentro-Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2006, p. 372.

¹⁰⁵ *Ídem.*

grado de intimidad, casi tanto como los diarios y mucho más que las cartas en las que necesariamente existía un interlocutor. No obstante a través de ellos es posible imaginar la socialización de las lecturas en diferentes contextos: los círculos de amigos, la bohemia, la guerrilla. Además, representan una guía, un mapa de las ideas con las que el Che se forjó como militante de la lectura, militante político y sujeto revolucionario. Es decir, permiten vislumbrar las escuelas y tradiciones políticas e intelectuales de las que abrevó para el desarrollo de su praxis política. En ese sentido, se pueden identificar las novelas de aventura y la poesía como un primer bloque; después su interés por la historia, en particular la de América Latina, además de la teoría marxista, la filosofía y el psicoanálisis. Dicho de otro modo: el Che, como lector autodidacta con formación universitaria, se preocupó por leer literatura considerada “clásica” así como de las novedades editoriales del momento. Asimismo, aprendió del antiestatismo de José Ingenieros; del existencialismo de Sábato y Sartre; del marxismo tradicional pero también de aquellos autores heréticos, como Lucáks. De igual manera, la presencia de la poesía, el psicoanálisis y la filosofía se hermanaron como preocupaciones en torno a la construcción de la individualidad y la subjetividad del sujeto revolucionario.

La primera función que los índices, los listados y las notas cumplieron fue no olvidar las lecturas. Éstas eran tan importantes para el Che que necesitaba registrarlas, transcribir algunas ideas y realizar comentarios. Se trató de un ejercicio de memoria, de retención de ideas y sensaciones, es decir, de registros de escritura para el futuro. Como bien ha señalado Néstor Kohan, éstos representan un bosquejo de “programas y lineamientos de investigación”.¹⁰⁶ Por eso, vale la pena pensar cómo, en efecto, al comentar las lecturas, al

¹⁰⁶ Néstor Kohan, *En la selva*, p. 49.

transcribir párrafos, o al elaborar índices, Guevara buscó dotar de rigor su ejercicio de lectura autodidacta. Es decir, estos géneros textuales reflejan una forma de leer: el estudio constante, la búsqueda de un rigor que se vincula a la disciplina y la militancia política; Guevara combinó así el ejercicio de lectura autodidacta con la cultura académica universitaria. Los índices, los listados, las anotaciones y comentarios de los libros que leyó reflejan una manera particular de leer, es decir, el Che leía estudiando. Militar políticamente desde la lectura significaba, necesariamente, estudiar con seriedad.

El Cuaderno filosófico

Existe un índice de las lecturas que el Che realizó durante su adolescencia en la que solamente anotó los nombres de las obras y los autores. En ella aparecen registrados veintitrés títulos de Julio Verne; *La vida de las abejas* y *La vida de las hormigas*, de Maurice Maeterlinck; *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, de Carlos Marx; *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana*, de Marcelino Menéndez y Pelayo; *El Príncipe*, de Maquiavelo; *La divina comedia*, de Dante Alighieri; *Cuentos*, de Arcadio Anechenko; *Mis mejores partidas de ajedrez*, de Alejandro Alekhine; *La condición humana*, de Malraux; *La suma teológica*, de Santo Tomás de Aquino. Además, enlistó nueve obras de Emilio Zolá y siete de Stefan Zweig.¹⁰⁷ El índice refleja la variedad de temas por los que Guevara se interesó, pero también un deseo de llevar un orden dentro de la amplitud y el eclecticismo de los títulos. La apropiación que hizo de los textos, amplia y laxa, no significó que realizara una lectura superficial y, antes que ello, le proporcionó distintas referencias culturales y registros

¹⁰⁷ Ernesto Guevara, *América Latina, despertar de un continente*, Melbourne, Ocean Sur, 2003, pp.159-160.

literarios de manufactura diversa, generándole así una sensibilidad particular. Según Adys Cupull y Froilán González, para 1942, cuando Ernesto tenía catorce años, había leído obras de Jack London, Anatole France, Pablo Neruda, José Ingenieros, entre otros. En ese tiempo, conoció a Alberto Granado y Gustavo Roca, con quienes discutió las obras; los tres hicieron uso de la biblioteca de Deodoro Roca. Durante su estancia en Córdoba, Guevara leyó *Las viñas de ira*, de John Steinbeck, a Verlaine, Baudelaire, Mallarmé, García Lorca, Antonio Machado. En Buenos Aires, ya como estudiante universitario, se relacionó con Tita Infante que militaba en las juventudes comunistas de Argentina; ambos forjaron una estrecha amistad y discutieron constantemente acerca de las lecturas comunes.¹⁰⁸

Cuando Guevara cumplió 17 años inició la elaboración de un cuaderno de notas que luego, entre 1953 y 1956, buscó sintetizar bajo el título de “Cuaderno filosófico”.¹⁰⁹ Los títulos de las obras, los nombres de los autores y las temáticas abordadas por éstos, que el Che analizó incipientemente al transcribirlas en el cuaderno, muestran una búsqueda personal, un ejercicio particular de lectura ligado al contexto cultural y editorial al que los títulos pertenecían. Es decir, el “Cuaderno filosófico” se corresponde también con las lecturas en boga, la circulación de los textos en Argentina, el intercambio de ideas y el mundo editorial existente en los años de su juventud. En ese sentido, resulta llamativo que los textos remitan a editoriales como Espasa Calpe Argentina, Losada, Tor, Americana, Sudamericana, Fondo de Cultura Económica porque éstas, a decir de José Luis de Diego, tuvieron su época dorada

¹⁰⁸ Adys Cupull y Froilán González, *Ciudadano del mundo*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1997, pp. 11-13.

¹⁰⁹ Véase Ernesto Guevara, *Apuntes filosóficos*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2013. El volumen contiene, gracias a la labor de María del Carmen Ariet García y el Centro de Estudios Che Guevara, las anotaciones que el Che realizó durante su juventud pero también los cuadernillos de lecturas realizadas entre África, Praga, y Cuba (1965-1966). Asimismo, se pueden consultar sus notas sobre Hegel, Marx, y la discusión filosófica del materialismo histórico que realizó ya en una etapa de madurez.

entre 1938 y 1955. Tales fechas abarcan el período de juventud del Che, mismo en el que elaboró el cuaderno.

Al analizar la génesis de Espasa Calpe Argentina y la Colección Austral, fundada la primera en 1937 y lanzada la segunda en 1938, José Luis de Diego anota que en los inicios del catálogo disponible no había “decisiones editoriales claras para definir el perfil de la colección, o existía la vaga idea, corriente para la época, de una colección de obras genéricamente consideradas como de *cultura universal*”.¹¹⁰ Esa “cultura universal” dio pie a que entre los primeros diez títulos de Austral figuraran *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset; *Armancia*, de Stendhal; el *Discurso del método*, de Descartes; *La isla del tesoro*, de Stevenson; *Del sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno y el *Poema del Cid*. También la editorial Losada, fundada en 1938, tuvo esta característica: su colección Biblioteca Contemporánea salió a la luz con títulos como *El abuelo*, de Benito Pérez Galdós; *La vida de las abejas*, de Maeterlinck; *Los caminos del mar*, de Mauriac, así como *Pepita Jiménez*, de Juan Varela. No deja de ser interesante, como bien anota de Diego, el contraste de los dos catálogos en cuanto a la inclusión de escritores españoles porque “Austral privilegia, en especial, a los escritores del 98: Azorín, Baroja, Unamuno, Valle Inclán; mientras que Losada dará lugar, por afinidades estéticas e ideológicas, a los poetas españoles contemporáneos: León Felipe [...], García Lorca, Alberti, Salinas, Alexandre”.¹¹¹ Estos últimos fueron los poetas por los que el Che sintió especial atracción en su juventud, de manera muy particular hacia León Felipe quien se convirtió en un referente constante para él. Una de las editoriales más populares y económicas fue Tor, fundada en 1916, caracterizada por “el papel de mínima

¹¹⁰ José Luis de Diego, “1938-1955. La ‘época de oro’ de la industria editorial”, en *op. cit.*, p. 98, las cursivas son del autor.

¹¹¹ *Ibid.*, pp.99-100.

calidad para abaratar el precio final, y las portadas coloridas para llamar la atención” que tenía dos vertientes, una orientada a la difusión y “elevación socio- cultural de los sectores populares” y la otra “pensada en satisfacer gustos más primarios y cotidianos de esos mismos sectores”.¹¹² Además, como han observado Verónica Delgado y Fabio Espósito, Tor se encontraba vinculada “a una pedagogía social asentada en la figura modélica del escritor e ideológicamente marcada por un pensamiento de izquierda”. Según ambos analistas, “Libros mal diagramados, en papel de baja calidad, a un precio ínfimo, en algunos casos de 50 centavos, facilitaron su difusión”.¹¹³

En el “Cuaderno filosófico”, Guevara combinó, más que definiciones, reflexiones de diferentes autores sobre diversos conceptos; lo ordenó alfabéticamente, a modo de un diccionario. Hay dos aspectos que la elaboración del cuaderno refleja, en primer término la hechura misma: se trató de un intento de sistematizar, a través de los textos, sus preocupaciones políticas e intelectuales. El segundo aspecto es que a través de sus “notas”, el Che forjó un método de aproximación y apropiación de los libros; elaboró un compendio de citas textuales con apenas unas cuantas anotaciones propias al final.¹¹⁴ Por ese motivo, el cuaderno ofrece la oportunidad de rastrear las inquietudes intelectuales de un joven Guevara

¹¹² Véase la ponencia presentada por Cecilia Valinoti, “La edición de libros en Argentina a comienzo del Siglo XX. Primeras aproximaciones” en el marco de las *Jornadas sobre la Historia de las Políticas Editoriales en la Argentina* organizado por el Museo del Libro y de Lengua en julio del 2015, disponible en <http://museo.bn.gov.ar/media/page/beatriz-valinoti.pdf>, consultado el 27 de marzo de 2016.

¹¹³ Verónica Delgado y Fabio Espósito, “1920-1937. La emergencia del editor moderno”, en José Luis de Diego, *op.cit.*, p. 73. Juan Gelman, poeta argentino nacido en 1930, apenas dos años después que el Che, recuerda que las ediciones “baratísimas de Tor” contaban con un número poco mayor a las doscientas páginas pero si una novela tenía una extensión más grande “lo siento, porque ahí terminaba”. Véase el programa televisivo realizado por la Dirección General de Televisión Universitaria dedicado al poeta, “Juan Gelman y otras cuestiones”, 2011, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=-F9pneIOZwQ>, consultado el 5 de abril de 2016.

¹¹⁴ El Che escribió su propia definición de algunos conceptos, no sin la sorna y el humor cáustico que le caracterizaron. Sobre el Infinito escribió “Representación en negro de nuestra claudicación mental”, acerca del Círculo anotó que era la “Solución egocéntrica del hombre a su imposibilidad de representar el infinito” y con respecto al Hombre apuntó “Centro del universo fenomenológico y punto de una tangente del universo numérico”, “Cuaderno filosófico”, *op. cit.*, p. 120.

a partir de sus lecturas, tan amplias como eclécticas. Resalta la presencia de textos sobre psicoanálisis, especialmente de Sigmund Freud del que aparecen veintitrés referencias con extractos tomados de las obras completas que Editorial Americana publicó en 1943. Asimismo, hay un cúmulo importante de citas sobre temas filosóficos; Paul Nizan fue el autor que utilizó como guía para extractar planteamientos de Epicuro, Herodoto, Lucrecio, a través de *Los materialistas de la antigüedad*, publicado por Editorial Hemisferio en 1950. Las transcripciones más amplias las dedicó al pensamiento marxista en las que figuran párrafos sobre Marx, Engels, Lenin y Stalin, así como citas de éstos que son los autores de mayor presencia. Son citas que remiten tanto al desarrollo del pensamiento marxista, como a los rasgos biográficos de éstos. Por ejemplo, para esbozar la vida y los planteamientos de Carlos Marx, utiliza amplios párrafos de Lenin, Engels, Harold J. Laski. Además es sumamente atractivo el hecho de que dentro de las reflexiones sobre “marxismo” incluyera algunas de Hitler, como si tratara de entender qué pensaban los más acérrimos detractores marxistas. El Che transcribió, entre otros, el siguiente párrafo de *Mi lucha* (sin referencia):

La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la naturaleza, y en el lugar del eterno privilegio de la fuerza y la energía, coloca su montón y su peso muerto de números. De esta suerte niega el valor del individuo entre los hombres y combate la importancia de la nacionalidad y de la raza, privando así a la humanidad de todo lo que significa su existencia y su cultura. Esto provoca, por consiguiente y como principio del Universo, el fin de todo orden concebido para la humanidad.¹¹⁵

El párrafo transcrito por el Che no sólo es una muestra nítida de quien representó las antípodas del pensamiento marxista, sino también la constatación de la preocupación constante por entender a fondo los argumentos esgrimidos contra dicha escuela de pensamiento; en ese sentido, la cita es profusa al considerar a la corriente histórica marxista

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 90.

como “doctrina judía” que negaba “el valor del individuo” y atentaba contra el principio “aristocrático” de la naturaleza.

El lector Guevara también consignó en su cuaderno a Elisée Reclus (*Evolución y Revolución*, Buenos Aires, Editorial Tor, [s.a]), del que transcribió una reflexión sobre el anarquismo; Joseph Proudhon (*El Estado*, Buenos Aires, Editorial Tor, 1941), la cita remite a un análisis acerca de Aristóteles; Ernesto Sábato (*Uno y el universo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945), del que transcribió una valoración sobre la ciencia; André Malraux (*El tiempo del desprecio*, Buenos Aires, Editorial Siglo XX, 1943), al que utilizó como referencia para “arte”. De igual forma aparecen Jawarlahal Nehru (*El descubrimiento de la India*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1949), de quien retomó una consideración sobre el “absoluto”; Bertrand Russel (*Vieja y nueva moral sexual*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1938), de su obra copió una idea para “amor”; Lionel Robbins (*Naturaleza y significación de la ciencia económica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944), al que citó para el concepto de “economía”; José Ingenieros (*Sociología argentina*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946), cuya transcripción remite a “economía política”.

Los libros y autores que figuran en el cuaderno del Che tienen en común, aunque desde ópticas diferentes, la reflexión histórica acerca de múltiples temas y preocupaciones sobre la construcción social, psicológica y cultural del ser humano. Por eso es sumamente representativo de sus búsquedas intelectuales la presencia de citas sobre conceptos como “libertad”, “justicia”, “amor”, “arte”, “belleza”, “lenguaje”. Al elaborar el cuaderno, el Che desarrolló, desde su papel como lector, una primera indagación con respecto a la construcción histórica y filosófica del ser humano a través de los bienes culturales a los que tuvo posibilidad de acceder. Como lector, se hizo partícipe del campo cultural e intelectual argentino de la época. El “Cuaderno filosófico” reflejó el método autodidacta seguido por el

Che; era una guía de estudio a la que regresaba constantemente. En conjunto, todos los elementos analizados permiten observar a un joven Guevara como un militante de la lectura disciplinado, con preocupaciones intelectuales y políticas que fueron construyéndose desde los textos y en diálogo con el mundo. De igual manera, en el ejercicio de los bienes culturales potenció y refinó su lectura. Asimismo, la relativa estabilidad económica y el crecimiento de las ciudades latinoamericanas en los años 50 propiciaron tanto el acceso a dichas obras como el aumento en el porcentaje de estudiantes universitarios.¹¹⁶ Estos aspectos generaron no sólo un mercado editorial sino también un público cautivo del que Guevara formó parte. En otros términos, el Che pudo leer del modo en que lo hizo porque tuvo las condiciones necesarias para ello y, desde luego, porque supo adaptarlas y potenciarlas en favor de sus inquietudes intelectuales, artísticas y políticas.

Roberto Fernández Retamar ha observado que el Che leía “en papel de francotirador” y como el Quijote se apropiaba de cuanto texto caía en sus manos;¹¹⁷ por ello el mundo de la lectura y la lectura del mundo fueron dos procesos paralelos en los que, desde su infancia, se desarrolló. Ambos le permitieron resignificar tanto los contextos a los que se enfrentó como las lecturas con las que fue interpretándose. Si bien buena parte de su visión sobre la vida se debe a los textos que leyó, proveyéndose así de un amplio panorama político e intelectual, no puede dejarse de lado el hecho de que Guevara construyó una forma de ser ante la vida, de posicionarse ante ésta, desde la experiencia viajera y la movilidad. Dicho proceso implicó, asimismo, la convivencia y el conocimiento del mundo a través de un intercambio de ideas con otros actores: en un principio compañeros de escuela, amigos, familiares y

¹¹⁶ Véase Darcy Ribeiro, *El dilema de América Latina (estructuras de poder y fuerzas insurgentes)*, México, Siglo XXI, 1973.

¹¹⁷ Roberto Fernández Retamar, *Cuba hasta Fidel y Para leer al Che*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1979, p. 49.

posteriormente con militantes políticos e intelectuales. Es importante reparar en que sus traslados, sus desplazamientos, significaron no sólo una acumulación de lecturas sino también una ampliación de los círculos de discusión e intercambio de ideas.

En 1950, con 22 años de edad, el *Fúser* realizó un viaje en motocicleta por el norte de Argentina. De éste quedó el testimonio escrito que el propio Guevara elaboró durante su travesía y que su padre transcribió en *Mi hijo el Che*. Además de ser el primer diario de viaje, que habla de la necesidad por plasmar su vida durante el periplo, el texto revela a un Guevara en proceso de construcción a través de la experiencia viajera, es decir, leyendo el mundo. En ese sentido, resultan significativos algunos fragmentos que reflejaron su percepción de la aventura. Guevara describió una parte de su andar, en el camino rumbo a Salta desde Tucumán, de la siguiente forma:

una vegetación lujuriosa, una especie de selva tropical al alcance del turista, con multitud de arroyitos y un ambiente de humedad que le confiere el aspecto de una película de la selva amazónica [...] esperamos en cada momento oír el rugido del león, ver la silenciosa marca de la serpiente o el paso ágil de un ciervo... y de pronto se escucha el rugido, pero se reconoce en él el canto de un camión que sube la cuesta. *Parece que el rugido rompiera con fragor de cristalería el castillo de mi ensueño y me volviera a la realidad*. Me doy cuenta entonces de que ha madurado en mí algo que hace mucho crecía dentro del bullicio ciudadano: el odio a la civilización [...] gentes moviéndose como locos al compás de ese ruido tremendo se me ocurre como la antítesis odiosa de la paz, de esa [...] en que el roce silencioso de las hojas forma una melodiosa música de fondo.¹¹⁸

Las palabras del Che son reveladoras de su visión sobre el espacio que recorrió. Era, además de un panorama de aventura, de “selva”, un “ensueño” roto por el “rugido” de un camión que lo hizo volver a la “realidad”. Se trata, desde luego, de una construcción literaria con una carga de romanticismo, un “odio a la civilización” y la identificación de la “selva”

¹¹⁸ Ernesto Guevara Lynch, *Mi hijo el Che*, p. 267, las cursivas son mías.

como un lugar de paz opuesto a la ciudad, a lo civilizado. Después, tras encontrarse ya en Salta, comparó su forma de conocer Argentina con la de los turistas que visitaban los altares patrios y los destinos señalados por la propaganda oficial. Al respecto escribió: “No, no se conoce así a un pueblo, una forma y una interpretación de la vida, aquello es la lujosa cubierta, pero su alma está reflejada en los enfermos de los hospitales, los asilados en la comisaría o [en] el peatón ansioso con quien se intima”.¹¹⁹ De sus notas es destacable la comparación con los turistas y su oposición a una manera de recorrer Argentina que le parecía superflua. Los turistas tenían una “forma y una interpretación de la vida” basada en la lujosa “cubierta” impidiéndoles conocer a un pueblo, a “su alma” que se encontraba en los “enfermos”, “los asilados” o el peatón con “quien se intima”. Ésta es una visión que el Che forjó durante el viaje, pero que se vinculó estrechamente con una manera de interpretarlo a través de sus lecturas. Por eso, a decir de Roberto Massari, las distintas aventuras que Guevara vivió “se pueden considerar como la concreción del mundo fantástico e imaginario evocado por sus lecturas juveniles; como el desahogo práctico y por lo tanto también la superación de la tensión emotiva”.¹²⁰ La “superación” de la tensión a la que el autor alude se tradujo, en realidad, en una nueva toma de postura ante el mundo y, por esa razón, también ante lo leído. En cada uno de sus viajes, en cada participación guerrillera, el Che llevó a cuestras sus lecturas en un doble sentido: no solamente las que realizó antes de emprender los viajes sino también las que fue descubriendo. Los viajes hicieron posible un conocimiento cercano de tierras latinoamericanas y perfilaron su participación política.

Como ha observado Ricardo Piglia, el primer viaje de Guevara por América Latina fue “el viaje errático, sin punto fijo, del que sale al camino a buscar la experiencia pura y

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 270.

¹²⁰ Roberto Massari, *op. cit.*, p. 23.

encuentra la realidad social”, pero “*a la vez están las lecturas que son una senda paralela que se entrecruza con la primera*. El marxismo empieza a ser el camino”.¹²¹ La observación del escritor argentino resulta sumamente elocuente porque ve en Guevara “el viaje errático”, el de la “experiencia pura”, que correspondía también a la “experiencia pura” de las lecturas. Si en el viaje buscó “la concreción del mundo fantástico”, lo que encontró fue la “realidad social” descubierta y resignificada desde lo leído.

El Che necesitó nuevas herramientas para leer ese mundo que fue descubriendo, por eso el marxismo empezó a ser “el camino”. El encuentro con ciertos textos durante su viaje –y por tanto con aquellas personas que le brindaron las lecturas– resultó un evento trascendental. En su paso por Perú, además de trabajar en el leprosario de San Pablo, el todavía estudiante de medicina conoció, de la mano del Dr. Hugo Pesce, los textos de José Carlos Mariátegui y de César Vallejo. El Che aseguró que Pesce provocó, “sin saberlo quizás, un gran cambio de actitud frente a la vida y la sociedad”.¹²² Pesce fue, junto a Mariátegui, fundador del Partido Comunista y militante activo al momento de conocer a Guevara en 1952. Ambos, según consta en el diario de viaje de Alberto Granado, discutieron sobre literatura y marxismo. El *Petiso Granado* relató al respecto:

Fúser lo bautizó [a Hugo Pesce] El Maestro y realmente lo es. Cada una de las conversaciones que sostuvimos fue una verdadera clase, ya de lepra, de fisiología, de política o de filosofía. A través de él conocimos a Vallejo [...] Políticamente tiene una cultura marxista formidable y una gran sensibilidad, así como gran habilidad dialéctica en la discusión en los enfoques de los problemas. Nos ha demostrado que si bien a veces el medio hace al hombre éste también puede transformar a aquél.¹²³

¹²¹ Ricardo Piglia, *op. cit.*, p. 123.

¹²² Carta del Che dedicándole un ejemplar de *La guerra de guerrillas* a Hugo Pesce, citada en Froilán González y Adys Cupull, *Cálida Presencia. Mi amistad con Tita Infante*, 1995, p. 30.

¹²³ Alberto Granado, “Con el Che en Sudamérica”, en Ernesto Guevara y Alberto Granado, *Viaje por Sudamérica*, Nafarroa, Txalaparta, 2007, p. 258.

El testimonio de Granado dio cuenta de la influencia de Pesce en ambos viajeros, pero sobre todo reveló que, en el transcurso de su recorrido, el encuentro con El Maestro fue fundamental en su percepción del mundo. Marcó el aprendizaje como una lectura del mundo, es decir, como una nueva situación en la que éste se leía de un modo diferente, gracias a la discusión y el intercambio de ideas con el militante peruano. Era una lectura que, poco a poco, en el proceso del viaje y desde una perspectiva distinta, se decantó. La literatura siempre estuvo en el camino, pero a partir del recorrido por Latinoamérica hubo un peso predominante de textos políticos, así como un cúmulo de círculos de discusión que hicieron posible que ese “vagar sin rumbo” se convirtiera en un *vagar con rumbo* por la “Mayúscula América”. En ese *vagar con rumbo*, el Che se hizo, entre 1953 y 1956, un disciplinado alumno de “San Carlos”, como se refería a Carlos Marx.¹²⁴

El primer viaje se caracterizó por el “vagar sin rumbo”, por la “experiencia pura”; el segundo, aunque persistieron el espíritu aventurero y las dudas sobre su destino, tuvo una ruta marcada por los acontecimientos políticos. Visitó nuevamente Bolivia, que continuaba en un proceso social álgido por la Revolución de 1952; pasó por Perú, Ecuador, Costa Rica y llegó a Guatemala. Ahí, Guevara frecuentó a los círculos de exiliados políticos provenientes de distintos países de América Latina. Sus estudios de marxismo se vieron reforzados gracias al intercambio con el profesor norteamericano Harold White y con Hilda Gadea, a la sazón militante del APRA.

¹²⁴ Ernesto Guevara, *Otra vez*, p. 169. No son pocas las ocasiones en las que el Che habla del estudio de obras marxistas. También, además de discutir con su madre, hará referencia a ello en el intercambio epistolar con *Tita Infante*.

Los apuntes de lectura

Fue en el segundo viaje por Latinoamérica cuando el Che realizó sus “Apuntes de lectura” en los que comentó las obras de manera crítica, generando así una reflexión propia con respecto a los temas abordados en los textos. Las anotaciones giraban en torno a la historia latinoamericana. Desde su valoración, las obras comentadas tenían una fuerte constitución literaria. Por ejemplo, sobre la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz de Castillo, escribió que lo más importante “y literario de su obra” fue la crónica que en sus labios “toma calor de cosa viva” por su valor de confesión. Acerca de la *Breve historia de México*, de José Vasconcelos, anotó que “es una plaga de impropiedades contra todo lo indígena”, desde su punto de vista Vasconcelos escogió “conceptos de Spengler (y no lo más original de este filósofo)” con el fin de aplicar sus ideas “del hombre superior al modelo hispánico”. Además, definió a Alfonso Reyes como “uno de los más altos espíritus americanos”. Sin dejar de lado los planteamientos políticos y filosóficos de los textos, puso énfasis en el carácter artístico de éstos. Acerca del *Martín Fierro* escribió:

La intención social del poema tiene valor de por sí, pues es una buena exposición de la vida y de los vejámenes a los que estaban expuestos los gauchos, *pero no es lo fundamental ni mucho menos. Martín Fierro alcanza su valor perenne por el sostenido tono novelado y auténtico del poema, que pinta con colores nítidos el panorama general de la época, y por la acertada pintura que de sí hacen los caracteres a través de las palabras. Valor poético sólo se alcanza en contadísimas excepciones, pero frases y sentencias de algunas de ellos son de antologías.*¹²⁵

La obra de José Hernández le parecía valiosa “de por sí” por la exposición que hizo de las condiciones de vida de los gauchos; pero el “valor perenne” lo encontró en la forma en la que esas condiciones se expusieron, es decir, “por el sostenido tono novelado” y la puntual

¹²⁵ Ernesto Guevara, “Apuntes de lectura”, en *América Latina. Despertar de un continente*, p.93, las cursivas son mías.

“pintura” que Hernández logró a través “de las palabras”. El Che realizó una lectura, y por tanto una evaluación, en clave estética; los valores políticos e históricos de la obra estaban condicionados por la construcción literaria. Las palabras del Che reflejan hasta qué grado su lectura tuvo como punto de arranque una perspectiva literaria; ésta representó la experiencia que le permitió leer, de manera crítica y analítica, tanto los textos como el mundo en el que se desenvolvía y que, años más tarde, buscó cambiar en la práctica. Otra de las obras comentadas fue *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento. Acerca de ella, señaló:

Sarmiento es uno de esos meteoros que cruzan de vez en cuando la faz de su pueblo para perderse en el recodo del camino pero dejando siempre el destello en su camino. De su obra histórica habrá que recordar su amor por la educación popular; de su obra política, la entrega de la Argentina a la voracidad imperialista de los ferrocarriles; de su obra literaria, la que hará que su nombre sobreviviera aun cuando todo lo demás quedara olvidado, el *Facundo*.¹²⁶

La evaluación de Guevara planteó tres diferentes niveles de lectura, a) una valoración del autor que pretendió ser objetiva. Si bien Sarmiento dejó su “destello” en el camino, esto no le impedía señalar la “entrega de la Argentina”, pero tampoco eclipsó “su amor por la educación popular” que simbolizó todo un proyecto de nación; b) el conocimiento de la obra literaria escrita por Sarmiento, pues “todo lo demás” podría quedar “olvidado” y solamente *Facundo* permanecería en la memoria; c) la composición de la obra, que hizo posible el recuerdo del autor. Como se ve, la valoración de su lectura tuvo un peso mayor en el carácter literario del texto. Sus comentarios también abarcaron a *Mamita Yunai*, de Carlos Luis Fallas, a la que se refirió en los siguientes términos:

Este libro fue escrito por un obrero para participar en el concurso de la mejor novela latinoamericana de 1940 [...] no es completamente una novela, es un documento vivo elaborado en la entraña de la selva [...] El tipo principal es a las claras el autor, y tiene el acierto de no mezclarse con el pueblo a quien relata. Lo ve sufrir, lo comprende y lo compadece, pero no se identifica. Es testigo más que

¹²⁶ *Ibíd.*, p. 91.

actor [...] *no hay complejidad psicológica de nadie*, pero sobre todo los “machos” (gringos) parecen figuras del “malo” recortadas con cartulina [...] Cuando sus quejas se transforman en alaridos efectistas cae en lugares comunes de la novela social americana pero es, *sobre todas las cosas*, un notable y vivo documento de las tropelías de la Compañía y “autoridad” y de la vida miserable de los “linieros” a quienes está dedicado ese libro.¹²⁷

De la apreciación del Che me interesa recalcar, en primera instancia, la lectura crítica que realizó de la obra en sí misma. Sobre todo si se considera que la Guatemala de Árbenz, donde leyó la novela de Fallas, estaba bajo el asedio de Estados Unidos y de la United Fruit Company que le dio título al texto. El reparo acerca de la nula “complejidad psicológica” de los personajes, así como el juicio sobre los “lugares comunes”, demostró su conocimiento sobre “la novela social americana”, pero sobre todo de un elemento que buscaba en las novelas. En otros términos: que los personajes se alejaran de los “lugares comunes”, que hubiera en ellos una “complejidad psicológica”, capaz de generar en el lector la posibilidad de pensar. Por eso *Mamita Yunai*, como forma narrativa, no favorecía a una reflexión teórica, pero valía la pena por la denuncia de las “tropelías” y la vida “miserable de los linieros”. Por otra parte, la apreciación tenía un tono de reproche –que no existió, por ejemplo, para *Martín Fierro* y *Facundo*– en el aspecto estrictamente literario ya que la novela, más que como obra artística, representaba “un vivo documento” de denuncia. La evaluación es todavía más llamativa si se toma en cuenta que en el contexto guatemalteco, entre 1953 y 1954, incursionó por primera vez en el activismo político defendiendo el proyecto de Árbenz. Más aun, el hecho de que fuese escrito “por un obrero” mostraba cierta simpatía hacia la novela pero sin que ello implicara nublar su juicio literario.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 101, las cursivas son mías.

En los “Apuntes de lectura” el Che otorgó un peso sobresaliente a la construcción estética de las obras. Por eso no fue gratuito que el comentario más extenso lo haya dedicado al *Canto General* de Pablo Neruda, considerándolo como “el más vasto poema sinfónico de América”, a pesar de “los pocos (e inferiores) versos del final”. Las reflexiones sobre Neruda son representativas de su visión acerca del ejercicio poético; el *Canto General*, según su análisis, era una poesía que mostraba “un hito y quizás una cumbre”; “respira trascendencia”, especialmente al abandonar el “diálogo consigo mismo” para hablar “con nosotros, los simples mortales”. De ese modo, los versos se volvían asequibles para los “simples mortales”, sin perder la “fuerza de la tierra” que emanaba de la “gran patria” retratada por el poeta chileno. El Che concluyó que no había “espacio para otra cosa que la lucha, todo es combate continuo”.¹²⁸

La Crónica del Perú, de Pedro Cieza de León, le pareció una obra valiosa, “frente a tanta crónica insustancial y mentida”, en la que se “enjuicia duramente a los españoles culpables de malos tratos para con los indios y es indulgente para con los pecados de éstos”. Para el Che lo “maravilloso” de la obra de Cieza era, precisamente, “el contacto con el hombre: donde los conquistadores sedientos de oro arrasaron todo lo que se opuso a su paso surgió este extraño producto humano que se interesa mucho menos por el oro o la hazaña bélica que por la fisonomía moral de conquistados y conquistadores”. De esa forma, el texto pasaba a ser sustancial por su veracidad, gracias a la cercanía del autor con el medio que describió, especialmente al interesarse por “la fisonomía moral” de los actores. Éste fue un elemento que, como se verá más adelante, el propio Guevara desarrolló en sus crónicas sobre la guerrilla cubana.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 102.

Asimismo, caracterizó a *La Araucana*, de Alonso Ercilla, como “El primer poema épico de índole americana”, aunque no siempre era “poesía” y a veces “simplemente una crónica”, siempre mostró “en sus endecasílabos una perfección técnica considerable unida a una naturalidad perfecta que hace fluir el poema como en un chorro continuo”. Es de resaltar el conocimiento de Guevara sobre la forma métrica en la que el poema estaba escrito, lo que desde su punto de vista permitía la fluidez del mismo y una “perfección técnica”. Según el Che, en el texto de Ercilla “Lo popular es base constante del poema. *Las masas son los actores de la historia, los nombres son accidentes de la masa*”.¹²⁹ En su apreciación prevaleció el énfasis tanto en la forma épica del texto como en los protagonistas del mismo. Desde esa perspectiva, la estructura estética daba la pauta para valorar el contenido en el que las “masas” hacían la historia; los nombres eran “accidentes” y lo individual pasaba a segundo plano, y lo valedero lo encontró en los constructores de la historia. Al referirse a Germán Arciniegas, luego de leer la *Biografía del Caribe*, escribió que “Arciniegas tiene inteligencia y, sobre todo, cultura para dar una gran obra sobre el tema, pero no puede hacerlo porque su saber está sólo a disposición de su causa personal”.¹³⁰ En otros términos: si la obra era valiosa, la reflexión estrictamente personal de Arciniegas, el “saber” para sí mismo, impedía que el texto fuese “una gran obra”. Era una evaluación sobre el papel del intelectual, es decir, si éste tenía un valor era porque el conocimiento generado podía rebasar las fronteras de su “causa personal”, para “dar una gran obra” a los lectores.

El Che también comentó *Martí: Raíz y ala del libertador*, de Vicente Sáenz. El texto representó para él “una pequeña semblanza del libertador, con abundancia de citas que dan una idea del pensamiento tan claro y tan elegante del poeta revolucionario”. En su

¹²⁹ *Ibíd.*, pp. 88-90.

¹³⁰ *Ibíd.*, p. 100.

apreciación, “el autor se diluye ante la palabra de Martí que basta por sí sola para aclarar conceptos”.¹³¹ La caracterización del Che, sobre la obra y el autor, es menos relevante si se le compara con la manera en la que se refiere al libertador cubano. La claridad en el pensamiento de Martí, y la elegancia para exponerlo, eran dos elementos determinantes de la “palabra”, que retrataban profundamente al “poeta revolucionario”.

Los “Apuntes de lectura” muestran no sólo la manera crítica, aguzada y sistematizada en la que el Che leía, sino también una suerte de radiografía de América Latina a través de los textos; reflejan tanto del método de lectura empleado como sus preocupaciones intelectuales entre las que destaca el conocimiento de la historia latinoamericana a través de las obras literarias.

El encuentro con Hilda Gadea en Perú resultó fundamental por el mundo político al que el Che ingresó, pero también porque dentro de éste encontró interlocutores con preocupaciones intelectuales afines. De hecho, según Gadea, fue ella quien le dio la primera noticia acerca del asalto al Cuartel Moncada en Cuba, él “no sabía nada acerca de los cubanos [...] yo le hablé de ellos y luego se los presenté”. En ese nuevo contexto intercambiaron puntos de vista acerca de las distintas obras literarias que ambos habían leído: *Los siete ensayos de interpretación de la realidad Peruana*, de Mariátegui; la poesía de Rubén Darío comentada con el exiliado nicaragüense Edelberto Torres, estudioso del poeta; obras de Sartre, Jung, Freud, Whitman; *Huasipungo* de Jorge Icaza, a quien Guevara conoció personalmente en Ecuador, lo mismo que a Carlos Luis Fallas en Costa Rica. Hablaron también del *Popol Vuh*, de *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias; discutieron sus impresiones sobre poemas de Borges, Miguel Hernández, Machado, Gabriela Mistral, Pedro

¹³¹ *Ibid.*, p. 97.

Mir, León Felipe, Vallejo, Leopoldo Marechal, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Sara de Ibáñez. Ésta última, a decir de Gadea, era considerada por Ernesto como “la mejor poetisa nueva después del modernismo” y era “la que más le gustaba”.¹³² Hay otro elemento sumamente interesante que se desprende de las palabras de Hilda Gadea: las lecturas afines entre ambos, pese a que ella era una militante política activa y el Che no. El cúmulo de títulos citados habla de una época, de la circulación y discusión de los textos, pero igualmente de una cultura militante de la lectura mediante núcleos políticos y cierta bohemia. Esa bohemia, que el Che practicaba desde la Argentina con sus amigos y compañeros de universidad, puede pensarse no sólo como un núcleo donde se intercambiaban opiniones, se aprendía y se sugerían textos, sino también como el espacio de construcción del conocimiento que les aportó elementos acerca de sus preocupaciones intelectuales y políticas, así como de su propia formación en cuanto lectores autodidactas.

El testimonio de Hilda Gadea muestra cómo se incrementaron las lecturas del Che y el acercamiento de éste a grupos de activistas políticos de diversas regiones de América Latina. Con ello vivió una nueva situación de lectura, es decir, una situación novedosa de aprendizaje que lo retroalimentó y a la postre definió su postura política. Sin embargo, este proceso no fue automático ni se encontró a salvo de dudas. Aún después de su estancia en Guatemala, del frustrado intento por organizar la resistencia armada contra la invasión y de haber conocido a los exiliados cubanos integrantes del Movimiento 26 de julio, el Che pretendía seguir viajando tal vez “a París o Estados Unidos”.¹³³ Ya en México, el entusiasmo aventurero continuó vibrando pero tuvo un rumbo definitivo sólo hasta el contacto con Fidel

¹³² Hilda Gadea, *Che Guevara. Años decisivos*, México, Editorial Aguilar, 1973, pp. 41-42.

¹³³ Ernesto Guevara, “Carta a la madre”, en *Otra vez*, p. 153.

Castro en “una noche de julio” de 1955. Según Gadea, esa noche fue precedida por una larga serie de polémicas con diferentes actores políticos.

En el tiempo que vivió en México, las discusiones intelectuales forjaron en Guevara un acendrado marxismo; contrajo matrimonio con Gadea y se dedicó a las más variadas actividades para sobrevivir: de fotógrafo en Chapultepec a velador en una librería del Fondo de Cultura Económica; de reportero gráfico y ayudante de epidemiología a estudiante de ruso. En tierras mexicanas se relacionó con Arnaldo Orfila Reynal, por entonces director del Fondo de Cultura Económica; debatió con los familiares del independentista puertorriqueño Pedro Albizu Campos; entabló discusiones con poetas e intelectuales que pueden considerarse marginales (Gonzalo Rose de Perú, Lucila Vázquez de Venezuela, entre otros) que favorecieron el desarrollo de Guevara a través de sus aportes e intercambio de puntos de vista. Lo relevante de dicha convivencia fue que el Che tejió una red de discusión política e intelectual y que, en ese momento, él mismo podía considerarse como un prospecto de intelectual desde el margen.

El encuentro con Fidel Castro no fue fruto de la casualidad sino parte del proceso de cambio y maduración política e intelectual. La decisión de incorporarse a la expedición guerrillera no se debió sólo a la seducción que ejerció Fidel en su personalidad, sino a una lectura consciente de la propuesta elaborada por el líder cubano.¹³⁴ Esa confluencia fue, sobre todo, un encuentro de discusión intelectual que se tradujo en la práctica política buscada por el Che. Fidel Castro rememoró la reunión como el “encuentro que tuvo lugar en la calle

¹³⁴ Hilda Gadea recuerda que luego de reunión celebrada el 26 de julio de 1955, aniversario del ataque al Moncada, en la que Castro y Guevara conversaron largamente, decidieron publicar y hacer circular con todos sus contactos “La Historia me absolverá”, el discurso de Fidel mientras estuvo preso en Cuba luego del fallido asalto al cuartel militar en 1953, *op. cit.*, p. 133.

Emparan de la capital de México”, ahí “conversé con él y allí mismo se unió a nosotros”.¹³⁵

Los debates que el aventurero Ernesto recogió a lo largo de su andar por Latinoamérica fueron el necesario catalizador de una lectura que le permitió sumarse a la expedición guerrillera. El proyecto revolucionario del que Guevara fue actor central tuvo su fundamentación en la lectura del mundo realizada por él y ésta, a su vez, fue abarcadora de ese proyecto. Es decir, la reflexión intelectual devino en acción revolucionaria, pero esta última será motor de la primera; ambas son metáfora e inscripción de su experiencia vital en el mundo.

Los cuadernos económico – filosóficos

En las tres incursiones guerrilleras que realizó, el Che no dejó de hacer listados de libros. En ese contexto bélico, de movilidad, con la necesaria rapidez para el desplazamiento de los combatientes, los índices, las listas, los cuadernos, adquirieron una connotación relevante. No sólo porque con ello se abre la posibilidad de imaginar cuáles fueron los textos que el Che compartió con los combatientes –y por eso mismo permitiría pensar qué títulos contribuyeron a la transformación epistemológica de los guerrilleros –, sino también la importancia del registro en las condiciones de movilidad. El registro de los textos sirvió entonces para fijar, ante la prisa y el desplazamiento, un mapa de preocupaciones, discusiones e ideas; se trataba de no olvidar aquellos temas imprescindibles para estudiar. Asimismo, era necesario conocer la historia de Cuba, el Congo y Bolivia; es decir, tratar de comprender al máximo las relaciones sociales, las condiciones económicas y culturales del país donde la

¹³⁵ Véase Ignacio Ramonet, *Fidel Castro. Biografía a dos voces*, México, DeBolsillo, 2009, p. 181.

guerrilla tenía que actuar. Por eso resulta significativo que durante la lucha guerrillera en Sierra Maestra leyera *Martí el apóstol*, de Jorge Mañach; el *Son entero*, de Nicolás Guillén; *Escritos de Máximo Gómez*; *La guerra libertadora de Cuba*, de E. Roig de Leuchsenring; la *Guerra y la Paz*, de Tolstoi; *El Señor Presidente* y *Leyendas de Guatemala*, de Miguel Ángel Asturias; *Romeo y Julieta*, *Macbeth*, *Otelo* y *Hamlet*, de Shakespeare; *Novelas ejemplares*, de Cervantes.¹³⁶ Además de conocer lo más profundamente posible la historia se hacía necesaria la presencia de textos clásicos de la literatura universal y latinoamericana.

Al trazar un plan teórico práctico del socialismo, plasmado en el trabajo voluntario y el Sistema Presupuestario de Financiamiento, el Che realizó una doble apuesta de lectura abriendo un debate franco acerca de la edificación de la nueva sociedad cubana. Por una parte, puso especial énfasis en la práctica como acto revolucionario nacido de la conciencia. De ahí que su planteamiento del trabajo voluntario tuviera correspondencia con su lectura acerca del socialismo, es decir, éste tenía que ser fruto, ante todo, de la conciencia; la subjetividad de los individuos resultaba preponderante y ésta, a su vez, era moldeada con la práctica política. Por esa razón, el debate que el Che sostuvo con Carlos Rafael Rodríguez, Alberto Mora y Charles Bettelheim partía de una lectura propia del marxismo. En otras palabras, hubo un debate teórico basado en una manera de leer el momento político de construcción socialista en Cuba.

Para el año de 1964 la biblioteca del Che tenía “nuevas adquisiciones: *Pedro Páramo* de Rulfo y *La región más transparente* de Carlos Fuentes, Steinbeck, Dos Passos, Arthur Miller, Calvino”.¹³⁷ El dato, además de enfatizar esa militancia de lectura, muestra la constante actualización de lo que leía, así como del clima socio cultural que vivía América

¹³⁶ Ernesto Guevara, *Despertar de un continente*, pp.420-421.

¹³⁷ Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara también conocido como el Che*, p. 465.

Latina. Guevara, como los propios escritores del boom y el público de éste, formó parte de quienes abrevaron de “la emergencia de casas editoriales estrictamente literarias” encontrando en los “recintos universitarios” su mejor cuna. En esa época, los sectores estudiantiles se radicalizaron asumiendo “una posición contestataria” de la que la propia Revolución cubana fue el referente.¹³⁸

Entre 1965 y 1966, dentro de Cuba y en sus viajes entre la Isla, el Congo, Praga y finalmente Bolivia antes de iniciar las actividades propiamente guerrilleras, Guevara leyó, según la lista elaborada por él, a James Joyce y al uruguayo Juan Carlos Onetti así como a Juan Goytisolo y a José Lezama Lima. Es de resaltar, además, que en el caso de este último, el libro enlistado sea *Paradiso* que aparecía como una de las lecturas de agosto de 1966, muy poco tiempo después de que el texto se publicara a inicios del mismo año por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.¹³⁹ Son textos de época vinculados estrechamente al boom latinoamericano. En Bolivia, leyó *Todos los fuegos el fuego*, de Julio Cortázar. Ciro Bustos relata que el Che consideró “La autopista del sur” como el mejor cuento del libro.¹⁴⁰ Desde luego, conocía –incluso con anterioridad a la publicación del volumen–, “Reunión”¹⁴¹ que Cortázar escribió basándose en un relato de Guevara. Tres cuestiones son de subrayar sobre el tema, a) la frecuente actualización de sus lecturas, b) el juicio que emite del volumen en conjunto y c) que dentro de su militancia lectora, la literatura fue siempre un pilar de ésta.

Entre 1965 y 1966 el Che elaboró los “Cuadernos económico – filosóficos”. Fue un texto construido a partir de extractos sobre la historia de la filosofía y el marxismo. En éste,

¹³⁸ Véase Ángel Rama, “El boom en perspectiva”, en *Más allá del boom: literatura y mercado*, Folios Ediciones, 1984, p. 62.

¹³⁹ La lista completa se puede consultar en *América Latina. Despertar de un continente*, pp. 486-488.

¹⁴⁰ Ciro Bustos, *op. cit.*, p. 319.

¹⁴¹ Véase Hugo Montero, “Cortázar, Guevara, London y los cronopios”, en *Revista Sudestada* (edición extra n.2), Buenos Aires, Agosto de 2010, pp.18-21.

se centró en las discusiones, desde un punto de vista filosófico, del marxismo aunque sin dejar de lado la historia de la filosofía. Por eso, el cuaderno inició con citas de *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, de Hegel (Fondo de Cultura Económica, México, 1955). El Che extractó ideas de los tres tomos; era la búsqueda de sistematizar, desde el propio orden de los libros, la historia de la filosofía, sus corrientes y personajes para luego aterrizar en el marxismo. Además, si se compara con los cuadernos anteriores, en éste se percibe, sobre todo, una especialización en la temática de los textos: lo que más le interesó a Guevara fue la lectura de la historia de la filosofía para realizar una valoración, en los términos más críticos, del marxismo como escuela histórica y filosófica.

Por ejemplo, acerca del *Manifiesto del Partido Comunista* (Obras escogidas de Carlos Marx y Federico Engels, tres tomos, Editora Política, La Habana, 1963), Guevara anotó:

Este manifiesto es uno de los documentos fundamentales del marxismo. Está escrito cuando los autores no habían acabado de plasmar su teoría revolucionaria y conservaban algo de la pedantería filosófica de la izquierda hegeliana. Podría haber desaparecido toda la parte de crítica literaria de los antecesores y falsificadores y hubiera generado un impacto revolucionario. Pero las tesis fundamentales no envejecen y pueden ser citadas hoy. Es uno de los escritos de agitación política más profundos y audaces que haya producido la humanidad.¹⁴²

Las palabras del Che son representativas tanto de su lectura del marxismo como de la obra misma. Si bien reconoció que era uno de los “documentos fundamentales”, no dejó de ser crítico al identificar, por una parte, el momento en que los autores lo redactaron, es decir, cuando todavía no terminaban de “plasmar” la teoría revolucionaria y conservaban rasgos de la “izquierda hegeliana”. Por otra parte, realizó una crítica en cuanto a la estructura textual que, desde su punto de vista, se empobreció al haberle dedicado demasiada atención a los

¹⁴² Ernesto Guevara, “Cuadernos económico –filosóficos y citas varias (1965- 1966)”, en *Apuntes filosóficos*, p. 175.

“antecedentes”. Para el Che, el *Manifiesto* era de un alto valor como producto audaz y profundo, menos de los autores que de la propia humanidad. Sobre *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (sin referencia) de Engels, señaló:

Tal vez se pudiera profundizar más y buscar verdades dialécticas. Los científicos han hecho aportaciones valiosas al campo de la filosofía y de la economía, pero la base idealista los lleva por campos extraviados. Hay que liquidar el dogmatismo y abordar los nuevos problemas que se plantean con el espíritu abierto a cierto agnosticismo científico (me parece).¹⁴³

La observación del Che abarcó tres flancos de importancia. Primero porque, a diferencia del tono utilizado por el propio Engels, buscó otorgar reconocimiento a las aportaciones que los “científicos” dieron a la “filosofía” y la “economía”, considerándolos como parte integral del pensamiento del ser humano. Segundo, fue una invitación a él mismo para “profundizar más y buscar verdades dialécticas”, lo que habla de una lectura densa sobre el texto, deslizándose así una crítica a éste. Tercero, le parecía necesario “liquidar el dogmatismo” que prevalecía en cuanto a la interpretación de textos clásicos del marxismo. Acerca de *El Estado y la Revolución*, de Lenin (segunda edición, La Habana, Editora Política, no aparece la referencia del año) escribió:

Este libro es como una Biblia de bolsillo para los revolucionarios. La última y más importante obra teórica de Lenin donde aparece el revolucionario integral y ortodoxo. Algunas de las recetas marxistas no las pudo cumplir y debió hacer concesiones que todavía hoy pesan sobre la URSS; pero los tiempos no estaban para experimentar a largo plazo; había que dar de comer a un pueblo y organizar la defensa contra posibles ataques. Frente a la realidad de hoy, *El Estado y la Revolución*, es la fuente teórico – práctica más clara y fecunda de la literatura marxista.¹⁴⁴

¹⁴³ *Ibíd.*, p. 192.

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 232.

El comentario del Che es revelador de su visión ante el panorama que por entonces atravesaba la URSS, del conocimiento histórico de la Revolución rusa que le permitió entender las decisiones de Lenin ante la urgencia de “dar de comer a un pueblo” y la organización de la defensa “ante posibles ataques”. Por la situación que vivía Cuba en ese momento, no es improbable que encontrara cierto parangón y referencia en la gesta de 1917. Por supuesto, no son las únicas anotaciones de Guevara, pero éstas ejemplifican el ojo crítico con el que se acercó a los textos: dialogó con ellos, ratificando o debatiendo ciertos planteamientos. Si el texto era una “Biblia”, luego entonces tenía que ser leída por los revolucionarios, pero sin dejar de reconocer cuáles fueron las “recetas marxistas” que Lenin no pudo llevar a cabo por la urgencia histórica. No obstante, representaba la fuente “teórico –práctica más clara y fecunda” del marxismo en cuanto corriente histórica de pensamiento.

Si en la adolescencia la marca de lectura se encontró signada por la diversidad, amplitud y eclecticismo, en su madurez las anotaciones, así como las sugerencias de lectura, fueron guiadas por la preocupación de saber pensar el marxismo con cabeza propia. En una carta para Armando Hart Dávalos, fechada el 4 de diciembre de 1965 luego de la fallida expedición guerrillera del Congo, Guevara escribió:

En este largo período de vacaciones le metí la nariz a la filosofía, cosa que hace tiempo pensaba hacer. Me encontré con la primera dificultad: en Cuba no hay nada publicado sobre el tema *si excluimos a los ladrillos soviéticos que tienen el inconveniente de no dejarte pensar*; ya que el partido lo hizo por ti y tú debes digerir. *Como método es lo más antimarxista, pero además suelen ser muy malos.*¹⁴⁵

De las palabras del Che vale la pena destacar, primero, su imparable afán de aprender y estudiar, es decir su militancia lectora también dentro del marxismo. Le había metido “la

¹⁴⁵ Ernesto Guevara, “Carta a Armando Hart”, en *ibíd.*, p.23.

nariz a la filosofía”, y eso le permitió señalar abiertamente una crítica en diversos niveles: a) en Cuba no había “nada publicado” si se hablaba de una escuela de filosofía marxista que los dirigentes revolucionarios hubieran generado, lo que representó un grave rezago, b) hasta ese momento, en la Cuba revolucionaria sólo existían “los ladrillos soviéticos” que embotaban la reflexión y que, dado el malestar de su letras, parecía ser la tendencia predominante y c) no estaba de acuerdo con clasificar a esos “ladrillos” como marxistas cuando eran “lo más antimarxista” en cuanto a método de estudio. Después, propuso una serie de lecturas que eran “un plan de estudio para mí que, creo, puede ser estudiado y mejorado mucho para constituir *la base de una verdadera escuela de pensamiento; ya hemos hecho mucho pero algún día tendremos también que pensar*”.¹⁴⁶

Es necesario hacer algunas consideraciones que se desprenden de esas líneas. Primeramente, la exageración de sus palabras como un recurso de escritura con el que enfatizó sus preocupaciones; no es que no hubieran “pensado”, sino que hasta ese momento no había una escuela propia, netamente cubana y revolucionaria, de marxismo que aportara a la construcción del socialismo en la Isla. Además, sus lecturas tomaron un carácter colectivo pues aunque en un inicio era un plan personal podía “ser estudiado y mejorado mucho”. Para el desarrollo de la Revolución cubana, además de los cambios económicos y sociales, había una necesidad de pensamiento propio como medio indispensable de la liberación. Asimismo, marcó una crítica frontal al marxismo de corte soviético y, a pesar de ello, dentro de las lecturas propuestas se encontraban títulos de Trotsky, Rosa Luxemburgo, Lenin, Stalin, Marx y Kautsky. Antes que desdeñarlas, incitó a su conocimiento cabal para

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p. 24.

que, luego de su análisis, sirvieran de “base” para el desarrollo de un pensamiento desde el contexto revolucionario cubano.

Los cuadernos de Bolivia

Néstor Kohan ha realizado un acucioso seguimiento de las anotaciones que el Che hizo en los “Cuadernos de lectura de Bolivia”, y destaca que en ellas “se sintetiza toda una racionalidad política que concibe a la lucha popular como algo trascendente en el terreno ideológico colectivo y otorgador de sentido pleno a la propia vida individual”.¹⁴⁷ Conviene acotar lo siguiente: los apuntes realizados por el Che, como señala Kohan, significaron “*el punto de llegada – y si se quiere de madurez – de largos años de estudio y reflexión*”. No son un “arranque súbito” de interés por la teoría.¹⁴⁸ En su preocupación por el conocimiento y el análisis de la teoría marxista, iniciado con mucho mayor rigor y disciplina en sus años de ministro revolucionario, latía la necesidad de estudio como parte de su militancia política; diseccionó los textos, los pensó, los debatió para la construcción de un proyecto socialista centrado en la conciencia del sujeto revolucionario. Su ejercicio lector representó, además de un examen de las discusiones en boga durante los años 60, un componente de edificación pensando siempre en el futuro de los pueblos del tercer mundo, en el que América Latina tenía un peso preponderante. Por eso, Carlos Tablada no ha dudado en afirmar que el Che “retó y formuló alternativas a la doctrina e ideología de dominación desarrolladas por las

¹⁴⁷ Néstor Kohan, *En la selva*, p. 13.

¹⁴⁸ *Ídem.*, p. 41, las cursivas son mías. Sobre la idea de arranque súbito en los estudios de filosofía realizados por el Che se basa el análisis de Juan José Sebrelli, “El Che Guevara” en *Comediantes y mártires. Ensayo contra los mitos*, Buenos Aires, Debate, 2009, pp. 123-163.

castas burocráticas de los regímenes de la URSS y de Europa del Este y de la incipiente burocracia cubana de los años 60”.¹⁴⁹

Sin embargo, resultaría ingenuo plantear que el pensamiento del Che fue causa exclusiva de su intelecto. La lectura del mundo que Guevara realizó tiene sentido si se le interpreta como debate en distintos estamentos donde encontró interlocutores ante los que reafirmó o discutió puntos de vista, sin los cuales sus planteamientos quedarían en la orfandad. Si bien sus ideas gozan de una fuerte dosis de originalidad, éstas se generaron gracias a un arsenal de lecturas y debates que sostuvo a lo largo de su vida y su trayectoria política. El Che abrevó lo mejor de un cúmulo de polémicas que permitieron el desarrollo de ese pensamiento original por el que tanto abogó. Por eso resulta esclarecedora la línea de análisis que, a decir de Néstor Kohan, está presente tanto en las anotaciones de Guevara en Bolivia como en los diferentes debates anteriores en los que participó. El filósofo argentino encuentra en su compatriota “una matriz argumentativa que se repite”. Y señala:

Ante cada problema a analizar –sea la ley del valor, el mercado y la planificación, el debate sobre la transición, la historia de la filosofía, la crítica de la economía política, la concepción marxista de la historia o los autores seleccionados en Bolivia–, las argumentaciones de Guevara reconstruyen invariablemente tres posiciones, (a) la opinión de los clásicos del marxismo, (b) la visión oficial soviética y (c) el punto de vista de los “herejes” [...] siempre se ubica en la posición (c). Así lo manifiesta, explícitamente, cada vez que define su propia búsqueda con la expresión “nuestra herejía”.¹⁵⁰

El análisis de Kohan tiene la virtud de resumir el proceder del Che en su método de lectura para enfrentar la polémica. Además, ubica a Guevara desde su papel como lector pues a través de su ejercicio crítico de lectura pudo abogar por la construcción de “nuestra herejía”.

¹⁴⁹ Carlos Tablada, “El socialismo del Che”, en *Autocríticas. Un diálogo al interior de la tradición socialista*, La Habana, Ruth Casa Editorial-Editorial Ciencias Sociales, 2009, p.137.

¹⁵⁰ Néstor Kohan, *En la selva*, pp. 41-42.

Otra vez, leer aparecía como elemento central de su identidad política; era el cimiento de su “herejía”, de su visión subversiva del mundo y del marxismo. La forma en la que el Che leyó fue la representación práctica de un debate intelectual que tuvo diversos interlocutores, empezando por los autores de los textos pero englobó a aquellas personalidades con las que discutió, de las que aprendió y retomó planteamientos; de aquellos con los que estuvo de acuerdo y, por supuesto, también de quienes fueron sus contrincantes en el campo de las ideas.

Los *Cuadernos de Bolivia* son de un incalculable valor para entender las preocupaciones del Che como lector ya en la etapa madura de su trayectoria política. Las opiniones de su accionar en Bolivia, la táctica seguida y la derrota final que lo condujo a la muerte son disimiles y en su mayoría relatan el complicado entramado al que la guerrilla se enfrentó. Sin embargo, ha quedado como elemento secundario el quehacer intelectual que representó, por una parte, la decisión del Che de iniciar esa empresa entendiéndola como parte de un proyecto mucho más amplio; por otra, que su accionar político tuvo sustento en una praxis intelectual. Cuando Guevara seleccionó y estudió ciertos textos a conciencia delineó no sólo un modelo de análisis, sino también la base de una discusión mucho más compleja acerca de la construcción del socialismo. Debatió, en primera instancia, contra la imposibilidad del triunfo de los distintos movimientos populares en América Latina, además reforzó su punto de vista sobre el papel de la conciencia como el motor capaz de generar un cambio radical en el ser humano.

Si en su adolescencia fue notoria la presencia de ciertos tópicos –el amor, la libertad, la filosofía, el marxismo, etc., – en los *Cuadernos de Bolivia* se presentó un examen serio de diferentes categorías del pensamiento marxista que ya había esbozado en las anotaciones de los “Cuadernos económico –filosóficos”. Por esa razón, como señala Néstor Kohan, el

proyecto del Che “se asienta en una concepción humanista del socialismo”, en sus lecturas “y las prolijas anotaciones se sintetiza toda una racionalidad política que concibe a la lucha popular como algo trascendente”.¹⁵¹ En Bolivia extractó y transcribió 25 fragmentos de *Los marxistas* (Antología), de C. Wright Mills (México, ERA, 1964). Según Kohan, el Che “subraya y transcribe largos párrafos donde el estadounidense destaca el humanismo que caracteriza a esta corriente política”.¹⁵² Sobre la obra y el autor, Guevara comentó que el texto era “un libro útil por la amplia y bastante imparcial colección de citas”, y se refirió a Mills como una “clara muestra de la intelectualidad liberal de izquierda norteamericana”.¹⁵³ El libro entonces le resultaba valioso por su aporte imparcial de autores antologados, por las citas que contribuían así a la reflexión humanista desde el marxismo.

El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista (México, Grijalbo, 1963) de Geörgy Lukács fue otro de los libros al que el Che prestó atención. De éste extractó y reprodujo 14 fragmentos que, a decir de Kohan, se vinculan más con la preocupación del Che por “introducirse rigurosamente en el estudio de Hegel y la dialéctica que por seguir los pasos del itinerario intelectual” de Lukács, no obstante lo más atractivo fue que Guevara destacó “el énfasis humanista luckacsiano al interpretar la dialéctica de Hegel más allá de sus limitaciones políticas”.¹⁵⁴ La evaluación del Che acerca del libro resultó favorable, lo consideró “de mucha profundidad” por contribuir al lector a iniciarse en la “difícil filosofía hegeliana” con análisis “muy sugerentes” como el que mostraba que “la dialéctica hegeliana no es solo la inversa de la materialista, sino que tiene sus propias leyes y su mecánica,

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 31.

¹⁵² *Ibíd.*, p. 101

¹⁵³ Ernesto Guevara, *Apuntes filosóficos*, p. 345.

¹⁵⁴ Néstor Kohan, *En la selva*, p. 166.

hundiéndose en mistificaciones que la convierten en un pantano intransitable”.¹⁵⁵ Desde esa perspectiva, el libro de Lucáks resultaba útil y profundo por el método de exposición del húngaro, capaz de demostrar la dinámica de la filosofía hegeliana.

El Che también comentó *Dialéctica de la naturaleza* (México, Editorial Grijalbo, 1961), de Engels. Del libro fueron 26 los fragmentos que reprodujo, considerando al texto como “una obra magnífica en muchos sentidos, pero incompleta y fragmentaria, con capítulos que están como fijados con cola”. Desde su punto de vista, lo mejor de la obra eran “los pensamientos inconclusos en torno a la dialéctica y observaciones aisladas que tienen hoy validez universal, como su definición de la vida”.¹⁵⁶ Su valoración fue un reconocimiento de los aportes realizados por Engels, pero desde una perspectiva crítica del pensamiento marxista.

Historia de la revolución rusa, tomos I y II, (Buenos Aires, Editorial Tilcara, 1963) de León Trotsky fueron los textos que más glosó. Además de extractar varios fragmentos, consideró al libro como “apasionante”, sin embargo señaló que no podía realizar una crítica porque estaba de por medio “la calidad de actor que tiene el historiador”. Pese a ello, arrojaba “luz sobre una serie de hechos de la gran revolución que estaban enmascarados”, señaló además que si se hacía abstracción del autor y se hablaba del libro en sí mismo, éste debía ser “una fuente de primer orden para el estudio de la revolución rusa”.¹⁵⁷ Es de resaltar cómo sus indagaciones históricas sobre la Revolución de octubre tenían, necesariamente, que pasar por uno de sus actores principales que, debido a la instauración del marxismo soviético oficial, fue silenciado del peor modo en el debate intelectual. La “herejía” que Trotsky

¹⁵⁵ Ernesto Guevara, *Apuntes filosóficos*, p. 346.

¹⁵⁶ *Ídem*.

¹⁵⁷ *Ibid.*, pp. 347 – 348.

representó, antes que un impedimento parecía más un estimulante para leerlo como fuente de “primer orden”. El Che también leyó *Categorías del marxismo dialéctico* (México, Editorial Grijalbo, 1962), de Mark Moisevich Rosental y G. M. Straks, libro al que calificó como un “manual incompleto lleno de dogmatismo”; asimismo fue lector de la *Historia de la filosofía* de Aleksandrovich Dynnik. Finalmente, consideró el libro de Jorge Ovando, *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia* (Cochabamba, Editorial Canelas, 1961), como “monocorde, con una tesis interesante sobre el tratamiento de Bolivia como Estado multinacional”; aunque el autor pudo “haber hecho un folleto de 50 páginas, pero el autor nos obsequia con 450 [sic], deshilvanadas, repetidas y con profusión de citas”.¹⁵⁸ De inmediato, sobresale la evaluación crítica de su lectura, tanto por el contenido como por la forma de las obras. Llama la atención el hecho de que la mayoría de los textos analizados por Guevara hayan sido editados en México, por la Editorial Grijalbo que, como ha observado Néstor Kohan, era un sello editorial “estrechamente vinculado al comunismo mexicano y español” que contó con “la asesoría de Adolfo Sánchez Vázquez, Wenceslao Roces y Manuel Sacristán, entre otros”.¹⁵⁹ En otras palabras, el Che estaba al tanto del mundo editorial del marxismo y de las discusiones en circulación.

En los *Cuadernos de Bolivia*, el interés de Guevara se volcó, aunque no se redujo sólo a ello, a pensar filosóficamente el marxismo; realizó una revisión histórica de su desarrollo y los debates que había hasta ese momento acerca del socialismo con la intención de darle mayor sustento histórico–filosófico a sus planteamientos. Es decir, se trata de una serie de textos con los que el Che profundizó sus conocimientos en torno al marxismo, que reflejó sus intereses como lector revolucionario de esta corriente de interpretación histórica, pero

¹⁵⁸ *Ídem.*

¹⁵⁹ Néstor Kohan, *En la selva*, p. 119.

sobre todo como lector del mundo.¹⁶⁰ De igual manera, merece atención el hecho de que pusiera tanta atención en el carácter humanista del marxismo; se trató de una discusión que él mismo abordó en no pocos de sus ensayos durante el tiempo que permaneció en Cuba. El énfasis en el carácter humanista se vinculó con la idea de la construcción del ser humano en un proceso revolucionario, o más aún, con la construcción del proceso revolucionario a través de las relaciones humanas. Es decir, abriendo el campo del debate más allá de las estructuras económicas que tanto pesaron para el marxismo “oficialista” de la Unión Soviética.

El mapa de las ideas, preocupaciones y sensaciones que representan los índices, cuadernos y diccionarios elaborados por el Che no sólo reflejan su proceso constitutivo como militante de la lectura, ávido, atento y crítico sino también su especial interés por la construcción del ser humano en cuanto sujeto histórico. La presencia de la poesía, el psicoanálisis y textos históricos muestran el amplio arsenal cultural al que el Che accedió, pero sobre todo una idea de la vida apegada a la épica, al individuo dentro del proceso revolucionario como un héroe con contradicciones, con pensamientos encontrados, con ideas y sensaciones propias, pero en cuanto integrante de una comunidad.

Finalmente, es importante resaltar cómo al realizar una lectura crítica de distintas tradiciones de pensamiento, el Che generó un nuevo aporte teórico. Las listas, los cuadernos y los programas representan una suerte de radiografía sobre la construcción de la capacidad política de Guevara. En ésta, la preocupación central fue la de poner al ser humano, al individuo consciente, en el eje de toda discusión política. En ese sentido, las lecturas

¹⁶⁰ Sin embargo, en opinión del periodista Juan Ignacio Siles del Valle “la lectura de los innumerables textos dejados por los guerrilleros nos sorprende por la ausencia casi absoluta de un marco teórico”. Muy probablemente se refiere sólo a lo que los combatientes dejaron consignado en sus diarios porque, al menos en el caso del Che, las anotaciones de sus lecturas cuentan, precisamente, con un eje teórico histórico del marxismo y sus polémicas. Véase, *La guerrilla del Che y la narrativa boliviana*, La Paz, Plural Editores, 1996, p. 15.

enlistadas, comentadas, programadas, son no sólo una guía de estudio sobre el pensamiento del Che, sino también una invitación propedéutica de cómo se podía conocer la vida.¹⁶¹

¹⁶¹ Analizando varios de los cuentos que circulaban en Francia durante el siglo XVIII, Robert Darnton anotó que éstos funcionaban como la proyección de “una realización de deseos” que se convirtió “en un programa de sobrevivencia, y no en fantasía para escapar de la realidad”, es, desde luego, una perspectiva centrada en el aspecto literario pero que puede vincularse a la idea de la lectura como un programa de vida que aparece en el Che. Véase “Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá oca”, en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la cultura francesa*, México, FCE, 1987, p.41.

Capítulo III

La pretensión literaria

Narrar la vida y vivir la narración

Paco Ignacio Taibo II señala que, tras ser detenido por el Ejército boliviano, el Che ya no tuvo oportunidad alguna de escribir; observa, con razón, que Guevara había sufrido otras derrotas, pero al quedarse sin pluma y sin papel se convirtió en un hombre “esencialmente desarmado porque no puede narrar lo que está viviendo”.¹⁶² En otros términos, el Che quedó definitivamente derrotado porque no podía narrarse en tales circunstancias. Los textos escritos por Guevara –de sus intentos poéticos a sus diarios y de éstos a sus cartas, ensayos y crónicas– componen una suerte de autobiografía, una narración de vida en la que puede observarse su constitución en tanto autor y personaje.¹⁶³

La autobiografía es, como ha hecho notar Silvia Molloy, una reinterpretación, “un volver a contar” porque la vida a la que se refiere es, “de por sí, una suerte de construcción literaria”. El relato autobiográfico no depende tanto de los “sucesos” sino de “*la articulación de los sucesos*”.¹⁶⁴ Se trata entonces, más que de los acontecimientos en sí, de la forma en la que se relatan, de los recursos de los que el narrador echa mano para estructurar lo que quiere contar. Si para el Che la lectura significó una forma de saber la vida, escribir representó la traducción artística de sus experiencias, de sus inquietudes intelectuales y políticas como

¹⁶² Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara también conocido como el Che*, p. 698.

¹⁶³ De hecho, los diarios de los viajes que realiza por Latinoamérica así como los que escribe en las tres expediciones guerrilleras (Cuba, el Congo y Bolivia) pueden interpretarse desde la perspectiva del “héroe literario” desarrollada por Mijaíl Bajtín, es decir “como una posición plena de sentido que valore la actitud del hombre hacia sí mismo y hacia la realidad circundante” en otras palabras, “no lo que el héroe representa para el mundo, sino, ante todo, qué es lo que representa el mundo para él y qué es lo que viene a ser para sí mismo”, véase “El héroe y la actitud del autor hacia el héroe en la obra de Dostoievski”, en *Problemas de la poética de Dostoievski*, trad. de Tatiana Bubnova, México, FCE, 2003, pp. 73- 115. Los dos primeros diarios representan el “descubrimiento” tanto de América Latina como de sí mismo; el diario de Cuba narra la victoria y su consolidación política. Mientras tanto, el Diario del Congo es, como escribió el propio Che, “la historia de una derrota” o, en otros términos, un punto de decadencia que concluye con su muerte en Bolivia.

¹⁶⁴ Silvia Molloy, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Colegio de México-FCE, 1996, p. 16, las cursivas son mías.

resultado de ese saber de y para la vida. Al respecto, nada tan esclarecedor como una definición acuñada por él al responder una carta a una joven cubana “escribir es *una forma de encarar problemas concretos y una posición que por sensibilidad se adopta ante la vida*”.¹⁶⁵ El acto de escritura no fue percibido por Guevara como medio o herramienta, sino como “forma” que se nutría de dos componentes: uno intelectual y otro sensible para enfrentar “problemas concretos” y adoptar así una postura “ante la vida”. Para el Che escribir representó un acto vivo en el que el mundo se le reveló, permitiéndole interpretarlo y recrearlo intelectual y sensiblemente, pero también era una forma de interpretarse, de reconfigurarse a sí mismo en ese mundo que relató. En una carta enviada a Ernesto Sábato expresó que llegó a considerar el título de escritor “como lo más sagrado del mundo”.¹⁶⁶ Si bien la frase deja notar el respeto que sentía por dicha actividad artística, muestra especialmente una percepción de sí mismo como lector y aspirante a escritor que transitó por la poesía, la crónica y el ensayo.

Durante su estancia en México, ya formando parte del proyecto guerrillero que partiría a Cuba en noviembre de 1956, el Che escribió a su madre que de triunfar en esa empresa “si los molinos no me rompieron el coco”, podría “escribir”.¹⁶⁷ Unos meses antes, en su diario de viaje, lamentaba la cantidad de actividades que debía realizar para sobrevivir porque leía muy poco de medicina y “en producción literaria” se encontraba “estancado” pues “casi nunca escribo”.¹⁶⁸ Es decir, tenía una preocupación latente por “producir” literariamente, concibiéndose a sí mismo como autor de textos artísticamente elaborados y con un afán de profesionalización. Además, destaca el vínculo establecido entre escribir y vencer: iba a

¹⁶⁵ Citado en Orlando Borrego, *op. cit.*, p.264.

¹⁶⁶ Ernesto Guevara, “Carta a Ernesto Sábato”, en *Escritos y Discursos*, tomo 9, p. 375

¹⁶⁷ Ernesto Guevara, “Carta a Celia de la Serna”, en *Otra vez*, p. 169.

¹⁶⁸ *Ibíd.*, p. 87.

escribir si había victoria revolucionaria, si Batista era derrotado, como si con ello coronara literariamente la lucha guerrillera. En otras palabras, la actividad literaria del Che se realizaría dentro de una opción de vida, es decir, posicionándose desde el proceso revolucionario.¹⁶⁹

Hay un elemento que contrasta entre su actividad como lector y sus intentos literarios. Guevara fue un lector apasionado de ficción que, desde muy pequeño, se aficionó a las novelas de aventura. Sin embargo, jamás incursionó en este género literario. Es todavía más contradictorio si se piensa cómo los personajes literarios, las historias de aventura, fueron factores que contribuyeron a modelar su personalidad política y referencias a las que aludió constantemente. Los textos que el Che escribió, sus crónicas, cartas, ensayos, tienen un rasgo común: narran no aquello que imaginó, sino lo que vio y vivió. Se trata de una escritura en tensión cuya forma y responsabilidad recaía en el carácter testimonial, como si existiera no sólo una negativa a escribir ficción, sino también una imposibilidad o una indisposición de su parte¹⁷⁰ que se liga de igual modo a su “fracaso” en la poesía. A decir de Vera Kuteischikova y Lev Ospovat, esa tensión ocurría, en realidad, entre su poderosa imaginación y la necesidad de plasmar aquello que fuese estrictamente verídico, “nada inventado”. La contradicción, a decir de ambos autores, recayó en que el proyecto revolucionario cubano estaba dotado de una fuerte imaginación, pero a pesar del fuerte papel que ésta jugaba “con más tenacidad trataba de rehuir, en la medida de lo posible, la participación de la imaginación cuando plasmaba su actividad en la palabra”;¹⁷¹ como si escribir ficción significara que

¹⁶⁹ Véase Walter Benjamín, “El autor como productor” (Ponencia presentada en el Instituto para el estudio del fascismo, París, 27 de abril de 1934). Traducción a cargo de Bolívar Echeverría, 2004, disponible en www.bolivare.unam.mx/traduccion/es/El%20autor%20como%20productor.pdf+%&cd=1&hl=es&ct=clnk&gl=mx, consultado el 14 de abril del 2016.

¹⁷⁰ Es, como señala Vila Matas, una tensión de escritura que nace a partir del “no”, *Bartleby y compañía*, p. 12. En el caso del Che, esa negativa por incursionar en la ficción generó, no obstante, una narrativa testimonial.

¹⁷¹ Vera Kuteischikova y Lev Ospovat, “La literatura en la vida de un revolucionario. (Para un retrato de Ernesto Che Guevara)”, trad. de Roberto Román, en *Casa de las Américas*, n. 104, 1977, p. 31.

también la propia Revolución era una ficción y no una realidad palpable. Aunque la Revolución fuese también fruto de la imaginación, sólo valía consignarla en cuanto proceso no ficcional. Es por eso altamente llamativa la contradicción entre el lector apasionado de ficciones que sólo elaboró sus textos basándose en lo estrictamente verídico.

Hay dos aspectos sobre los que se puede pensar al respecto. Primero, una vanidad escritural. El Che sabía que sus textos de crónica eran de una calidad respetable, algo que valía la pena compartir y de lo que podía sentirse satisfecho. De ahí, por ejemplo, la advertencia al lector en los *Diarios de motocicleta* o en *Pasajes de la guerra revolucionaria*; es decir, eran textos de una valía literaria aceptable y por ello podían publicarse. En cambio, al no intentar incursionar en la ficción y al considerar su poesía como fracaso, había un examen, un pudor personal íntimo. Es decir, si los textos escritos –un proyecto de libro sobre la función social del médico, una biografía sobre Marx, la poesía de juventud–, no le resultaban gratos a él mismo, mucho menos a sus posibles lectores. Este aspecto se une al cuestionamiento acerca del valor de la literatura, o en otras palabras, del para qué escribir y para qué leer. El segundo aspecto se vincula con la entrevista ya citada de María Rosa Oliver cuando el Che se refería a las novelas de la Revolución cubana y también a la evaluación que hizo de *Mamita Yunai*, en contraste con la novela de Edward Bellamy. En el primer caso, las obras le parecieron acartonadas, con temas que derivaban en lugares comunes como en la novela de Carlos Luis Fallas en la que los personajes no tenían complejidad y no propiciaban la imaginación ni la capacidad de análisis. En cambio, la obra de Bellamy le sorprendió, le gustó y generó en él una reflexión teórica. Tal vez por eso no intentó escribir ficción, porque sabía que sus textos podían parecerse más a lo que no le agradaba, que a aquello por lo que sintió especial afición. En otros términos, si lo que escribía no le gustaba porque no contribuía desde la forma artística al pensamiento, a la reflexión del lector, más valía no escribir. Pero

si escribía y el resultado era un fracaso, como en el caso de la poesía, era mejor no darlo a conocer.

El poeta fracasado

Desde la juventud, el Che manifestó su deseo de escribir. En esa etapa, a decir de Jon Lee Anderson, Guevara elaboró “versos torpes y pretenciosos” que revelaron “el desarrollo de una vigorosa imaginación romántica y, *en su amor por las palabras, los primeros atisbos del deseo creciente de escribir*”.¹⁷² La apreciación tiene la virtud de ubicar en un mismo plano la imaginación, el amor por las palabras y el deseo escritural del Che como elementos esenciales en la postura que “adopta ante la vida”. La valoración de Anderson da cuenta, sobre todo, de un Ernesto Guevara en proceso de construcción como autor. Carlos López Villagra, compañero de colegio de Ernesto, recuerda lo siguiente:

Una vez el profesor de literatura Agustín Díaz Biale, apasionado por la poesía española, pidió a quienes compusiesen poemas que los llevaran a clase. En la clase siguiente, fue señalando influencias, posibilidades y alentando a los autores, hasta llegar a uno de estrofas trazadas con una escritura voluntariosa. A medida que avanzaba, verso tras verso, el rostro del profesor se transformaba, iba adquiriendo un tinte rojo violento y al fin leyó apenas un fragmento e inquirió por el autor. Guevara se puso de pie y defendió su poema cuyo tema era una especie de misa negra, apelando a su entrañable Baudelaire y sacando a relucir, en última estancia, a su gran debilidad latinoamericana: Pablo Neruda.¹⁷³

¹⁷² Jon Lee Anderson, *Che Guevara. Una vida revolucionaria*, p. 60. El autor rescata los siguientes versos “veinteañeros” del Che: “Lápida inconclusa de jardín abstracto/ con tu arquitectura arcaica/ atacas la moral cúbica del hombre/ Figurillas horribles tiñen su verso de sangre/ y fachadas panegíricas manchan tu frente con luz/ caprichos portentosos mancillan tu oscuro nombre/ adornándote como a todas las demás”, p. 60. Por su puesto, resalta de inmediato la cantidad de adjetivos utilizados con los que trataba de reflejar sus sensaciones, es un buen ejemplo de por qué se consideraba “fracasado”.

¹⁷³ Citado en Claudia Korol, *op. cit.*, p. 53.

Del testimonio de López Villagra destaca la plena conciencia del Che en su papel de autor; haciéndose responsable de los versos, los defendió ante el profesor. Además permite ver tanto las “influencias” del “voluntarioso” Guevara, como una sensibilidad literaria que la lectura de Baudelaire y Neruda le generaron.¹⁷⁴ Según el nicaragüense Guillermo Rothschuh Villanueva, los versos escritos en la juventud del Che tienen “el mismo tono combativo y desafiante que impregnó toda su obra revolucionaria”,¹⁷⁵ aunque lo cierto es que ésta es la parte menos lograda de su producción literaria. La mayoría de sus poemas fueron escritos entre 1953 y 1956, en el transcurso del segundo viaje que realizó por Latinoamérica; en ese lapso, el Che consolidó su transformación política y sus versos así lo prueban. En ellos, a decir de la cubana Zenaida Vicente Portales, buscó retratar “telúricamente” sus sensaciones y descubrimientos “aunque no aparezcan grandes imágenes y metáforas”.¹⁷⁶ No obstante, vale la pena reparar en una marca constante en sus intentos poéticos; se trata de una escritura de lo imposible. Hay una contradicción no superada: el deseo de escribir en verso termina, desde el punto de vista del propio Che, en “fracaso”; como si a través de los versos no pudiera nombrar lo que deseaba, pese a que era el género que más apreció y al que más hizo referencia. En otras palabras, el Che sabía leer poesía, pero no sabía, no podía, escribirla. Por eso su caracterización, al definirse en 1960 ante León Felipe como un “poeta fracasado”, indica el alto grado de valor estético que le confirió a la poesía y no extraña, por tal motivo,

¹⁷⁴ Roland Barthes señaló que la literatura, “la práctica de escribir” contiene una “responsabilidad en la forma; pero esta responsabilidad no puede evaluarse en términos ideológicos” sino como un saber más en la vida en el que “el gusto por las palabras es lo que torna profundo y fecundo al saber”. Véase “Lección inaugural” en *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France*, trad. de Óscar Terán, México, Siglo XXI, 2011, pp. 98-100. Asimismo, sobre el debate en torno a la definición de autor véase Michel Foucault, “Qué es un autor”, conferencia expuesta el 2 de febrero de 1969 en la Sociedad Francesa de Filosofía, disponible en <http://148.206.53.230/revistasuam/dialectica/include/getdoc.php?id=286>, consultado el 3 de febrero de 2016.

¹⁷⁵ Guillermo Rothschuh Villanueva, *Che poeta y guerrillero*, México, Ediciones Armella, 1987, p.31.

¹⁷⁶ Zenaida Vicente Portales, *La competencia comunicativa de Ernesto Guevara de la Serna*, 2010, disponible en www.scielo.sid/cu, consultado el 15 de febrero de 2016.

su decisión de romper aquellos “versitos” que escribía para Aleida March. En ese sentido, su autodefinición como “poeta fracasado” no era un gesto de ironía de alguien que no se tomaba tan en serio, al contrario. Era una confesión sincera y en tensión con su deseo de ser poeta.¹⁷⁷ Guevara compartía los poemas que leía, especialmente en sus comparecencias ante trabajadores pero también en alusiones constantes en sus cartas; en cambio, los intentos poéticos de su autoría no rebasaron nunca el plano de la intimidad, bien por respeto a la poesía como género de gran estima o bien por un pudor artístico que le permitió reconocer el escaso efecto estético de sus versos. Tanto así que, como recuerda Julio M. Llanes, el Che “se molestó” cuando *Canto a Fidel* “fue publicado sin su autorización”.¹⁷⁸

Los versos del joven Guevara son, en realidad, parte de lo que Denia García Ronda ha llamado “conciencia literaria”¹⁷⁹ y muestran al autor anunciando su compromiso político aunque con un resultado literario más bien pobre. Por ejemplo, *Vieja María, vas a Morir* es una declaración en la que selló un pacto con una anciana cuya vida “fue un rosario completo de agonías”.¹⁸⁰ El poema fue el puente entre el sujeto lírico y la vieja enferma en los últimos instantes de su vida; la anciana era la imagen de la “abuela proletaria” a la que le rogaba creer “en el hombre que llega”, jurando “por la exacta dimensión de mis ideales” que “tus nietos todos vivirán la aurora”. La descripción de la agonía vivida por la mujer le permitió retratar un ambiente cargado de dolor y cerrar su compromiso “en la suave vergüenza de mis manos de médico”. Sus versos se muestran como una narración de un momento de quiebre entre la muerte y el futuro que anunciaba “la más roja y viril de las venganzas”; de esa forma, el Che

¹⁷⁷ Véase Alejandro González Acosta, *Che, escritor. Un estudio introductorio*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Editorial Xalli, 1989, p.56.

¹⁷⁸ Julio M. Llanes, *op. cit.*, p. 95.

¹⁷⁹ Denia García Ronda, “El escritor Che: sin darle pluma por pistola”, 2013, disponible en <http://elsudamericano.wordpress.com/2013/05/14/el-escriptor-che-sin-darle-pluma-por-pistola/>, consultado el 18 mayo de 2015.

¹⁸⁰ Ernesto Guevara, “Vieja María, vas a Morir”, en Guillermo Rothschild Villanueva, *op. cit.*, pp. 55-57.

unió su deseo de escribir, el amor por la palabra, el futuro y el compromiso político como elementos fundamentales de sus intentos poéticos. Dichos elementos están igualmente marcados en *Canto a Fidel*, el texto puede leerse como una proclamación de su lealtad con la expedición guerrillera cubana que partiría “a liberar el verde caimán que tanto amas” y así, cuando “la fiera” se lamiera las heridas, “nos tendrás”. La victoria era presentada como una herida al gobierno de Batista; guardando respeto y marcando la jerarquía hacia Fidel Castro hay una repetición del verso “nos tendrás” para no dejar lugar a dudas de su compromiso con el “ardiente profeta de la aurora”. El anuncio del mañana, como en *Vieja María*, es lo que verdaderamente merecía la pena, pese a que en el camino pudiera interponerse “el hierro”.¹⁸¹

Más allá del resultado artístico, sobresale la conexión entre el deseo de escribir y la búsqueda de una forma literaria para traducir sus inquietudes personales, intelectuales y políticas. Aunque es conveniente hacer un reparo: a diferencia de sus crónicas y ensayos, Guevara no buscó publicar los poemas y, por tal motivo, no parece existir un trabajo de reescritura con tal objetivo, como sí ocurrió con los textos de los *Diarios de motocicleta* y los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, tanto el volumen de Cuba como el del Congo. Sólo uno de sus poemas, que escribió a modo de despedida para su esposa, sobrevivió al ojo crítico del Che. El poema inicia con un solo “verso enamorado”, que “roba” a Nazim Hikmet, para dejar fe de la “exacta dimensión de mi cariño” y decir a su “única en el mundo” que partirá a “edificar las primaveras de sangre y argamasa”. Además, con toda la carga trágica de una despedida, hace una petición: “Si me destinan al oscuro sitio de los cimientos, /guárdalo en el archivo nebuloso del recuerdo; / úsalo en noches de lágrimas y sueños...”.¹⁸²

¹⁸¹ *Ibíd.*, pp. 59-60.

¹⁸² Aleida March, *Evocación*, pp. 164-165.

Nuevamente, la poesía apareció como lo más íntimo de Guevara y sólo esos versos, desde el punto de vista del “poeta fracasado”, tuvieron el suficiente valor artístico para ser dedicados a Aleida. El verso que hizo suyo al insertarlo deliberadamente en el poema –“mi única en el mundo”– tenía que servir tanto en el dolor de las noches de “lágrimas” como en noches de “sueños”. Si en el intento de “edificar primaveras” se encontraba con la muerte, lo único que podía dejar era el testimonio de “poeta fracasado”. Aunque a lo largo de sus escritos aparecen referencias a otros textos literarios, especialmente en las cartas enviadas a su madre, la inserción del verso, además de rendir un homenaje al poeta turco, resignificó su contexto y creó un diálogo entre textos. En esa operación existe, como lo señala Manfred Pfister, una explosión semántica ocurrida entre los textos y que, al mismo tiempo, refleja la particularidad estética de cada uno. Al insertar dicho verso en su creación poética, el Che hizo patente su papel de lector, pero también había un trabajo de “asimilación, transposición y transformación de signos ajenos”.¹⁸³ En efecto, existió la apropiación de los “signos ajenos” del verso de Hikmet, pero no deja de ser llamativa la necesidad de afianzar lo que el Che quería decir con respaldo del poeta turco, como si no bastaran sus palabras. Por eso mismo, aunque no haya roto el poema como en ocasiones anteriores, la tensión de la escritura no desaparece. Y fue el propio Che, precisamente en otra carta para Aleida, quien definió mejor esa contradicción constante entre querer ser poeta y fracasar, porque él era un poeta “no tanto de composición como de pensamiento”.¹⁸⁴

¹⁸³ Manfred Pfister, “Concepciones de la intertextualidad”, en Desiderio Navarro (selección y traducción), *Intertextualität I. La teoría de la intertextualidad en Alemania*, La Habana, Criterios - Casa de las Américas, 2004, p.17. Asimismo, vale la pena el trabajo de Carmen Lara Rallo, *Las voces y los ecos. Perspectivas sobre la intertextualidad*, Málaga, Analecta Malacitana, 2006.

¹⁸⁴ Citado en Aleida March, *Evocación*, p.129.

Los diarios

Los intentos poéticos del Che, así como sus cartas, crónicas y ensayos son en conjunto una representación artística de su vida, de su visión de mundo y, por lo tanto, de sí mismo en ese mundo literariamente dibujado. Como sugiere Silvia Molloy, “la vida es siempre, necesariamente, relato: relato que nos contamos a nosotros mismos, como sujetos, a través de la rememoración; relato que oímos contar o que leemos, cuando se trata de vidas ajenas”.¹⁸⁵ Dicho relato, oral o escrito, se basa en una forma estructural, así como en el lenguaje empleado en su construcción. En otras palabras, hay un método de narración que paralelamente construye y reconfigura al propio narrador. Para el caso del Che, la muestra de su proceder escritural se hizo patente en el diario de viaje que elaboró en su andar por diferentes países de Latinoamérica en 1952. Conviene señalar, por una parte, que dicho método –consistente en levantar unas primeras notas de sus impresiones y luego reelaborarlas con mayor precisión– se manifestó también en *Pasajes de la guerra revolucionaria* de Cuba y el Congo; por otra parte, que en el caso de su segundo viaje latinoamericano no hubo una reescritura del diario, como tampoco ocurrió con el diario de Bolivia. De ahí la diferencia sustancial entre los textos.

La clara intención de publicar los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, así como los *Diarios de motocicleta*, revelan a un Guevara preocupado por la forma narrativa de éstos, pero también la importancia que atribuía al lector y que representaba, en buena medida, una proyección de su propia constitución como tal. El Che leyó como escritor, con lápiz en mano, realizando anotaciones de las lecturas, pero escribió como lector, es decir, preocupándose ante todo por la forma en que sería leído. En ese sentido, no es fortuito que tanto los *Diarios*

¹⁸⁵ Silvia Molloy, *op. cit.*, p. 16.

de motocicleta, como los dos volúmenes de *Pasajes de la guerra revolucionaria*, empiecen con una suerte de advertencia al lector. El balance que realizó sobre la actividad guerrillera llevada a cabo en el Congo era revelador porque presentaba diversos elementos estilísticos ya consolidados. En su “Advertencia preliminar” Guevara inició con una oración tajante “Esta es la historia de un fracaso” y, aunque “desciende al detalle anecdótico”, era apenas “matizada de observaciones y de espíritu crítico”. El diario del Congo fue escrito en la derrota, desde ésta el Che buscó aportar una serie de elementos para que fuesen tomados en cuenta por otros movimientos guerrilleros; en otras palabras, tomando la adversidad también como enseñanza.

Si *La guerra de guerrillas* y *Pasajes de la guerra revolucionaria* pueden leerse desde un balance victorioso, en el Congo la escritura es testimonio de su abatimiento. El Che hizo un reparo interesante: “Estas notas serán publicadas transcurrido bastante tiempo desde su dictado y, tal vez, *el autor no pueda hacerse responsable* de lo que aquí está dicho”.¹⁸⁶ Lo relevante de sus palabras se encuentra en la autoconcepción como autor que debe hacerse “responsable” de lo escrito poniendo como garantía su propia vida: “tal vez” no pudiera hacerlo porque, para ese momento, estaba en marcha la expedición guerrillera hacia Bolivia. El Che presentó el texto como si se tratara de una obra de teatro en la que, desde luego, él mismo era actor; con ese gesto, no sólo se hizo responsable de lo escrito sino también, y sobre todo, de la derrota en cuanto participante y jefe guerrillero, como actor y autor de lo ocurrido. No fue la única ocasión en la que empleó tal estructura narrativa, también la desarrolló anteriormente en los *Diarios de motocicleta*. En éstos el *Fúser* abrió con un apartado cuyo título “Entendámonos”, además de recordar a Michel de Montaigne, jugaba

¹⁸⁶ Ernesto Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria (Congo)*, p. 27

un doble papel.¹⁸⁷ Por un lado, se trataba de una construcción literaria de los posibles lectores, los acercaba a sus vivencias; les pedía que ante el relato, ese “trozo de dos vidas”, le creyeran o “reventaran” pues tratando de ser fiel a lo vivido “mi boca narra lo que mis ojos le contaron”. Asimismo, muestra un rasgo característico en su percepción de lector frente a un texto: hay que “creer” o “reventar”, adentrarse, dialogar con él; estableciendo, desde el principio, un puente entre el autor, el lector y lo relatado. En esa construcción literaria de los lectores, Guevara los hacía cómplices no sólo del relato sino, sobre todo, del mundo, las sensaciones y la experiencia vivida.

Guevara apuntó que “El personaje que escribió estas notas murió de nuevo al pisar tierra Argentina, el que las ordena y pule, ‘yo’, no soy yo; por lo menos no soy el mismo yo interior. Ese vagar sin rumbo por nuestra ‘Mayúscula América’ me ha cambiado más de lo que creí”. Hizo constar su participación en el relato como “personaje” y autor del mismo en el que, además, existió una muerte y un nacimiento simbólicos, por eso anotó “Los dejo ahora conmigo; el que fui...”¹⁸⁸. De ese modo, viaje y escritura configuraron a un nuevo personaje que era él, aunque no era el mismo “yo interior” que partió de Argentina para recorrer la “Mayúscula América”. El desdoblamiento entre el yo, que “ordena y pule” las notas, y el personaje que “murió” al volver a su país, demuestra que las anotaciones tuvieron una

¹⁸⁷ El padre del ensayo anotó en su advertencia al lector “Este es un libro de buena fe, lector. Desde el comienzo te advertiré que con el no persigo ningún fin trascendental, sino sólo privado y familiar; tampoco me propongo con mi obra prestarte ningún servicio, ni con ella trabajo para mi gloria, que mis fuerzas no alcanzan al logro de tal designio [...]. Si mi objetivo hubiera sido buscar el favor del mundo, habría echado mano de adornos prestados; pero no, quiero sólo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto. Mis defectos se reflejarán a lo vivo: mis imperfecciones y mi manera de ser ingenua, en tanto que la reverencia pública lo consienta”, disponible en www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ensayos-de-montaigne, consultado el 20 de junio del 2014

¹⁸⁸ Ernesto Guevara, *Diarios de motocicleta. Notas de un viaje por América Latina*, Buenos Aires, Planeta, 2005, p. 52.

reescritura, que fueron trabajadas con plena conciencia para presentarlas al lector, es decir, existió un tratamiento artístico del texto.¹⁸⁹

Si al inicio del viaje lo que más le preocupaba al *Fúser* era el paisaje y el descubrimiento de nuevas tierras, conforme avanzó en el recorrido su mirada se centró en las personas con las que convivía. Aunque, en uno y otro caso, predominó un estilo de narración altamente descriptivo. Por ello, Cintio Vittier no dudó en calificar el estilo del Che como una “prosa de los ojos, de gran visualidad, dibujante hasta donde la vista alcanza”.¹⁹⁰ En sus narraciones, la voz, lo escrito, fue sobre todo una narrativa de la imagen, de los ojos que testimonian; ésta es una característica también presente en textos posteriores. Por ejemplo, cuando el *Fúser* contempló el mar señaló que “siempre fue un confidente, un amigo que absorbe todo lo que le cuentan sin revelar jamás el secreto confiado y que da el mejor de los consejos: un ruido cuyo significado cada uno interpreta como puede”. Además, desde su apreciación, para Alberto Granado era “un espectáculo nuevo que le causa una turbación extraña cuyos reflejos se perciben en la mirada atenta con que sigue el desarrollo de cada una de las olas que van a morir en la playa”.¹⁹¹ La vista era el elemento sustancial que le permitió adentrarse en el ruido del mar y en la “turbación” extraña de su amigo. Como ha señalado Jaume Peris Blanes, hay una vinculación entre el viaje, la vida y “la captación visual, en un doble sentido que, por una parte, aludía a su carácter documental y de registro pero que, por otro, incidía en el carácter subjetivo de esa mirada. Se servía, para ello, de la metáfora

¹⁸⁹ Mijaíl Bajtín observó en “El problema de los géneros discursivos” que los enunciados “reflejan las condiciones específicas y el objeto de cada una de las esferas no sólo por su contenido (temático) y por su estilo verbal, o sea por la selección de recursos léxicos, fraseológicos y gramaticales de la lengua sino, ante todo, por su composición y estructuración”, en *Estética de la creación verbal*, trad. de Tatiana Buvnova, México, Siglo XXI, 1982, p.248

¹⁹⁰ Cintio Vittier, “Introducción”, en *Diarios de motocicleta*, p. 34.

¹⁹¹ Ernesto Guevara, *ibíd.*, p. 55.

fotográfica, a través de la cual explicaba la compleja relación entre el acontecimiento y su representación”.¹⁹²

Lo que sus ojos vieron pronto quedó testimoniado al describir las condiciones de los mineros en Chuquicamata o la situación de los indígenas en el Perú, pero antes registró dos episodios relevantes. En Valparaíso realizó una consulta médica a una vieja asmática “La pobre –escribió el Che –daba lástima, se respiraba en su pieza ese olor acre de sudor concentrado y patas sucias, mezclado al polvo de unos sillones, única paquetería de la casa. Sumaba a su estado asmático una regular descompensación cardíaca”. La anciana formaba parte de aquella gente “cuyo horizonte más lejano fue siempre el día de mañana”, y en esos momentos, donde ya nada se podía hacer como médico, se captaba “la profunda tragedia que encierra la vida del proletariado de todo el mundo”. El *Fúser* continuó apuntando que en los ojos moribundos de la mujer había “un desesperado pedido de consuelo que se pierde en el vacío, como se perderá pronto su cuerpo en la magnitud del misterio que nos rodea”.¹⁹³ De su narración despunta el modo de situar al lector frente a la anciana: con un olor acre, una tragedia traducida en el pedido de consuelo, todo lo que se perderá en el vacío. El narrador compartió las sensaciones con el lector al que buscó transmitir su propia conmoción creando una atmósfera decadente, en la que la muerte de la anciana era previsible e inevitable. Más adelante relató que antes de llegar a Chuquicamata él y Granado se encontraron con un matrimonio de comunistas chilenos. El *Fúser* describió el encuentro de la siguiente forma:

A la luz de una vela con que nos alumbrábamos para cebar el mate y comer un pedazo de pan y queso, las facciones contraídas del obrero ponían una nota misteriosa y trágica, en su idioma sencillo y expresivo contaba de sus tres meses de cárcel, de la mujer hambrienta que lo seguía con ejemplar lealtad [...] El matrimonio aterido, en la noche del desierto, acurrucados uno contra el otro, era

¹⁹² Jaume Peris Blanes, “Relatos para una revolución potencial. Las crónicas testimoniales de Che Guevara”, *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, n. 6, Universitat de València, diciembre de 2015, pp.152-153.

¹⁹³ Ernesto Guevara, *Diarios de motocicleta*, p. 114.

una viva representación del proletariado en cualquier parte del mundo. No tenían una mísera manta con que taparse, de modo que les dimos una de las nuestras y en la otra nos arropamos como pudimos Alberto y yo. Fue ésa una de las veces en que he pasado más frío, pero también, en la que me sentí más hermanado con ésta, para mí, extraña especie humana.¹⁹⁴

El mate y la poca comida fueron el punto de partida para describir el “idioma sencillo” del minero, su persecución y la búsqueda infructuosa de empleo. Como en el caso de la vieja asmática, el encuentro con los mineros era una muestra de las dificultades sufridas por “el proletariado” en cualquier lugar del mundo; la voz del matrimonio se convertía así en la voz de todos los perseguidos por razones políticas, de los desempleados, de los que sufrían frío. Compartir una manta en medio del frío significó un acto de plena identificación y solidaridad con todo lo que el matrimonio representaba. Si el encuentro con la anciana asmática y con los mineros era ya una inflexión en su concepción del mundo, su estancia en el leproso de San Pablo coronó definitivamente la transformación. Los personajes que aparecieron en ese andar por Latinoamérica (los “linyeras”, los mineros, los enfermos) eran, a decir de Ricardo Piglia, figuras de “la víctima social que debe ser socorrida. Es el médico el que descifra el sentido de lo que ve”.¹⁹⁵

El 14 de junio de 1952, “día de San Guevara”, el Che cumplió 24 años que celebró con fútbol y una fiesta organizada por el Doctor Bresani, director del leproso, en la que el pisco corrió a marejadas. Guevara, “fulano exiguo”, festejaba que la vida no lo hubiera “tratado tan mal, después de todo” y en el brindis se “manda” un discurso muy “panamericano”:

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 108. Alberto Granado también describe el encuentro en términos similares al Che, pero pone especial atención en la esposa del minero “Mientras él hablaba, ella sin saberse observada lo miraba con una especie de admirada arrobación, que tocaba mi fibra sensibilera. Sentí algo cálido dentro de mí que me hermana con esa mujer pobre en dinero y cultura, pero rica en sentimientos, que afronta toda esa cantidad de contratiempos, persecuciones y calamidades fiel a su compañero”, “Con el Che en Sudamérica”, en *Viaje por Sudamérica*, p. 197.

¹⁹⁵ Ricardo Piglia, *op. cit.*, p. 123.

[...] aunque lo exiguo de nuestras personalidades nos impide ser voceros de su causa, creemos, y después de este viaje más firmemente que antes, que la división de América en nacionalidades inciertas e ilusorias es completamente ficticia. Constituimos una sola raza mestiza que desde México hasta el estrecho de Magallanes presenta notables similitudes etnográficas. Por eso, tratando de quitarme toda carga de provincialismo exiguo, brindo por Perú y por América Unida.¹⁹⁶

La narración del Che puede leerse como un magnífico ejemplo de su estilo de escritura porque en el tono irónico reside el artificio del relato. El “día de San Guevara” era trascendental, antes que por su cumpleaños, por hacer explícito su cambio de perspectiva ante la vida; lejos de todo “provincialismo exiguo” el viaje le permitió conocer las “similitudes etnográficas” de “América Unida”. El *Fúser* se afilió a la “raza mestiza” –cuyo eco martiano es inevitable escuchar– con la que fue identificándose a lo largo del recorrido. El detalle del cumpleaños individual, personal, cede paso a la raza mestiza, a la “América Unida”, a un nosotros del que los habitantes del leprosario, así como la vieja asmática y el matrimonio chileno, eran representantes. Por esa razón, en la parte final del diario el “ecléctico disector de doctrinas y psicoanalista de dogmas” –como se caracteriza a sí mismo– anotó que en el “momento en que el gran espíritu rector dé el tajo enorme que divida toda la humanidad en dos fracciones antagónicas, estaré con el pueblo”.¹⁹⁷

El desplazamiento entre el personaje que vive lo narrado y el autor que narra lo vivido fue, más que temporal, intelectual. Las notas que tomó durante el recorrido eran el punto de partida para luego “ordenarlas” y “pulirlas” con el fin de generar un efecto en el lector; además, le permitió realizar un balance del cambio que experimentó. Por esa razón, señaló que “Al hacer estas notas de viaje, en el calor de mi entusiasmo primero y escritas con la

¹⁹⁶ Ernesto Guevara, *Diarios de motocicleta*, p. 196.

¹⁹⁷ *Ibíd.*, p. 208.

frescura de lo sentido, *escribí algunas extravagancias y en general creo haber estado bastante lejos de lo que un espíritu científico podría aprobar*”.¹⁹⁸ El Che escribió sometiendo a examen sus primeras impresiones: el autor que relató lo vivido analizó al personaje que vivió lo narrado, lo diseccionó y volvió sobre sus pasos para ofrecer una creación literaria que al mismo tiempo representó un balance político e intelectual. La observación resultaba significativa: dado que el viaje lo cambió, enfrentándolo consigo mismo antes que con nadie más, se hizo más riguroso con sus propias impresiones. Las “extravagancias” se alejaban de una búsqueda más seria, “científica”, necesaria para entender a cabalidad la situación política y social de Latinoamérica. Hubo un cambio evidente entre el inicio de la aventura y los diferentes episodios vividos, los ojos de Guevara eran los mismos pero su mirada se hacía más incisiva, más “científica”, tratando de entender en lo más profundo su experiencia con rigor reflexivo y no solamente con “entusiasmo y frescura de lo sentido”. Por esa razón, no es ocioso insistir en el hecho de que existió una transformación del Che personaje, pero de igual manera del Che autor: uno y otro son indisolubles, el cambio entre lo vivido y lo escrito sucedió a la par. Era una transformación política e intelectualmente radical que se percibía mediante los relatos; dicha transfiguración también puede observarse como crecimiento y consolidación de una conciencia política fuertemente vinculada a sus inquietudes literarias.

Con esa conciencia artística, Guevara desplegó un método particular de escritura. Si de sus lecturas realizó comentarios amplios, a los que luego recurrió para trazar incluso dos proyectos de libros que no llegaron a concretarse,¹⁹⁹ para escribir un relato apenas hacía, a

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 127.

¹⁹⁹ Uno es el que preparaba durante su estancia en México y llevaba el “pretensioso” título de *La función social en América Latina* y el otro tendría como base las anotaciones y críticas que realizó al marxismo soviético. Bajo el cuidado de María del Carmen Ariet García, se publicó un volumen con dichas anotaciones con el nombre de *Apuntes críticos a la economía política*, Melbourne, Ocean Sur, 2006.

veces muy escuetamente, alguna nota como base primaria. Acerca de dichas anotaciones primigenias quizá no haya modelo más claro, y al mismo tiempo trágico, que su diario de Bolivia. Sobre éste, vale la pena anotar algunas consideraciones relevantes. El académico puertorriqueño Carlos Gil ve en el diario del Che una diferencia con respecto a textos anteriores, “no escribe para la vida sino para la muerte. O mejor dicho: escribe en su camino hacia la muerte”.²⁰⁰ La observación resulta problemática al menos en dos sentidos. Si por una parte es verdad que Guevara escribió en su camino “hacia la muerte”, el propio diario es testimonio de un camino en la vida y hacia la vida, cuyo proyecto central era el de sembrar la semilla de la liberación latinoamericana. El Che, como lo comprueban sus planes de lectura y el proyecto de estudios filosóficos enviado a Armando Hart poco antes de arribar a Bolivia, aunque contemplaba la posibilidad real de morir, no pretendió ir hacia el fatal destino que encontró. Por otro lado, sus anotaciones son lo más cercano al testimonio crudo, sin “ordenar”, sin “pulir”, alejado de un trabajo artístico de por medio que sólo habría podido realizar de manera posterior. La diferencia fundamental es que el diario fue escrito por el Che del mismo modo que aquellas anotaciones en Sierra Maestra que, después de ser reelaboradas, dieron como resultado los *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Aunque el diario es la descripción de una derrota militar, representa la huella de quien escribía para narrarse en la vida.

En el *Diario de Bolivia* predominan las anotaciones breves, aunque a veces se extendía en algunas, especialmente al realizar algún balance mensual, la valoración del comportamiento general de la guerrilla o una escaramuza con el Ejército boliviano. Por

²⁰⁰ Carlos Gil, “La invención del camino. El Ché (sic) y la escritura del eco”, Carlos Gil, Irma Rivera, *Confesión, interpretación. Siete estudios interdisciplinarios en análisis del discurso, deconstrucción e interpretación*, Río Piedras, Editorial Postdata, 2001, p. 80.

ejemplo, el 30 de enero de 1966 escribió “La góndola fue de 12 hombres y trasladó la mayor cantidad de víveres; queda carga para 5 hombres. La caza no dio nada. Se acabó la cueva para los objetos personales; no quedó buena”.²⁰¹ Es notable lo corto de las oraciones, el Che no ofreció mayor detalle, no aportó descripción alguna, solamente señaló que la cueva “no quedó buena” y la caza fue mala sin explicar por qué. Dicha escritura tiene mayor parecido a un telegrama, o a una bitácora que a un diario. El estilo de sus anotaciones está marcado por la brevedad donde, más que una crónica de los sucesos, lo que sobresale es simplemente una función de referencia.

El 11 de junio de 1967 apuntó “Día de total tranquilidad; permanecemos en la emboscada pero el Ejército no avanzó; sólo un avioncito sobrevoló la zona algunos minutos. Puede ser que nos esperen en el Rosita. El camino sobre el firme avanzó hasta casi coronar la loma. Mañana saldremos de todas maneras; nos queda comida amplia para 5-6 días”.²⁰² Guevara anotó lo estrictamente necesario, es decir, la emboscada y, paradójicamente, la tranquilidad dentro de ésta, así como el nulo avance del Ejército, omitiendo detalles y haciendo a un lado cualquier pretensión de describir minuciosamente. El asedio de los militares y las condiciones de movilidad de la guerrilla ocasionaron que las notas fueran necesariamente apresuradas y breves: en tales circunstancias el único lector podía ser él mismo. De ahí que la escritura –sin “pulir”, sin “ordenar”– no contara con un trabajo artístico porque, además de las condiciones propias de la expedición guerrillera, no existían lectores potenciales a quienes presentar sus textos.

²⁰¹ Ernesto Guevara, *El diario del Che en Bolivia*, p. 70.

²⁰² *Ibid.*, p. 158.

La guerra de guerrillas y Los pasajes de la guerra

La guerra de guerrillas y los *Pasajes de la guerra revolucionaria* guardan una estrecha relación, no sólo por el momento en el que fueron publicados –el primero en 1960 y los segundos a partir de 1961, en la revista *Verde Olivo*–, sino también por la temática que abordan. En ambos, el Che narró y reflexionó acerca de la gesta de Sierra Maestra, pero cada uno con registros particulares, con una forma de escritura específica. *La guerra de guerrillas* es un texto dedicado a Camilo Cienfuegos, “un manual donde se sintetizan nuestras experiencias guerrilleras, porque son producto de la vida misma”.²⁰³ Es decir, el texto era fruto de la “vida misma” y, desde la perspectiva de Guevara, respondía y servía a la vida. Por otro lado, conviene reparar en la caracterización del texto como un “manual” que buscaba resumir la experiencia de la guerrilla cubana, es decir, dar el carácter teórico que la lucha guerrillera, vivida en la práctica, se merecía. El Che buscó describir las distintas etapas de la lucha insurreccional, el comportamiento de los combatientes, los componentes que permitieron la victoria, las dificultades de ese tipo de lucha, etc. El “manual” se caracteriza, en su generalidad, por un lenguaje directo, con pocos ribetes, de enunciados parecidos, más bien, a sentencias. Por ejemplo, para el Che la victoria del Ejército Rebelde representó un “triunfo épico”, además de un “modificador de viejos dogmas sobre la conducta de las masas populares de América Latina”.²⁰⁴ Hay dos elementos que la oración demuestra; por una parte, lo épico de la lucha, que es un tema constante en el texto; por otra, cómo lo épico se liga no

²⁰³ Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, p.3

²⁰⁴ *Ibíd.*, p. 11.

sólo con el carácter de la lucha guerrillera sino también con la victoria, lo inédito, lo novedoso y, por tanto, con la propia vida.

Lo interesante es que el Che hizo una evaluación de la experiencia particular cubana con miras a contribuir a la discusión de la lucha guerrillera para América Latina. Según Guevara, para el establecimiento de un primer “foco” guerrillero en un territorio era necesario contar con algunas condiciones mínimas. Entre otras, “demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica”. Es decir, sólo cuando todas las vías de la contienda “cívica” se hubieran cerrado por completo era posible el inicio de la vía guerrillera. El Che insistió sobre ese aspecto cuando escribió: “Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es *imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica*”.²⁰⁵ La reiteración sobre la contienda cívica y la imposibilidad de la guerrilla no fue gratuita porque, de ese modo, buscó que no hubiera equívocos sobre su interpretación de las necesidades mínimas para el inicio de la lucha armada. La lucha guerrillera era “de masas” y la guerrilla, como “núcleo armado”, representaba la “vanguardia”. En ese sentido, el guerrillero tenía que contar con “todo el apoyo de la población del lugar. Es una cualidad **sine qua non**”.²⁰⁶ El Che reiteraba cómo la lucha guerrillera no era del “núcleo armado”, sino de toda la población, y el apoyo de ésta

²⁰⁵ *Ibid*, pp. 12-13, las cursivas son mías. Este es uno de los aspectos que poco se tomó en cuenta por parte de Regis Debray y quienes, sin mayor detenimiento y análisis, buscaron repetir la experiencia cubana como si se tratara de una biblia. La idea del “foco”, teorizada y ampliamente difundida por Debray, fue una lectura que empobreció los planteamientos del Che. Para un seguimiento de las polémicas al respecto, el valioso ensayo de Germán Sánchez resulta esclarecedor, “Che: su otra imagen” es una guía necesaria, en Alfredo Prieto González (coordinador), *Pensar al Che (tomo I)*, recopilación del Centro de Estudios sobre América, La Habana, Editorial José Martí, 1989, pp. 29- 110.

²⁰⁶ Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, p. 15, el énfasis es del autor.

tenía ser una cualidad imprescindible, “sine qua non”. Era una evaluación, desde luego, nacida como “producto de la vida misma”.

El hecho de que la experiencia cubana hubiera triunfado no significaba que en otras experiencias ocurriera lo mismo. Por eso, desde su perspectiva “la guerra de guerrillas es una fase de la guerra que no tiene de por sí oportunidad de lograr el triunfo”, solamente la evolución de la lucha, a través de las victorias basadas en el apoyo de la población, haría que la guerrilla se convirtiera en “Ejército Rebelde”, el único capaz de otorgar el triunfo. Para ello, el combatiente, el guerrillero tenía que contar con la cualidad imprescindible de estar dispuesto a “dar su vida” por la victoria, “no por defender un ideal sino por convertirlo en realidad”. En esa formulación, además de sentar las bases del perfil del combatiente, el Che puso de manifiesto, quizá sin pretenderlo, esa tensión constante entre la imaginación de un “ideal” y la práctica para convertirlo en realidad, entre la ficción de imaginar y la realidad de combatir; el guerrillero no peleaba por un ideal en abstracto, sino por una realidad mejor.²⁰⁷

Uno de los aspectos más destacables en *La guerra de guerrillas* es la caracterización que el Che realizó acerca del guerrillero. El combatiente, además de un reformador social dispuesto a dar la vida, tenía que estar convencido de una verdad “incontrovertible”: contra el pueblo no se puede vencer. Más aún, **“Quien no sienta esta verdad indubitable no puede ser guerrillero”**.²⁰⁸ No se trataba solamente de estar convencido de un ideal, sino de sentir la “verdad”; el Che ponía la sensibilidad como un elemento sin el cual no había guerrilleros, ni guerrilla posible y, por ello, victoria de ninguna índole. Desde su punto de vista, el combatiente tenía que conducirse, ante la población y sus compañeros, mediante una “conducta moral” que lo acreditara como “vanguardia”. En sus palabras, “El soldado

²⁰⁷ *Ibid.*, pp.20-21.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 24, el énfasis es del autor.

guerrillero debe ser un asceta”. Asimismo, lo caracterizó como una suerte de “ángel tutelar” para “ayudar siempre al pobre”; un “extraordinario compañero” que jamás dejaría a un compañero herido; en combate contra el enemigo debería ser “una tromba” que, sin embargo, sería benevolente con los “vencidos indefensos, respetando también a los muertos”. El guerrillero tenía que ser “audaz” de mente, “infatigable” en lo físico y “sufrido hasta un grado extremo” para alcanzar el ideal por el que era la vanguardia de todo un pueblo.²⁰⁹ En esas descripciones, el Che hizo uso de un notable artificio: estaba relatando una realidad que vivió. Si nombró esas características de los guerrilleros, que van de lo moral y lo ético al sacrificio físico; de la audacia mental y la solidaridad con el compañero al “ascetismo” de un ángel tutelar, fue porque los encontró en la lucha de la Sierra Maestra. Es decir, los vio y vivió en sus compañeros pero también en sí mismo.

El “manual” hacía uso de la experiencia real para problematizar acerca de la constitución del “soldado combatiente”, pero no sólo por lo que fue la experiencia cubana, sino lo que podrían ser nuevas gestas de esa índole en América Latina y el resto del tercer mundo. Por supuesto, el punto vista de Guevara se relaciona con la idea del heroísmo, de la épica como concepción de la vida guerrillera y el triunfo posterior; en otras palabras, al escribir *La guerra de guerrillas* el Che no sólo buscó socializar su reflexión acerca de esa forma de lucha, sino también modeló el discurso épico de la Revolución. Esa construcción épica de la guerrilla fue trabajada aún más en los *Pasajes de la guerra revolucionaria* que, desde un registro narrativo, dan cuenta de esa epopeya sobre la que teorizó en el “manual”. Como anota Jaume Peris Blanes “eran textos complementarios, que se inscribían en una pedagogía revolucionaria que hacía de la experiencia cubana un modelo ejemplar digno de

²⁰⁹ *Ibid.*, pp. 59-81.

ser emulado internacionalmente y que se nutrían de las anotaciones que Guevara había tomado en sus diarios de campaña”.²¹⁰

Los relatos que conforman *Pasajes de la guerra revolucionaria* fueron originalmente colaboraciones del Che para *Verde Olivo*, la revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y publicado como volumen en 1963.²¹¹ En el prólogo a esa primera edición –luego ampliada y revisada por Guevara en 1965– escribió que “el recuerdo de la lucha insurreccional se va disolviendo” por lo que la serie de narraciones buscaba fijar en la memoria de los lectores la gesta de Sierra Maestra a través de “recuerdos personales” de los combatientes, con una sola condición: que el narrador “sea estrictamente veraz” acerca de los acontecimientos. Según Roberto Fernández Retamar, en esos textos de prosa “seca y coloquial”, el artista que habitaba en el Che era “también” quien escribía con la finalidad de “mostrar la guerra como realmente es, con su violencia, su grandeza, su dolor y su constante afrontamiento de vida y muerte”.²¹² De la valoración del poeta y ensayista cubano merece subrayarse la caracterización de Guevara como “artista” de la palabra: son los relatos del “artista” los que narran la historia de la naciente Cuba revolucionaria. Una historia que buscó contarse a partir de la guerra, “como realmente es”. Desde luego, el peso que se otorgaba a lo que “realmente es” descolló, precisamente, como una tensión entre la realidad y la ficción: sus relatos cuentan lo que “realmente” sucedió, sin margen para las invenciones pero a través de recursos literarios que ficcionalizan lo que “realmente” ocurrió.

²¹⁰ Jaime Peris Blanes, “Relatos para una revolución potencial”, en *op. cit.*, p. 151.

²¹¹ Roberto Fernández Retamar realizó un breve recorrido sobre la genealogía editorial de *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en “Pasajes de la guerra revolucionaria”, *Concierto para la mano izquierda*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2000, p. 104.

²¹² Roberto Fernández Retamar, “Leer al Che”, en *Cuba defendida*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2004, p.145.

Guevara señaló que era un buen inicio, por cuestiones cronológicas y de ordenamiento, “empezar con el primer combate” es decir “el único en que participara Fidel que fuera adverso a nuestras armas: la sorpresa de Alegría de Pío”.²¹³ Como autor y emprendedor del proyecto, el Che era consciente de que iba a narrar una parte de la historia, que estaba construyendo a través de sus colaboraciones parte del nuevo discurso revolucionario; de ahí la proposición para que lo narrado fuese “estrictamente veraz”. El hecho de iniciar por la única derrota guerrillera en la que participó Fidel Castro fue una elección no sólo cronológica y de ordenamiento, sino sobre todo una construcción literaria. El “ardiente profeta de la aurora” sufrió un solo revés, pero de ahí en adelante todo sería crecimiento y victoria para los sobrevivientes del desembarco. La construcción artística de “Alegría de Pío” tiene su origen en los diarios de guerra que elaboró entre 1956 y 1958. El 5 de diciembre de 1956, el Che escribió:

Acampamos en un bosquecito a la orilla de un cañaveral en una hondonada rodeada de sierras. A las 4:30 fuimos sorprendidos por fuerzas enemigas. El estado mayor se retiró al cañaveral y ordenó la retirada en esa dirección. La retirada tomó proporciones de fuga. El estado mayor abandonó mucho implemento. Yo traté de salvar una caja de balas y en ese momento una ráfaga hirió creo que mortalmente a Arbentosa y a mí de refilón también en el cuello. La bala dio primero en la caja y me tiró al suelo, perdí el ánimo un par de minutos.²¹⁴

Resalta la brevedad de las oraciones y, como en el caso del diario boliviano, el ritmo generado por éstas. El Che no se detuvo a realizar una descripción pormenorizada de la situación general, del asedio y la pérdida de “mucho implemento”, sino que prefirió

²¹³ Ernesto Guevara, “Prólogo”, en *Pasajes de la guerra revolucionaria*, p. 1. Conviene señalar, además, que el proyecto de *Verde Olivo* contemplaba la participación de quienes habían sido combatientes en la guerrilla. *Pasajes de la guerra revolucionaria* recoge sólo las colaboraciones del Che, pero hasta 1972 siguieron apareciendo los testimonios de otros guerrilleros.

²¹⁴ Ernesto Guevara, *Diario de un combatiente. De la Sierra Maestra a Santa Clara 1956-1958*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2011, p. 16.

aprehender lo que consideró relevante del suceso, generando un campo semántico donde privó el caos: sorpresa, retirada, fuga, abandono, heridas y balas. El ya guerrillero no sólo retrató un ambiente sino también se situó como el personaje que vivió lo narrado y pudo testimoniar lo sucedido porque, en última instancia, sobrevivió a su bautizo de fuego. Desde luego, el parentesco con las notas del diario boliviano se encuentra en las condiciones de vida dentro del proceso guerrillero. El componente de intimidad es primordial para situarlo en el contexto de escritura; en ese momento específico, y a lo largo de la gesta insurreccional, Guevara escribió desde él y para él, sin considerar a un posible lector porque —como lo señaló a su madre— era probable que los molinos le rompieran “el coco”. En estricto sentido, las breves y apresuradas anotaciones son el testimonio inmediato del guerrillero que vivió lo narrado. No obstante, luego de desarrollarlas y trabajarlas con la finalidad de generar un efecto estético en el lector, el relato se convirtió en la creación del autor que narró lo vivido.

En “Alegría de Pío”, Guevara amplía la descripción sobre el ambiente y las condiciones de los guerrilleros. La tropa, luego de navegar por siete días, estaba compuesta por “bisoños que nunca habían entrado en combate”; cansados e inexpertos hacia la madrugada del 5 de diciembre, “eran pocos los que podían dar un paso más”. La reiteración sobre el cansancio y la inexperiencia de los combatientes generó un ambiente de desasosiego que fue incrementándose. En un breve descanso, cuando conversaba con otro guerrillero, “sonó un disparo” y se desató “un huracán de balas”. La sorpresa “había sido demasiado grande, las balas demasiado nutridas”. Además, el Che se enfrentó, por primera vez, al dilema de ser “soldado revolucionario” o continuar como médico: ante la disyuntiva de llevar una mochila con medicamentos o una caja de balas, dado que pesaban demasiado “para transportarlas juntas”, optó por las balas. Guevara retrató así la muerte simbólica del médico “ecléctico

disector de doctrinas” que era, para dar vida al guerrillero revolucionario en el que se convirtió a partir de ese momento.

En seguida, narró su reacción ante la herida “de refilón” en su cuello “Quedé tendido; disparé un tiro hacia el monte siguiendo el mismo oscuro impulso del otro herido”. Entonces reinó la confusión y en ese momento se puso a “pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que todo parecía perdido”. En ese instante recordó un cuento de Jack London,²¹⁵ que aparece como una referencia intertextual, capaz de resignificar el episodio: Guevara no evocó un testimonio, un hecho histórico comprobable, sino un texto literario que vivía, con propia luz, dentro de otro texto literario que dio cuenta de un hecho verídico. El Che recurrió a la literatura porque le otorgó una imagen que no encontró en ningún otro lado. La lectura y la escritura se convirtieron en dos experiencias unidas por la vida; la historia fue leída y escrita artísticamente para dar la dimensión de lo vivido. Jorge Fonet señala que en esa operación el Che trazó un camino “entre literatura y vida, entre ética y estética. En ella parece resumirse *el deber ser del intelectual revolucionario*”.²¹⁶ El naciente guerrillero optó por las balas, pero al enfrentarse a una herida fue un hecho literario el que le ofreció una posibilidad de “pensarse”, de reinterpretarse estéticamente dentro del proceso guerrillero, de enlazar una actitud ética sin olvidarse del carácter estético dentro de la Revolución cubana. Hay otro aspecto que, en términos artísticos, no es menor: esa misma evocación del Che fue utilizada por Julio Cortázar en “Reunión”, recreando el relato de Guevara. El Che rememoró el texto de London vivificando una ficción; en esa operación, ficcionalizó la vivencia y, a su vez,

²¹⁵ Ernesto Guevara, “Alegría de Pío”, *op. cit.*, pp. 12-13.

²¹⁶ Jorge Fonet, “Un viejo cuento de Jack London”, en *El 71. Anatomía de una crisis*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2013, pp. 105-106, las cursivas son del autor.

Cortázar hizo una ficción a partir de un acontecimiento histórico literariamente construido.²¹⁷ Grínor Rojo ha hecho notar que los textos literarios también están inmersos en la historia y no basta entenderlos en su “autosuficiencia” para analizarlos, sobre todo porque, como en el caso de “Alegoría de Pío”, los textos se encuentran habitados por más de un discurso, y “los discursos que lo ocupan se relacionan hacia adentro, entre ellos, y hacia afuera, con otros discursos”.²¹⁸

Cuando el Che escribió el relato se autoconstruyó como personaje narrado que, al mismo tiempo, rememoró a otro personaje literario en el que encontró un modelo de conducta. La tensión entre el momento límite de la herida y el personaje fue resuelta a través de la evocación literaria. Ésta, dentro de la narración, representó una inflexión: mientras reinó la confusión, y el Che creía que iba morir, había un guerrillero que, de rodillas, gritaba “que había que rendirse”, pero inmediatamente Guevara enlazó la evocación literaria con “una voz, que después supe pertenecía a Camilo Cienfuegos, gritando: ‘Aquí no se rinde nadie...’ y una palabrota después”. El recuerdo de aquel personaje de London dio la pauta para que apareciera, dentro del panorama adverso, la voz de Camilo. En un momento, escribió el Che, “me quedé solo, tendido allí esperando la muerte”, pero apareció Juan Almeida “y me dio ánimos para seguir”. El periplo continuó en medio de “las avionetas que pasaban bajo” pero él y otros compañeros lograron internarse en un cañaveral donde, debido al ataque aéreo, “ya se levantaban columnas de humo y fuego; aunque esto no lo puedo asegurar porque pensaba más en la amargura de la derrota y en la inminencia de mi muerte, que en los acontecimientos de la lucha”. Otra vez, la posibilidad de la muerte nubló los acontecimientos y todo se

²¹⁷ Al respecto, véase el rico análisis efectuado por Soledad Pérez- Abadín Barro, *Cortázar y Che Guevara. Lectura de Reunión* (Edición de Claudio Canaparo), Bern, Editorial Peter Lang, 2010.

²¹⁸ Grínor Rojo, *Diez tesis sobre la crítica*, Santiago de Chile, LOM ediciones, 2001, p. 45.

confundía, sólo fue nítida la imagen literaria del cuento de London. La marcha siguió hasta que no pudieron continuar y decidieron dormir “todos juntos, amontonados, atacados por los mosquitos, atenazados por la sed y el hambre”; finalmente, el Che remató el relato del siguiente modo: “Así fue nuestro bautismo de fuego, el día 5 de diciembre de 1956, en las cercanías de Niquero. Así se inició la forja de lo que sería el Ejército Rebelde”.²¹⁹

Entre las notas de su diario y “Alegoría de Pío” hay una mediación artística: en el primer caso, aquéllas fueron realizadas muy cercanas al sorpresivo ataque del Ejército, en el segundo no sólo hay una distancia temporal –son cinco años entre lo escrito en el diario y el relato– sino la adopción de una forma literaria para contar los sucesos. Según Juan Duchesne Winter, en la “plasticidad literaria” de los relatos, en el “estilo sobrio, escueto, cuidadoso en representar sin palabras sobrantes ciertas escenas, gestos e imágenes” reside el efecto de “emoción” generado por *Pasajes de la guerra revolucionaria*. En su forma narrativa, en su construcción literaria, es “un texto fundador del estado revolucionario cubano”.²²⁰ Si de manera general el volumen representa la constitución de una forma de interpretar la lucha guerrillera, “Alegoría de Pío” puede entenderse, parafraseando a García Márquez, como la crónica de una victoria anunciada. El texto da cuenta, más que de un combate, de una derrota de la que formaron parte Fidel Castro, Juan Almeida, Camilo Cienfuegos y el propio Guevara: a la postre, todos ellos serían vencedores. Por tal motivo, los textos del Che son la representación literaria del proceso guerrillero y la vena artística del naciente discurso revolucionario. En otras palabras, la historia de la Cuba revolucionaria tuvo una fundación literaria de la que el Che fue, en gran medida, responsable. Nadie menos que Ambrosio

²¹⁹ Ernesto Guevara, “Alegoría de Pío”, *op. cit.*, p.14.

²²⁰ Juan Duchesne Winter, *La guerrilla narrada: acción, acontecimiento, sujeto*, San Juan de Puerto Rico, Ediciones Callejón, 2010, pp. 35- 36.

Fornet ha hecho notar que, tras su publicación, los relatos se identificaron “editorialmente como narraciones y funcionalmente como contribuciones a la historia” sin reparar en la construcción artística que hicieron posible caracterizarlos en ambos sentidos.²²¹ Por eso, aun considerándolo como un libro de crónicas o relatos, *Pasajes de la guerra revolucionaria* fue el prototipo del testimonio literario que tendría su momento de auge, en Cuba y el resto de Latinoamérica, durante la década de 1970.²²²

Por su plasticidad, por los diferentes registros literarios que van de lo descriptivo a la narración y de ahí a la introspección sutil, los relatos del Che han merecido diferentes caracterizaciones. Una de ellas es la ofrecida por Roberto Fernández Retamar quien, sobre la base de las impresiones primigenias levantadas por Guevara, lo identifica como un volumen de “reportajes”. Asimismo, anota que “hay allí una nueva literatura” por la “despreocupación de toda moda literaria, y su apego escueto, y por lo mismo conmovedor, al hecho real”.²²³ Desde luego, ese “apego escueto” es un efecto basado en el trabajo literario que el Che desplegó y del que “El cachorro asesinado” es un magnífico ejemplo.

El relato es testimonio de la habilidad narrativa de Guevara que, por la observación, la generación de un ambiente propio y el efecto en el lector, también puede catalogarse como un cuento. El episodio es inicialmente descrito como “un día de gloria” para las condiciones reinantes en la Sierra Maestra. Los guerrilleros seguían “pacientemente” a las tropas de

²²¹ Ambrosio Fornet, “El testimonio hispanoamericano: Orígenes y transfiguración de un género”, en *El otro y sus signos*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2008, pp. 36.

²²² Véase Alberto Abreu Arcia, *Los juegos de la Escritura o la (re)escritura de la Historia*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2007.

²²³ Roberto Fernández Retamar, “Pasajes de la guerra revolucionaria”, en *op. cit.*, p. 105. El apego escueto al hecho real señalado por Fernández Retamar no debe entenderse como una cuestión mecánica, como “reflejo”, sino como una postura, como una “intervención activa” de lo que se representa, es decir “un acto de fusión, de transformación, de identificación”, según lo planteó Ernst Fischer “El problema de lo real en el arte moderno”, en Theodor W. Adorno, Roman Jakobson, et al., *Realismo: ¿mito, doctrina o tendencia histórica?*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1969, p. 99.

Sánchez Mosquera –uno de los jefes más sanguinarios del Ejército batistiano– quien “dejaba un rastro de ranchos quemados, de tristeza hosca por toda la región”. La misión comandada por el Che consistía en cercar a los hombres de Sánchez Mosquera, aunque “no sabíamos cuántos de ellos habría en total”. En medio de esa incertidumbre, generadora de una expectativa en alta tensión ante el posible choque de fuerzas, un personaje central aparece: un “pequeño perrito de caza, de pocas semanas de nacido”. El cachorro seguía afanosamente a la columna guerrillera a través de laderas dificultosas donde “el paso se hacía sumamente trabajoso”; los guerrilleros avanzaban “con el silencio de estos casos, sin que apenas una rama rota quebrara el murmullo habitual del monte”. En ese contexto, escucharon los ladridos “desconsolados y nerviosos del perrito” que se quedaba atrás, luego hubo un momento de calma nuevamente roto por el “animalito” que no se conformaba con llamar, “tenía miedo de que lo dejaran y ladraba desesperadamente”. El Che rememoró su orden tajante al considerar que otro ladrido del cachorro ponía en peligro a la columna guerrillera: “Félix, ese perro no da un aullido más, tú te encargarás de hacerlo. Ahórcalo. No puede volver a ladrar”. La mayor tensión del relato, el clímax de éste, no ocurrió en un enfrentamiento con las fuerzas de Batista como inicialmente se sugería, sino en la mirada de Félix “con unos ojos que no decían nada” y en cómo cumplió la “orden tajante”:

Con toda lentitud sacó una soga, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco extinguiéndose al compás de un quejido muy fino que podía burlar el círculo atenazante de la garganta. No sé cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte.²²⁴

²²⁴ Ernesto Guevara, “El Cachorro asesinado”, en *Pasajes de la guerra revolucionaria*, p. 166.

En pocas líneas, el Che hizo gala de su estilo narrativo en el que los diminutivos generan una empatía con el lector y los protagonistas. Retrató un contexto de tensa calma interrumpido por el “animalito”, con el énfasis puesto en la condición del cachorro mientras se enfrentaba a su ahorcamiento con unos movimientos “cariñosos” para dar paso a lo convulso. Lo único que escapaba a la cuerda de su cuello era el “compás de un quejido muy fino” en el que el tiempo transcurrió lentamente, hasta que su cabeza quedó sobre las ramas. El relato prosiguió señalando que durante el resto de la marcha no se comentó siquiera la muerte del animal. No hubo enfrentamiento con los soldados de Batista y sólo la columna de Camilo Cienfuegos entró en acción. El regreso “se hizo lento” hasta llegar a una casa en la que alguien cantaba y tocaba la guitarra. La tonada parecía sentimental, se confundía con la noche y el cansancio. Félix, “que comía sentado en el suelo”, dejó un hueso y un perro “de la casa vino mansamente y lo cogió”. De nueva cuenta se generó una expectativa, un ambiente de tensión entre el perro, Félix y el narrador:

Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró; Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca con algo de reproche, aunque observándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado.²²⁵

Con esa imagen finalizó el relato que en un inicio “era un día de gloria”. El ritmo de la narración, la insistencia en el silencio y la tonada melancólica de la guitarra, así como la tensión moral desarrollada en torno al asesinato, demuestran el trabajo artístico que hay de por medio. Los dos momentos tensos ocurrieron entre Félix y ambos perros; en los dos, el acercamiento al guerrillero se hizo de manera mansa; en el primer caso, la marcha continúa

²²⁵ *Ibíd.*, p. 167.

“sin comentar” el asesinato; en el segundo, después de las miradas cruzadas, nuevamente hubo un silencio previo a la conmoción. A través de ese perro, “con su mirada mansa”, pícaro, “estaba el cachorro asesinado”. Cuando Guevara describió cómo Félix ahorcó al “perrito”, anotó que sólo escapaba a la soga “un quejido muy fijo”, pero, como si el cachorrito nunca los hubiera abandonado, la melodía sentimental de la guitarra apareció como la continuación del quejido que logró burlar a la soga. El final tiene un detalle sutil: era la presencia del cachorro asesinado la que estaba “junto a todos”. El quejido y el silencio fueron los acompañantes hasta arribar a la casa, después serán la tonada de la guitarra, y nuevamente el silencio los que condujeron al momento cumbre en el que el cachorrito los observó “a través de otro perro”.

La composición literaria de *Pasajes de la guerra revolucionaria* dio la oportunidad de entender la historia de Cuba de una forma artística. Según lo han observado Óscar Zanetti y Carmen Almodóvar, a través de ese volumen el Che “puso de manifiesto su aguda sensibilidad para la historia”. Además, ambos autores apuntan lo siguiente:

Mucho mérito en la efectividad comunicativa de esta obra le corresponde a la calidad formal de la narración. Che no pretende “hacer literatura”, pero tampoco descuida el tratamiento de una imagen ni desdeña una metáfora. Hay un uso cabal e inteligente de los recursos narrativos en función del mayor atractivo de la información que se trasmite. Y el resultado creado sin pretensiones literarias, posee no obstante notables valores formales.²²⁶

La valoración de los ensayistas cubanos, aunque otorga un peso importante a los “valores formales” del texto, soslaya la pretensión del Che. Si bien es cierto que Guevara quiso contar la historia para fundar la memoria revolucionaria, no lo es menos el hecho de que dicha labor fue realizada a través de la literatura. El Che, en cada uno de sus textos, en

²²⁶ Óscar Zanetti y Carmen Almodóvar, “Presencia de Che en la historiografía cubana”, en *Pensar al Che*, p. 350.

el cuidado de la forma, buscó hacer literatura. Mediante los recursos literarios describió, captó, y analizó de mejor manera los acontecimientos históricos. De hecho, tan sabía que sus textos gozaban de un valor artístico considerable que buscó su publicación. En ese sentido, los *Pasajes de la guerra revolucionaria* significaron el aporte del Che desde la historia cubana para la literatura, pero también el aporte desde la literatura para el estudio de la historia.

La piedra

A decir de Graziella Pogolotti, los relatos del Che destacan por la atmósfera creada y el ritmo generado por unas “historias de guerra” en las que, paradójicamente, “los combates no son lo más importante”. Guevara puso especial atención en sus propias contradicciones, en las de sus compañeros, en las “debilidades de unos, las traiciones de otros”, “en el descubrimiento del dolor y la miseria”, en la “ironía frente a algún pequeño descalabro” para, finalmente, relatar la guerra, antes que por los actos bélicos, mediante una “incontenible” ternura.²²⁷ En ese sentido, el texto que el Che escribió en el Congo, tras recibir la noticia de la posible muerte de su madre, resultó paradigmático al utilizar la metáfora como vehículo potencial de la narración. Como ha señalado Luz Aurora Pimentel, la metáfora, en contraste con la descripción detallada, construye un “extraordinario poder de transformación de la realidad” pero también “una enorme capacidad de significación *sintética y simultánea*”.²²⁸

El texto del Che, conocido como “La piedra”, no sólo combinó sintéticamente el dolor, la incertidumbre y las peripecias de la vida guerrillera, sino que posibilitó una simultaneidad temporal que iba de los recuerdos al presente diegético y de éste a una proyección futura.

²²⁷ Graziella Pogolotti, “Apuntes para el Che escritor”, *Revista Casa de las Américas*, n.46, 1968, pp.152-155.

²²⁸ Véase Luz Aurora Pimentel, “La dimensión icónica de la metáfora”, *Constelaciones I. Ensayos de Teoría narrativa y Literatura comparada*, México, UNAM, 2012, p.220.

Guevara introdujo de lleno al lector en una situación dolorosa, especialmente por la incertidumbre: “Había que esperar la confirmación para estar oficialmente triste. Me pregunté si podía llorar un poquito”. El narrador presentó así un conflicto íntimo: llorar o no, demostrar o no los estragos que una noticia como ésta podía causarle a un jefe guerrillero. La leve esperanza de que la noticia fuese mentira lo mantenía “extraoficialmente” triste, sólo la confirmación decidiría “si tenía o no derecho a mostrar mi tristeza”. En realidad, en medio de la selva, sin victorias para los guerrilleros cubanos y congolese, “no me importaba nada de nada”. El objetivo central, es decir, la liberación del Congo, se veía tan lejano “que parecía inalcanzable, como un infierno surrealista cuyo castigo fuera el tedio”. La atmósfera se transformó en “infierno surrealista” en el que el tedio y la noticia no confirmada fueron elementos que sostuvieron el tono y el ritmo del relato. El narrador transmitió la angustia del momento con las diferentes formas que buscaba para tratar de evadirla, “saqué la pipa. Yo no perdía mis pipas, como los soldados. Es que era muy importante para mí tenerla. En los caminos del humo se puede remontar cualquier distancia”. El Che narró su deseo de fumar con la finalidad de “remontar distancias”, pero además, como señalaba líneas adelante, la pipa le era necesaria “para soñar”. Los soldados perdían la pipa “porque no les era imprescindible, no se pierden las cosas imprescindibles”. Guevara recurría a otros objetos indispensables buscando hacer pequeñas las distancias, por ejemplo al pañuelo de gasa que podría convertirse en un “cabestrillo amoroso”. Con el pañuelo como acompañante reflexionó acerca de la muerte, de la forma en la que, llegado el “instante del supremo miedo”, terminaría sus días: “tal vez saldría en el Life con una mirada agónica y desesperada”. Así describió ese lapso en el que fumó, pensó y soñó, aunque también a través del humo “anduve mis viejos caminos y llegué a los rincones íntimos de mis miedos”, en los que la muerte era “esa nada turbadora e inexplicable”.

Aunque de manera general el texto es un monólogo, hay momentos en los que este elemento tuvo mayor énfasis, por ejemplo cuando evocó a sus hijos “No quisiera sobrevivirme en mis hijos: ni me conocen; soy un cuerpo extraño que perturba a veces su tranquilidad, que se interpone entre ellos y la madre”. La impaciencia ocasionó que el narrador transitara por diferentes recuerdos, pero con la duda en el aire con respecto a la noticia sobre su madre. Entonces, caminando por las “rutas del humo”, un compañero lo interrumpió preguntándole si nada se le había perdido. El Che, seguro de sí mismo, contestó que no, pero el compañero, luego de insistir, le mostró una “piedrecita”. A partir de ese momento, el narrador se recriminó el olvido, el reproche lo golpeaba “con una fuerza salvaje” porque no se “pierde nada necesario”, al menos no para vivir “moralmente”. Insistía en señalar que llevaba dos “recuerdos pequeños” para la lucha: el pañuelo ofrecido por Aleida y el llavero con una “piedrecita”, regalo de su madre. La carga moral y emocional representada en ambos objetos, así como el olvido de uno de ellos y la fuerza salvaje del reproche que se sumaba a la duda sobre la muerte de Celia de la Serna, precipitaron una serie de preguntas sobre la condición del ser humano en la guerra “¿No se llora porque no se debe o porque no se puede? ¿No hay derecho a olvidar, aun en la guerra? ¿Es necesario disfrazar de macho al hielo?”. Asimismo, las preguntas propiciaron las siguientes líneas:

Qué sé yo. De veras, no sé. Sólo sé que tengo una necesidad física de que aparezca mi madre y yo recline mi cabeza en su regazo magro y ella me diga: “mi viejo”, con una ternura seca y plena y sentir en el pelo su mano desmañada, acariciándome a saltos como un muñeco de cuerda, como si la ternura le saliera por los ojos y la voz, porque los conductores rotos no la hacen llegar a las extremidades. Y las manos se estremecen y palpan más que acarician, pero la ternura resbala por fuera y las rodea y uno se siente tan bien, tan pequeñito y tan fuerte. No es necesario pedirle perdón; ella lo comprende todo; uno lo sabe cuando escucha ese “mi viejo”.²²⁹

²²⁹ Aleida March recuperó en *Evocación* una versión facsimilar del texto, pp. 179- 188. Asimismo, el relato está publicado en *Memoria*, la revista del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, octubre de 2012, pp. 26-27,

De las palabras del Che destaca, por una parte, la reiteración de la incertidumbre que no se reducía sólo a la noticia que detonó el relato, sino también a la duda general sobre cómo tenía que actuar un jefe guerrillero ante sus soldados. Este elemento se relacionaba, más que con una cuestión de virilidad u hombría, con la imagen épica del héroe: no podía llorar, tenía que ser, como lo expresara en *La guerra de guerrillas*, sacrificado, inquebrantable, asceta. La respuesta a sus propias interrogantes se transformaba en deseo físico, en el anhelo de sentir las caricias de su madre, en escuchar la voz que le dijera “mi viejo”. Además, la ternura fue el componente necesario que enlazó la voz, la vista, y el tacto que permitía rodear por completo al “muñeco de cuerda”. De esa manera, el narrador se sentía “tan pequeñito y tan fuerte” bajo el regazo de la madre. Por eso, pese al olvido del regalo, no era necesario “pedirle perdón”, porque Celia lo “comprende todo”. La mirada introspectiva a la que Guevara recurrió a lo largo de la narración no sólo hizo posible la digresión y la proyección hacia el futuro, sino también el rompimiento con un tiempo cronológico para abrir paso a un tiempo sincrónico, donde fumar aparecía como el instante en el que todo se conjugaba.

El texto finalizó relatando un diálogo con un soldado sobre lo malo del tabaco, pero remataba diciendo que “Uno tiene derecho a fumarse una pipa, tranquilo y sabroso ¿no?...” con los puntos suspensivos a modo de final. La incertidumbre sobre la salud de Celia no fue resuelta y, más que eso, el texto parece quedar suspendido como la duda en el ambiente. El relato del Che goza de un alto grado de complejidad porque, en estricto sentido, narró la forma en la que recibió la noticia, ésta a su vez generó el deseo de fumar. Lo que el lector encuentra es la descripción del modo en que Guevara fumaba, nada más. Sin embargo, el

disponible en http://www.centropablo.cult.cu/cuadernos_memoria/memo_29.pdf, consultado el 15 de abril del 2015.

espacio y la atmósfera creada hicieron posibles los saltos temporales; pero además, mientras fumaba, “por los caminos del humo”, sólo había suspenso.²³⁰ El texto, en apariencia abierto y a la espera de la confirmación de la noticia, tuvo una conclusión porque en él lo que estaba en juego era el manejo de la incertidumbre y los elementos que, como la “piedrecita”, potenciaron la tensión y la duda de principio a fin. Es decir, su narración fue la metáfora en tensión constante que encontró resolución, precisamente, en el acto de escritura. Además, imágenes como “los caminos del humo”, la “ternura seca y plena”, la “ternura resbala por fuera” o “los rincones íntimos de mis miedos” son, siguiendo las observaciones de Luz Aurora Pimentel, metáforas que transformaron la narración del Che en toda una “imagen compleja”, produciendo así “efectos de sentido”.²³¹ En otros términos, el relato de Guevara es una narración metafórica cuya construcción verbal invita al lector a ir entre “los caminos del humo” y la ternura que “resbala por fuera”.

Con respecto a esa forma de escribir resulta llamativo el desplazamiento entre su deseo de ejercer “el oficio de poeta” y cómo, al escribir versos, fracasó; en cambio, al narrar logró ser ese poeta de “composición” y de “pensamiento”. En una carta, precisamente a Aleida

²³⁰ Sobre el tema del tiempo narrado y el tiempo de la narración el estudio Paul Ricoeur es imprescindible al hacer notar que la “vivencia temporal” es buscada desde el propio tiempo de narración pero “sin que una meditación temática sobre el tiempo se incorporase [a los textos]”. Desde su perspectiva, “es el tiempo de la vida el que es ‘codeterminado’ por la relación y la tensión entre los dos tiempos de la narración y por las ‘leyes de forma’ que de él se derivan”. Además, señala “Es evidente que una estructura discontinua conviene a un tiempo de peligros y aventuras, que otra lineal más continua viene bien a la novela de aprendizaje dominada por los temas del desarrollo y la metamorfosis, mientras que una cronología rota, interrumpida por cambios bruscos, anticipaciones y regresiones; en una palabra: una configuración deliberadamente pluridimensional conviene mejor a una visión del tiempo privada de toda capacidad de visión generalizada y de toda cohesión interna. La experimentación contemporánea en el orden de las técnicas narrativas se ordena así a la fragmentación que afecta a la propia experiencia del tiempo”, véase “Los juegos del tiempo” en *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, trad. de Agustín Neira, México, Siglo XXI, 2008, pp. 469-531.

²³¹ Luz Aurora Pimentel, *op.cit.*, p. 226.

March, con un tono de despedida, pues estaba en los preparativos de su expedición a Bolivia, el Che escribió lo siguiente:

Amor: ha llegado el momento de enviarte un adiós que sabe a camposanto (a hojarasca, a algo lejano y en desuso, cuando menos). Quisiera hacerlo con esas cifras que no llegan al margen y suelen llamarse poesía, pero fracasé; tengo tantas cosas íntimas para tu oído que ya la palabra se hace carcelero [...] *No sirvo para el noble oficio de poeta*. No es que no tenga cosas dulces. Si supieras las que hay arremolinadas en mi interior. ¡Pero es tan largo, ensortijado y estrecho el caracol que las contiene, que salen cansadas del viaje, malhumoradas, esquivas, y las más dulces son tan frágiles! [...] Se acabó el pasado; soy un futuro en camino.²³²

Aunque la carta tiene una carga fuertemente poética, Guevara insistió en considerarse –como en las letras enviadas a León Felipe– un “poeta fracasado”, inservible para el “noble oficio de poeta”, incapaz de escribir “cosas dulces”. La poesía, desde su punto de vista, era la única capaz de traducir íntimamente todo lo que podía decirse sin que la palabra se convirtiera en “carcelero”. Las palabras del Che demuestran un constante ejercicio de escritura en el que se narró, buscando, aunque “fracasadamente”, acercarse al poeta que deseaba ser.

Cartas para polemizar a la distancia

En las cartas del Che no sólo se muestra una conciencia plena de su responsabilidad como autor comunicándose con un destinatario preciso, sino también un juego entre el humor mordaz y la construcción de su pensamiento. La ironía y el humor, elementos constantes en sus intercambios epistolares, representan una muestra de su desparpajo escritural, así como

²³² Citado en Aleida March, *Evocación*, pp. 147- 148, cursivas mías.

una manera de atenuar las noticias o las discusiones que enfrentaba. En conjunto, ambos elementos significaron una táctica de escritura cuya finalidad era la de tener un cierto distanciamiento acerca de aquello que relataba; un gesto que buscaba no presentarse tan serio ante los destinatarios, ironizando o exagerando sus preocupaciones. Por ejemplo, cuando en 1964 escribió al director del Hospital Psiquiátrico de La Habana agradeciéndole el envío de una revista y, al mismo tiempo, reclamándole un tiraje que le pareció “intolerable”. El Che cuestionó que se imprimieran 6300 ejemplares de una revista especializada cuando en Cuba no había ni siquiera una cantidad de médicos semejante, “Me salta una duda que lleva a mi ánimo a los umbrales de una psicosis neuro –económica: ¿Estarán las ratas usando la revista para profundizar sus conocimientos psiquiátricos o templar sus estómagos; o tal vez cada enfermo tenga en su cabecera un tomo de la publicación?”.²³³ Aunque Guevara reconoció que la revista era “buena”, pidió que se considerara el tema del tiraje porque había “3000 ejemplares de más”, y finalizó señalando “Créemelo porque los locos dicen siempre la verdad”.²³⁴ En realidad, lo que el Che objetó era el desperdicio de papel y recursos económicos en un tiraje intolerable que, al final, poca gente iba a leer. Se trató, ni duda cabe, de un reclamo serio pero matizado con el humor de un loco como él, que “dicen siempre la verdad”. El tono sarcástico, y exagerado, está presente al preguntar sobre el destino de los ejemplares: o las ratas o los enfermos.

En sus cartas, el Che se permitió el juego y la poca seriedad inexistentes en los textos con un carácter más formal; es decir, el humor en cuanto ficción de la seriedad política e intelectual. En este aspecto se nota un desplazamiento que no deja de ser paradójico: en los textos de carácter formal – las crónicas, los artículos, los ensayos – se responsabilizó de sus

²³³ Ernesto Guevara, “Carta a Orlando B. Ordaz Ducungué”, en *Escritos y discursos, tomo 9*, p. 387.

²³⁴ *Ibid.*, p. 388.

palabras con una seriedad mayor, como representante de la dirigencia revolucionaria cubana. Es decir, dichos textos tenían que mostrarlo serio, prudente, formal, generando así una especie de ficción de su personalidad, más allá de sus funciones como dirigente revolucionario. En cambio, en las cartas, por la intimidad, el desparpajo, se mostraba más apegado a la irreverencia, al humor cáustico de su persona. El umbral entre intimidad y espacio público, propio de la escritura epistolar, permitió al Che situarse en un plano de mayor soltura y comodidad al escribir, pero comprometiéndose con lo escrito.²³⁵ Como ha observado María del Carmen Boves, el humor es un recurso literario que permite cierto distanciamiento de la “cotidianeidad”, un extrañamiento “para dar a los temas un punto de vista particular” y, asimismo, presentar los problemas serios desde el ridículo o lo grotesco, pero generando reflexión acerca del tema tratado.²³⁶ Un tema como la posibilidad de la muerte, o una despedida, era tratado por el Che con un dejo irónico. Cuando en 1956 por fin pudo comunicarse con sus padres, luego de arribar a Cuba, tras todas las peripecias vividas y después de rumores sobre su muerte, lo hizo brevemente, “Queridos viejos: Estoy perfectamente, gasté dos y me quedan cinco”. La carta iba firmada por *Teté*, el apodo que tuvo de niño.²³⁷ La referencia a las siete vidas de un gato fue un detalle humorístico para informar, tan simple y bucólicamente, que se encontraba bien. En la carta de despedida a sus padres, que escribió en vísperas de partir de Cuba, el Che les pedía que de “vez en cuando”

²³⁵ El ensayista catalán Albert Manent escribió acerca de los epistolarios que éstos “al margen de su valor de creación, completan biografías, matizan cosas, descubren intimidades y en conjunto nos dan la medida de la calidad espiritual de quien los escribe”, citado en Carlos Bastons I Vivanco, “Polisemantismo y poliformismo de la carta en su uso literario”, *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, N. 10, 1996, pp. 223-238, disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/polisemantismo-y-polimorfismo-de-la-carta-en-su-uso-literario-0/>, consultado el 11 de febrero de 2016. Además, es llamativo que el escritor peruano Mario Vargas Llosa tome el género epistolar como el medio para desplegar parte de su teoría literaria en el ensayo *Cartas a un joven novelista* (1997).

²³⁶ María del Carmen Boves Naves, “Falta de humor en la gran narrativa hispanoamericana” en Ulpiano Lada Ferreras y Álvaro Arias (eds.), *Literatura y humor, Estudios teórico- críticos*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010, p. 14.

²³⁷ Citado en Ernesto Guevara Lynch, *op. cit.*, p. 22.

recordaran “a este pequeño condottieri del siglo XX”.²³⁸ Para atenuar lo difícil de una despedida de ese calibre, recurrió a la imagen del “pequeño condottieri” como si con ello se hiciera posible disminuir la gravedad y la seriedad del adiós.

Acerca del epistolario hay dos particularidades que merecen resaltarse: por un lado la que se refiere a las y los interlocutores; por otro, el rasgo altamente reflexivo que existe en él. En el primer caso es llamativo que, mayoritariamente, las cartas escritas por Guevara hayan sido dirigidas a las mujeres con las que tuvo una cercanía especial: Celia de la Serna, Tita Infante, la tía Beatriz, Hilda Gadea, Aleida March. La importancia del intercambio epistolar con ellas reside en cómo contribuyeron, a lo largo de su vida, en la conformación de su pensamiento político y en su actividad intelectual. Sobre tal aspecto, bastaría con realizar un breve recorrido por algunas de las misivas que envió a cada una de ellas, pero resultan particularmente reveladoras las escritas a su madre. Más allá del vínculo entre ambos (tan ampliamente descrito por los biógrafos del Che) es destacable el diálogo franco y sarcástico que predomina en ellas. Entre madre e hijo no cesó nunca el ir y venir de las cartas; de hecho, cuando poco antes de partir hacia el Congo en abril de 1965 Ernesto escribió en un tono inusual, Celia le recriminó en los siguientes términos:

No sé si hemos perdido la naturalidad con la que hablamos o si nunca la hemos tenido y nos hablamos siempre en ese tono levemente irónico que practicamos los que vivimos a las dos orillas del Plata, agravado por nuestro propio código familiar, aun más cerrado. El caso es que siempre una gran inquietud me ha hecho abandonar el tono irónico y ser directa. *Parece que es entonces cuando mis cartas no se entienden y se vuelven extrañas y enigmáticas.*²³⁹

²³⁸ Ernesto Guevara, “Carta de despedida a sus padres”, *op. cit.*, p.391.

²³⁹ Froilán González, Adys Cupull, *Amor revolucionario. Celia, la madre del Che*, p. 315.

De las líneas escritas por Celia de la Serna existen dos elementos que dibujan el tipo de relación establecida entre ella y el Che a través del intercambio epistolar: a) el tono “levemente” irónico rioplatense con el que podían dialogar, conversar y polemizar y b) cuando ese tono se abandonaba, las cartas de ambos se escuchaban “extrañas” y, sobre todo, no se entendían. Es decir, había una escritura literariamente elaborada a través del tono “irónico” que al perderse se tornaba “enigmática”; a partir del lenguaje literario existió un cariz intelectual y afectivo como lo demuestran las palabras del Che en sus envíos, particularmente –y no por casualidad –entre 1953 y 1956. Las cartas representan una radiografía de las dudas, los enojos, las decepciones y las distintas percepciones políticas entre remitente y destinataria. Las palabras de Guevara tenían, además de picardía y un cáustico sentido del humor, un mosaico de regionalismos recogidos en sus viajes que le permitieron, por una parte, enriquecer tanto su vocabulario como el de la lectora y, por otra, pintar de mejor forma sus descripciones y narraciones.²⁴⁰

De entrada, Ernesto escribía a la querida vieja, “la mi vieja”, cuya frase era una muestra de la carga afectiva con la que se brindaba a Celia, no obstante casi de inmediato pasaba a la irreverencia. Ricardo Piglia ha hecho notar que, en general, el Che escribía como hablaba “su clase”²⁴¹ y, como bien apreciara María Rosa Oliver, ese lenguaje coloquial y sencillo era una característica de “ciertos, de contadísimos argentinos nacidos en hogares terratenientes”.²⁴² No obstante, ese mismo lenguaje, con el objetivo de brindar su testimonio sobre distintos acontecimientos, tenía en sí una intención artística y, más que testimoniar un hecho, daba cuenta del testimonio mismo; en otras palabras, el desparpajo del Che, así como el tono

²⁴⁰ Al respecto, Julio M. Llanes, en la obra ya citada, hace un breve recorrido de esos regionalismos utilizados en las cartas, pp. 123- 126.

²⁴¹ Ricardo Piglia, *op. cit.*, p. 120

²⁴² María Rosa Oliver, “La literatura de testimonio”, *Revista Casa de las Américas*, n. 27, 1964, p. 9

“levemente irónico” se relaciona más con su constante afán de rebelión contra “el orden de las cosas” proveniente de “su clase” –en el que el lenguaje no es la excepción– que con una pertenencia clasista. Por ejemplo, cuando relató su situación en Guatemala escribió que su situación “pesística” era una tragedia y se vio obligado a contarla aunque, como lo consideraba su padre, fuese lo suficientemente “choma” para soportarla. En una sola oración, el Che empleó dos palabras fuera del canon de una clase social alta; la primera, se refirió a su difícil contexto económico y fue, desde luego, un invento propio; la segunda, más que una aportación, era parte de un juego popular del lenguaje en el que el orden de la palabra se invierte, “choma” no es más que la alteración en el orden de las sílabas de “macho”. Líneas adelante relató cómo se mandó una “propagandita guatemaltequeante”, usando un diminutivo e inventando un término que aludía a la situación política de Guatemala. Pese a ello, al final de la carta, presentó sus disculpas por la redacción que “no es estrafalarismo pensado”, sino resultado de “cuatro cubanos que discuten al lado mío”. La nota de humor sale al paso para librarse del “estrafalarismo” del texto.

En otra carta, fechada en abril de 1954, Guevara le reclamó a Celia que considerara para su futuro la profesión de antropólogo debido a su gusto por la arqueología y la historia antigua de las civilizaciones precolombinas, porque le resultaba paradójico tener como guía investigar “lo que está muerto sin remedio”. Además, aseguró que “América será el teatro de mis aventuras con carácter mucho más importante de lo que hubiera creído”. También informó acerca de su insistencia, con su “característica suavidad”, para convencer a Hilda Gadea, la “muchacha aprista”, de abandonar “ese partido de mierda”.²⁴³ El humor y la ironía eran elementos con los que el Che se desenvolvía libremente y los utilizó para realizar una

²⁴³ Ernesto Guevara, “Carta a la madre”, en *Otra vez*, pp. 132-134.

escritura amena. En mayo de 1954 escribió sobre ciertos planes de escalar un volcán y “verle las amígdalas a la madre tierra (qué figura bonita)”; el médico Guevara se burlaba de sí mismo y sus aspiraciones poéticas. Sin embargo, así como relató con sorna el cierto impasse que vivió en Guatemala, en octubre de ese año apuntó una crítica para sí mismo:

[...] ahora me convencí terminantemente de que los términos medios no pueden significar otra cosa que la antesala de la traición. Lo malo es que al mismo tiempo no me decido a tomar la actitud decidida que hace mucho debía haber tomado, porque en el fondo (y en la superficie) *soy un vago rematado* y no tengo ganas de ver interrumpida mi carrera por una disciplina férrea. Mi confianza en el triunfo final es completa, pero ni siquiera sé si seré un actor o un espectador interesado en la acción.²⁴⁴

El Che se autodenominó como “vago rematado” pero, lejos de reivindicar esa actitud, había una recriminación al respecto. No deja de llamar la atención que pretendiera, por un lado, convencerse de que los “términos medios” representaban “la antesala de la traición” porque, aunque tenía fe plena en el “triunfo final”, no sabía si para entonces su papel sería el de “actor” o “espectador”. El proceso ideológico que vivió en Guatemala hizo que, sin dejar de ser el aventurero de siempre, sus vivencias ocurrieran en un plano activo.

Al producirse la invasión de Castillo Armas y el derrocamiento de Jacobo Árbenz, sus apreciaciones políticas, la zozobra y el desencanto salieron a relucir. En carta fechada el 10 de octubre de 1954, Ernesto confesó lo siguiente:

La realidad está tocando muchas puertas y ya comienzan a sonar las descargas que premian la adhesión más encendida al antiguo régimen. La traición sigue siendo patrimonio del ejército, y una vez más se prueba el aforismo que indica la liquidación del ejército como el verdadero principio de la democracia (si el aforismo no existe, lo creo yo). La verdad cruda es que Árbenz no supo estar a la altura de las circunstancias.²⁴⁵

²⁴⁴ Froilán González, Adys Cupull, *op. cit.*, p. 112.

²⁴⁵ Ernesto Guevara, “Carta a la madre”, *op. cit.*, p. 141.

De las palabras del Che se desprendió un balance político de la situación guatemalteca. Para él, Árbenz se vio rebasado por las circunstancias que, con el apoyo estadounidense, el ejército de Guatemala generó a través del golpe de Estado; aun en ese contexto, Guevara mantenía el humor, pero ello no le impidió ser tajante en cuanto a su evaluación de los acontecimientos. En una carta posterior, ya en México, comparó el sentido de la amistad que tenía Celia y el de los comunistas que conoció en la tierra de Miguel Ángel Asturias. Para el Che, la actitud mostrada por los militantes comunistas, más allá de la amistad, era loable porque mantuvieron “íntacta su fe y su compañerismo” lo que los hacía “dignos de respeto”. La referencia no era un detalle menor, Guevara había mantenido, al menos hasta su arribo al país centroamericano, no pocas reticencias hacia los militantes comunistas, como quedó sentado en distintas cartas a *Tita* Infante.²⁴⁶ La apreciación sobre ellos, por su actitud y compañerismo, fue un rasgo que Guevara destacó a partir de entonces. Pero hay otro aspecto manifiesto en el que el Che polemizó con su madre: se trató de la caída de Perón, al que se refirió como “tu odiado enemigo de tantos años”. Según Ernesto, Perón cayó “sin la dignidad póstuma de [Getulio] Vargas, ni la denuncia enérgica de Árbenz que nombró con pelos y señales a los responsables de la agresión” y, sin matices de por medio, espetó:

Vos podás hablar en todos lados lo que te dé la gana con la absoluta impunidad que te garantizará el ser miembro de la clase en el poder, aunque espero que vos seas la oveja negra del rebaño. Te confieso que la caída de Perón me amargó profundamente, *no por él, por lo que significa para toda América*, pues mal que te pese y a pesar de la claudicación forzosa de los últimos tiempos, Argentina era el paladín de todos los que pensamos que el enemigo está en el norte. Para mí, que viví las horas de Guatemala, aquello fue un calco a distancia [...].²⁴⁷

²⁴⁶ Véase Froilán González y Adys Cupull, *Cálida presencia. Su amistad con Tita Infante*.

²⁴⁷ Ernesto Guevara, “Carta a la madre”, en *Otra vez, op. cit.*, p. 159

Sobre sus palabras es necesario hacer un breve paréntesis. En una interpretación forzada, como la realizada por Norberto Galasso, se puede creer erróneamente que el Che “defendía al peronismo” como un proceso político de liberación nacional,²⁴⁸ sin embargo, en un panorama más amplio, su preocupación se centró en las consecuencias que la caída del gobernante argentino representaba para América Latina ante el imperialismo norteamericano. De hecho, si criticó de manera abierta a su madre por su antiperonismo militante, no fue menos sutil con Perón al compararlo con Getulio Vargas y Jacobo Árbenz: ante el primero, resultó indigno; frente al segundo, timorato. Es obvio que, con su “característica suavidad”, debatía explícitamente con Celia incitándola a responder. En noviembre del mismo año, continuó con sus apreciaciones sobre el tema Perón, anotando que “Ya me cansé de babosear. En cuanto a lo que pasó en Argentina soy irreductible. Es un atraso, con el agravante de que Perón ha quedado con la popularidad intacta entre los obreros”.²⁴⁹ Ernesto no dejaba lugar a dudas acerca de su visión política; si el golpe era condenable, los resultados de éste no fueron menos deplorables porque no tuvieron consecuencias ante el respaldo obrero.

La radicalidad de su pensamiento político fue visiblemente notoria al caer preso en Lecumberri; para ese momento, la decisión de “arremeter contra el orden de las cosas” había sido tomada. Después de la experiencia vivida en Guatemala, tras posicionarse ante los sucesos en Argentina, el Che defendió su participación en el proyecto encabezado por Fidel Castro. Luego de dos episodios de huelga de hambre, Ernesto señaló que era “todo lo contrario de un Cristo” y, con una acritud no mostrada hasta entonces, respondió largamente a Celia:

[...] me aterra tu falta de comprensión de todo esto y tus consejos sobre la moderación, el egoísmo, etc., es decir las cualidades más execrables que pueda

²⁴⁸ Véase, Norberto Galasso, *Revolución Latinoamericana y socialismo*, Buenos Aires, Colihue, 2006.

²⁴⁹ Froilán González y Adys Cupull, *Amor revolucionario*, p. 136.

tener un individuo. *No sólo no soy moderado, sino que trataré de no serlo nunca y cuando reconozca en mí que la llama sagrada ha dejado lugar a una lucecita votiva, lo menos que puedo hacer es vomitar sobre mi propia mierda [...]* En estos días de cárcel y en los anteriores de entrenamiento, me identifiqué totalmente con los compañeros de causa, me acuerdo de una frase que un día me pareció imbécil o por lo menos extraña, referente a la identificación total entre todos los miembros de un cuerpo combatiente, que el concepto yo había desaparecido totalmente para dar lugar al concepto nosotros. Era una moral comunista *y naturalmente puede parecer una exageración doctrinaria, pero realmente era (y es lindo) poder sentir esa remoción de nosotros [...]* Un profundo error tuyo es creer que de la moderación o de un “moderado egoísmo” es de donde salen inventos mayúsculos u obras maestras de arte. *Para toda obra grande se necesita pasión y para la Revolución se necesita pasión y audacia en grandes dosis, cosas que tenemos como conjunto humano.*²⁵⁰

Vale la pena enfatizar algunos elementos contenidos en la carta. De inicio, Ernesto firmó por primera vez como “el Che”, y ese gesto mínimo representaba el cambio radical de su pensamiento político e intelectual. La dureza con la que se dirigió a Celia de la Serna, que al lector puede resultar exagerada y sin tacto, era el tono que adquirió para debatir contra el “egoísmo” y la “moderación” propuestos por su madre ante la situación de cárcel que vivía. Guevara insistía en su transformación personal, en el paso de un “yo” a un “nosotros” en una “moral comunista” que adquirió en la brega de los entrenamientos y en las celdas. Es decir, para el Che tal moral se relacionaba menos con una cuestión doctrinaria que con una forma de vida que se desarrollaba entre ese “nosotros” construido desde la experiencia. Otro elemento destacable fue la referencia hacia las “obras maestras de arte” como resultado colectivo antes que personal y es llamativo cómo, inmediatamente, planteó que la Revolución era un producto social de “pasión” y “audacia”. Esta carta es, quizá como ninguna otra, la más esclarecedora del proceso de transformación que vivió y de su convencimiento, pasional y audaz, del proyecto revolucionario encabezado por Fidel Castro en el que esbozó, además,

²⁵⁰ Ernesto Guevara, “Carta a la madre”, en *Otra vez*, p. 162, cursivas mías.

la relación entre arte, sociedad y revolución que años más tarde desarrolló en *El socialismo y el hombre en Cuba*.

Para el Che la forma carta representó un medio idóneo no sólo para narrarse, sino también para desarrollar reflexiones políticas acerca de la Revolución cubana. La carta, en cuanto forma literaria, le permitió flexibilidad en el lenguaje así como la combinación del sentido del humor y un tono íntimo que rompió con la seriedad y la formalidad; con esos componentes, el Che entabló discusiones intelectuales ya como parte de la dirigencia política de Cuba. Por ejemplo, en la carta dirigida a Ernesto Sábato, polemizó sobre el carácter “libertador” del proceso revolucionario cubano. Además, describió el papel que el grueso de la intelectualidad representaba antes del triunfo guerrillero, “era esclava a secas” no se disfrazaba de “inteligente” como en Argentina; la esclavitud intelectual estaba al servicio de “una causa de oprobio, sin complicaciones; vociferaban, simplemente”. De igual forma, el Che mostraba apenas bosquejos del fenómeno revolucionario y él, “como un exponente pueril” que sabía colocar “una palabra detrás de otra”, ofrecía *La guerra de guerrillas* como un manual “práctico”, nada más. No obstante, sí podía adelantar que la Revolución cubana era “la más genuina creación de la improvisación”, en la que la guerra, como “hecho total”, revolucionó a quienes participaron en ella aprendiendo “cómo la fuerza de uno no vale nada si no está rodeada de la fuerza de todos”. Asimismo, el Che esbozó brevemente la táctica seguida por Fidel, cuyo liderazgo y visión estratégica lo convirtieron en “el extraordinario conductor de hombres”. Desde su perspectiva, la guerra y el proceso de transformación revolucionaria estaban ocasionando que en Cuba se hablara “un lenguaje que es también nuevo”. El “tímido intento” teórico representado por *La guerra de guerrillas* sería útil, más que para la Isla, para Argentina y el resto de Latinoamérica. La carta, según el remitente, no estaba exenta de “esa pequeña cantidad de pose” que a la gente “sencilla como nosotros”

imponía el hecho de “demostrar” ante un pensador que “somos también eso que no somos: pensadores”.²⁵¹

Por su forma, los planteamientos del Che resultan sumamente ricos en varias direcciones. Por una parte, dibujó su papel como autor que, una y otra vez, revisaba lo que escribía permitiéndole hacer un balance del “tímido intento” teórico representado en *La guerra de Guerrillas*. El manual, además de ser un ejercicio de reflexión acerca de la experiencia guerrillera en Sierra Maestra, tendría utilidad para otros países latinoamericanos y no tanto para Cuba. El “nuevo lenguaje” partía de la experiencia propia, del triunfo ante Batista y de la “improvisación” que el Che pretendía, “puerilmente”, exponer ante un “pensador honesto” como Sábato. Por otro lado, al describir críticamente la actividad de los intelectuales cubanos antes de la Revolución, éstos que “vociferaban”, bosquejé modestamente el papel que, desde su punto de vista, los intelectuales deberían cumplir en América Latina: estar “honestamente” comprometidos con los movimientos de liberación opuestos al imperialismo norteamericano. Frases como “pequeña cantidad de pose”, “tímido intento”, “exponente pueril”, tenían la finalidad de mostrar respeto a su compatriota argentino, reconociendo su papel como pensador interesado por Cuba, pero sin impedirle postular una tesis que, de hecho, era la principal preocupación de la carta: la Revolución significaba también un acto teórico, intelectual, de “pensadores”; reivindicando así que los hombres de acción, a la vez que actores políticos, eran también “eso que no somos”.

El tono reflexivo y polémico representa el sello particular que el Che imprimió en sus cartas, desde las enviadas a su madre durante sus viajes por Latinoamérica hasta las que redactó como jefe revolucionario. No por nada, en forma de carta escribió *El socialismo y el*

²⁵¹ Ernesto Guevara, “Carta a Ernesto Sábato”, *op. cit.*, pp. 375-380.

hombre en Cuba, en 1965; esta carta - ensayo es, en cuanto a la estructura, el lenguaje y el modo de exposición, deudora de la carta a Sábato; ambas, confirman, por una parte, el estilo que Guevara encontró para debatir por escrito y, por otra, la constante preocupación por discutir el carácter teórico intelectual de la Revolución cubana, desde la que se responsabilizó de sus palabras. Desde luego, las cartas son una construcción narrativa de lo que el Che vivió, pero representan también una forma literaria de análisis y debate político con la que construyó una red de discusión. Así lo muestran los distintos intercambios epistolares que sostuvo con Charles Betelheim, León Felipe, Sábato, lo que le permitiría, por un lado, demostrar el carácter teórico del proceso revolucionario cubano y, por otro, posicionarse también dentro del campo intelectual latinoamericano, situación sobre la que volveré más adelante.

Las cartas del Che representan una parte de un ejercicio escritural continuo. No pueden entenderse aisladas del resto de su producción literaria, pero su especificidad permite constatar un diálogo con lo que escribía y vivía, es decir un adentro entre sus textos y un afuera configurado desde ellos. La escritura del Che, según lo ha observado Claudia Gilman, “se ubica entre la oralidad y la cultura del libro”²⁵² y, más que eso, es asequible tanto para círculos literarios e intelectuales como para quienes no forman parte de ellos.

²⁵² Claudia Gilman, “Che Guevara: agenciamientos nómades. Pasado, presente y transición epocal”, en Friedhelm Schmidt (coordinador), *La historia intelectual como historia literaria*, México, Colegio de México, 2014, p. 211.

Mensaje a la Tricontinental

Cuando el Che escribía cartas más como representante de un proyecto político que como remitente individual, el tono cambiaba. El humor y la ironía cedían paso a la seriedad y la solemnidad. Si Guevara se permitía combinar chispazos de humor tanto en sus comparecencias ante trabajadores como en las cartas personales, en los mensajes de viva voz o escritos dirigidos en tribunas internacionales parecía no haber posibilidad para ello. El “Mensaje a los pueblos del mundo”, publicado por la revista *Tricontinental* en abril de 1967, es una clara muestra de este desdoblamiento entre el Che representante del proyecto revolucionario y el Guevara íntimo, sarcástico.

El texto del Che, que parece por momentos un artículo y en otros, en efecto, una carta, un mensaje, tiene ciertas características que permiten analizarlo como una construcción literaria con una fuerte carga épica. Para abril de 1967 ya accionaba la guerrilla en Bolivia encabezada por Guevara. El Che escribió el texto, según lo expresó Manuel Piñero en el año de 1977, en un campamento de Pinar del Río, poco antes de partir a Bolivia.²⁵³ Es decir, el mensaje no fue escrito desde el centro de la acción armada guerrillera, pero ya sabiéndose en ella, Guevara convocaba a todos los pueblos del tercer mundo a la confrontación con el imperialismo norteamericano.²⁵⁴ Al inicio del texto una frase mostraba el cariz de su balance político sobre la situación mundial del momento, “Crear dos, tres... muchos Vietnam, es la consigna”; iba, asimismo, acompañado de un epígrafe de José Martí, “Es la hora de los

²⁵³ Véase Ernesto Guevara, *Crear dos, tres, muchos Viet nam (Mensaje a la tricontinental)*, Melbourne, Ocean Sur, 2007, p. 21

²⁵⁴ Acerca de las razones políticas que llevaron al Che a Bolivia, Daniel De Santis ofrece un buen análisis. Véase *¿Por qué el Che fue a Bolivia? La estrategia revolucionaria de Ernesto Guevara*, Temperley, Estación Finlandia Editores, 2014.

hornos y no se ha de ver más que la luz”.²⁵⁵ Desde la perspectiva del Che, el momento por el que atravesaba el mundo era definitivo, por lo tanto la frase de Martí, así como la idea de resistencia y dignidad que emergía del ejemplo vietnamita daban el tono del mensaje en su totalidad, dirigido especialmente a los pueblos subdesarrollados, expoliados por el imperialismo norteamericano. Además deslizaba críticas a todos aquellos gobiernos “progresistas” que dejaban solo al pueblo de Vietnam. Por eso, Guevara escribió “La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o a la victoria”.²⁵⁶ La vida de los pueblos dañados por el imperialismo norteamericano se encontraba reflejada, con el mayor dramatismo y al mismo tiempo heroicidad en Vietnam, por esa razón era necesario correr su misma suerte, ser parte de la “muerte” o la “victoria” y no simular un apoyo semejante al de “la plebe” romana.

Que la resistencia vietnamita haya sido elegida por el Che como el eje de su argumentación inicial, le dio la pauta para resaltar la gesta épica de ese pueblo que se enfrentaba, apenas con armas rudimentarias de “contención”, al imperio más poderoso del mundo. Ello le permitía señalar cómo los culpables de tal situación eran también aquellos representantes de “las dos más grandes potencias del campo socialista” que mantenían una “guerra de zancadillas y denuestos” sin apoyar decididamente la lucha de Vietnam. Para Guevara, el pueblo vietnamita tenía una “grandeza”, un “estoicismo” que entrañaba una lección invaluable para “todo el mundo”. Éstas eran características que debían ser retomadas

²⁵⁵ Ernesto Guevara, “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, en *Escritos y discursos*, tomo 9, p. 355.

²⁵⁶ *Ibid*, p. 358.

por todos los pueblos de África, Asia y América Latina, “el campo fundamental de la explotación capitalista”, para llevar a cabo la táctica de “atacar dura e ininterrumpidamente” al imperialismo.²⁵⁷ Desde esa perspectiva, la batalla decisiva por el futuro de la humanidad estaba en los países no desarrollados, mismos que necesitaban unirse para afrontar la pelea.

Luego de hacer un breve recorrido por las características políticas y económicas de Asia y África, el Che puso especial atención en los países de “nuestra América”, en los que maduraba aceleradamente “la rebelión”. Ésta, a su entender, tenía que alcanzar “dimensiones continentales”. Desde luego, el llamado para los latinoamericanos era a sumarse a la gesta que él mismo ya encabezaba en Bolivia. La guerrilla boliviana no podía triunfar sola, necesitaba, como Vietnam y los países africanos, del apoyo del resto del mundo para “vencer o morir”. Camilo Torres, Turcios Lima, Fabrizio Ojeda, Luis de la Puente Uceda, eran ya los “mártires” que habían entregado su “cuota de sangre en esta última etapa de la lucha por la libertad plena del hombre”.²⁵⁸ En su mensaje había un énfasis en la idea de lo heroico, del sufrimiento, del martirio de no pocos personajes que con su ejemplo contribuían a “la última” etapa de lucha.

El tono usado por el Che ejemplifica el ambiente de época que existía en los círculos de discusión política, entre los militantes de la izquierda latinoamericana, pero también ilustra su visión sobre el carácter heroico, épico y, aunque doloroso, triunfante que la lucha de Sierra Maestra inauguró.²⁵⁹ Desde luego, según la evaluación política de Guevara, la vía para alcanzar la libertad política y económica de los pueblos latinoamericanos era la vía armada, como ya ocurría en Bolivia. Lejos de una visión teleológica de la guerrilla, el Che

²⁵⁷ *Ibíd.*, p. 360.

²⁵⁸ *Ibíd.*, p. 365.

²⁵⁹ Véase Jorge Castañeda, “El crisol cubano”, en *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1993, pp. 63 – 106.

fue bastante claro al señalar los riesgos que las armas implicaban para el “revolucionario moderno”. Guevara anotó: “Muchos morirán víctimas de sus errores, otros caerán en el duro combate que se avecina; nuevos luchadores y nuevos dirigentes surgirán al calor de la lucha revolucionaria”.²⁶⁰ Por un lado es importante resaltar el tiempo verbal que utilizó: “morirán”, “cometerán errores”, “surgirán” nuevos dirigentes. No es que no hayan existido, o no existieran para ese momento, brotes armados pero en la idea de una América Latina unida y liberada el camino de la lucha guerrillera tendría todos esos costos. Por otro lado, es significativo que no pretendiera dar una imagen edulcorada de la guerra de liberación pues finalmente ésta se llevaría a cabo por seres humanos que podían morir, tener fallas, etc. Por formulaciones de esta índole, el mensaje tiene un dejo testamentario. Además, Guevara advertía lo siguiente:

Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en formas pacíficas. Para nosotros está clara la solución a esta interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros[...].²⁶¹

Conviene detenerse en algunos aspectos contenidos en las palabras del Che. Si bien ponía especial atención en la necesidad de la vía armada como el método estratégico para la liberación, no valía la pena ningún “sacrificio inútil”. La formulación le permitió, por un lado, reafirmar su punto de vista sobre la lucha guerrillera de la que él estaba completamente convencido, pero asimismo dejó abierta la posibilidad de considerar las “condiciones” de

²⁶⁰ Ernesto Guevara, “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, p. 366.

²⁶¹ *Ibid.*, p. 368.

vías pacíficas como opción de lucha. El Che, sin descartar las manifestaciones populares, la lucha “callejera” de piedras y huelgas, insistió en que la lucha final sería larga, “cruenta”, en la que el “frente”, es decir la vanguardia, estaría en los refugios guerrilleros. Incluso las distintas vías de movilización, como había estipulado en *La guerra de guerrillas*, servirían para hacer más fuerte a la vanguardia. Además, resalta el uso de adjetivos como “cruenta”, “larga”, “enfurecido” que, en conjunto, generaban tanto un campo semántico como un ambiente, una tonalidad, dentro del propio texto. En tal ambiente, aseguraba que “Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla”. En otros términos: lo único inevitable era la lucha de los pueblos oprimidos por alcanzar su libertad.

El texto tiene distintos registros, por momentos se asemeja más a una proclama de viva voz que a un mensaje escrito; hay un efecto literario generado por el autor que le abrió la posibilidad de emplear un tono solemne, buscando así reforzar la idea épica e inexorable de la lucha guerrillera. En ese ambiente textual, el Che escribió que uno de los factores de lucha era “el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal”.²⁶² La formulación de Guevara sobre el odio como factor de lucha parece contradictoria con la idea de un guerrillero como reformador social y del revolucionario con la cualidad del amor, como lo estipuló en *El socialismo y el hombre en Cuba*. No obstante, el odio al que aludió se refería a un sistema injusto, brutal, expoliador, que había despojado al ser humano de una existencia digna y lo convertía en mercancía. El Che se refería al imperialismo y a todos sus aparatos de represión, sólo “odiándolos” se les podía combatir; y a través de este sentimiento

²⁶² *Ibid.*, p. 369.

– una vez más la sensibilidad como elemento de la lucha política – se generaba también la solidaridad con el resto de los pueblos del mundo. En este aspecto, se muestra una paradoja insuperable: un sentimiento como el odio era el que hacía del combatiente una “fría máquina de matar”; o bien el combatiente perdía así sus sentimientos, o éstos se exacerbaban con la guerra. La frase del Che fue una exageración, una hipérbole sobre el significado de la guerra que transformaba al que la llevaba a cabo, que generaba un efecto de intensidad en cuanto al tema. De la formulación destacan también los adjetivos utilizados: “efectiva”, “violenta”, “fría” que contribuían en el ejercicio de escritura a generar un campo semántico capaz de potenciar la idea del guerrillero como una “máquina”.

El mensaje a la Tricontinental, además de ser un balance político y una suerte de proyección futura de las posibilidades de lucha para la América Latina de esa época, era también un mensaje de unidad para los pueblos que buscaban su emancipación. El Che sabía de las diferencias existentes entre las estrategias de lucha, de las polémicas dentro del campo socialista, por eso acentuaba la necesidad de vencerlas poniendo por delante “la destrucción total del imperialismo” como el “gran objetivo estratégico” del que nadie debía dudar y en el que había que ser “intransigentes”. Desde luego, eso significaba una “guerra larga. Y lo repetimos una vez más, una guerra cruel. Que nadie se engañe cuando la vaya a iniciar y que nadie vacile en iniciarla por temor a los resultados que pueda traer para su pueblo. Es casi la única esperanza de victoria”.²⁶³ Aunque el Che apostaba por la estrategia guerrillera, por el odio al imperialismo, por la unidad de los pueblos en resistencia, sabía que no siempre se podía triunfar, por eso a pesar de la guerra cruel, del convencimiento de los pueblos, y de ser “casi la única esperanza de victoria”, también podía resultar en una derrota. Es decir, Guevara

²⁶³ *Ibid.*, pp. 370-371.

era bastante realista de lo que podía suceder, si bien exaltaba las virtudes de la guerra no dejaba de insistir en las dificultades de ésta. Sin embargo, no se podía eludir “el llamado de la hora” ejemplificado en “Vietnam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria”. La referencia a Vietnam, a su heroísmo, a su ejemplo de lucha, fue también una parte indispensable al final de la proclama.

Luego de insistir en la grandeza de los vietnamitas en resistencia, el Che fue cerrando el texto de una manera apoteósica, in crescendo. “¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano [...]”. Por ello, señaló “Y si todos fuéramos capaces de unirnos para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!”.²⁶⁴ En ese sentido, es necesario observar cómo de manera reiterada Guevara insistió en que la ineludible necesidad de lucha, aunque tenía que llevarse a cabo en el presente que vivía, era para la construcción de futuro que podía ser “cercano” y “luminoso”, es decir, mejor y verdaderamente posible. El penúltimo párrafo, con ese cariz de sentencia testamentaria, es ejemplificador del carácter general del texto porque el Che se adscribía –desde el mensaje, pero también en la acción política– a la gigantesca tarea de enfrentar al enemigo. Guevara escribió en los siguientes términos:

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos del gran ejército del proletariado, pero nos sentimos orgullosos de haber aprendido de la Revolución cubana y de su gran dirigente máximo la gran lección que emana de su actitud en esta parte del

²⁶⁴ *Ibid.*, pp. 371- 372.

mundo: “qué importan los peligros o sacrificios la vida de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad”.²⁶⁵

El Che “preconizaba” desde el ejemplo. El mensaje fue escrito por quien ya en dos oportunidades anteriores había expuesto su vida, y lo poco que le fue “permitido dar” en otros lugares de la tierra nada más que como un “elemento” del proletariado. El ejemplo de la Revolución cubana, las enseñanzas de esa gesta y el aprendizaje de Fidel Castro, era lo que llevaba a cuentas entendiendo que su sacrificio podía considerarse poco si lo que estaba en juego era el “destino de la humanidad”. Nuevamente destacaba la idea del “sacrificio” necesario, de la “sangre regada”, como aportes para la liberación de los pueblos. El último párrafo es, en ese sentido, la cumbre del mensaje:

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de nuestros pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.²⁶⁶

En las palabras del Che hay una reiteración acerca del sonido, como si se tratara de una sinfonía. “Grito de guerra”, “clamor”, “oído receptivo”, “cantos luctuosos”, “tableteo de ametralladoras”, gritos de “victoria”, son formulaciones que constituyen, y refuerzan, la idea de una guerra épica contra “el gran enemigo”. Al mismo tiempo, existe una hipérbole que va de inicio a fin en el párrafo: la acción política como ejemplo en la que iba la vida; la sangre, el sacrificio, valía la pena si “otra mano” empuñaba las armas, es decir la lucha se

²⁶⁵ *Ibíd.*, p. 372.

²⁶⁶ *Ídem.*

transformaba en sonido, en un grito de guerra contra el imperialismo que debía llegar, como un eco, hacia el futuro.

El mensaje a la Tricontinental representa una pieza textual única porque, a diferencia de *Pasajes de la guerra revolucionaria* y *La guerra de guerrillas*, el Che, proponiéndoselo o no, escribió un mensaje con una fuerte carga de ficción. Es decir, no partía de la experiencia misma, de hechos verídicos, sino de eventos que podían ir surgiendo. Si bien tomó como base su lectura del mundo en ese momento –una paz inexistente, las condiciones de explotación, la guerra de Vietnam, el ejemplo de Cuba, las diferencias entre las potencias del campo socialista– el mensaje fue, sobre todo, un ejercicio escritural con gran dosis de imaginación, es decir, una proyección de un horizonte político posible. El mensaje era un llamado de alerta no sólo sobre aquello que sucedía, sino especialmente acerca de lo que podía suceder. En otras palabras, era un mensaje que apostó por el futuro; una escritura en potencia que estaba en tensión con el presente vivido por Guevara. Como bien anota Jaume Peris Blanes, el mensaje a la Tricontinental puede leerse como parte de los “relatos constituyentes capaces de alimentar, en una suerte de pedagogía narrativa, las luchas que estaban por venir”.²⁶⁷ El mensaje del Che, en esa tensión entre presente y futuro, en ese umbral temporal y espacial, representa una especie de crónica del futuro en la que él mismo, con sus inquietudes, sus dudas, sus certezas, se constituía como personaje del mundo al que se enfrentaba.

²⁶⁷ Jaume Peris Blanes, “Relatos para una revolución potencial”, p. 186.

Capítulo IV
Ensayar la Revolución

Entre el intelectual revolucionario y la revolución intelectual

La efervescencia cultural que se produjo en Cuba luego del triunfo del Ejército Rebelde acarrió, rápidamente, concepciones diferentes sobre la labor artística e intelectual en el proceso revolucionario. El texto cumbre del Che, *El socialismo y el hombre en Cuba*, formó parte de esa intensa polémica ocurrida tanto en el campo intelectual cubano como en la ciudad letrada latinoamericana. El ensayo de Guevara no sólo representó un posicionamiento teórico del proceso revolucionario, sino también fue un texto cuya constitución literaria, como casi la totalidad de sus textos, pasó a un segundo plano; este hecho se relacionó, precisamente, con el debate en boga durante la primera década de la Revolución.²⁶⁸

El socialismo y el hombre en Cuba se publicó en *Marcha*, el 12 de marzo de 1965. La fecha es llamativa porque cuatro años antes Fidel Castro pronunció el discurso conocido como *Palabras a los intelectuales* que delineó, de un modo general, la política cultural de la naciente Revolución; además en 1971, es decir seis años después de salir a la luz el ensayo del Che, fue también un discurso de Fidel el que mostró un endurecimiento ideológico que repercutió fuertemente en el ambiente cultural de la Isla. El texto de Guevara se encontró a la mitad del camino entre la fundación del nuevo discurso revolucionario, la vitalidad cultural, la apertura del debate y el inicio de un viraje político que hizo de la producción artística e intelectual una cuestión de Estado.²⁶⁹ En ese sentido, *El socialismo y el hombre en Cuba* fue un texto paradigmático dentro del campo cultural cubano y del proceso

²⁶⁸ Véase Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina*, trad. de Sergio Pitol, México, Joaquín Mortiz, 1971.

²⁶⁹ Véase Liliana Martínez, *Intelectuales y poder político en Cuba. La "intelectualidad de la ruptura" y "el proceso de rectificación"*, Tesis de maestría, México, FLACSO, 1992.

revolucionario en sí mismo al establecer un debate ente lo que había sido la política cultural de los primeros años y lo que podía llegar a ser en el proceso revolucionario. Para entender la profundidad de un texto como el que el Che produjo, resulta de una gran valía la contextualización acerca de las distintas aristas que atravesó la política cultural cubana de dicho período.

a) Palabras a los intelectuales y la polémica cultural

Palabras a los intelectuales fue el discurso de clausura que Fidel Castro emitió en el marco del Primer Congreso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), en junio de 1961. En su alocución planteó las directrices de la política cultural revolucionaria en la que, a decir de Leonardo Candiano, los ejes fueron “la defensa de la libertad y el pluralismo en la creación artística, la búsqueda de estrechar los vínculos entre los intelectuales y su comunidad”. Asimismo, se trató de un llamado a “evitar el dogmatismo y el sectarismo” para “inculcar la necesidad de la promoción del arte y la literatura entre las grandes masas de la población garantizando el pleno acceso del pueblo a los bienes y servicios culturales”; además de “la pretensión de mantener abierto el diálogo con los intelectuales y artistas locales” que daba “respaldo” a todos los artistas, hicieran lo que hicieran artísticamente hablando y, finalmente, “establecer la primacía de la Revolución frente a cualquier problema particular concreto y, por lo tanto, el derecho del Estado a fiscalizar la actividad artística o intelectual en un contexto revolucionario”.²⁷⁰ De los ejes señalados, conviene resaltar el

²⁷⁰ Leonardo Candiano, *Representaciones del intelectual (revolucionario). El caso cubano (1959-1971) y su legado para el siglo XXI*, Buenos Aires, CLACSO, 2014, p. 7, disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20141202045711/Representacionesdelintelectualrevolucionario.pdf>, consultado el 25 de febrero de 2016.

hecho de que, a pesar de lo joven que resultaba el proceso revolucionario – o precisamente por eso –, había la necesidad de establecer criterios mínimos para el desarrollo cultural, lo que en el fondo reflejaba posiciones divergentes al respecto. Además, que después de las discusiones suscitadas en el congreso, tuviera que ser Fidel quien, como representante de la dirigencia política, planteara la necesidad de la Revolución para sobrevivir. Castro lo expuso en los siguientes términos:

[...] dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada. Contra la revolución nada, porque la revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la revolución es el derecho a existir y frente al derecho de la revolución de ser y existir, nadie [...]. ¿Cuáles son los derechos de los escritores y los artistas revolucionarios y de los artistas revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la revolución todo, contra la revolución ningún derecho.²⁷¹

“Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada” fue una frase que hizo época y en la que es preciso detenerse un poco. No deja de ser paradójico que, en un discurso cuyo objetivo era proponer la libertad de creación artística como un eje fundamental, se hiciera énfasis en el derecho supremo de la Revolución a existir, como si las obras artísticas *dentro* del proceso atentaran *contra* éste. La formulación, basada en las preposiciones “dentro” y “contra”, resultó ambigua porque éstas no necesariamente significaban una oposición entre sí, pero sobre todo porque no hubo especificaciones sobre los parámetros para considerar a un artista o intelectual como “contrario”, aunque estuviera “dentro” del proceso, plenamente comprometido o simpatizando con éste. En otro fragmento del discurso, Fidel señaló:

¿Quiere decir que vamos a decir aquí a la gente lo que tiene que escribir? No. Que cada cual escriba lo que quiera, y si lo que escribe no sirve, allá él. Si lo que pinta no sirve, allá él. Nosotros no le prohibimos a nadie que escriba sobre el tema que prefiera. Al contrario. Y que cada cual se exprese en la forma que estime pertinente y que exprese libremente la idea que desea expresar [...].

²⁷¹ Fidel Castro, “Palabras a los intelectuales” (1961), disponible en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f300661e.html>, consultado el 19 de enero de 2016.

Pedimos al artista que desarrolle hasta el máximo su esfuerzo creador; queremos crearle al artista y al intelectual las condiciones ideales para su creación [...].²⁷²

Las palabras del líder cubano apuntaban, por una parte, a la insistencia de la libertad dentro de la Revolución para que los artistas se expresaran como quisieran; por otra, a un llamado desde la dirigencia política para que los artistas desarrollaran su esfuerzo “hasta el máximo creador”. No obstante, había una cuestión central del planteamiento: la noción de utilidad artística al servicio de la Revolución. A decir de Leonardo Candiano, la formulación era una “propuesta orientada hacia el pluralismo y la plena libertad en un momento en el que un pueblo entero se abocaba fundamentalmente a la defensa de su territorio liberado”. Desde su punto de vista trataban de establecerse “los parámetros generales de la Revolución -no sólo en términos estéticos, sino también políticos y económicos-, en cuanto a la forma concreta que iba a adquirir la organización socialista de Cuba”.²⁷³ Sin embargo, sin desligar el contexto histórico de la Isla, el problema de la organización socialista “en términos estéticos” no encontraba resolución. ¿En qué términos podía considerarse útil una obra artística?, ¿cómo se decidía artísticamente la utilidad de ésta?, y finalmente ¿quiénes decidían tales aspectos? Aunque había una insistencia por establecer la libertad como el elemento rector de la actividad intelectual y artística, lo cierto es que ésta se dibujó a partir de la idea del derecho de existencia de la Revolución. No obstante, el discurso de Fidel sirvió como punto de arranque en el intercambio de ideas que se desarrolló posteriormente dentro del campo cultural cubano. Graziella Pogolotti ha recogido gran parte de los debates ocurridos durante la primera década del proceso revolucionario en el libro *Polémicas culturales de los 60*. En el prólogo, señala que al momento de triunfar la Revolución los escritores y artistas

²⁷² *Ídem.*

²⁷³ Leonardo Candiano, *op. cit.* p. 10

cubanos procedían de “diversas familias estéticas e ideológicas” que coincidían en ese momento “con el propósito de construir una nación para encontrar en ella razón de ser y existir”.²⁷⁴ El señalamiento resulta altamente interesante pues lo que estaba a discusión era el lugar que ocuparían los artistas e intelectuales desde su diversa procedencia estética y política o, más aún, su constitución como pensadores y creadores en el proceso revolucionario. Lo que se discutía era, en efecto, la interrogante de cómo ser intelectual o artista en el proceso de construcción socialista. A decir de Pogolotti, “El compromiso con el cambio establecía el vínculo necesario entre vanguardia política y vanguardia artística”²⁷⁵ y, como ha señalado Jean Franco, el año 1961 fue el momento en que ambas vanguardias “estuvieron momentáneamente reconciliadas”.²⁷⁶

Por esas razones, las polémicas de las que formaron parte Tomás Gutiérrez Alea, Alfredo Guevara, José Antonio Portuondo, Edith García Buchaca, Jesús Díaz, Ambrosio Fornet, entre otros, demostraron en términos estrictos una pugna político intelectual sobre el papel de la cultura en el proceso de edificación socialista. Vale la pena señalar, además, que una parte del amplio debate también estaba dirigida a la revaloración del marxismo, es decir, a una relectura de éste desde el espacio artístico e intelectual. Por esa razón, resultó significativo el debate desarrollado entre un grupo de cineastas cubanos y Edith García Buchaca porque reflejaba la presencia de dos grandes tendencias con respecto al papel del Estado revolucionario ante los artistas e intelectuales y de éstos en cuanto a la cultura en el proceso de construcción socialista. La primera posición, que se encontró representada en las

²⁷⁴ Graziella Pogolotti, “Prólogo”, en *Polémicas culturales de los 60* (selección y prólogo de Graziella Pogolotti), La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2006, pp. viii- ix.

²⁷⁵ *Ibid.*, p. x.

²⁷⁶ Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada latinoamericana. La literatura latinoamericana durante la guerra fría*, trad. Héctor Silva Míguez, Barcelona, Debate, 2003, p. 143.

“Conclusiones de un debate entre cineastas cubanos”, apuntaló la idea de que la promoción y el desarrollo cultural constituían “un *derecho* y un *deber* del Partido y el Gobierno”; reconocía la existencia de una lucha necesaria entre “ideas y tendencias estéticas”.²⁷⁷ Es decir, el Estado revolucionario tenía el derecho de promover el desarrollo de la cultura, pero era también una obligación en cuanto ésta representaba un pilar de la construcción de una sociedad socialista. Desde tal perspectiva, “derecho” y “deber” no significaban términos que pudieran vincularse a una idea de control. Los cineastas señalaron que la cultura era herencia “de la humanidad, cristalización del trabajo creador de todos los *pueblos* y todas las *clases*, la cultura no es, exclusivamente, expresión de los intereses de una clase o pueblo determinados”.²⁷⁸ La formulación dejaba entrever una crítica a la escuela estética del realismo soviético al considerar la cultura y el arte como herencia de todas las clases y todos los pueblos, y no sólo como productos generados por el proletariado. Para respaldar sus afirmaciones, utilizaron citas de Marx, Lenin y Engels, en las que sus reflexiones giraban en torno a cómo el avance de la lucha de clases en distintos terrenos no había rechazado las conquistas estéticas de la época burguesa. En el texto se planteó que la expresión de “*nuevos contenidos* requiere del artista la búsqueda y la realización de *formas nuevas*” porque el arte “es *reflejo de la realidad* y, al mismo tiempo, *una realidad objetiva*”.²⁷⁹ Había un énfasis por mostrar a la obra de arte como reflejo de la sociedad pero también de ésta como una realidad propia y con autonomía capaz de expresar los nuevos contenidos de la vida revolucionaria a

²⁷⁷ “Conclusiones de un debate entre cineastas cubanos”, en Graziella Pogolotti, *op. cit.*, pp. 17- 18, cursivas de los autores. El texto está firmado por Octavio Cortázar, José de la Colina, Tomás Gutiérrez Alea, Raúl Molina, Manuel Pérez, Ramón Piqué, Óscar Valdez, Humberto Solás, Miguel Torres, Alberto Roldán, Iberé Cavalcanti, Fidelis Sarno, Antonio Henríquez, Pastor Vega, Sara Gómez, Mario Trejo, José Massip, Julio García Espinosa, Roberto Fandiño, Idelfonso Ramos, Jorge Fraga, Amaro Gómez, Fernando Villaverde, Octavio Basilio, Pedro Jorge Ortega, Manuel Octavio Gómez, Fausto Canel, Nicolás M. Guillén y Fermín Borges.

²⁷⁸ *Ibid.*, p. 18.

²⁷⁹ *Ibid.*, p. 20.

través de nuevas formas artísticas. Por último, apuntaban que “La supresión de expresiones artísticas, mediante el procedimiento de atribuir carácter de clase a las formas artísticas, lejos de propiciar el desarrollo de la lucha entre tendencias o ideas estéticas –y propiciar el desarrollo del arte–, restringe arbitrariamente las condiciones de lucha y restringe el desarrollo del arte”.²⁸⁰ En otros términos, los cineastas buscaban la pluralidad de tendencias ideológicas y estéticas como una condición que permitiría el mejor desarrollo del arte dentro de la revolución; desde esa perspectiva, la imposición de una escuela, la cancelación del debate argumentando el carácter clasista de tal o cual producto, iba en detrimento del propio arte y, por lo tanto, de la Revolución misma.

La respuesta al texto de los cineastas corrió a cargo de Edith García Buchaca, por entonces Viceministra de Cultura. En su artículo, “Consideraciones sobre un manifiesto”, apuntó que como el texto de los cineastas tocaba temas relacionados con la “cultura que se debate entre los círculos de los creadores más jóvenes” intentaría aclarar distintos problemas “cómo consideramos que un marxista debe abordarlos”.²⁸¹ Advertía que su análisis partía del “marxismo” para discutir algunos planteamientos en cuanto a la cultura pues, desde su perspectiva, en una sociedad socialista el Partido y el Gobierno no sólo tenían el deber y el derecho de promover el desarrollo de la cultura, sino también el deber de “orientarla y dirigirla en consecuencia con los fines”²⁸² que se proponía; para ella, la coexistencia de tendencias e ideas estéticas persistían, pero “como expresiones ideológicas” eran “excluyentes”. Por lo tanto, la exclusión partía de los fines ideológicos que el Estado marcaba en su deber de orientación y dirección de la cultura. Según García Buchaca, “para el

²⁸⁰ *Ibid.*, pp. 21-22.

²⁸¹ Edith García Buchaca, “Consideraciones sobre un manifiesto” en Graziella Pogolotti, *op. cit.*, p. 26.

²⁸² *Ibid.*, p. 27.

marxismo” cada sociedad contaba con una formación económico–social a la que correspondía una base económica y una “superestructura” en correspondencia con dicha base. De la superestructura formaban parte “las diferentes manifestaciones culturales” entre las que se incluían “el arte y la literatura”; de esa manera, “a cada formación económica–social le corresponde una formación cultural específica”.²⁸³ En ese sentido, el arte tenía una dependencia absoluta de la formación económica–social del naciente socialismo cubano, y todo aquello que se considerara diferente a dicha formación no contribuía al desarrollo de la nueva sociedad. Como en el caso de los cineastas, los argumentos de García Buchaca buscaban respaldo en Marx, Engels y Lenin al considerar que analizaron el pasado “con un sentido crítico extrayendo de él lo que pueda haber de vigente y útil para nuestra época, desechando del mismo lo circunstancial y perecedero”.²⁸⁴ En cuanto a la producción específica de obras artísticas, García Buchaca apuntó que los autores de éstas tenían una “posición ideológica condicionada por esa sociedad” en la que vivían, aunque muchas veces no tuvieran conciencia de ello. Además, señalaba que si con respecto al pasado “exigimos una actitud crítica, consideramos esencial el análisis y la selección ante lo nuevo. Partiendo de que estamos construyendo una sociedad socialista y empeñados en una pelea sin tregua contra el imperialismo que no tolera concesiones en lo ideológico”.²⁸⁵ En otros términos, la creación literaria y el papel de los artistas e intelectuales no podían si no expresar una posición ideológica socialista ante “la pelea sin tregua” que se libraba contra el imperialismo, batalla en la que lo “nuevo” tenía que ser seleccionado para no otorgar concesiones de ningún tipo.

²⁸³ *Ídem.*

²⁸⁴ *Ibíd.*, p. 28.

²⁸⁵ *Ibíd.*, p. 34.

Como ha señalado Claudia Gilman, “La importancia política concedida al intelectual y a sus producciones específicas (especialmente la literatura) estuvo acompañada de una interrogación permanente sobre su valor o disvalor social y por la intensa voluntad programática de crear un arte político y revolucionario”.²⁸⁶ En otras palabras, se trataba de definir qué era un intelectual, un artista revolucionario y cómo su producción contribuía o no a la construcción de una sociedad socialista, discusión que fue retomada por el propio Che y posteriormente por Julio Cortázar. En ese sentido, hubo un debate particularmente rico acerca de la literatura del que José Antonio Portuondo y Ambrosio Fornet fueron los protagonistas. José Antonio Portuondo escribió el prólogo a *El derrumbe* (1964), novela de José Antonio Soler Puig. En el texto, titulado “José Soler Puig y la novela de la Revolución cubana”, Portuondo señaló que hasta ese momento no había nacido la “gran novela” revolucionaria porque, entre otras cosas, el “pueblo de Cuba, empeñado en hacer su Revolución” no había tenido mucho tiempo “para expresarla cabalmente”. Desde esa visión, quien narraría el proceso revolucionario iba a ser, finalmente, el pueblo cubano a través de algunos de sus escritores. Sin embargo, los escritores “más sensibles al hecho revolucionario” apenas habían podido “ir dejando testimonio” de lo que ellos mismos estaban “ayudando a construir”.²⁸⁷ La valoración de Portuondo ponderó la idea de las novelas como “testimonio” del momento revolucionario que “apenas” se escribían porque la urgencia de los acontecimientos políticos lo impedía, ponía por encima de la actividad literaria el derecho de la Revolución a existir. Según el ensayista cubano, con *El derrumbe* Soler Puig superaba toda su obra anterior porque había aprendido lo que le faltaba para “hacerse un escritor completo y descubrió también lo

²⁸⁶ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 29.

²⁸⁷ José Antonio Portuondo, “José Soler Puig y la novela de la Revolución cubana”, en Graziella Pogolotti, *op. cit.*, p. 254.

que a otros les sobraba para ser verdaderos escritores revolucionarios”. Además, su origen provinciano le permitió rebelarse “contra todo lo podrido y esnob” que perduraba en los centros capitalinos, particularmente en La Habana.²⁸⁸ La virtud de *El derrumbe*, insistía el crítico literario, era el retrato del avance revolucionario deshaciéndose de la burguesía, particularmente de la que vivía en Santiago de Cuba, escenario de la novela. Por eso, la narración de Soler Puig era “conclusa, cerrada,” en la que los acontecimientos marchaban a un final de “una profunda justicia poética”. En *El derrumbe*, se veía emerger “la vida nueva, como la carne fresca que vence la podredumbre de la gangrena, de modo indetenible, imponiéndose a la ruina, al derrumbe de la burguesía”.²⁸⁹ En la interpretación de Portuondo, lo valioso de la narración estaba en el retrato del avance socialista ante “la podredumbre de la gangrena”; es decir, entre un pasado que iba borrándose gracias a la “carne fresca”, a lo novedoso de la Revolución, que representaba “una profunda justicia poética”. Además hacía hincapié en el lenguaje “ceñido” al “habla cotidiana” para “testimoniar fielmente el derrumbe de la burguesía santiaguera”; Soler se sirvió “más de su memoria que de su imaginación” con personajes y sucesos “extraídos directamente de la realidad, con muy poca intervención de la fantasía” lo que le aseguró a sus obras un “intenso realismo” en un momento en el que no podía existir “*arte que supere la intensidad de la vida revolucionaria y, por ende, su extraordinaria calidad estética*”.²⁹⁰ Al respecto, vale la pena señalar cómo el carácter político del hecho revolucionario pasaba a ser la mayor y extraordinaria calidad estética en la que la novela tenía gran valor por su testimonio real, alejado de la fantasía y la imaginación. En otros términos, la novela como producto de la Revolución, dependiente de la realidad que

²⁸⁸ *Ibid.*, p. 256.

²⁸⁹ *Ibid.*, p. 257

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 258, las cursivas son mías.

ésta ofrecía. Portuondo fue así el portavoz de una posición que privilegiaba el apego al realismo revolucionario como una condición sin la cual una obra literaria no tenía la suficiente calidad estética para ser considerada “grande” o “revolucionaria”.

“De provinciano a provinciano” fue la respuesta que Ambrosio Fernet escribió ante los planteamientos de Portuondo. En su texto, criticó el hecho de que Portuondo se pusiera a “sugerir temas” debido a la impaciencia por el surgimiento de la “gran novela de la Revolución”, frase a la que consideraba una suerte de artilugio inventado por los críticos para “no detenerse a analizar seriamente las novelas que van apareciendo”.²⁹¹ Ambas cuestiones, lejos de someter a juicio la calidad estética de *El derrumbe*, ponían en entredicho el papel desempeñado por un analista literario de la talla de Portuondo; en otros términos, que éste no fuese capaz de “analizar seriamente” la producción novelística y al mismo tiempo recurriera a la sugerencia temática como una prioridad para la novela de la Revolución. Más aun, Fernet llevó la polémica desde una perspectiva más general; mientras a Portuondo la novelística de Nathalie Sarraute o Alain Robert Grillet le parecía no más que “un tartamudeo mental”, Fernet la consideraba “una nueva visión de la realidad que ha producido una manera distinta de expresarla, una nueva literatura” aunque ésta no necesariamente sirviera “en bloque para expresar nuestra realidad” y, sin embargo, había que apropiársela y conocerla. Fernet se preguntaba además si un escritor “revolucionario” no tenía el deber de “seguir esos tartamudeos”.²⁹² Desde su perspectiva, el análisis de un “viejo crítico” como Portuondo era superficial y no alcanzaba a profundizar acerca del fenómeno “tan complejo como el nacimiento de una literatura en medio de la Revolución”. Finalmente, polemizó con el planteamiento de una producción literaria regional, “provinciana”, contrapuesta a la generada

²⁹¹ Ambrosio Fernet, “De Provinciano a Provinciano”, en Graziella Pogolotti, op. cit., p. 261.

²⁹² *Ibid.*, p. 262.

en las ciudades porque “con orgullo regional” no se escribía “buena literatura: ni siquiera buena literatura provinciana”.²⁹³

Lo interesante de la polémica se encontró en el peso otorgado a la literatura dentro del proceso revolucionario. Si para Portuondo ésta era valiosa por su apego a la realidad y su desarrollo testimonial, para Fornet lo era por su capacidad de imaginar una nueva realidad. En ambos casos había una valoración significativa sobre lo que tenía que ser la estética revolucionaria; o bien ponderando la utilidad de las obras artísticas que retrataban el surgimiento de una nueva realidad, capaz de derrotar al viejo pasado burgués o bien al pugnar por un arte que posibilitaba la comprensión de la realidad también desde la propia obra artística y que contribuía, desde una especificidad creativa sin despegarse del contexto social, a la consolidación del proceso revolucionario.

A decir de Liliana Martínez Pérez, aunque existió el debate y el intercambio de ideas, la década de los sesenta “se caracterizó por una apropiación y subordinación de la actividad intelectual a los intereses de la política”.²⁹⁴ Los ejemplos citados permiten pensar hasta qué grado el tema fue de vital importancia en los albores del proceso de construcción socialista para la dirigencia revolucionaria, pero igualmente para los intelectuales y artistas que defendían el carácter revolucionario desde la especificidad de su actividad creadora. Es decir, se construyó una cultura de la polémica dentro de la Revolución. Como ha observado Graziella Pogolotti, “la idea del socialismo implicaba una alta valoración de la cultura que incluía la creación artística y la desbordaba al considerarse un proceso consciente de construcción histórica dirigido al crecimiento humano como propósito final”.²⁹⁵ Por esa

²⁹³ *Ibid.*, p. 265.

²⁹⁴ Liliana Martínez Pérez, *Intelectuales y poder en Cuba*, p. 57.

²⁹⁵ Graziella Pogolotti, “Prólogo”, *op. cit.*, p. xix.

razón es importante señalar que el debate, además de desarrollarse entre intelectuales que se consideraban parte de la Revolución, surgió dentro de ella y para ella. En ese contexto es que se inscribió *El socialismo y el hombre en Cuba* del Che.

b) El socialismo y el hombre en Cuba: entre la audacia intelectual y el pecado original

Como ha señalado Fernando Martínez Heredia, *El socialismo y el hombre en Cuba* formó parte de una polémica “implícita” que existía con respecto a las “diferencias, contradicciones y posiciones en pugna dentro del campo revolucionario”²⁹⁶ de Latinoamérica, pero sobre todo del cubano. En su ensayo, el Che debatió distintos aspectos acerca de la construcción socialista, pero puso énfasis en el quehacer intelectual, el papel del arte y la cultura dentro de ésta. A través del texto, Guevara estableció un diálogo con *Palabras a los intelectuales* pero con matices y diferencias que lo posicionaron en un ala de la polémica cultural. *Palabras a los intelectuales*, y los textos de José Antonio Portuondo y Edith García Buchaca, delineaban un tipo de intelectual que tenía que contribuir, como primera tarea política, al derecho de existencia de la Revolución, cuyas necesidades estaban marcadas por la sobrevivencia del proceso ante el asedio del imperialismo norteamericano; en otros términos, la actividad intelectual dependía del contexto social vivido en la Revolución y de las directrices marcadas por éste.

Sin negar el derecho de existencia del proceso revolucionario, y más aun realizando un llamado a su profundización, el Che sentó una postura más cercana a lo expuesto por los cineastas y Ambrosio Fornet. De hecho, la propia escritura del ensayo representó una manera

²⁹⁶ Fernando Martínez Heredia, *Las ideas y las batallas del Che*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales- Ruth Casa Editorial, 2010, p. 217.

de entender la labor intelectual en la Revolución; es decir, la reflexión intelectual como un ejercicio revolucionario y necesario para la construcción del socialismo. Como ha señalado Leonardo Candiano, el texto de Guevara se enfrentó a las ideas dogmáticas de regulación “a priori” de “la actividad cultural”.²⁹⁷ Por una parte, el Che apeló a la libertad artística pero no entendida desde una concepción burguesa de “escapismo” individual, sino como un ejercicio de “reapropiación” y “expresión” de la “naturaleza humana”.²⁹⁸ Además, debatió con la concepción del “escolasticismo” soviético que había frenado “el desarrollo de la filosofía marxista”, por eso el proceso de construcción socialista tenía que dar como resultado una “teoría” en la que se vislumbrara la creación del “hombre nuevo”(p. 264).²⁹⁹ En ese sentido, el fin último de la Revolución socialista era la formación de ese hombre nuevo, y para ello el ejercicio intelectual y el quehacer artístico resultaban prioritarios. Era necesario, por un lado, alejarse de la concepción de libertad artística surgida en el capitalismo: en ésta, el ser humano defendía su individualidad reaccionando “ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer inmaculado”, y así la superestructura imponía “un tipo de arte con el que hay que educar a los artistas” (p. 265). Tal formulación resultaba de vital importancia: si dicho fenómeno ocurría en el capitalismo, no podía permitirse en un proceso de formación socialista que buscaba romper con la enajenación representada en el sistema capitalista. Es decir, la base económica y la “superestructura” socialistas no podían ser las que condicionaran la creación artística e intelectual.

²⁹⁷ Leonardo Candiano, *op. cit.*, p.14

²⁹⁸Ernesto Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Escritos y discursos*, tomo 8, p.263. Las citas que utilizaré corresponden a esta edición y, a partir de ahora, las señalaré en el cuerpo del texto sólo con el número de página.

²⁹⁹ Ángel Ferrero señala las diferencias entre los planteamientos del Che y el concepto de “hombre nuevo” surgido en la URSS y en la República Popular China. Véase “La construcción del hombre nuevo: de la revolución de octubre al post-comunismo. Una perspectiva histórica”, en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, n.33, Universidad Complutense de Madrid, 2012, disponible en <http://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/38510/37247>, consultado el 3 de diciembre de 2015

Guevara no perdía de vista que existían contradicciones en el seno del socialismo cubano y que en “los propios revolucionarios” se mantuvo la actitud de “fuga” detrás de la palabra “libertad” como reflejo del idealismo burgués. Éste es uno de los pilares fundamentales del planteamiento guevarista: no se trataba sólo del intelectual dentro de la Revolución, sino, sobre todo, de la Revolución en el intelectual que la construcción del socialismo implicaba. Por eso, criticó la idea del arte en el realismo socialista que buscó reflejar “la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones” (p. 266). En esa dirección, la construcción del socialismo y el hombre nuevo no podían surgir sin la indispensable “audacia intelectual” (ídem.). Nuevamente, el Che hacía énfasis en el carácter de transformación intelectual que contribuiría al surgimiento de la nueva sociedad y apuntó que no había “artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria” (ídem.). Es decir, la “gran autoridad” de los artistas no surgía sólo de su pertenencia al proceso revolucionario, sino sobre todo de su labor creativa, capaz de contribuir a la liberación del hombre, a la reapropiación de su naturaleza, alejándose, por eso mismo, del escolasticismo y la idea del arte como reflejo mecánico de la sociedad. En ese terreno, para Guevara era indispensable combatir la idea de la “simplificación”, aquello que entendía “todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios” porque sobre esa base se anulaba “la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto no peligroso)” (ídem.). La idea del Che acerca de una “auténtica investigación artística” implicó, por una parte, una crítica a la supeditación del artista a los lineamientos de los “funcionarios” políticos y culturales, por otra, a la pobreza artística, “simplificada”, que suponía la limitación a apropiarse del “presente socialista y del pasado muerto” como un reflejo mecánico de la realidad y del arte mismo.

Después, hizo un balance acerca del desarrollo del arte en general. Para Guevara, el arte “realista” del siglo XIX era más “puramente capitalista” que el arte “decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado” (ídem). Desde su perspectiva, el capitalismo había dado todo de sí en cuanto a cultura y no quedaba de éste sino “el anuncio de un cadáver maloliente en arte” (ídem). Es decir, reconocía que el arte capitalista del siglo XX fue capaz de mostrar “la angustia del hombre enajenado” pero en esa angustia había agotado todo su potencial, y se hacía necesario crear un arte nuevo; por ello advertía el peligro que significaba el retroceso desde “el trono pontificio del realismo a ultranza” porque era un retorno al pasado que le imponía “una camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy” (p. 267). En ese sentido, ni la concepción del arte capitalista ni el “realismo” podían contribuir a la construcción del socialismo.³⁰⁰

El Che buscó sintetizar en una frase el problema del intelectual dentro del proceso cubano: “la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios” (ídem.). Hasta ese punto del ensayo, Guevara había intentado mostrar la necesidad de la Revolución también desde el plano intelectual, así que la formulación, aunque parece tener una carga negativa, seguía el hilo conductor del planteamiento central. La formulación contenía dos detalles: Guevara no hizo una generalización, sino que se refirió a “muchos de nuestros intelectuales”, lo cual quería decir que sí había quienes eran “auténticamente revolucionarios”. Además, al emplear la idea del “pecado original” se refería a aquellos artistas e intelectuales que realizaban su quehacer pensando en la “libertad” capitalista, y el “escapismo”, pero también a quienes, buscando

³⁰⁰ Como ha observado Rafael Rojas, se trataba de una idea de descolonización cultural en la que la herencia capitalista aparecía como “decadente y morbosa”. Rojas sostiene que fue Frantz Fanon, quien a diferencia del Che, consideró la cultura occidental como “un acervo que se libera y se moderniza junto con la propia descolonización”, *El estante vacío. Literatura y política en Cuba*, Barcelona, Anagrama, 2009, p. 36.

contrarrestar dicha visión, eran más afines a la idea del realismo, particularmente al soviético. Por lo tanto, la culpabilidad residía en la carencia de audacia intelectual capaz de generar un cambio sustancial en los esquemas de pensamiento, una escuela intelectual y artística alejada del dogmatismo realista pero también del decadentismo de la cultura capitalista. Superar la “culpabilidad” contribuiría al surgimiento del hombre nuevo. En ese sentido, el Che redondeó sus planteamientos cuando señaló que las posibilidades de que surgieran “artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión” (p. 268). Ampliación del campo cultural y libertad para la expresión artística aparecían así como un deber de la dirigencia política. En esa dirección, señaló “No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial” (*idem.*). En otras palabras, la tarea de la dirigencia no era propiciar la “creación” de la docilidad, o intelectuales dentro de la Revolución, sino la de promover la Revolución del campo cultural, de los artistas y los intelectuales, como condición necesaria para el futuro del proceso socialista y, sobre todo, de la liberación total del ser humano.

c) Antiintelectualismo, transición y utilidad de la cultura

Para finales de la década de los sesenta, en medio de la polémica cultural surgida en los primeros años, la valoración sobre el ensayo del Che fue también una manifestación sobre la pugna ideológica en cuanto a los bienes culturales, dentro de la Isla pero de igual modo en América Latina. La idea del hombre nuevo tuvo dos grandes interpretaciones: la que pugnó por el compromiso intelectual entendido en términos estrictamente políticos y aquella que insistía en la necesidad de la generación de una transformación también en el terreno artístico e intelectual. Como ha señalado Claudia Gilman estas posiciones supusieron una tensión

constante que se convirtió en un punto de quiebre cuya visibilidad alcanzó su cima en 1971. El ensayo del Che generó lo que ella ha llamado “el mito de la transición” que implicaba la idea de la metamorfosis total y alcanzaría su objetivo final en la llegada de una “sociedad ideal”. Se trataba de una posibilidad de futuro pero, según la crítica argentina, el problema residía “en el difícil entretanto”.³⁰¹ En ese mismo sentido, Rafael Rojas anotó que *El socialismo y el hombre en Cuba* fue una propuesta “radicalmente utópica o desiderativa, desprovista de elementos instrumentales”.³⁰² Ambas afirmaciones merecen un matiz. Por una parte, el Che propuso para el “entretanto”, para el presente que vivía, la idea de la audacia intelectual como el instrumento capaz de generar en el plano artístico e intelectual lo que en el plano político la Revolución construía. La insistencia de Guevara acerca de la generación de un pensamiento propio, que no fuese “asalariado” del oficialismo, era en sí misma no sólo una toma de posición ante el realismo socialista y los intelectuales cubanos pro-soviéticos, sino también una propuesta que él llevó a la práctica como dirigente político e intelectual de la Revolución. En cuanto al “mito de la transición” al que se refiere Gilman es importante apuntar que el Che consideraba la etapa de construcción socialista como una etapa no prevista por Marx que transcurría “en medio de violentas luchas de clase y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia” (p. 264). Había entonces un “entretanto” álgido, con el peligro latente de que los “elementos de capitalismo” no pudieran eliminarse, aunque el Che tenía convencimiento pleno de que la conciencia, el arte y el trabajo permitirían superar dicha etapa.

Como parte de la discusión de época generada en torno a la idea del compromiso revolucionario del artista y del intelectual, centrado más en la actividad política del creador

³⁰¹ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, p. 155.

³⁰² Rafael Rojas, *El estante vacío*, p. 37.

entendiendo su quehacer como complemento de lo revolucionario, surgió el antiintelectualismo. Esta corriente antiintelectual encontró en el planteamiento del “pecado original” parte de su fundamento. A decir de Gilman, el antiintelectualismo se tradujo en un discurso de superioridad de “la política sobre la actividad intelectual, cultural, literaria”, implicando así una “abjuración” de la figura intelectual que se enfrentó a “otros paradigmas de valor, encarnados por el hombre de acción y el hombre de pueblo”.³⁰³ Desde luego, se trató de una lectura que hizo abstracción de los planteos completos del Che quien insistía en la necesidad de una revolución en el pensamiento como condición *sine qua non* para la supervivencia del proceso revolucionario, pero especialmente para el rompimiento de la enajenación capitalista. Como ha expresado Alberto Abreu Arcia, era una polémica en la que se buscó articular una concepción global sobre el valor social de la cultura, el arte y la labor intelectual, pero no sólo desde Cuba sino que fue “inseparable de la evolución de la ciudad letrada latinoamericana”, compartiendo de ese modo “los mismos universos problemáticos”.³⁰⁴ Por eso, el debate sostenido entre Óscar Collazos y Julio Cortázar resultó un ejemplo elocuente de los puntos en disputa.

El intercambio de ideas, desarrollado entre agosto de 1969 y enero de 1970, dio inicio a partir de un texto publicado por Collazos en *Marcha*. En “La encrucijada del lenguaje” Collazos anotó que, dada la importancia de la narrativa latinoamericana de aquel momento, valía pena dilucidar distintos aspectos que giraban en torno a ella. El primero de ellos se relacionaba con la “mistificación del hecho creador, entendido como autonomía verbal, como otro mundo en disputa con la realidad”.³⁰⁵ Para Collazos, la trascendencia de la novelística

³⁰³ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, p. 166.

³⁰⁴ Alberto Abreu Arcia, *Los juegos de la Escritura o la (re) escritura de la Historia*, p. 89.

³⁰⁵ Óscar Collazos, “La encrucijada del lenguaje”, en Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970, p. 10.

latinoamericana era el resultado histórico de “un hecho de identificación, de expresión, de estrecha correspondencia con la realidad latinoamericana”, por eso la invocación del “absolutismo del lenguaje” equivalía a la reactualización de un “letrismo” que enarbolaba la “imagen o la metáfora concebida como última y única posibilidad poética”.³⁰⁶ Desde tal perspectiva, el ensayista colombiano señalaba que había un síntoma inequívoco en ciertos novelistas, entre los que incluía a Cortázar, “el olvido de la realidad, el desprecio de toda referencia concreta a partir del cual se inicia la gestación del producto literario”. Por esa razón, se daba como válida la “escisión del ser político y ser literario”, demostrando “un profundo menosprecio por la realidad” a la que supuestamente se ponía “en entredicho” desde la obra artística.³⁰⁷ Ante esta dicotomía, ante el “menosprecio” de la realidad por parte del lenguaje literario, Collazos proponía como modelo de una “manera de decir” los discursos de Fidel Castro en los que encontraba “una modelación de la palabra en el plano del discurso político que, a su vez, podría ser la fuente de un tipo de literatura cubana *dentro* de la revolución”, en ese aspecto el lenguaje dejaba de “ser terreno puramente intelectual para convertirse en hecho real”. Asimismo, advertía la “peligrosidad” de insistir en el lenguaje y la producción artística como “autónomos” porque en ello se encontraba “el agotamiento y la parálisis del mismo”.³⁰⁸ Llama la atención, por un lado, la contraposición que el autor planteó entre la oralidad y lo escrito como si, necesariamente, ambas expresiones del lenguaje fuesen excluyentes entre sí, pero además que encontrara en las alocuciones de Fidel Castro un posible semillero de “un tipo de literatura” dentro del proceso cubano porque de esa manera el lenguaje dejaba de ser “puramente” intelectual y se convertía en “hecho real”; en otras

³⁰⁶ *Ibíd.*, p. 14.

³⁰⁷ *Ibíd.*, p. 15.

³⁰⁸ *Ibíd.*, pp. 16- 17, las cursivas son mías.

palabras, porque era la Revolución, a través de la voz de Fidel, quien hacía posible la conversión de lo “intelectual” a lo real, sobreponiéndose, como hecho genuinamente revolucionario, el quehacer político sobre la labor intelectual. Collazos ponderaba, por tanto, la función del escritor, del intelectual, en la medida en que éste respondía a la realidad sociopolítica alejándose de la idea de creación “puramente intelectual”. Por último, el ensayista colombiano sostenía que “en una revolución se es escritor, pero también se es revolucionario. En una revolución se es intelectual, y tiene que ser necesariamente político”.³⁰⁹ En otros términos, la pertenencia a un proceso revolucionario era la que determinaba el quehacer artístico e intelectual, y no había manera de ser escritor, intelectual, sin ser, a la vez, revolucionario.

“Literatura en la revolución y revolución en la literatura: algunos malentendidos a liquidar” fue la respuesta de Julio Cortázar a los planteamientos de Collazos. De inicio, Cortázar señalaba que se limitaría a reflexionar sobre dos aspectos, uno más formal en cuanto a la cuestión técnica “de las estructuras narrativas” y el que se refería a “una cierta concepción de la realidad” que Collazos definía como “mistificación del hecho creador”.³¹⁰ Para abordar el primer aspecto, el argentino apuntó que la literatura latinoamericana había dado muestras de saber responder “en actos culturales” lo que otros habían hecho “en actos políticos”, César Vallejo, Lezama Lima y Pablo Neruda eran ejemplo de ello, por esa razón resultaba peligroso, “además de falso”, situar los “actos culturales” por debajo de los “actos políticos”. De hecho, como también lo hizo el ensayista colombiano, puntualizó que nadie podía dudar de su convicción acerca de que Fidel Castro o el Che habían dado “las pautas de nuestro

³⁰⁹ *Ibid.*, p. 37.

³¹⁰ Julio Cortázar, “Literatura en la revolución y revolución en la literatura: algunos malentendidos a liquidar”, en Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *op. cit.*, p. 38.

auténtico destino latinoamericano”, pero al mismo tiempo no estaba dispuesto a “admitir que los *Poemas humanos* o *Cien años de soledad*” pudieran considerarse “respuestas inferiores, en el plano cultural, a esas respuestas políticas”. Es más, se preguntaba “¿qué pensaría Fidel Castro? No creo engañarme si doy por seguro que estaría de acuerdo, como lo hubiera estado el Che”.³¹¹ Con esa operación, Cortázar no sólo respaldaba su punto de vista en las figuras de Fidel y el Che, sino que respondía desde ellos, como personajes políticos, a una interrogante intelectual. Desde ese ángulo, las respuestas culturales a la realidad de América Latina estaban en el mismo plano que las políticas, unas y otras hacían posible el camino del “auténtico” destino latinoamericano. Por esa razón, el autor de *Rayuela* cuestionó la concepción de una realidad “inmediata” a la que Collazos se refirió, porque ésta tenía un gran parecido a la idea del “realismo socialista” en su manera de entender “la función del narrador latinoamericano”.³¹² Para Cortázar, uno de los pilares de la Revolución era “el alcance de una conciencia *mucho más revolucionaria de la que suelen tener los revolucionarios* del mecanismo intelectual y que desemboca en la creación literaria”.³¹³ Por supuesto, la proposición del escritor argentino tenía un gran parecido a lo que el Che planteó en 1965 acerca de la simplificación y los funcionarios culturales. En ese sentido, una literatura que mereciera tal nombre era “aquella que incide en el hombre desde todos los ángulos (y no, por pertenecer al tercer mundo, solamente o principalmente en el ángulo sociopolítico), que lo exalta, lo incita, lo cambia, lo justifica, lo saca de sus casillas, lo hace más realidad, más hombre” como “Martí y Borges hicieron más reales, más hombres, a los latinoamericanos”. Es decir, la literatura como parte de la transformación total del ser humano, contribuyendo a

³¹¹ *Ibíd.*, pp. 43- 44.

³¹² *Ibíd.*, p. 50.

³¹³ *Ibíd.*, p. 52, las cursivas son del autor.

crear una nueva subjetividad en éste.³¹⁴ Esa formulación le permitió a Cortázar plantear que la responsabilidad de un autor o de un lector, en la búsqueda “de una realidad multiforme”, no podía ser tachada de “escapismo”; para respaldar su proposición, el mejor ejemplo era el del Che que “en un momento crucial, frente al enemigo” recordó un pasaje de Jack London, es decir “una pura invención que ni siquiera correspondía al contexto latinoamericano, en vez de evocar, por ejemplo, una frase de José Martí”.³¹⁵ Para el escritor argentino la Revolución era “en el plano histórico, una especie de apuesta a lo imposible, como lo demostraron de sobra los guerrilleros de la Sierra Maestra; la novela revolucionaria no es solamente la que tiene un ‘contenido’ revolucionario sino la que procura revolucionar la novela misma, la forma novela”. Ésta fue, sin duda, la tesis central del ensayo que Cortázar redondeó señalando que “uno de los más agudos problemas latinoamericanos” en cuanto a cultura y literatura era que “estamos necesitando más que nunca los Che Guevara del lenguaje, *los revolucionarios de la literatura más que los literatos de la revolución*”.³¹⁶ En otros términos, el escritor revolucionario era aquel que podía cambiar la concepción de la propia literatura, pero no a pesar de ser escritor que buscaba otros intersticios de la realidad a través del quehacer literario, sino, precisamente, por serlo y, desde ese ámbito, generar una correspondencia con lo que ocurría en el plano político.

A decir de Jaime Peris Blanes, este debate que osciló entre la esfera de la vanguardia política y artística dentro y fuera de Cuba “tocó fondo” con el Caso Padilla, en 1971. En el marco del Congreso de Educación y Cultura, el discurso emitido por Fidel Castro marcó el cambio de la política cultural cubana, amparado en una “creciente legitimidad de la retórica

³¹⁴ *Ibid.*, p. 65.

³¹⁵ *Ibid.*, p. 67.

³¹⁶ *Ibid.*, p. 76.

antiintelectualista”.³¹⁷ Conviene señalar que el discurso mostraba la derrota de una posición ideológica en el campo cultural revolucionario, justo a la que el Che implícitamente pertenecía. Por otra parte, que la idea del anti intelectualismo presente en *El socialismo y el hombre en Cuba* distaba mucho de la política cultural que predominó a partir de 1971. La crítica del Che fue tanto para aquellos intelectuales que conservaban el ideal del escapismo y la libertad “burguesa” como para aquellos intelectuales “revolucionarios” que, en aras de la realidad socialista, negaban el carácter revolucionario del quehacer intelectual en el proceso cubano. En cambio, el anti intelectualismo imperante en lo que Ambrosio Fornet llamó “el quinquenio gris” se caracterizó por cancelar toda voz de los intelectuales que, considerándose ellos mismos revolucionarios dentro del proceso, discreparon de la idea de la cultura, el arte y la literatura sólo en términos “utilitarios”. Si el discurso de 1961 se conoció como “Palabras a los intelectuales”, el que Fidel pronunció en 1971 bien pudiera llamarse “Palabras a los anti-intelectuales” pues oficializó como política de Estado el giro cultural de la Revolución.³¹⁸ En el discurso, además de anotar que había una “colonización cultural”³¹⁹ tan peligrosa como la económica y la política, que significaba parte de la guerra “contra nosotros”, Fidel señaló sin matices el eje del debate:

Algunos de ellos [los escritores] son latinoamericanos descarados, que en vez de estar allí en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses, a 10 000 millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando en una primera fase fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos. [...]. Para nosotros, un pueblo revolucionario, valoramos las creaciones culturales y artísticas en función de la utilidad para el pueblo, en función de lo que aporten al hombre, en función de lo que aporten en la reivindicación del hombre, a la liberación del hombre, a la felicidad del hombre. Nuestra valoración es política. No puede haber valor estético sin contenido

³¹⁷ Jaume Peris Blanes, “Libro de Manuel, de Julio Cortázar, entre la revolución política y la vanguardia estética”, *Cuadernos de investigación filológica*, n. 31-32, (2005-2006), Valencia, 2006, p. 148.

³¹⁸ Véase Liliana Martínez Pérez, *Los hijos de Saturno*, pp. 307-351.

³¹⁹ Roberto Fernández Retamar desarrolló ampliamente esta idea del colonialismo cultural en “Caliban” (1971), véase *Todo Caliban*, La Habana, Fondo Cultural del ALBA, 2006, pp. 12-85.

humano. No puede haber valor estético contra el hombre. No puede haber valor estético contra la justicia, contra el bienestar, contra la liberación, contra la felicidad del hombre.³²⁰

Las palabras de Fidel Castro son sumamente reveladoras de la visión que se convirtió en hegemónica dentro del campo cultural cubano. Por un lado, el reclamo de la participación “en la trinchera de combate” haciendo énfasis, precisamente, en la responsabilidad y el compromiso intelectual desde una óptica estrictamente política. En ese sentido, sólo las obras de aquellos escritores e intelectuales que estuvieran en las trincheras tenían significación estética. Si la valoración partía de la “utilidad para el pueblo”, la ambigüedad sobre los parámetros para definir a ésta, presente en *Palabras a los intelectuales*, quedaba por fin esclarecida: se trataba de la funcionalidad del arte a través de un lente político. La aportación de toda obra artística estaba determinada por esa visión; el valor creativo y estético desde la especificidad intelectual y artística cedía paso a los aspectos estrictamente ideológicos. Es decir, lo artístico se sustentó a partir de la defensa de la Revolución ante la guerra contra el imperialismo y el colonialismo cultural.

Sobre la base de esos lineamientos, en el contexto del campo cultural cubano en específico, y de la ciudad letrada latinoamericana en general durante los años 70, puede comprenderse por qué la idea del hombre nuevo planteada por el Che fue leída, en su mayoría, sólo en términos ideológicos, desplazando así el carácter estético de su planteamiento. Rescatando, además, sólo aquellos aspectos que permitieran el fortalecimiento de la visión predominante sobre el socialismo cubano, marginando las críticas planteadas por Guevara. El intelectual y el artista fueron considerados revolucionarios no por su actividad creadora,

³²⁰ Fidel Castro, *Discurso en la clausura del Primer Congreso de Educación y Cultura en Cuba*, (30 de abril de 1971), disponible en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html>, consultado el 8 de marzo de 2017.

sino a pesar de ella, es decir porque continuaron dentro de la Revolución, bajo la idea de “utilidad” para ésta. Por ello, en palabras de Liliana Martínez, la generación intelectual de los años setenta fue la “intelectualidad de la lealtad”, caracterizada por la subordinación de la intelectualidad a la política, relegando así a los intelectuales “críticos” de los años sesenta y apuntalando una formación ideológica “esquemática y dogmática”.³²¹

Como ha señalado Fernando Martínez Heredia las repercusiones en todos los ámbitos de la cultura se hicieron sentir a través del fuerte proceso de burocratización, el “empobrecimiento y la dogmatización del pensamiento social”.³²² El propio Martínez Heredia señala que hubo que esperar hasta el “Proceso de Rectificación de Errores”, ocurrido a mediados de los años ochenta, para que el pensamiento del Che fuese revisitado. Los debates expuestos, además de mostrar la complejidad de la batalla ideológica ocurrida en el campo intelectual cubano, también permiten entender por qué las valoraciones sobre la producción escrita del Che recayeron sólo en el contenido político, dejando de lado la constitución literaria de ésta.

Una carta balbuceante

El socialismo y el hombre en Cuba se convirtió en un ensayo emblemático en la producción literaria de Guevara por diferentes razones, no obstante este aspecto ha sido el menos explorado. El texto representó un análisis de las relaciones generadas en Cuba a partir del triunfo revolucionario en 1959; fue una lectura del marxismo y la construcción del socialismo

³²¹ Liliana Martínez Pérez, *Intelectuales y poder político en Cuba*, p. 70.

³²² Fernando Martínez Heredia, “Pensamiento social y política de la revolución”, en *El ejercicio de pensar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales – Casa Editorial Ruth, 2010, p. 43.

en dos sentidos, a) a través de textos teóricos marxistas y b) una lectura de la sociedad cubana desde la experiencia práctica e intelectual. Ambos aspectos fueron los puntos de partida para la reflexión teórica abordada en el ensayo. Detrás de *El socialismo y el hombre en Cuba* estaba, por un lado, la militancia lectora del Che y, por otro, la necesidad de expresar artísticamente sus inquietudes políticas e intelectuales. El ensayo de Guevara fue una muestra palpable de la experiencia vital del pensar que se conjugó con la experiencia de la construcción del socialismo; representó una voluntad de forma artística, capaz de abordar un amplio espectro de discusión.³²³

La forma en la que el Che escribió *El socialismo y el hombre en Cuba* permite pensarlo como parte de la tradición ensayística latinoamericana. Liliana Weinberg señala que en América Latina el ensayo ha ido desarrollando distintas características:

Su profunda vocación de reflexión, diálogo y mediación intelectual; su plasticidad y apertura a la búsqueda del sentido; su vínculo con la sociabilidad, la conversación y la generación de un espacio simbólico de encuentro; *su capacidad de establecer una nueva retroalimentación entre lectura y escritura* y, por fin, su profundo vínculo con las exigencias éticas del discurso, que lo llevó a encontrar un espacio de libertad y una postura crítica del decir.³²⁴

El ensayo del Che, además de ser parte y generador de un espacio de discusión, de lograr una profunda reflexión acerca del socialismo e inscribirse en la ciudad letrada latinoamericana y en el campo intelectual cubano, significó una “postura crítica del decir”; la forma en la que esa postura crítica se desplegó, hizo posible el decir. En el texto se conjugó todo un proceso de construcción artística e intelectual que representó, al mismo tiempo, un punto de llegada y un punto de partida. Punto de llegada en cuanto expresión escritural

³²³ Liliana Weinberg, *Situación del Ensayo*, p.166.

³²⁴ Liliana Weinberg, *El ensayo en busca del sentido*, Madrid, Iberoamericana -Vervuert, 2014, p. 10, cursivas mías.

madura del “poeta fracasado” que plasmó su visión del mundo dentro de la Revolución. Punto de partida por las diferentes perspectivas de análisis abiertas para el pensamiento crítico latinoamericano.

El texto nació de la preocupación constante por esbozar los aportes teóricos nacidos a la luz de la experiencia revolucionaria cubana. *La guerra de guerrillas* (1960), *Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana* (1960), así como *Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?* (1961) y otros abocados al pensamiento marxista como *Sobre la ley del valor* (1963) y *Sobre el sistema presupuestario de financiamiento* (1964), son ejemplos de un camino intelectual que alcanzó su cumbre en 1965. Es decir, hubo una base teórica previamente desarrollada por el Che que le permitió escribir el ensayo que, en opinión de Fernando Martínez Heredia, representó el “*manifiesto de liberación total* que la Revolución cubana dirige al mundo”.³²⁵ El Guevara ensayista hizo gala de un amplio caudal de recursos literarios cultivados a lo largo de su vida: al momento de escribir *El socialismo y el hombre en Cuba*, había alcanzado, a la vez que una madurez intelectual, un estilo literario reflejado en sus letras.

El Che escribió el ensayo a través del plural: siempre que se refirió a la Revolución lo hizo desde un “nosotros”. Por ejemplo, habló de “nuestro sacrificio”, de un “nosotros socialistas”, de “nuestros intelectuales”. No fue simplemente una enunciación que pretendió mostrar la realidad de Cuba, “tal cual”, sino también la imagen de un proceso de afirmación y consolidación del proyecto político e intelectual construido por un “nosotros” revolucionario bajo condiciones determinadas: el bloqueo económico, el asedio constante del

³²⁵ Fernando Martínez Heredia, *Las ideas y las batallas del Che*, p. 213, las cursivas son mías.

imperialismo norteamericano y el debate dentro del campo intelectual cubano sobre el camino del socialismo.³²⁶

La habilidad escritural de Guevara se manifestó desde el inicio del texto pues, aunque era un artículo para una revista, fue presentado como una carta explícitamente dirigida a Carlos Quijano, director de *Marcha*. Este guiño buscó generar mayor cercanía y confianza con los posibles lectores, pero también representó la creación de diferentes destinatarios: los lectores de *Marcha*, los intelectuales cubanos y latinoamericanos. El tono de intimidad marcado entre el autor y Quijano le dio la posibilidad de realizar una exposición de los temas de manera amena, sin demasiados formalismos pero sin que ello implicara olvido de la profundidad reflexiva. El Che dirigió su carta al “Estimado compañero” (p. 253), es decir, poniéndose en pie de igualdad con Quijano para narrarle la situación cubana, cumpliendo así una promesa hecha por él con anterioridad. Esta cordialidad entre compañeros resultó todavía más evidente en la parte final: el remitente esperaba que la “carta balbuceante” hubiera aclarado algo acerca de la vida revolucionaria en Cuba y del papel del hombre en ella. Tal afirmación le permitió hacer énfasis en el carácter inacabado de sus reflexiones, apenas como primeros acercamientos que invitaban al debate. En ese sentido, toda la problematización teórica que constituyó el ensayo no era más que un “balbuceo”, una suerte de charla en la que se lanzaban ideas al aire. Por eso, al despedirse de su interlocutor pidiéndole recibir “nuestro saludo ritual, como un apretón de manos o un ‘Ave María Purísima’. Patria o

³²⁶ Un análisis teórico acerca de la conformación del “nosotros” desde Nuestra América es el desarrollado por Arturo Andrés Roig. El filósofo argentino señala que “El punto de partida para una definición de lo ‘nuestro’ y del ‘nosotros’ ha de ser siempre el sujeto concreto inserto en su mundo de relaciones humanas desde el cual recibe o se apropia de las formas culturales, y no lo recibido en sí mismo, cuya riqueza intrínseca se juega toda entera en el acto de recepción”, véase *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, Buenos Aires, Editorial Una ventana, 2009, p. 63.

Muerte” (p. 272) el autor reiteraba, con un dejo de ironía, la cordialidad entre compañeros que intercambiaban puntos de vista.

En *El socialismo y el hombre en Cuba*, el Che buscó contrarrestar la idea impuesta “por los voceros capitalistas” de que en la etapa de “construcción socialista” existía la abolición del individuo “en aras del Estado”, pero no lo hizo desde una perspectiva meramente teórica sino estableciendo “los hechos tal cual se viven en Cuba”, sumando, eso sí, “comentarios de índole general” (p. 253). Desde su punto de vista se trataba, más que de una disquisición teórica, de retratar, a modo de un cronista o periodista, la realidad “tal cual” se vivía en la Isla en esos momentos. Describió de manera breve el proceso de cambio que inició en 1953 con el asalto al cuartel Moncada, luego transformado en la lucha armada de Sierra Maestra que tuvo a la guerrilla como “motor impulsor de la movilización, generador de conciencia revolucionaria”. Ese motor se convirtió en “el agente catalizador” que propició las “condiciones subjetivas” para la victoria (p. 254); según el Che, en ese momento fue el individuo, como combatiente, el factor fundamental de la acción armada. Sin embargo, después de la toma del poder por el Ejército Rebelde, tras la invasión de Playa Girón en 1961 y durante la crisis de octubre de 1962, apareció “un personaje” en la historia de la Revolución: un ente “multifacético” conocido como “la masa” que se transformó en un agente primordial en el proceso de construcción socialista. En pocas líneas, el Che relató el paso del individuo a “la masa”, esa “suma de elementos de la misma categoría” que no era, como decían los voceros capitalistas, “un simple rebaño” (p. 255). Para Guevara, los acontecimientos políticos generados por la Revolución propiciaron una maduración política a través de la discusión amplia entre el “ente multifacético” y la dirección revolucionaria en la que el liderazgo de Fidel Castro resultaba indiscutible. El Che señaló que “El estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce se nota una disminución del

entusiasmo colectivo” (p. 256) La afirmación tenía un peso importante porque él mismo era representante del Estado revolucionario, y por lo tanto se adjudicaba parte de la responsabilidad en la disminución del entusiasmo colectivo del “ente multifacético”, es decir, de la baja de ánimo en el proceso de construcción socialista. Era el Che situado en la Revolución a partir del el ensayo quien con esa formulación asumía una responsabilidad en su calidad de autor, pero sobre todo en su papel como dirigente del proceso. Médico, al fin y al cabo, escribió que para identificar problemas “utilizamos por ahora el método casi intuitivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados” (*ídem.*). Desde su balance, Fidel aparecía como un maestro en el diálogo con el pueblo, pues en las manifestaciones públicas “se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor” (*ídem.*). Guevara generó así una metáfora visual y musical: las grandes concentraciones de seres humanos eran vibraciones de emoción “entre diapasones” que se respondían; un intercambio musical que culminaba “coronado por nuestro grito de lucha y de victoria” (*ídem.*).

El tono elegido por el Che generó un efecto textual: a esa altura, más que un análisis, el ensayo parecía una anécdota, una narración sobre la base de describir los acontecimientos “tal cual” ocurrían en Cuba. Todo ello le sirvió para contraponer lo que, desde su perspectiva, sucedía en el capitalismo. Un fenómeno como el diálogo “de dos diapasones” era impensable en la sociedad capitalista; de esa manera, manifestó así una de las tesis centrales de la carta balbuceante:

[En la sociedad capitalista] el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de su comprensión. *El ejemplar humano, enajenado*, tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va

modelando su camino y su destino. Las leyes del capitalismo [...] actúan sobre el individuo sin que éste se percate (p. 257).³²⁷

Así el Che efectuó un doble movimiento: aunque al inicio del texto advirtió que apenas haría “comentarios de índole general”, o en otros términos que no abordaría los problemas desde una perspectiva estrictamente “teórica”, retomó una discusión intelectual de gran calado sobre la alienación capitalista, presentándola apenas como un “comentario”. No obstante, éste no era menor, ni mucho menos de “índole general”: si el Estado revolucionario tenía el método intuitivo de “auscultar” las problemáticas en una sociedad declarada socialista, el Che realizaba una operación todavía más compleja al poner en el centro de su reflexión el “invisible” cordón umbilical de la sociedad capitalista: la ley del valor. El problema de la alienación, de la “ley del valor”, se convertía en un tema imposible de soslayar en una sociedad cuyo fin era la construcción de una alternativa verdadera al capitalismo.

No resultó casual que “el caso Rockefeller” le sirviera de modelo para describir cómo la propaganda capitalista mostraba el éxito individual en “la amplitud de un horizonte que aparece infinito” sin mencionar la “miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud”. El Che confesaba que “*no siempre es posible a las fuerzas populares aclarar estos conceptos*” (p. 257). Es decir, para explicar tales conceptos debía existir no sólo la experiencia política brindada por el proceso revolucionario, sino también la capacidad intelectual que pudiera aclararlos ante “las fuerzas populares”. Con dicho planteamiento, asumía una vez más la

³²⁷ En un artículo escrito en 1963 para debatir con Alberto Mora sobre la concepción del valor, el Che retoma los planteamientos de “San Carlitos” para señalar que el valor no es una creación pensada por el hombre “con determinados fines. Las relaciones de producción hicieron surgir el valor, éste existe objetivamente y el que lo conocemos o no, no varía lo real de su existencia ni la espontaneidad de expresión de las relaciones capitalistas”. Desde su punto de vista fue a partir de Marx que “se hizo luz en el intrincado mecanismo de las relaciones de producción capitalista” y fu él quien identificó la “idea del valor como trabajo abstracto”, véase Ernesto Guevara, “Sobre la concepción del valor” en *Escritos y discursos*, tomo 7, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, pp. 122- 123.

responsabilidad por la incapacidad de “aclarar” los conceptos. Al respecto, cabe hacer un par de señalamientos: en primer término, que el Che caracterizó las promesas de bienestar y éxito de la sociedad capitalista como un horizonte infinito contrastante con la narración del cambio ocurrido en la sociedad cubana. Si en el primer caso el horizonte era infinito, y por lo tanto lejano e inalcanzable, en el segundo ya era algo palpable y presente surgido a raíz de la Revolución. Otra cuestión es que así contrastaba las dos utopías en tensión, la ofrecida por el capitalismo con su frío ordenamiento y la que iba construyendo el socialismo cubano con el “ente multifacético” (*ídem*) como personaje primordial.³²⁸

Según el Che, el individuo en la sociedad capitalista actuaba como en “una carrera de lobos” de forma solitaria, en la que, como en el caso Rockefeller, sólo se arribaba al éxito “sobre el fracaso de otros”. Esta caracterización le sirvió para intentar definir al “individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo” (*ídem*, cursivas mías). La formulación es sumamente sugerente: con ella presentaba a la Revolución como una puesta en escena, es decir, como una obra literaria en construcción; de esa manera, el diálogo entre diapasones y el horizonte de cambio revolucionario conformaban la música de fondo del “extraño y apasionante drama”. En ese sentido, *El socialismo y el hombre en Cuba* resultó un examen de la Revolución no sólo desde un punto de vista estrictamente político sino también estético. Aunque Guevara resaltó el cambio que se producía entre la población, no idealizaba el proceso revolucionario, por eso afirmó:

La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no sólo en la conciencia individual en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del

³²⁸ Sobre el tema de la utopía y la tensión de “la conciencia latinoamericana frente a toda otra forma de conciencia” Horacio Cerutti anota lo siguiente: “La voluntad de pensar desde nuestra América es voluntad de pensar desde la tensión ideal / realidad, es voluntad de pensar utópico, pretensión de utopía, ansía de transgresión –no de evasión– de lo dado y premura por ir más allá, por construir lo nuevo alternativo”, véase *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*, México, CECyDEL- Miguel Ángel Porrúa, 2000, p. 70.

individuo, *sino también por el carácter mismo de este período de transición con persistencia de las relaciones mercantiles*. La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; *mientras exista sus efectos se harán sentir* en la organización de la producción y, por ende, *en la conciencia* (p. 258, las cursivas son mías).

El Che hizo explícita la complejidad existente dentro de un proceso de transformación radical que, sin embargo, debía competir “duramente” con el pasado, es decir romper la enajenación y la carrera de lobos heredadas del capitalismo. Aunque la Cuba de entonces había vivido la insurrección armada, el proceso de alfabetización, el despegue del campo cultural así como la declaración del carácter socialista, no lograba dejar atrás del todo los “residuos” de la educación orientada al individualismo. El debate del que Guevara se responsabilizó no era menor: ponía en el centro de la polémica los efectos del capitalismo dentro de una sociedad revolucionaria. No se trataba de una discusión sólo en los aspectos económicos o políticos, sino de la conformación de una “conciencia” socialista, de una subjetividad nueva, de un cambio cultural en lo más amplio del término. Es importante reparar en el hecho de que el autor, sabiéndose actor de ese “extraño y apasionante drama”, hacía énfasis en la lucha constante contra el pasado: el hecho de vivir una Revolución triunfante no cambiaba, por sí solo, las relaciones culturales, sociales y mercantiles de una sociedad en transición. Si en el capitalismo la educación hacía que el individuo se comportara de una manera aislada, en el socialismo el objetivo era que éste tuviera cara y vida propia dentro de la masa; en otras palabras, que ocupara un papel preponderante en la construcción de la nueva sociedad, transformándola y transformándose cotidianamente de manera consciente. Con ello, además, ponía en entredicho la propaganda capitalista: no era en el socialismo donde el individuo quedaba atado a la ley del valor y convertido en un objeto más, era el frío ordenamiento capitalista donde el despojo de humanidad sucedía. En palabras de Carlos Tablada, para el Che “la formación de un nuevo tipo de relación humana habría de ser

el objetivo central de todo esfuerzo”;³²⁹ con ese objetivo, la conciencia y la educación, resultaban fundamentales. En ese planteamiento existía no sólo una concepción de cómo ir rompiendo las taras del capitalismo, sino también un debate sobre el socialismo en cuanto sistema económico y cultural.

En ese sentido, el Che abrió un debate en dos flancos: primeramente, con quienes desde el proceso cubano apostaban por seguir el camino marcado desde la Unión Soviética, pero también con quienes, aun considerando la necesidad de construir una vía propia, supeditaban el papel de la cultura al de las relaciones mercantiles y políticas. Para la formación de una sociedad socialista, libre de las taras del capitalismo, al mismo tiempo que se construían las bases materiales y económicas tenían que generarse las condiciones para el surgimiento del “hombre nuevo”. Éste fue el concepto acuñado por Guevara para insistir en el fenómeno moral, subjetivo, de conciencia, que significaba el socialismo a pesar de la subsistencia del “estímulo material”; era necesario “el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela” (p. 259).³³⁰ Guevara concibió la Revolución como un proceso consciente de educación moral, política, intelectual y estética, de ahí su insistencia en que el Estado y el Partido fuesen herramientas en el proceso de transformación, pero sin que la sociedad se supeditara a ellas porque el individuo “se autoeduca” (p.260). Remarcaba que la Revolución

³²⁹ Carlos Tablada Pérez, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, p. 52.

³³⁰ Entre las lecturas de juventud realizadas por el Che figura *Evolución y Revolución*, de Èlisèe Reclus. Del pensador francés extrae una definición de “anarquismo” que tiene gran parecido a la idea de convertir a la sociedad en una gigantesca escuela: “La contemplación de la naturaleza y de las obras humanas, la lucha, la práctica de la vida, el sufrimiento, he ahí la escuela donde se aprende la verdad y donde se hace la educación de las sociedades contemporáneas. Si bien ciertas escuelas propiamente dichas hayan [sic] efectuado cierta evolución en el sentido de la verdadera enseñanza, tienen no obstante una importancia muy inferior a la de la escuela vivida en el ambiente social. El ideal anarquista no es por esto enemigo de la escuela, sino al contrario, partidario de engrandecerla, *de hacer de la sociedad misma un gran organismo de enseñanza mutua* donde todos sean al mismo tiempo alumnos y profesores, donde cada niño después de haber recibido ‘nociones de todo’, en sus estudios preliminares, aprende a desarrollarse integralmente por sí mismo, y con relación a sus fuerzas intelectuales, en una vida libremente elegida”, véase *Apuntes filosóficos*, *op. cit.*, p. 34, cursivas mías.

y la transformación del individuo eran “un proceso” en un momento de “transición” en el que el “hombre nuevo va naciendo. Su imagen no está todavía acabada” (*idem.*). *El socialismo y el hombre en Cuba* era una radiografía en la que cada componente se mostraba sin subterfugios y en la que el ser humano, pese a no tener una imagen acabada, aparecía “más completo” aunque fuese preciso “acentuar su participación consciente individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica” con la finalidad de lograr “la total conciencia de su ser social *lo que equivale a la realización plena como criatura humana, rotas todas las cadenas de la enajenación*” (pp.262-263, las cursivas son mías). Éste era el significado profundo del proceso revolucionario, es decir, ver al ser humano liberado de la enajenación y ello “se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza *a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte*” (p. 263, las cursivas son mías). Guevara conjugó así dos aspectos vitales en el ensayo: trabajo liberado y arte como expresiones del ser humano desenajenado. El arte, desde esa perspectiva, era tanto resultado de la liberación como catalizador de la misma; la construcción del socialismo no podía concebirse sin que fuera, al mismo tiempo, expresión de un arte nuevo que contribuyera a romper las cadenas de la enajenación.

La carta balbuceante del Che representó una muestra de la capacidad de síntesis cuyo objetivo fue contribuir a la discusión teórica del socialismo. Por esa razón, enfatizó que el proceso revolucionario cubano estaba en una etapa “no prevista por Marx” en la que convivían elementos del capitalismo. En ese sentido, apuntaba una crítica al “escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e *impedido el tratamiento sistemático del período, cuya economía política no se ha desarrollado*” (p. 264, cursivas mías). La formulación del Che era parte del debate que sostuvo en 1964 con Alberto Mora quien

privilegiaba, antes que las cuestiones subjetivas y de conciencia, las condiciones económicas y materiales como los ejes fundamentales en la consolidación del socialismo cubano.

El peso que Guevara otorgó al arte es fundamental para comprender en qué grado lo consideraba indispensable para el camino de liberación. Es decir, se trataba también de un proceso de construcción epistemológica dentro del socialismo; era una manera de conocer y construir al ser humano. Por eso, hizo una evaluación de lo que a su juicio ocurría con el arte en una sociedad capitalista:

Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que *actúa como mercancía para resucitar en su recreación intelectual*. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad: es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza (p. 265, las cursivas son mías).

Conviene analizar un poco más detenidamente los planteamientos del Che. En primera instancia, resulta destacable la percepción del arte como “resurrección” intelectual del hombre enajenado, es decir, como una especie de salida a ese morir diariamente en que “actúa como mercancía”. Si para Guevara en la sociedad capitalista el ser humano era una mercancía más, despojado de su propia naturaleza, atado a la ley del valor sin siquiera saberlo, éste recobraba algo de la humanidad perdida través de la expresión artística; sin embargo, al realizarse de forma individual se convertía en un “intento de fuga”. Este proceso de reapropiación humana tenía que ser potenciado en el socialismo cubano, no solamente como expresión individual, sino también de manera colectiva. Por eso el arte, en una sociedad que buscaba romper las barreras impuestas por el capitalismo para el desarrollo del ser humano, ofrecía la posibilidad de una comunión con la naturaleza, de un reencuentro del hombre consigo mismo. El Che proyectó un deber ser del sujeto revolucionario dentro del proceso socialista, para ello necesitaba transformarse la concepción del arte en cuanto “intento de fuga” y de los artistas sujetados por la “superestructura”. En ese sentido, el sistema capitalista

aparecía como un dique de las expresiones artísticas en el que los creadores se sometían a las leyes del mercado. Bajo esas circunstancias, los artistas sólo podían conseguir los mismos honores que “un mono al inventar piruetas” (*ídem.*). En otros términos, la construcción del socialismo implicaba también la potencialidad del arte como elemento de liberación total.

La construcción del socialismo como suceso histórico, político e intelectual, no podía conformarse con los esquemas heredados del capitalismo, ni tampoco con aquellos provenientes de otras circunstancias históricas. Por eso, la carencia de “audacia intelectual” representaba no sólo un atraso sino también una falla que reproducía “los métodos convencionales”, cayendo en esquemas que bloqueaban tanto el desarrollo del socialismo como la construcción de la libertad. La audacia intelectual era, por lo tanto, la “forma” y el “contenido” del hombre nuevo en la Revolución socialista. El Che planteó además que la vanguardia política del proceso tenía la tarea de “educar al pueblo”, pero advirtiendo el problema de la “simplificación”, por eso criticaba la facilidad de un arte que buscara una “apropiación” de un presente socialista sin contradicciones.

La vanguardia política representada en el Partido tenía que ser ejemplar “sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio” (p. 268). El proceso de educación tenía que partir desde el ejemplo, es decir, desde las propias relaciones humanas establecidas entre la vanguardia política y la población. El Che no perdía de vista, además, que la construcción del socialismo también implicaba la creación y consolidación de una base material indispensable, pero la finalidad era todavía más profunda:

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año pueda ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que *el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad*. El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio (p. 269, las cursivas son mías).

El sacrificio al que el Che aludía no estaba en un plano estrictamente individual, o mejor dicho, era individual y único en cuanto responsabilidad colectiva en aras de la libertad. De ese modo, tanto la búsqueda de estrategias alejadas de los esquemas capitalistas, como el papel liberador del arte y la reapropiación del trabajo representaban elementos para cultivar una riqueza interior y la plenitud del individuo. El Che puso el acento en la subjetividad no como un hecho automático tras el triunfo insurreccional, sino como proceso continuo que requería ser abonado en la experiencia diaria. Para que una subjetividad nueva surgiera se hacía necesaria la potencialidad del arte como agente catalizador capaz de devolver al ser humano su naturaleza, así como el sacrificio y el ejemplo cotidiano desde la dirigencia revolucionaria. Por esa razón, señaló “Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor” (*ídem.*). El planteamiento del Che era, en estricto sentido, una discusión acerca del valor de las relaciones humanas en el socialismo: el arte, el trabajo y la audacia intelectual, en cuanto componentes de los “sentimientos” del revolucionario. Es decir, la vida revolucionaria, la liberación de la sociedad, tenían como base esos sentimientos de amor que posibilitaban el surgimiento de una nueva sociedad; además, había que combinarlos con “una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en *escolasticismos fríos*” (p. 270). Nuevamente, sus proposiciones buscaban retratar al ser humano dentro de la Revolución con componentes que no cabían en los “escolasticismos fríos” cuyo dogmatismo, simplificación y burocratización pensaban al ser humano simplemente en función de la superestructura, las relaciones mercantiles y un presente socialista sin contradicciones de ninguna índole.

El Che describió la construcción del socialismo cubano no sólo como un “extraño y apasionante drama” sino también como una marcha encabezada – “no nos avergüenza ni nos intimida decirlo”– por Fidel, en la que los seres humanos “luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad” (p. 271). Finalmente, Guevara plasmó una serie de proposiciones para sus notas balbuceantes:

Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres.

El esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje; los crearemos.

Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio.

Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos.

El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones.

Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos.

Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica.

La personalidad juega el papel de movilización y dirección que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta.

Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud, en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera (p. 272, las cursivas son mías).

El tono de las oraciones se asemejaba al de un manifiesto en el que se reafirmaban las ideas principales. Es decir, el Che narró y desarrolló una serie de sucesos históricos que, a la vez, tenían un alto grado de reflexión teórica sintetizada en la parte final. En ese sentido, la carta balbuceante se transformó en una suerte de manifiesto estético, político e intelectual. Guevara cerró así el texto, recapitulando su exposición, lanzando proposiciones breves. En éstas, además, hay una reiteración del “hombre nuevo” como problema epistemológico. Al señalar que en el socialismo el individuo era más libre porque era más pleno, que era más humano porque construía su libertad, ponía como eje del problema al individuo en cuanto constructor de la libertad y de su propia plenitud existencial. El Che no formuló que en el

socialismo el hombre “era libre” sino “más libre”, lo que de manera sencilla implicaba un debate ante quienes sostenían que el socialismo, por sí mismo, representaba la libertad, sin contradicciones, sin la lucha constante contra el pasado. Es decir, el socialismo no era una sociedad desenajenada, sino el camino para llegar a ella; aparecía como un momento de sacrificio basado en la conciencia, en el que el hombre nuevo iba naciendo, no sin dificultades. De tal suerte, la Revolución cubana tenía en la juventud la “arcilla fundamental de nuestra obra”, es decir, dentro de ese proceso, la libertad del ser humano era una “obra” forjada a través de los artesanos que integraban la sociedad socialista cubana.

La “audacia intelectual” que el Che puso en juego le permitió realizar un examen del proceso socialista cubano sin ocultar sus dificultades, contradicciones y límites pero proponiendo la reflexión intelectual en cuanto praxis revolucionaria; en otros términos, como parte de la construcción socialista del hombre nuevo. *El socialismo y el hombre en Cuba* representó, precisamente, una apuesta de la praxis intelectual y estética entendida en el mismo nivel de igualdad que el accionar político. Finalmente, es necesario recalcar que el ensayo del Che representó la puesta a prueba tanto de su propia experiencia literaria como de la audacia intelectual: gracias a la composición del texto, a la estructura con que éste se constituyó, la forma de carta, la proyección épica y la narración se transformaron, como señaló Fernando Martínez Heredia, en un verdadero manifiesto revolucionario.

El hombre nuevo como problema

El hombre nuevo, entendido como concepto problematizador, se convirtió en uno de los aportes más significativos del Che en lo que respecta al ámbito intelectual y estético. Surgió a raíz de una lectura densa de la realidad socialista cubana que, a su vez, significó una

reinterpretación del marxismo a partir de la experiencia política e intelectual del proceso revolucionario. Por ello, Guevara puso especial atención a la construcción del individuo en el socialismo, pero también en el papel que éste desempeñaba como potenciador de la transformación total en busca de la libertad plena. En el fondo, la idea del hombre nuevo fue una revaloración del ser humano no sólo como el principal artífice de la Revolución, sino sobre todo como problema intelectual y estético dentro del pensamiento marxista.

La idea del hombre nuevo pergeñada por el Che encontró respaldo teórico en las reflexiones expresadas por Marx en *Los manuscritos económico – filosóficos de 1844*; en éstos, Marx problematizó acerca de la constitución del ser humano como sujeto, en el que los sentimientos, las sensaciones, los objetos elaborados en el trabajo, las obras de arte, las relaciones que establecía, eran afirmaciones de su ser en cuanto humano.³³¹ Al respecto, Roberto Massari señala que se trató de una recuperación del Marx que ponía en el centro al individuo en el proceso de su liberación, “un proceso en el cual el individuo se manifiesta en su ser social, en su formar parte de estructuras históricamente determinadas”. En ese sentido, no fue una lectura en términos “subjetivistas”, “abstractos”, sino que ésta se realizó a partir de las contradicciones generadas desde la propia construcción de la libertad, “entendida a su vez como acción del individuo que se pone al lado de otro individuo, en el proceso de adquisición de una propia conciencia político – filosófica de una *autoconciencia* por lo tanto, no sólo de la necesidad sino de la posibilidad de su propia liberación”.³³² En la misma dirección, Fernando Lizárraga apunta que el Che hizo notoria “la conciencia de la

³³¹ Carlos Marx, *Manuscritos económico- filosóficos de 1844*, trad. de Wenceslao Roces, México, Editorial Grijalbo, 1968. El texto se publicó originalmente como parte del volumen Marx, Engels y el marxismo, Editorial de Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948. Ésta fue, muy probablemente, la edición consultada por el Che.

³³² Roberto Massari, *op. cit.*, p. 95, las cursivas son del autor.

posibilidad del cambio creada en la práctica misma”,³³³ esta manifestación de lo posible se encontraba cimentada en la experiencia, en la praxis, pero también en la concepción de una alternativa real al capitalismo. Es decir, la toma de conciencia sobre una realidad imperante era, a la vez que un hecho construido conscientemente, producto de la experiencia en la circunstancia histórica liberadora a la que contribuía la Revolución.

El Che tuvo como punto de arranque una premisa: la Revolución y la construcción del socialismo y el hombre nuevo eran, ante todo, una toma de conciencia en el que el individuo –integrante de un “nosotros”– iba rompiendo las cadenas del capitalismo. Si la Revolución representaba un acto de conciencia, el ser humano que actuaba en ella forjaba, en contraste con lo que sucedía en el capitalismo, una individualidad cuyas manifestaciones en el arte y el trabajo contribuían a su afirmación como ser humano en busca de la libertad. De ese modo, el “sacrificio consciente” no significaba solamente la reapropiación individual de su naturaleza, sino también el rompimiento de un “yo” capaz de crear un “nosotros” libre. Por ese motivo, tanto el trabajo como el arte, en cuanto manifestaciones de la plenitud individual, adquirirían una significación distinta: el primero dejaba de ser una obligación y el segundo un escape, convirtiéndose en elementos de liberación colectiva. Es decir, había una resignificación de la vida que rompía con la idea del ser humano en tanto mercancía, alienado y despojado de su ser.

Para Guevara, la construcción del socialismo cubano representó un proceso cultural profundo al atacar, desde la experiencia política, las concepciones ideológicas sobre el deber ser del ser del individuo impuestas por el capitalismo. De ahí su insistencia en que la ley del valor constituía la base sobre la que el capitalismo actuaba, misma que persistía en el periodo

³³³ Fernando Lizárraga, *op. cit.*, p. 200.

de transición, y por lo tanto era necesario resquebrajarlo a través de la Revolución como hecho consciente. A decir del Che, la ley del valor actuaba “en todos los aspectos de la vida” del “ejemplar humano” al que iba “modelando su camino y su destino” (p.257). Es decir, la ley del valor y la mercancía intervenían en la visión del mundo del hombre: en las sensaciones, los sentimientos, el arte y el trabajo. La construcción del socialismo era, desde tal perspectiva, una constante confrontación con la lógica del capitalismo que se filtraba en los diferentes “aspectos de la vida”. En otras palabras, había dos visiones de mundo en pugna; en el capitalismo, la cultura, el arte, el trabajo y la educación alimentaban la idea de un “yo” despojado de su propia humanidad, convirtiéndose en una pieza más dentro del frío ordenamiento. En el socialismo, el trabajo, el arte, la educación tenían que ser tanto el resultado de la humanidad recuperada como potenciadores de ésta. Como ha señalado Miguel Benasayag, para el Che el capitalismo no era “en ningún caso un simple modelo económico y político, sino un modo de humanidad, es decir una concepción de la humanidad pensada y estructurada por una serie de individuos fatalmente aislados los unos de los otros”.³³⁴

Si en el caso de la creación artística hubo quien postuló el realismo como el camino a seguir, supeditado al derecho de existencia del proceso revolucionario, en el aspecto de la economía los estímulos materiales ocuparon el lugar preponderante. Alberto Mora fue el exponente principal de dicha postura. Los estímulos materiales, la ganancia, el desarrollo tecnológico, pasaban a ser los elementos principales del proceso socialista; de esa manera, el ser humano quedaba supeditado a las necesidades del desarrollo material y económico; éstos, a su vez, representaban el fin último del socialismo. Es decir, la riqueza económica como la base estructural en la que el individuo encontraría el camino para la liberación. Aunque el

³³⁴ Miguel Benasayag, *Che Guevara. La gratuidad del riesgo*, Buenos Aires, Editorial Quadrata, 2012, p. 41.

Che consideró la presencia de los estímulos materiales como necesarios, apostaba por el desarrollo de la conciencia como el eje principal del rompimiento de las relaciones capitalistas y del propio desarrollo económico. En otras palabras, las condiciones económicas tenían que partir del factor humano; el desarrollo y la determinación de aquéllas dependían del individuo y la reapropiación de su naturaleza, no a la inversa.³³⁵

Guevara entendía la construcción del socialismo como un proceso de transformación integral en el que los factores subjetivos, lejos de ser aspectos secundarios, ocupaban un lugar imprescindible. Se trataba de una revaloración del amor, la conciencia, la solidaridad, como motores de cambio. A decir de Michael Löwy, el debate del Che enfrentó la concepción de un marxismo sin “humanismo” cuya columna vertebral era la transformación económica que supeditaba los elementos culturales y de conciencia dependientes de los estímulos materiales.³³⁶ En el mismo año de 1965, a poco más de un mes de publicado el texto que aquí se analiza, Guevara envió una carta a Fidel Castro en la que expresaba sus “últimas consideraciones” sobre política y economía en Cuba. En ésta señaló que los soviéticos y los checos pretendieron haber superado los diferentes periodos de transición socialista, pero “Después de muchos años de desarrollo de su economía en una dirección dada, convirtieron una serie de hechos palpables *de la realidad soviética en presuntas leyes que rigen la vida*

³³⁵ Como ha señalado Carlos Tablada Pérez, “Che no perdía de vista ni un instante que la racionalidad económica *per se* no podía ser en el socialismo el indicador de la racionalidad social: la formación de un nuevo tipo de relación humana habría de ser el objetivo central de todo esfuerzo y los demás factores serían positivos o negativos en la medida en la que contribuyeran a acelerarlo o a alejarlo. De otro modo se corría el gravísimo riesgo de que la necesidad de trascender la miseria acumulada durante siglos llevara a la vanguardia revolucionaria a situar el éxito productivo como la única meta central, perdiendo de vista la razón de ser de la Revolución”, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, p.52.

³³⁶ Michael Löwy, “Prólogo”, en Néstor Kohan, *El sujeto y el poder*, p. 10.

de la sociedad socialista, creo que aquí es donde está uno de los errores más importantes”.³³⁷

El Che tomó como referencia la experiencia socialista de la URSS para advertir lo siguiente:

El interés material individual era el arma capitalista y hoy se pretende elevar a la categoría de palanca de desarrollo, pero está limitado por una sociedad donde no se admite la explotación. En estas condiciones, *el hombre no desarrolla todas sus fabulosas productivas, ni se desarrolla él mismo como constructor consciente de la sociedad nueva* [...] el estímulo individual viene siendo la palanca motora porque es allí, en el individuo, donde, con el interés material directo, *se trata de aumentar la producción o la efectividad*.³³⁸

El concepto del hombre nuevo partía, por un lado, de la crítica a la “palanca del desarrollo” como el eje rector de una nueva sociedad que inhibía la potencialidad productiva del ser humano. Por lo tanto, la sociedad que pretendiera ser radicalmente distinta del capitalismo necesitaba romper con la visión del estímulo material y potenciar la conciencia como el motor de la emancipación y de una nueva subjetividad. Por esa razón, el debate planteado en *El socialismo y el hombre en Cuba* era un debate abarcador e integral del socialismo en el que ninguno de los componentes de la sociedad podía analizarse de manera aislada. Como ha observado Carlos Tablada Pérez, “el triunfo revolucionario inicial abre la *posibilidad* de un cambio social pero no es una garantía *per se* de éste”³³⁹ y lo que el Che puso en entredicho fue, precisamente, la idea preconcebida de un cambio automático basado sólo en una mejor distribución de la riqueza; no bastaba tampoco que los medios de producción pasaran a manos de los obreros y campesinos o que mejoraran sustancialmente las condiciones materiales de vida si todo ello no era acompañado de un desarrollo de la conciencia como el elemento sustancial del hombre nuevo.

³³⁷ Ernesto Guevara, “A modo de prólogo. Algunas consideraciones sobre la transición socialista”, en *Apuntes críticos a la Economía Política*, Ocean Sur, Melbourne, 2006, p.10, las cursivas son mías.

³³⁸ *Ibíd.*, p. 12, cursivas mías.

³³⁹ Carlos Tablada Pérez, *op. cit.*, p. 44.

La conciencia era, en dichos términos, parte del proceso de desarrollo económico. Entendiendo la transformación del ser humano como una totalidad cultural, como un cambio en la visión de mundo, las condiciones subjetivas no podían despegarse de los aspectos económicos; en otros términos, el crecimiento de la conciencia formaba parte fundamental en la economía del “nosotros” socialista.³⁴⁰ Como anota Carlos Tablada Pérez, la virtud que tuvo el Che en sus planteamientos fue no haber dejado de lado, en una discusión “económica”, las consideraciones “de orden político, ideológico o filosófico” que era la tendencia predominante porque se consideraba el campo de la economía en términos “técnicos o académicos”.³⁴¹ Por esa razón, la cultura, el arte no podían entenderse sino como elementos primordiales en la consolidación del socialismo y en la construcción de una nueva visión del ser humano. El arte, como el trabajo, eran expresiones de ese nosotros “más libre” y, al mismo tiempo, elementos catalizadores de la libertad por la que el Che pugnó. Por eso al caracterizar la interacción entre dirigencia revolucionaria y pueblo como un diálogo “entre diapasones” del “extraño y apasionante drama” en el que la juventud era la arcilla de “nuestra obra” existía una concepción de la Revolución como una obra de arte cuya ambición, la más importante, era “ver al hombre liberado de la enajenación” (p. 262). Desde esa perspectiva, la construcción del socialismo significaba un proceso cultural, intelectual y estético forjado por la personalidad de las “masas que hacen la historia” (p. 269). El proceso revolucionario

³⁴⁰ En otra oportunidad, al defender el Sistema Presupuestario de Financiamiento el Che escribió: “Sí, el estímulo material se opone al desarrollo de la conciencia, pero es una gran palanca para obtener logros en la producción ¿debe entenderse que la atención preferente al desarrollo de la conciencia retarda la producción? En términos comparativos en una época dada es posible, aunque nadie ha hecho los cálculos pertinentes; nosotros afirmamos que en tiempo relativamente corto *el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material* y lo hacemos basados en la proyección general del desarrollo de la sociedad para entrar al comunismo, lo que presupone *que el trabajo deje de ser una penosa necesidad para convertirse un agradable imperativo*”, véase “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”, en *Escritos y discursos*, tomo 8, p. 15, cursivas mías.

³⁴¹ Carlos Tablada Pérez, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, p. 44.

como hecho estético consciente no podía estar desligado de la esfera de la producción y, por esa razón, Guevara también polemizó en ese aspecto. El 27 de agosto de 1961, ante trabajadores de distintas ramas industriales, señaló lo siguiente:

[...] hay muchos compañeros, y el Ministerio ha sido débil en eso, que identifican la calidad con la contrarrevolución, *y que consideran que la calidad es un vicio capitalista*, y que en esta época socialista no hay que ocuparse de la calidad [...] Para asegurar el ahorro, para asegurar la producción, se sacrifica constantemente la calidad en muchos sectores de nuestra industria [...] El desarrollo socialista y el desarrollo social de un país dirigido justamente se hace para el hombre, no se hace para ninguna entelequia, *no se está buscando nada fuera de la felicidad del hombre* [...] *La belleza no es una cosa que esté reñida con la Revolución.*³⁴²

De las palabras del Che es destacable su preocupación por “la calidad” de los productos elaborados en la Isla; ésta figuraba como un elemento indispensable del desarrollo humano y no como “un vicio capitalista”. Guevara debatía con la idea de que, ante la necesidad de producir más para la población, se descuidara la forma final del producto, así fueran cigarrillos, muñecas, botellas o pasta de dientes. Es decir, la producción económica no tenía por qué ser de baja calidad; por lo tanto, la idea del hombre nuevo, aún desde la esfera estrictamente económica, pasaba también por contemplar aspectos estéticos. El énfasis del Che en este ámbito no era fortuito, si la Revolución tenía como base “el desarrollo de un país dirigido justamente” se debía a que el objetivo era “la felicidad del hombre”, es decir, para su desarrollo pleno la belleza resultaba un elemento imprescindible; significaba un derecho del ser humano, se trataba de una cuestión básica de justicia en dos sentidos. Por un lado, en lo que respecta a la calidad en cuanto base técnica intrínseca de la producción económica; por otro, como necesidad “también intrínseca del hombre como parte de su ética y deber social”.

³⁴² Ernesto Guevara, “Discurso en la primera reunión nacional de producción”, en *Escritos y discursos*, tomo 5, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977, pp. 223- 224, cursivas mías. Asimismo, agregaré que toda manifestación de enojo por parte de la población cubana contra esos productos “feos” y “deficientes” es justificada y, más aún, no puede considerarse como una protesta “contrarrevolucionaria”.

Era, por ello “una calidad pensada para el disfrute del hombre”.³⁴³ Guevara no consideraba “la cultura de consumo con gusto estético” como una tara del pasado, burguesa,³⁴⁴ sino como una cuestión de justicia. En otros términos, la belleza como parte de la reapropiación del ser humano.

El socialismo y el hombre en Cuba fue la muestra concreta de la audacia intelectual por la que el Che apostó, no sólo por el hecho de reflexionar sobre diferentes temas de la construcción del socialismo en Cuba, sino por la forma en la que abarcó los distintos planos del debate. Como ha expresado Adolfo Sánchez Vázquez, el marxismo del Che no era “libresco” y el socialismo al que aspiró “requería de la reflexión, del análisis” entendidos como elementos para llevar a cabo “una acción consciente”. Es decir, la idea del hombre nuevo fue fruto de la experiencia política y la puesta en práctica del pensamiento como parte de la revolución intelectual por la que el Che abogó. Lo auténticamente revolucionario en el pensamiento de Guevara fue, para decirlo con Sánchez Vázquez, el vínculo con “la lucha por la creación de una nueva sociedad” que contribuyera a “devolver al arte toda su potencia creadora”.³⁴⁵ Desde una expresión artística, el Che llevó a cabo esa vinculación de la praxis intelectual entendida también como praxis política creadora. Por esa razón, *El socialismo y el hombre en Cuba* y la idea del hombre nuevo representaron un análisis del socialismo y del marxismo, pero significaron sobre todo una hermenéutica de la Revolución y para la Revolución concebida en calidad de obra de arte creada por el ser humano y para el ser humano.

³⁴³ R. Martínez Llebregat y Luis A. Sabadi Castillo, *Concepción de la calidad en el pensamiento del Che*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2006, p. 59.

³⁴⁴ *Ibid.*, p. 69.

³⁴⁵ Adolfo Sánchez Vázquez, “El Che y el arte”, en *De Marx al marxismo en América Latina*, México, Editorial Itaca, 1999, p. 177.

El hombre nuevo como personaje literario

Si en el aspecto estrictamente político el Che se convirtió un referente obligado al reflexionar sobre el socialismo y el marxismo desde una perspectiva novedosa, la idea del hombre nuevo encontró una amplia y rápida recepción en el ámbito de la literatura. Es decir, el planteamiento del Che fue materia de reflexión desde el espacio literario; el hombre nuevo se transformó en personaje literario.

En julio de 1965, apenas unos meses después de que apareciera el ensayo de Guevara, Roberto Fernández Retamar publicó el poema *Usted tenía razón, Tallet: somos hombres de transición*. Desde el título no había duda de que el texto era una suerte de homenaje a las reflexiones del Che; además, era un diálogo con el poeta cubano José Zacarías Tallet integrante de una generación anterior a la de Fernández Retamar. La frase “somos hombres de transición” no sólo fue una referencia a la Revolución sino también a un proceso vivido entre poetas. Los versos de Fernández Retamar permiten pensar cómo se asumía y se discutía la idea de la transición:

Entre una clase a la que no pertenecemos, porque no
podíamos ir a sus colegios ni llegamos a creer
en sus dioses,
Ni mandamos en sus oficinas ni vivimos en sus casas ni
bailamos en sus salones ni nos bañamos en sus playas
ni hicimos juntos el amor *ni nos saludamos*
Y otra clase en la cual pedimos un lugar, *pero no tenemos*
del todo sus memorias ni tenemos del todo las mismas humillaciones,
Y que señala con sus manos encallecidas, hinchadas, para
siempre deformes,
A nuestras manos que alisó el papel o trastearon los
números [...].³⁴⁶

³⁴⁶ Roberto Fernández Retamar, “Usted tenía razón, Tallet: somos hombres de transición” (1965), *Poesía nuevamente reunida*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2009, p.212, las cursivas son mías.

En los versos se marcaba un intenso antagonismo entre las clases sociales a las que los poetas no pertenecían. Además, el poema narraba la angustia del sujeto lírico al no formar parte de ninguno de los extremos de clase; en uno, porque las playas, los colegios, les fueron negados por la clase dominante; en otro, porque a pesar de pedir un lugar, los dolores, las humillaciones, eran diferentes y las memorias tampoco eran las mismas. De ese modo, los poetas vivían entre el rechazo de aquellos que humillaron y la búsqueda infructuosa de la aceptación entre los humillados de manos encallecidas. En ese sentido, los poetas aparecían así en una especie de interregno, en un *no* lugar; estaban a la deriva, en la incertidumbre. El poema utiliza el recurso antagónico para referirse al pasado, *entre* lo que había y a lo que se aspiraba en el futuro. Después, el *entre* desaparecía para señalar lo que sucedía en el presente revolucionario y la aspiración del futuro.

Y, desde luego, *no queremos* (y bien sabemos que no recibiremos) piedad ni perdón ni conmiseración,
Quizá ni siquiera comprensión, de los hombres mejores
que vendrán luego, que deben venir luego [...].³⁴⁷

En el modo de enunciación había un quiebre con toda la primera parte del poema. En el *no queremos*, se encontraba la referencia explícita al presente que se vivía en Cuba. Además, era el fin de la dicotomía acentuado por el *entre* y, en cambio, había una inclusión en ese presente; el tono cambió, el desgarramiento del poeta por pertenecer a una clase social u otra desapareció. Desde ese momento se hablaba a partir de la certeza “de los hombres mejores que vendrán luego”, los que necesariamente “deben venir luego”. El poeta no pedía “quizá ni siquiera comprensión”:

[...] y hemos asistido a la luz y *alguna vez a lo*

³⁴⁷ *Ibíd.*, p.213.

mejor hemos sido la luz, como hoy formamos parte del presente.
Y porque después de todo, compañeros, quién sabe
Si solo los muertos no son hombres de transición.³⁴⁸

El poema no sólo era el testimonio de una vida nueva en proceso de construcción, sino también la reivindicación de los artistas que en algún momento de su pasado llegaron a ser “la luz”. No obstante, se presentaba el problema de la “culpabilidad” intelectual por no haber sido parte de la clase social de las manos hinchadas que edificaban el futuro de Cuba. En ese sentido, los poetas, como el proceso revolucionario, estaban en un proceso de transición; entre un pasado que en el que no tuvieron lugar y un presente en el que construían tanto su lugar como el futuro. Desde esa perspectiva, la construcción del socialismo posibilitaba la transformación de los poetas, despojándose poco a poco del sentimiento de culpa al adquirir un lugar en la nueva sociedad, eliminando el “pecado original”.

En 1971 se publicó *El cumpleaños de Juan Ángel*, de Mario Benedetti. El escritor uruguayo apostó por una novela en verso desde la que se reflexionaba sobre la idea del hombre nuevo. La transformación de Osvaldo Puente fue el eje principal de la narración; el personaje que tenía una vida con ciertas comodidades “pequeño burguesas” en Uruguay, se convirtió en un militante activo del movimiento guerrillero urbano. El experimento de Benedetti buscó conjugar, por la forma y la historia contada, una narrativa que fusionaba una apuesta artística con las preocupaciones políticas. Juan Ángel, “antes Osvaldo Puente”, fue un personaje que ya convertido en militante político reflexionaba constantemente sobre su transformación:

la revolución no es jamás el suicidio
la revolución ni siquiera es la muerte
la revolución es la vida más que ninguna otra cosa

³⁴⁸ *Ibíd.*, p.214.

aunque pueda morir en ella
aunque se muera efectivamente
es la vida conjuro
la vida exorcismo
la vida sacrílega que profana a la muerte³⁴⁹

Juan Ángel, convencido de que la Revolución significaba la vida, de que ésta era capaz de vencer a la muerte, hizo un repaso de su convivencia, desde su caracterización como revolucionario, con el Osvaldo Puente que fue, con el burgués que le subsistía:

yo juan ángel compatriota de treinta y cuatro
temporadas no puedo distraerme no tengo ese
derecho
noche y día quiero poner atención
clausurar a mi burgués con doble llave
y vichar por el ojo de la cerradura
para ver cómo era cómo fui
verificar cómo mi burgués osvaldo puente
clausura a su vez bajo doble llave su pretérito
imperfecto
y vicha por el ojo de la cerradura
para averiguar por fin cómo eran sus miserias.³⁵⁰

Es de resaltar cómo el personaje quería clausurar al que antes fue para ver “cómo eran sus miserias”, es decir cuál era su vida pasada, su visión de mundo anterior. El proceso de lucha representado en la novela era una explícita referencia a la “transición” planteada por el Che. Desde un presente de militancia revolucionaria, Juan Ángel se cuestionaba para cancelar el pasado de Osvaldo Puente. No obstante, el proceso no era sencillo ni significaba, necesariamente, sepultar todo aquello que el pasado representaba:

acaso ser *hombre de transición* sea más o me-
nos eso
dejar que mi burgués
aunque ya no sea dueño de la casa expropiada
siga en ella como huésped
es decir que desde ya puede pronosticarse que la

³⁴⁹ Mario Benedetti, *El cumpleaños de Juan Ángel*, México, Siglo XXI, 1971, p.92.

³⁵⁰ *Ibíd.*, p. 94.

morada ventilada y *austera del hombre nuevo*
tendrá una habitación menos que la nuestra³⁵¹

Por supuesto, en esas líneas se expresaba no sólo un diálogo con el texto de Fernández Retamar y el ensayo de Guevara, sino también una perspectiva distinta de la transición. En Juan Ángel, más allá de un sentimiento de culpabilidad por el pasado que vivió, el pecado original es rebasado por la militancia revolucionaria, ésta prevalece como el factor de cambio que difuminaba, sin borrar del todo, al pasado Osvaldo Puentes. Es decir, no eliminaba al burgués que fue pero el hombre nuevo sería quien marcará la pauta de la nueva vida. De tal forma, la novela completa, por su estructura, por sus planteos, representó una muestra de ese proceso de transición al que el Che aludió, así como de la influencia del hombre nuevo como planteamiento estético que adquirió cuerpo y vida en Juan Ángel.

Julio Cortázar también tomó como referencia los planteamientos del Che sobre los que reflexionó en *Libro de Manuel*, novela publicada en 1973. A través de sus personajes, de la historia narrada, el escritor argentino mostró su inconformidad ante la idea de un arte considerado “comprometido” que no explorara, a la vez, nuevos caminos para la literatura.

El ensayista Jaume Peris Blanes señala al respecto:

La insistente crítica de Cortázar al modelo realista y a la estrechez de miras de la burocracia revolucionaria trataba de situarse, sin embargo en un ámbito más amplio de la situación coyuntural de la cultura latinoamericana de la época. Apuntaba también a un problema de más amplio calado que involucraba al uso del lenguaje, a las prácticas revolucionarias y a esa corriente de vida corporal y erótica que Cortázar había tomado como objeto de exploración durante toda su trayectoria como escritor.³⁵²

³⁵¹ *Ibid.*, p. 95.

³⁵² Jaume Peris Blanes, “Libro de Manuel, de Julio Cortázar, entre la revolución política y la vanguardia estética”, *op. cit.*, p. 154.

En efecto, Cortázar criticaba la forma en la que la Revolución, la militancia política y el arte eran entendidos desde el dogmatismo. Por eso los personajes de *La Joda*, especialmente Andrés, suerte de *alter ego* cortazariano, cuestionaban en diferentes planos la Revolución: en el amor, en el arte, en la vida cotidiana. No era un hecho menor que Cortázar, plenamente convencido de que el futuro de la humanidad tenía que ser socialista,³⁵³ increpara sin sentimiento de culpa el camino que Cuba había tomado en cuestiones culturales. *Libro de Manuel* no puede leerse, por eso, sin el referente del caso Padilla y de la vorágine en la que el argentino estuvo involucrado. Esa novela del cronopio trató de explorar la idea del hombre nuevo en un sentido amplio. *Libro de Manuel* fue un libro de un optimismo desencantado: al mismo tiempo que el autor abogó por la necesidad de la Revolución, cuestionaba las formas burocráticas, las censuras, la mojigatería revolucionaria.

En un momento del relato Andrés señaló “Cuando ves cómo una revolución no tarda en poner en marcha una máquina de represiones psicológicas o eróticas o estéticas que coincide casi simétricamente con la máquina supuestamente destruida en el plano político y práctico, te quedás pensando si no habrá que mirar más de cerca la mayoría de nuestras elecciones”.³⁵⁴ Para el personaje de Cortázar no se trataba de negar la Revolución sino de la forma en que ésta, puesta en marcha y luego institucionalizada, imponía trabas al arte que, desde la perspectiva del Che y del cronopio, debería contribuir a la liberación total del ser humano.

³⁵³ Véase *Papeles inesperados*, México, Alfaguara, 2009. El volumen contiene la respuesta de Cortázar a *Life en español*, Chicago, vol. XXXIII, n.7, abril de 1969. Cortázar escribe: “Mi humanismo es socialista, lo que para mí significa que es el grado más alto, por universal, del humanismo; si no acepto la alienación que necesita mantener el capitalismo para alcanzar sus fines, mucho menos acepto la alienación que se deriva de la obediencia a los aparatos burocráticos de cualquier sistema por revolucionario que pretenda ser” p.229.

³⁵⁴ Julio Cortázar, *Libro de Manuel* (1973), Madrid, Suma de letras, 2004, p.192.

Libro de Manuel interrogaba constantemente el quehacer revolucionario porque “en lo que llevamos visto el hombre nuevo suele tener cara de viejo apenas ve una minifalda o una película de Andy Warhol”.³⁵⁵ Con sorna, Andrés ponía en tela de juicio la concepción del hombre nuevo que resultaba parco, viejo y conservador; es decir, despojada del carácter crítico e innovador que fue la que prevaleció en el campo cultural cubano durante la década de 1970. Al inicio de la novela hay una reflexión acerca del hombre nuevo a través de la música de Stockhausen. En ésta se proyectó la idea, como lo hiciera el Che, del arte como medio necesario para la reapropiación de la naturaleza del hombre, para el pleno desarrollo de sus capacidades creadoras.

[...] una nueva manera de ser que busca abarcarlo todo, la cosecha del azúcar en Cuba, el amor de los cuerpos, la pintura y la familia y la descolonización y la vestimenta. Es natural que me pregunte una vez cómo hay que tender los puentes, buscar los nuevos contactos, los legítimos, más allá del entendimiento amable de generaciones y cosmovisiones diferentes, de piano y controles electrónicos, de coloquios entre católicos, budistas y protestantes, de deshielo entre los dos bloques políticos, de coexistencia pacífica; porque no se trata de coexistencia, el hombre viejo no puede sobrevivir tal cual en el nuevo aunque el hombre siga siendo su propia espiral, la nueva vuelta del interminable ballet [...].³⁵⁶

En los personajes cortazarianos no había, por principio, “culpabilidad”; la dicotomía no estaba *entre* el pasado y el futuro abstracto, sino *entre* lo que se vivía y lo que esa vivencia posibilitaba para la existencia del ser humano. Es decir, la concepción del hombre nuevo pasaba por la transformación integral de las relaciones sociales en las que se abarcaba “todo”. Además, no podía existir “coexistencia pacífica” entre los modelos de humanidad expresados por el capitalismo y el socialismo. El hombre era la espiral de sí mismo, por lo tanto, aunque prevaleciera lo mejor de éste, también estaba conformado por su pasado pero no podía

³⁵⁵ *Ibíd.*, p.98.

³⁵⁶ *Ibíd.*, p.29.

“sobrevivir” sin cambio alguno en el “nuevo”. De hecho, el intento de fundir la literatura y el compromiso político era una manera de renovación literaria, intelectual, pero también la “nueva vuelta” sobre la espiral humana. En Cortázar, en sus personajes, no existía pecado original alguno porque su descontento intelectual se basaba en el rechazo de todo dogmatismo, capaz de mutilar al ser humano poniendo trabas a la expresión artística. *Libro de Manuel* apeló también a una nueva manera de entender la Revolución y la militancia política, sin que ninguna de las dos significaran, necesariamente, el deshacerse de gustos y placeres que en el lenguaje más acartonado de los burócratas revolucionarios pudieran tacharse de burgueses o contrarrevolucionarios. Es relevante, por eso, que Andrés fuese el personaje que concluyó con la tarea que La Joda se había impuesto: los recortes, los informes, sobre la tortura y el saqueo en Latinoamérica para que el pequeño Manuel, en el futuro, supiera de esas atrocidades.

Si en el poema de Roberto Fernández Retamar se percibía un sentimiento de culpa, aunque alguna vez el poeta haya sido la luz, *en Libro de Manuel* no sólo no existió sino que había una reivindicación constante del quehacer intelectual y artístico, de los gustos exquisitos en la música y el arte en general. Para los personajes de Cortázar, y para él mismo, un revolucionario, artista o no, podía serlo sin necesidad de renunciar a lo lúdico, al amor, a lo erótico que había en la vida. Es decir, se podía ser hombre nuevo sin que ello significara la renuncia a ciertos “viejos” placeres. Si el Juan Ángel, antes Osvaldo Puente, de Benedetti luchaba por coexistir con el pequeño burgués que fue, el Andrés cortazariano tenía completa certeza de que también era lo viejo, aunque lo nuevo iba prevaleciendo, naciendo. En otros términos, no renunciaba a ser el que fue, sino que se transformaba aun llevando las reminiscencias del pasado.

El arquetipo del hombre nuevo, pensado desde la perspectiva guerrillera, encontró una caja de resonancia en la narrativa mexicana. Patricia Cabrera y Alba Teresa Estrada realizaron un análisis de ello en las novelas de Juan Miguel de Mora y Alejandro Iñigo. *La fórmula* (1971) y *Gallo Rojo* (1975) de Juan Miguel de Mora, partían de la lucha guerrilla en México y Latinoamérica como tema de la narración; los personajes más relevantes, en ambos casos, estaban inmersos en el proceso de construcción de la lucha armada. Según las autoras, el Comandante Alonso, personaje central de *La fórmula*, “está inspirado en el Che Guevara, en su concepción del guerrillero y del hombre nuevo. Es tan positivo que resulta plano, sin grandes contradicciones internas ni acciones que lo muestren en otra vida que no sea la de combatiente [...]”.³⁵⁷ En ese sentido, el personaje quedaba limitado a la cuestión estrictamente guerrillera, “plano” como si no existieran contradicciones en él, incluso dentro de la figura de combatiente. En *Gallo Rojo*, Ruiz es el personaje que encarnó al ideal del hombre nuevo, “es un individuo que se autoeducó, consciente de que sus acciones abonarán el futuro [...]. Es un vanguardista revolucionario, motor de la sociedad, cuya recompensa no será inmediata sino futura: ‘la sociedad del hombre comunista’”.³⁵⁸ A decir de las analistas, el autor

[...] se centra en modelar la personalidad de un guerrillero que comete un secuestro, bajo los principios del hombre nuevo formulados por el Che Guevara. Ventura Ruiz es personaje *perfecto* en las tres dimensiones indicadas por los manuales teatrales: la social, la física y la moral. Su triunfo reside en liberar a otros correligionarios aunque él mismo pierda la vida. Debate sobre la validez del socialismo como meta de su lucha en dos frentes: con el secuestrado, quien esgrime los tópicos de la Guerra Fría contra el socialismo; y consigo mismo, porque requiere asegurarse de que amerite entregarle la vida. Así el guerrillero

³⁵⁷ Patricia Cabrera, Alba Teresa Estrada, *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México (volumen I)*, México, UNAM-CEIICH, 2012, p.137.

³⁵⁸ *Ibid.*, p.149.

mexicano incorpora la importancia de la subjetividad como asidero de decisiones cruciales.³⁵⁹

En ese sentido, el conflicto del guerrillero tenía un aspecto subjetivo sobre su concepción del socialismo, del futuro, de la vida. Se trataba, en otras palabras, de una serie de contradicciones humanas nacidas en el espacio del compromiso armado como vía de cambio social. En *La revolución invisible* (1982), de Alejandro Íñigo los dos personajes principales, Ramón y Chano, aparecían como “guerrilleros ideales”, “estereotipos de hombre nuevo” en los que se rescataba, sobre todo, la concepción de la vanguardia armada en cuanto tema guevariano.³⁶⁰ El hombre nuevo como personaje, representado en Ramón, Chano y el Comandante Alonso, jugó un papel fundamental en las tres novelas. Más allá de la visión idealizada de los planteamientos del Che, y básicamente pensada en el espacio de la lucha guerrillera, la relevancia estribó en la percepción del hombre nuevo como un punto de partida necesario que sustentó tanto las narraciones como la reflexión ideológica en ellas. Es decir, se trató de un tipo específico de novela que percibió al guerrillero y la guerrilla como los motores de la transformación humana.³⁶¹

En Cuba, la desaparición de la Unión Soviética y el periodo especial afectaron significativamente el devenir de la literatura que derivó, a la vez, en el replanteamiento del hombre nuevo como modelo. Jorge Fornet ha caracterizado a ese tipo de literatura como “literatura del desencanto”. En *Los nuevos paradigmas. Prólogo narrativo al siglo XXI*, el

³⁵⁹ *Ibid.*, p.152.

³⁶⁰ *Ibid.*, p.176.

³⁶¹ Algo similar ocurrió con las novelas que se produjeron en Bolivia luego de la muerte del Che. Juan Ignacio Siles ha realizado un seguimiento sobre el tema, en el que señala lo siguiente: “Por lo general, el héroe central de estas novelas o relatos está marcado por *el proceso de formación interna que caracteriza al Hombre nuevo*. El cambio se produce a partir de un hecho significativo que obliga a descubrir la realidad de miseria e injusticia que forma el entorno social predominante en esta narrativa. Esta toma de conciencia nos permite comprender que el héroe no pertenece a las clases sociales que motivarán su transformación interior, véase *El hombre nuevo*, disponible en www.ensayistas.org/critica/liberacion, 2003.

ensayista señala dos momentos de quiebre para la narrativa de Cuba que iniciarían el desencanto: la caída en combate del Che y el caso Padilla.³⁶² Ambos acontecimientos representaron, aunque con ángulos distintos, un replanteamiento del paradigma guevariano desde el espacio literario. Los cuentos, las novelas, cuestionaron la idea del hombre nuevo convertido en parte fundamental del discurso estatal cubano. Vale aclarar, además, que esa narrativa abarcó diferentes promociones de escritores cuyas obras aparecieron entre 1980 y 1990. Esas décadas resultaron emblemáticas por varias razones, entre ellas que en 1980 Cuba salía del “quinquenio gris” y se dio paso al período de rectificación; en 1990, además del periodo especial, ocurrió el fenómeno de los “balseros” que cimbraría a la sociedad cubana en su conjunto.

Las iniciales de la tierra (1986) de Jesús Díaz, abordó el problema de la transformación del hombre nuevo en la vida cotidiana cubana y, especialmente, la paradoja de cómo ser militante ejemplar del partido ante problemas tan poco “serios”, tan intrascendentes, como las relaciones amorosas o las rivalidades políticas con otros revolucionarios. El capítulo 15 de la novela reflejó las contradicciones de Carlos Pérez Cifredo, personaje protagonista de la historia. Carlos, como presidente de la asociación de estudiantes, tenía que enfrentar un juicio ante el decano de su dependencia para poder continuar al frente del organismo estudiantil; el tema central del juicio era el de su actitud como militante, como hombre nuevo que debía ser y el que alcanzaba a ser. En el juicio, otro personaje tuvo una intervención exaltando las virtudes de Carlos, pero sin dejar de señalar sus errores:

[...] y Carlos, dijo, era un sectario y un autosuficiente pero era hombre, y esa hombría la demostró en la guerra, frente a las balas, y además, había trabajado como loco para ellos, que *ahora tenían comedor, libros* y un ceremil de cosas más *gracias a un hombre que se desmayó paleando mezcla antes que decirle no*

³⁶² Jorge Fornet, *Los nuevos paradigmas. Prólogo narrativo al siglo XXI*, La Habana, Editorial de Letras Cubanas, 2007.

al trabajo, y por eso, porque creía que era un tipo equivocado pero entero y capaz de rectificar, proponía que siguiera de Presidente.³⁶³

La novela sostuvo su hilo narrativo en ese tenor: la contradicción constante, el trabajo regenerador, los libros necesarios; la aspiración *entre* el futuro, lo nuevo, y el presente que se volvía viejo. Así, el hombre nuevo en el que Carlos ansiaba convertirse tenía que pelear contra las cargas del pasado y del presente constante. Carlos Pérez Cifredo buscaba ser ese hombre nuevo, pero su drama recaía en que no acaba de serlo, no sólo por el pasado sino también porque las contradicciones del presente que vivía lo alejaban de ello.

A decir de Jorge Fonet, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo* (1991) de Senel Paz fue el texto que representó a la vez “una inauguración y una clausura”. En el cuento de Paz, “aún había sitio para la utopía, para ese Hombre Nuevo”.³⁶⁴ Se trataba de una exploración del ideal guevariano en tensión con la homosexualidad de Diego, uno de los personajes principales. Cuando David –militante del partido, cuadro destacado–, conoció a Diego y estableció una relación de compañerismo y amistad, sufrió un cambio en la perspectiva de vida, en su visión sobre el mundo. No obstante, en algún momento, cuando David creyó que Diego “conspiraba” contra la Revolución, y así se lo informó a un dirigente de la juventud comunista, le recomendaban estar alerta porque “los maricones son traidores por naturaleza, es su pecado original”.³⁶⁵ Además, pensando en efecto en la “traición” de Diego, David señalaba “Qué mal te sientes cuando no te queda más remedio que reconocer que los dogmáticos tienen razón y que tú no eres más que un gran comemierda sentimental”.³⁶⁶ Lo interesante del planteamiento recaía en la idea de la conspiración por ser “maricón”, que

³⁶³ Jesús Díaz, *Las iniciales de la tierra*, México, El Juglar editores, 1989, p.276, cursivas mías.

³⁶⁴ Jorge Fonet, *Los nuevos paradigmas*, p.64.

³⁶⁵ Senel Paz, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, México, Era, 1991, p.46.

³⁶⁶ *Ídem*.

significaba de hecho tener el “pecado original” y en la oposición entre el “dogmatismo” y los sentimientos de amistad, amor y cariño que David llegó a sentir por Diego. No obstante, el militante, el aspirante a hombre nuevo, aprendió más de la Revolución, del cambio en el ser humano, a través de Diego que de todos los manuales políticos. Por eso, al final del relato David señaló “al próximo Diego que se atravesara en mi camino lo defendería a capa y espada aunque nadie me comprendiera, y que no me iba a sentir más lejos de mi Espíritu, de mi Conciencia por eso, sino al contrario”.³⁶⁷ Es decir, el texto ponía en cuestionamiento la idea estatalizada del hombre nuevo, entendida sólo en términos de militancia política y no como una manera de desenvolverse en la realidad cubana.³⁶⁸ Ivonne Sánchez Becerril también ha reflexionado sobre las repercusiones del hombre nuevo en la literatura de Cuba, especialmente en la novelística y anota al respecto “El ¿mito?, ¿fantasma?, ¿sueño?, del HN (Hombre Nuevo) ha sido en la narrativa cubana, a partir de los noventa, una especie de metonimia de la situación de la isla; pero también una metáfora que aborda la problemática de la experiencia en constante confrontación que viven los sujetos que se formaron en un diálogo con ese ideal”.³⁶⁹ Llama la atención cómo, tanto para críticos literarios como para los escritores, la idea del hombre nuevo convertida en personaje literario se desplazaba siempre entre el pasado y la tensión de un mejor futuro. Pero sobre todo que ésta haya sido pensada como sinónimo de problematización, cuyo punto de partida eran las sensaciones, las emociones, los sentimientos.

³⁶⁷ *Ibid.*, p. 57.

³⁶⁸ Véase James Buckwalter Arias, “Sobrevivir el ‘periodo especial’. La suerte del ‘hombre nuevo’ y un cuento de Senel Paz”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIX, Núm. 204, Julio-Septiembre 2003, pp.701-714

³⁶⁹ Ivonne Sánchez Becerril, *La sombra del hombre nuevo en Ena Lucía Portela*, disponible en www.academia.edu, 2011. De la misma autora véase “La metaficción en la novela cubana del Periodo Especial”, en *Cuadernos Americanos*, n.143, México, 2013, pp.163-189.

La recepción y el desarrollo del hombre nuevo como personaje literario representaron, desde el ámbito artístico, una lectura en clave estética de las ideas planteadas por el Che y, por eso mismo, un diálogo con quien pulió su voluntad como artista. La relevancia residió, precisamente, en que se estableció entre escritores, a partir de las preocupaciones intelectuales y estéticas planteadas desde un texto literario como *El socialismo y el hombre en Cuba*. Si Guevara resignificó la idea del hombre nuevo, en cuanto problema político, intelectual y estético, desde el espacio literario existió una profundización al respecto que permitió analizar la Revolución cubana como un proceso de transformación, con contradicciones y retrocesos; lejos del dogmatismo de la burocracia cultural de izquierda. *El socialismo y el hombre en Cuba* representó la apuesta teórico política de Guevara, desde la que no sólo libró una batalla ideológica en el campo intelectual cubano sino también posibilitó pensar el socialismo desde una óptica integral. El ensayo del Che significó la muestra de la interacción entre su lectura subversiva del mundo y su accionar en éste, es decir de la poética de lectura que desarrolló; asimismo, fue la expresión de un ejercicio de escritura constante como traducción de un ethos literario. Representó, en última instancia, el desarrollo de una hermenéutica nacida desde la experiencia intelectual que también significó la Revolución.

Además de la acción política que supuso la construcción del socialismo cubano, lo “auténticamente revolucionario” del Che quedó plasmado en su manera de entender la Revolución. Al mismo tiempo que resaltó su novedad, sus aportes y avances, reconoció sus limitantes, pero el sello del hombre nuevo, la impronta teórica que existió en el concepto fue el fruto de su preocupación por hacer notar el carácter intelectual del proceso socialista. Es decir, entender la Revolución como un hecho consciente que era, a la vez, potenciador de una nueva visión del ser humano y del mundo. Su compromiso como intelectual

revolucionario, “auténticamente revolucionario”, se cimentó en la audacia intelectual. Por eso, su insistencia en la necesidad de reflexionar de modo profundo sobre los fenómenos existentes en la etapa de transición. *El socialismo y el hombre en Cuba* fue una búsqueda del pensar desde un nosotros revolucionario y socialista que encontró en el arte y en los grandes sentimientos de amor los pilares de una sociedad nueva. De ese modo, el ensayo del Che resignificó de manera profunda la lectura del proceso revolucionario cubano y éste, a su vez, fue la materia prima con la que nació el hombre nuevo como concepto lleno de posibilidad para “pensar”.

Consideraciones finales

En 1969, Roque Dalton resultó ganador del premio de poesía *Casa de las Américas*, por el libro *Taberna y otros lugares*. En la dedicatoria, dirigida a su hijo Jorge, escribió que él había llegado a la “revolución por la poesía”. El Che también llegó a la Revolución por ese camino. La lectura como una segunda naturaleza de sí mismo y su deseo manifiesto de ser escritor fueron la simiente de una visión del mundo, de un saber sobre el vivir que, en palabras de Ottmar Ette, representa “una doble circulación del saber, en la medida en que una vida y un saber se encuentran en un intercambio que se condiciona mutuamente”.³⁷⁰ Es decir, el saber literario y la lectura, entendidos en diálogo con la vida misma, generaron en el Che una práctica política indispensable en su constitución como sujeto revolucionario.

El ejercicio lector puede reflexionarse no como contrapuesto o ajeno a la praxis política, sino como el primer acercamiento del Che con el mundo de la militancia. Asimismo, la formación de gustos, enojos, sentimientos y la necesidad de estudio constante fueron adquisiciones brindadas como saberes para la vida a través de un cúmulo de textos y temáticas. Si bien Guevara llegó “tarde” a la militancia política, pensada sólo en términos de participación dentro de una corriente de pensamiento o una posición ideológica, no es menos cierto que el acceso y el ejercicio de los bienes culturales de su época, lejos de significar un alejamiento de su realidad social, potenciaron su praxis política. Desde luego, este proceso no fue automático y se debió, en buena medida, a los distintos círculos por los que Guevara transitó: el ambiente familiar, la bohemia universitaria, los viajes por América Latina, su participación en la expedición guerrillera del Granma, los debates al interior de la Revolución

³⁷⁰ Ottmar Ette, *op. cit.*, p. 16.

cubana y su última incursión guerrillera en Bolivia. En todos estos espacios, la lectura fue una constante.

El Che no siempre concibió el ejercicio lector del mismo modo, a veces era terapéutico ante el asma, a veces un refugio ante la soledad, en otras un medio de explicación, una proyección de sí, un vicio o una debilidad. En cualquier caso, resulta innegable su presencia; en éste, la literatura fue un componente importante. Sus alusiones a poetas y obras literarias representaban una forma de concebir el mundo y de concebirse él mismo en ese mundo a partir de situaciones concretas. La figura literaria de Don Quijote, con la que sintió una fuerte identificación puede entenderse, en efecto, como una proyección de sí mismo –pero también de un modelo de humanidad, de un ethos literario para el mundo– en los valores encarnados en el caballero de la triste figura. El Che enarbolaba el aventurerismo, la valentía, la imaginación de un personaje literario que, vale la pena señalarlo, también encontró en las novelas de caballería gran parte de su comprensión del mundo. Sin embargo, no hay que olvidar que Don Quijote era un personaje solitario, enfermo de nostalgia, apegado a un pasado libresco. Quizá sea ésta también un camino que, además, puede vincularse al gusto del Che por Mallarmè y Baudelaire, especialmente en su etapa de juventud: una suerte de desencanto con el mundo que le rodeó y al que desafió. Se trataba, como en el caso de William Morris, de un descontento con lo peor del sistema burgués; descontento que a Morris le permitió “un asombroso cuerpo de conocimiento”, derivado de un “estudio minucioso”³⁷¹ y la construcción de una capacidad política que encontró en los mitos de Islandia aquellos mensajes de que “los hombres no deben afligirse desesperanzadamente por sus desgracias, sino que deben salir al encuentro de su destino y afanarse por dominar las circunstancias

³⁷¹ E. P. Thompson, *William Morris, de romántico a revolucionario*, pp. 104- 105.

adversas”. De esas lecturas, según Thompson, procedía “esa dosis de coraje y esperanza” que fue la irrupción de William Morris en la vida política activa.³⁷² De las lecturas del Che se pueden rastrear los cantos de esperanza, la visión heroica, el amor y la solidaridad como manifestaciones de la libertad para la reapropiación de lo mejor del ser humano.

Como se ha insistido, las lecturas de Guevara brindan pistas de sus preocupaciones intelectuales y políticas; son, en gran medida, un punto de inicio para reflexionar sobre cómo forjó un método de lectura, es decir, una forma de posicionarse ante los textos, la experiencia que éstos le proporcionaban y el mundo mismo. Pero sin duda, el acto de lectura generó un gusto que se tradujo en sus intentos literarios. Es decir, su pretensión literaria, aunque “fracasara” como poeta, estuvo íntimamente relacionada a la lectura. Según Mirta Corpa Vargas, la virtud de los textos escritos por el Che “no se sustenta en la práctica del perfecto arte de escribir sino en el arte de enmascarar la otra cara de *su* moneda”.³⁷³ La afirmación de la ensayista argentina parece obviar que el acto de escritura generado por el Che, desde luego, era una suerte de ficción sobre sus vivencias, de su personalidad, de su construcción en cuanto personaje que vivió lo narrado y el autor que narró lo vivido. Pero los recursos de ficción empleados por Guevara, antes que “enmascararlo”, lo muestran en una constante tensión, en un desgarramiento continuo: en las cartas tratando de atenuar la distancia, la nostalgia o la tristeza. En los *Diarios de motocicleta* señalando la contradicción interna entre el *Fúser* tan afecto a la vagancia, y el Che impactado con una realidad política que lo transformó en un “yo” distinto. En *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en una narrativa de las emociones que no obstante buscaba un apego a la verdad sin dejar de lado lo subjetivo. En última instancia, la

³⁷² *Ibid.*, p. 179.

³⁷³ Mirta Corpa Vargas, *El discurso literario del Che Guevara. La agonía de otra voz*, Buenos Aires, Deldragón, 2004, p. 36, las cursivas son de la autora.

escritura de Guevara reflejó, antes que nada, su deseo de ser escritor y la imposibilidad de serlo, al menos no de modo “profesional”. En ese sentido, sus textos, la búsqueda artística que existió en ellos, permiten observar a un Che mucho más humano, con sentimientos, angustias, gustos y contradicciones. Incluso la imagen de heroísmo y epopeya, tan presente en el *Mensaje a los pueblos de la Tricontinental* y en *El socialismo y el hombre en Cuba*, puede leerse como una búsqueda de reapropiación de lo mejor del ser humano, no de una manera individual sino en comunidad; es decir, proyección de un deber ser ante el mundo en cuanto construcción literaria de un sujeto revolucionario.

En ese deber ser, como sujeto revolucionario y lector del mundo, el Che apostó por la audacia intelectual como estrategia revolucionaria, por el arte como elemento esencial en la capacidad del ser humano para superar la enajenación capitalista. Este aspecto significó una toma de postura dentro del campo intelectual cubano y lo colocó en un ala del debate sobre la política cultural de la Revolución. *El socialismo y el hombre en Cuba* fue la expresión estética del Che como ejercicio de su militancia intelectual dentro del proceso socialista cubano. Guevara postuló la necesidad del pensar en cuanto ejercicio revolucionario, valioso por su especificidad y no a pesar de ella. En este aspecto hubo, indudablemente, una importante polémica que implicó una diferencia táctica con otro bloque de la dirigencia política en la que se encontraba Fidel. El Che planteó lo imprescindible del arte y el quehacer intelectual como aspectos que contribuían a la consolidación del socialismo, pero no anteponiendo el derecho de la Revolución a existir, sino como potenciadores de éste; en el tema existe una veta importante de investigación.³⁷⁴ Primero porque revela el debate, la

³⁷⁴ De hecho, al hacer un breve recorrido por las lecturas realizadas por Fidel, Rafael Rojas marca una diferencia entre éste y el Che. En sus palabras, a Castro le atraía más “el realismo, no la magia”. Desde su perspectiva, Fidel partía de una visión “obsesivamente instrumental e ideológica de la literatura”, véase *El estante vacío*, pp. 186- 190.

pluralidad y el ejercicio de la polémica como bases fundamentales del proceso revolucionario cubano; segundo, porque, lejos de la idea de la traición de Fidel al Che, de la que hacen eco no pocas de las biografías,³⁷⁵ se puede analizar una diferencia intelectual más allá de especulaciones entre dos personalidades a la vez disimiles y complementarias. Todo ello permitiría explorar, a muy poco de cumplirse 50 años de la desaparición física de Guevara, cuáles de sus planteamientos, pese al tiempo y la distancia, continúan con vigencia “dentro” del actual contexto político, económico y cultural por el que atraviesa Cuba.

En ese sentido, pensar al Che desde sus propios planteamientos, con cabeza propia y con audacia intelectual, implica también analizarlo a partir de los debates de su época, sin anacronismos. Los reclamos sobre el voluntarismo o la inexistencia de un programa capaz de dar solución a las contradicciones que implicaba la construcción del socialismo dejan de lado, por una parte, que el Che planteaba problemas, ideas para la reflexión colectiva, caminos de pensamiento, no recetas, ni soluciones de corto plazo.³⁷⁶ Por otra parte, que Guevara buscó sustentar teóricamente el triunfo del Ejército Rebelde, la fase de transición socialista y el proceso cubano en su conjunto, de modo integral, lo que significó entenderlo no solamente como un cambio económico, sino como la posibilidad de un cambio político y cultural basado en la conciencia del sujeto revolucionario. La idea del hombre nuevo fue, por lo tanto, el fruto de la praxis intelectual entendida como praxis revolucionaria.

La trayectoria intelectual de Guevara ofrece la oportunidad de pensar la idea de Revolución como un proceso en constante edificación a partir de la conciencia de la

³⁷⁵ Véase Daniel James, *Che Guevara. Una biografía*, op. cit. Asimismo, Jorge Castañeda, *La vida en Rojo. Una biografía del Che Guevara*, México, Alfaguara, 1997.

³⁷⁶ Guillermo Almeyra caracterizó el pensamiento del Che con lagunas teóricas basadas en el “voluntarismo económico”, op.cit., p. 40. Luis Ortega, *¡Yo soy el Che! El hombre visto desde adentro* (1970), Madrid, Ediciones Espuela de Plata, 2009, calificó a Guevara como alguien que “teorizaba demasiado”, p. 181 y, Manuel Monereo, *Con su propia cabeza*, señala que el análisis del Che acerca del socialismo fue “excesivamente ideologista”, pp. 113-116.

posibilidad de cambio, de las relaciones humanas, de sensaciones. Es decir, el Che pensó y construyó un proyecto revolucionario que, en términos de Raymond Williams, representa una estructura de sentimiento que potencia y cultiva lo mejor del ser humano.³⁷⁷ Como ha señalado Néstor Kohan, Guevara demostró que para hacer la Revolución no bastan simplemente las ideas y los argumentos teóricos pues “También juegan los afectos, las sensaciones, la imaginación, la confianza en los compañeros y compañeras, los compromisos y valores vividos en carne y hueso y la estructura de sentimientos construida hasta en el rincón más íntimo de cada subjetividad por la hegemonía de la revolución”.³⁷⁸

Por eso, cuando Jean Paul Sartre definió al Che como el ser humano más completo de su época, lo hizo pensando, muy probablemente, en esa comunión entre el accionar, el pensamiento y los sentimientos cultivados por el comandante del Ejército Rebelde con el que conversó en alguna noche de 1960. Porque en el Che, en su imagen, se proyectó, a decir de Iván de la Nuez, “la lectura más radical de América Latina” que condensó en sí misma la historia cultural y política del continente.³⁷⁹ Alberto Manguel se preguntaba si “¿Podemos leer la política como literatura?”, y ponía como respuesta la vida de Guevara.³⁸⁰ Quizá valga la pena, desde la figura de Guevara, preguntar si la literatura puede leerse también como política. El Che, como escribió Ricardo Piglia, pagó con su vida la fidelidad de lo que pensaba; para el escritor argentino, Guevara murió con dignidad “como el personaje del cuento de London”.³⁸¹

³⁷⁷ Raymond Williams, *Marxismo y literatura* (1977), trad. de Pablo di Masso, Barcelona, Península, 1997.

³⁷⁸ Néstor Kohan, *En la selva*, p. 25.

³⁷⁹ Iván de la Nuez, *Fantasia Roja. Intelectuales de izquierdas y la revolución cubana*, Barcelona, Debate, 2007, p. 36.

³⁸⁰ Alberto Manguel, *Lecturas sobre la lectura*, trad. de Juan Elías Tovar, Barcelona, Océano, 2011, p. 131.

³⁸¹ Ricardo Piglia, *El último lector*, pp. 136- 138.

Por sus ideas, no a pesar de ellas. Por cómo escribió, no a pesar de ello, el Che era, según Eduardo Galeano, “la irreverencia de la revolución”.³⁸² Irreverencia del pensar, irreverencia del decir. Irreverencia cultivada desde la literatura. Si el Che hubiera sido “mejor” o “peor” revolucionario sin las lecturas que hizo es imposible saberlo. Lo que es cierto es que fue como fue y actuó como actuó por la no poca influencia de ese ethos literario que contribuyó a pulir su voluntad “con delectación de artista”.

³⁸² Eduardo Galeano, “El Che Guevara: Cuba como vitrina o como catapulta” (1964), en *Nosotros decimos no. Crónicas (1963-1988)*, México, Siglo XXI, p. 58.

Bibliografía

Abadín Barro, Soledad Pérez, *Cortázar y Che Guevara. Lectura de Reunión* (Edición de Claudio Canaparo), Bern, Editorial Peter Lang, 2010.

Abreu Arcia, Alberto *Los juegos de la Escritura o la (re)escritura de la Historia*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2007.

Almeyra, Guillermo, “El redescubrimiento del Che”, en Guillermo Almeyra y Enzo Santarelli, *Che el pensamiento rebelde*, México, La Jornada Ediciones, 1997, pp. 17-42.

Angenot, Marc, *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, trad. de Hilda H. García, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

Bajtín, Mijaíl, “El héroe y la actitud del autor hacia el héroe en la obra de Dostoievski”, en *Problemas de la poética de la poética de Dostoievski*, trad. de Tatiana Bubnova, México, FCE, 2003, pp. 73- 115.

Bajtín, Mijaíl, “El problema de los géneros discursivos”, *Estética de la creación verbal*, trad. de Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI, 1982.

Barthes, Roland, “Lección inaugural” (1977), en *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France*, trad. de Óscar Terán, México, Siglo XXI, 2011, pp. 91-116.

Benasayag, Miguel, *Che Guevara. La gratuidad del riesgo*, Buenos Aires, Editorial Quadrata, 2012.

Benedetti, Mario, *El cumpleaños de Juan Ángel*, México, Siglo XXI, 1971.

Bobes Naves, María del Carmen, “Falta de humor en la gran narrativa hispanoamericana” en Ulpiano Lada Ferreras y Álvaro Arias (eds.), *Literatura y humor, Estudios teórico- críticos*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010, pp. 13-42.

Borges, Jorge Luis, “Nota sobre (hacia) Bernard Shaw” (1951), en *Páginas escogidas*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2006.

Borrego, Orlando, *Che. El camino del fuego*, La Habana, Imagen Contemporánea, 2001.

Buckwalter Arias, James, “Sobrevivir el ‘periodo especial’. La suerte del ‘hombre nuevo’ y un cuento de Senel Paz”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIX, Núm. 204, Julio-Septiembre 2003, pp. 701-714.

Bustos, Ciro, *El Che quiere vierte. La historia jamás contada del Che*, Buenos Aires, Ediciones B Argentina, 2011.

Cabrera, Patricia y Estrada, Alba Teresa, *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México (volumen I)*, México, UNAM-CEIICH, 2012.

Castañeda, Jorge, “El crisol cubano”, en *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1993, pp. 63–106.

Castañeda, Jorge, *La vida en Rojo. Una biografía del Che Guevara*, México, Alfaguara, 1997.

Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger, “Introducción”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, (directores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, trad. de María Barberán et.al., México, Taurus, 2006.

Cerutti, Horacio, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*, México, CECyDEL- Miguel Ángel Porrúa, 2000.

Collazos, Óscar “La encrucijada del lenguaje”, en Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 7-37.

Cornejo Polar, Antonio, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Editorial Horizonte, 1994.

Corpa Vargas, Mirta, *El discurso literario del Che Guevara. La agonía de otra voz*, Buenos Aires, Deldragón, 2004.

Cortázar, Julio, *Libro de Manuel* (1973), Madrid, Suma de letras, 2004.

Cortázar, Julio, “Literatura en la revolución y revolución en la literatura: algunos malentendidos a liquidar”, en Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 38-77.

Cortázar, Julio, *Papeles inesperados*, México, Alfaguara, 2009.

Cupull, Adys y González, Froilán, *Amor revolucionario. Celia, la madre del Che*, Nafarroa, Editorial Txalaparta, 2004.

Cupull, Adys y González, Froilán, *Ciudadano del mundo*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1997.

Cupull, Adys y Froilán González, *Cálida Presencia. Su amistad con Tita Infante*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1995.

Darnton, Robert, “Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá oca”, en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la cultura francesa*, trad. Carlos Valdés, México, FCE, 1987.

De Diego, José Luis, “1938-1955. La ‘época de oro’ de la industria editorial,” en José Luis de Diego, director, *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Buenos Aires, FCE, 2014.

De la Nuez, Iván, *Fantasma Rojo. Intelectuales de izquierdas y la revolución cubana*, Barcelona, Debate, 2007.

De Santis, Daniel, *¿Por qué el Che fue a Bolivia? La estrategia revolucionaria de Ernesto Guevara*, Temperley, Estación Finlandia Editores, 2014.

Delgado, Verónica y Espósito, Fabio, “1920-1937. La emergencia del editor moderno”, en José Luis de Diego (director), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Buenos Aires, FCE, 2014, pp. 63- 96.

Díaz, Jesús, *Las iniciales de la tierra*, México, El juglar editores, 1989.

Duchesne Winter, Juan, *La guerrilla narrada: acción, acontecimiento, sujeto*, San Juan de Puerto Rico, Ediciones Callejón, 2010.

Escobar, Froylán y Guerra, Félix, *El Che en la Sierra Maestra*, México, Editorial Diógenes, 1980.

Estrella González, Alejandro, *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E.P. Thompson*, Cádiz, Universidad de Cádiz-UAM Cuajimalpa, 2011.

Ette, Ottmar, “La filología como ciencia de la vida. Un escrito programático en el año de las humanidades”, en Ottmar Ette y Sergio Ugalde (coords.), *La filología como ciencia de la vida*, México, Universidad Iberoamericana, 2015, pp. 9-44.

Fernández Retamar Roberto, “Caliban” (1971), véase *Todo Caliban*, La Habana, Fondo Cultural del ALBA, 2006, pp. 12-85.

Fernández Retamar, Roberto, “Leer al Che”, en *Cuba defendida*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2004.

Fernández Retamar, Roberto, “Pasajes de la guerra revolucionaria”, en *Concierto para la mano izquierda*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2000, pp. 103-111.

Fernández Retamar, Roberto, “Usted tenía razón, Tallet: somos hombres de transición” (1965), *Poesía nuevamente reunida*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2009, pp.211-214.

Fernández Retamar, Roberto, *Cuba hasta Fidel y Para leer al Che*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1979.

Ferrer, Carlos, *De Ernesto al Che. El segundo y último viaje del Che Guevara por América Latina*, Buenos Aires, Marea Editorial, 2012.

Fischer, Ernest, “El problema de lo real en el arte moderno”, en Theodor W. Adorno, Roman Jakobson, et. al., *Realismo: ¿mito, doctrina o tendencia histórica*”, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1969.

Fornet, Ambrosio, “De Provinciano a Provinciano”, en Graziella Pogolotti, en Graziella Pogolotti (selección y prólogo), *Polémicas culturales de los 60*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2006 pp. 260-269.

Fornet, Ambrosio, “Mapa 2: Gómez y la literatura de campaña”, en *Narrar la nación*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2009, pp. 62-84.

Fornet, Ambrosio, “Orígenes y transfiguración de un género”, en *El otro y sus signos*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2008, pp. 11-42.

Fornet, Jorge, “Un viejo cuento de Jack London”, en *El 71. Anatomía de una crisis*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2013.

Fornet, Jorge, *Los nuevos paradigmas. Prólogo narrativo al siglo XXI*, La Habana, Editorial de Letras Cubanas, 2007.

Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas (una arqueología de las ciencias humanas)*, trad. de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 2007.

Franco, Jean, *Decadencia y caída de la ciudad letrada latinoamericana. La literatura latinoamericana durante la guerra fría*, trad. de Héctor Silva Míguez, Barcelona, Debate, 2003.

Franco, Jean, *La cultura moderna en América Latina*, trad. de Sergio Pitol, México, Joaquín Mortiz, 1971.

Freire, Paulo, “La importancia del acto de leer”, en *La importancia de leer y el proceso de liberación*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Siglo XXI, 2004.

Gadea, Hilda, *Che Guevara. Años decisivos*, México, Editorial Aguilar, 1973.

Galasso, Norberto, *Revolución Latinoamericana y socialismo*, Buenos Aires, Colihue, 2006.

García Buchaca, Edith, “Consideraciones sobre un manifiesto”, en Graziella Pogolotti (selección y prólogo), *Polémicas culturales de los 60*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2006 pp.26-34.

Gil, Carlos, “La invención del camino. El Ché (sic) y la escritura del eco”, Carlos Gil, Irma Rivera, *Confesión, interpretación. Siete estudios interdisciplinarios en análisis del discurso, deconstrucción e interpretación*, Río Piedras, Editorial Postdata, 2001.

Gilman, Claudia, “Che Guevara: agenciamientos nómades. Pasado, presente y transición epocal”, en Friedhelm Schmidt (coordinador), *La historia intelectual como historia literaria*, México, Colegio de México, 2014, pp. 201-220.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

González Acosta, Alejandro, *Che, escritor. Un estudio introductorio*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Editorial Xalli, 1989.

Granado, Alberto, “Con el Che en Sudamérica”, en Ernesto Guevara, Alberto Granado, *Viaje por Sudamérica*, Nafarroa, Txalaparta, 2007, pp. 135-338.

Guanche, Julio César, *En el borde de todo. El hoy y el mañana de la revolución en Cuba*, Melbourne, Ocean Sur, 2007.

Guevara Lynch, Ernesto, *Mi hijo el Che*, Barcelona, Planeta, 1981.

Guevara, Ernesto y Granado, Alberto, *Viaje por Sudamérica*, Nafarroa, Txalaparta, 2007.

Guevara, Ernesto, “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”, en *Escritos y discursos*, tomo 8, pp. 1-37.

Guevara, Ernesto, “A modo de prólogo. Algunas consideraciones sobre la transición socialista”, en *Apuntes críticos a la Economía Política*, Ocean Sur, Melbourne, 2006.

Guevara, Ernesto, “Alegría de Pío” (1961), en *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1963), La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 2009, pp. 10-14.

Guevara, Ernesto, “Carta a la madre”, en *Otra vez*, Melbourne, Ocean Sur, 2007, pp.154-155.

Guevara, Ernesto, “Carta de despedida a los padres”, en *Escritos y discursos*, tomo 9, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, pp. 390-391.

Guevara, Ernesto, “Discurso en la entrega de certificados de trabajo comunista en el Ministerio de Industrias”, en *Escritos y discursos*, tomo 8, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 149-168.

Guevara, Ernesto, “Discurso en la primera reunión nacional de producción”, en *Escritos y discursos*, tomo 5, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977, pp. 211-265.

Guevara, Ernesto, “Discurso en la quinta sesión plenaria del Consejo Interamericano Económico y Social en Punta del Este, Uruguay”, en *Escritos y discursos*, tomo 9, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, pp.41-86.

Guevara, Ernesto, “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Escritos y discursos*, tomo 8, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977, pp. 253-272.

Guevara, Ernesto, “Sobre la concepción del valor” en *Escritos y discursos*, tomo 7, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, pp. 121-129.

Guevara, Ernesto, *América Latina, despertar de un continente*, Melbourne, Ocean Sur, 2003.

Guevara, Ernesto, *Apuntes críticos a la economía política*, Melbourne, Ocean Sur, 2006.

Guevara, Ernesto, *Apuntes filosóficos*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2013.

Guevara, Ernesto, *Crear dos, tres, muchos Viet nam (Mensaje a la tricontinental)*, Melbourne, Ocean Sur, 2007.

Guevara, Ernesto, *Diario de un combatiente. De la Sierra Maestra a Santa Clara 1956-1958*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2011.

Guevara, Ernesto, *Diarios de motocicleta. Notas de un viaje por América Latina*, Buenos Aires, Planeta, 2005.

Guevara, Ernesto, *El diario del Che en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1978.

Guevara, Ernesto, *La guerra de guerrillas*, La Habana, Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, 1960.

Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra revolucionaria (Congo)*, Melbourne, Ocean Sur, 2009.

Gutiérrez Alea, Tomás, De la Colina, José, *et. al.*, “Conclusiones de un debate entre cineastas cubanos”, en Graziella Pogolotti (selección y prólogo), *Polémicas culturales de los 60*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2006 pp. 17-22.

James, Daniel, *Che Guevara. Una biografía*, trad. de Agustín Bárcena, México, Editorial Diana, 1971.

Kohan, Néstor, “Che Guevara, lector del Capital. Diálogo con Orlando Borrego Díaz, compañero y colaborador del Che en el Ministerio de Industrias”, en *Ernesto Che Guevara. El sujeto y el poder*, Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2005.

Kohan, Néstor, *En la selva. Los estudios desconocidos del Che Guevara. A propósito de sus cuadernos de lectura de Bolivia*, Barcelona, Editorial Yulca, 2013.

Kohan, Néstor, “Las enseñanzas del Che. Entrevista a Harry Villegas Tamayo “Pombo”, en *El sujeto y el poder Ernesto Che Guevara. El sujeto y el poder*, Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2005.

Korol, Claudia, *El Che y los argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Dialéctica, 1988.

Kuteischikova Vera y Ospovat, Lev, “La literatura en la vida de un revolucionario. (Para un retrato de Ernesto Che Guevara)”, traducción de Roberto Romaní, en *Casa de las Américas*, n. 104, 1977, pp. 24-34.

Lara Rallo, Carmen, *Las voces y los ecos. Perspectivas sobre la intertextualidad*, Málaga, Analecta Malacitana, 2006.

Lee Anderson, Jon, *Che Guevara. Una vida revolucionaria*, trad. de Daniel Zadunaisky, Barcelona, Emecé Editores, 1997.

Lizárraga, Fernando, *La justicia en el pensamiento de Ernesto Che Guevara*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2006.

Llanes, Julio M., *Che, entre la literatura y la vida (Notas para el corazón y la memoria)*, La Habana, Instituto de Investigación Cultural Juan Marinello, 2010.

López Das Eras, Horacio, *Ernestito Guevara antes de ser el Che (Sus años en Alta Gracia, Córdoba y Buenos Aires)*, Córdoba, Ediciones del Boulevard, 2006.

Löwy, Michael, “Prólogo”, en Néstor Kohan, *Ernesto Che Guevara. El sujeto y el poder*, Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2005.

Manguel, Alberto, *Lecturas sobre la lectura*, trad. de Juan Elías Tovar, Barcelona, Océano, 2011.

Manguel, Alberto, *Una historia de la lectura*, trad. de Eduardo Hojman, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

March, Aleida, *Evocación. Mi vida al lado del Che*, Melbourne, Ocean Sur, 2011.

- Martí, José, *Obras escogidas en tres tomos*, tomo II, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales – Centro de Estudios José Martí, 2007.
- Martin, Gerald, *Gabriel García Márquez. Una vida*, trad. de Eugenia Vázquez Nacarino, Barcelona, Debate, 2009.
- Martínez Heredia, Fernando, “Pensamiento social y política de la revolución”, en *El ejercicio de pensar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales – Casa Editorial Ruth, 2010, pp.13-48.
- Martínez Heredia, Fernando, *Las ideas y las batallas del Che*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales- Ruth Casa Editorial, 2010.
- Martínez Llebrez, R y Sabadi Castillo, Luis A., *Concepción de la calidad en el pensamiento del Che*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2006.
- Martínez Pérez, Liliana, *Intelectuales y poder político en Cuba. La “intelectualidad de la ruptura” y “el proceso de rectificación”*, Tesis de maestría, México, FLACSO, 1992.
- Martínez Pérez, Liliana, *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*, México, FLACSO-Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- Marx, Carlos, *Manuscritos económico- filosóficos de 1844*, trad. de Wenceslao Roces, México, Editorial Grijalbo, 1968.
- Massari, Roberto, *Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía*, trad. de José María Pérez Bustero, Nafarroa, Editorial Txalaparta, 2004.
- McLaren, Peter, *La pedagogía del Che Guevara: la pedagogía crítica y la globalización treinta años después*, trad. de Óscar Fernando Velasco, México, Editorial La Vasija, 2001.
- Mondragón, Rafael, “Nuestra filología, entre dos silencios (Notas sobre la historia del saber filológico latinoamericano y la responsabilidad ciudadana)”, en Ottmar Ette y Sergio Ugalde (coords.), *La filología como ciencia de la vida*, México, Universidad Iberoamericana, 2015pp.119-138.
- Molloy, Silvia, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Colegio de México-FCE, 1996.
- Montero, Hugo, “Cortázar, Guevara, London y los cronopios”, en *Revista Sudestada* (edición extra n.2), Buenos Aires, Agosto de 2010, pp. 18-21.
- Montes, Graciela, *La frontera indómita. En torno a la construcción y la defensa del espacio poético* (1999), México, SEP-FCE, 2000.
- Oliver, María Rosa, “La literatura de testimonio”, *Revista Casa de las Américas*, n. 27, 1964.
- Oliver, María Rosa, “Solamente un testimonio”, *Revista Casa de las Américas*, n.206, 1997.
- Ortega, Luis, *¡Yo soy el Che! El hombre visto desde adentro* (1970), Madrid, Ediciones Espuela de Plata, 2009.
- Paz, Senel, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, México, Era, 1991.

Peris Blanes, Jaume, “Libro de Manuel, de Julio Cortázar, entre la revolución política y la vanguardia estética”, *Cuadernos de investigación filológica*, n. 31-32, (2005-2006), Valencia, 2006, pp. 143-161.

Peris Blanes, Jaume, “Relatos para una revolución potencial. Las crónicas testimoniales de Che Guevara”, *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, n. 6, Universitat de València, diciembre de 2015, pp. 149-189.

Petit, Michèle, *Una infancia en el país de los libros*, trad. de Diana Luz Sánchez, Barcelona, Editorial Océano, 2008.

Petit, Michèle, *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, trad. de Diana Luz Sánchez, Barcelona, Editorial Océano, 2009.

Petit, Michèle, “Del espacio íntimo al espacio público”, en *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, trad. de Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez, México, FCE, 2000.

Pfister, Manfred, “Concepciones de la intertextualidad”, en Desiderio Navarro (selección y traducción), *Intertextualität I. La teoría de la intertextualidad en Alemania*, La Habana, Criterios - Casa de las Américas, 2004.

Piglia, Ricardo, “Ernesto Guevara, rastros de lectura”, en *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2005, pp.103-138.

Pimentel, Luz Aurora, “La dimensión icónica de la metáfora”, *Constelaciones I. Ensayos de Teoría narrativa y Literatura comparada*, México, UNAM, 2012, pp. 209-228.

Pogolotti, Graziella, “Apuntes para el Che escritor”, *Revista Casa de las Américas*, n.46, 1968.

Pogolotti, Graziella, “Prólogo”, en *Polémicas culturales de los 60* (selección y prólogo de Graziella Pogolotti), La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2006.

Portuondo López, Yolanda, “Berta Gilda Infante”, en *Che ¡Hasta la victoria siempre!*, Buenos Aires, Corpus Editorial, 2013.

Portuondo, José Antonio “José Soler Puig y la novela de la Revolución cubana”, en Graziella Pogolotti (selección y prólogo), *Polémicas culturales de los 60*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2006, pp. 249-259.

Poulain, Martine, “Entre preocupaciones sociales e investigación científica: el desarrollo de sociologías de la lectura en Francia en el siglo XX”, en Bernard Lahire, compilador, *Sociología de la lectura*, trad. de Hilda H. García, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.

Rama, Ángel, “El boom en perspectiva”, en *Más allá del boom: literatura y mercado*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1984.

Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del norte, 1984.

Ramonet, Ignacio, *Fidel Castro. Biografía a dos voces*, México, DeBolsillo, 2009.

Ratner, Michael y Smith, Michael Steven, (comps.), *El Che Guevara y el FBI. El expediente de la policía secreta de Estados Unidos sobre el revolucionario latinoamericano*, trad. de Gabriela Salazar, México, Siglo XXI, 2000.

Revueltas, José, “El Che Guevara, o de la confirmación del ser humano en la esperanza” (1967), en *Visión del Paricutín (y otras crónicas y reseñas)*, México, Era, 1983, pp. 175-179.

Ribeiro, Darcy, *El dilema de América Latina (estructuras de poder y fuerzas insurgentes)*, México, Siglo XXI, 1973.

Ricoeur, Paul, “Los juegos del tiempo” en *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, trad. de Agustín Neira, México, Siglo XXI, 2008, pp. 469-531.

Roig, Arturo Andrés, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, Buenos Aires, Editorial Una ventana, 2009.

Rojas, Rafael, *El estante vacío. Literatura y política en Cuba*, Barcelona, Anagrama, 2009.

Rojas, Rafel, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006.

Rojo, Grínor, *Diez tesis sobre la crítica*, Santiago de Chile, LOM ediciones, 2001.

Rothschuh Villanueva, Guillermo, *Che poeta y guerrillero*, México, Ediciones Armella, 1987.

Sánchez Becerril, Ivonne, “La metaficción en la novela cubana del Periodo Especial”, en *Cuadernos Americanos*, n.143, México, 2013, pp.163-189

Sánchez Vázquez, Adolfo, “El Che y el arte” (1987), en *De Marx al marxismo en América Latina*, México, Editorial Ítaca, 1999, pp. 171- 180.

Sánchez Vázquez, Adolfo, “La utopía de don Quijote”, en *Entre la realidad y la utopía. Ensayos sobre política, moral y socialismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, pp. 261-273.

Sánchez Vázquez, Adolfo, *Las ideas estéticas de Marx*, México, Era, 1965.

Sánchez, Germán, “Che: su otra imagen”, en Alfredo Prieto González (coordinador), *Pensar al Che*, tomo I, recopilación del Centro de Estudios sobre América, La Habana, Editorial José Martí, 1989, pp. 29- 110.

Sebreli, Juan José, “El Che Guevara” en *Comediantes y mártires. Ensayo contra los mitos*, Buenos Aires, Debate, 2009, pp. 123-163.

Serguera Riverí, Jorge, *Caminos del CHE, datos inéditos de su vida*, México, Plaza y Valdés, 2008.

Siles del Valle, Juan Ignacio, *La guerrilla del Che y la narrativa boliviana*, La Paz, Plural Editores, 1996.

Tablada, Carlos, “El socialismo del Che”, en *Autocríticas. Un diálogo al interior de la tradición socialista*, La Habana, Ruth Casa Editorial-Editorial Ciencias Sociales, 2009.

Tablada Carlos, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1987.

Taibo II, Paco Ignacio *El cuaderno verde del CHE*, México, Planeta, 2014.

Taibo II, Paco Ignacio *Ernesto Guevara también conocido como el Che*, México, Planeta, 2007.

Thompson, E. P., *William Morris, de romántico a revolucionario*, trad. de Manuel Lloris Valdés, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim – Institució Valenciana d'estudis i investigació, 1988.

Turner Martí, Lidia, *Del pensamiento pedagógico de Ernesto Che Guevara*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1999.

Ugalde, Sergio, “Lezama o el mundo de la biblioteca”, en Verónica Murguía y Geney Beltrán Félix, (compiladores), *El hacha puesta en la raíz. Ensayistas mexicanos para el siglo XXI*, México, Fondo Editorial Tierra Adentro-Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2006, pp. 365- 373.

Vila Matas, Enrique, *Bartleby y compañía*, Barcelona, Anagrama, 2006.

Vitier, Cintio, “Introducción”, en Ernesto Guevara, *Diarios de motocicleta. Notas de un viaje por América Latina*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2005, pp.29-47.

W. Rose, Peter, “Che Guevara y la retórica del imperio”, en Helena Beristáin (compiladora), *Lecturas retóricas de la sociedad*, México, UNAM, 2002, pp.179-192.

Weinberg, Liliana, *El ensayo en busca del sentido*, Madrid, Iberoamericana -Vervuert, 2014.

Weinberg, Liliana, *Situación del ensayo*, México, CECyDEL-UNAM, 2006.

Williams, Raymond, *Marxismo y literatura* (1977), trad. de Pablo di Masso, Barcelona, Península, 1997.

Zanetti, Óscar y Almodóvar, Carmen, “Presencia de Che en la historiografía cubana”, en Alfredo Prieto González (coordinador), *Pensar al Che*, tomo I, recopilación del Centro de Estudios sobre América, La Habana, Editorial José Martí, 1989, pp. 335-352.

Artículos y páginas consultadas vía internet

Bastons I Vivanco, Carlos, “Polisemantismo y poliformismo de la carta en su uso literario”, *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, N. 10, 1996, pp. 223-238, disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/polisemantismo-y-polimorfismo-de-la-carta-en-su-uso-literario-0/>

Bauer, Tristán, *Che un hombre nuevo*, 2010, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=eQDEY3AAaBM>

Benjamín, Walter, “El autor como productor” (Ponencia presentada en el Instituto para el estudio del fascismo, París, 27 de abril de 1934). Traducción a cargo de Bolívar Echeverría, 2004, disponible en

www.bolivare.unam.mx/traducciones/El%20autor%20como%20productor.pdf+&cd=1&hl=es&ct=clnk&gl=mx

Bourdieu, Pierre, *The Field of Cultural Productions*, Cambridge, Polity Press, 2004, disponible en <http://web.mit.edu/allanmc/www/bourdieu2.pdf>

Candiano, Leonardo, *Representaciones del intelectual (revolucionario). El caso cubano (1959-1971) y su legado para el siglo XXI*, Buenos Aires, CLACSO, 2014, p. 7, disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20141202045711/Representacionesdelintelectualrevolucionario.pdf>

Cano, Diego, “El Che de Bauer: política, romanticismo y mitificación”, en *Nueva Crónica*, primera quincena de noviembre 2010, p.14, disponible en <http://www.chebolivia.org/index.php/articulos-de-otros-autores/96-el-che-en-el-cine/214-el-che-de-bauer-politica-romanticismo-y-mitificacion>

Castro, Fidel, “Palabras a los intelectuales” (1961), disponible en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f300661e.html>

Castro, Fidel, *Discurso en la clausura del Primer Congreso de Educación y Cultura en Cuba*, (30 de abril de 1971), disponible en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html>

Corcuff, Phillippe “Libre Homenaje a Daniel Bensaïd (1946-2010).Travesías melancólicas de juegos de ‘juegos de lenguaje’ diversificados”, trad. de Catherine Héau y Gilberto Giménez, en *Cultura y representaciones sociales. Un espacio para el diálogo transdisciplinario. Revista electrónica de ciencias sociales*, Año 5, num.9., México, Instituto de Ciencias Sociales UNAM, septiembre de 2010, disponible en <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num9/>

Ferrero, Ángel, “La construcción del hombre nuevo: de la revolución de octubre al post-comunismo. Una perspectiva histórica”, en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, n.33, Universidad Complutense de Madrid, 2012, disponible en <http://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/38510/37247>

Foucault, Michel, “Qué es un autor”, conferencia expuesta el 2 de febrero de 1969 en la Sociedad Francesa de Filosofía, disponible en <http://148.206.53.230/revistasuam/dialectica/include/getdoc.php?id=286>

García Ronda, Denia, “El escritor Che: sin darle pluma por pistola”, 2013, disponible en <http://elsudamericano.wordpress.com/2013/05/14/el-escriptor-che-sin-darle-pluma-por-pistola/>

Guevara, Ernesto, *Memoria*, Revista del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, octubre de 2012, pp. 26-27, disponible en http://www.centropablo.cult.cu/cuadernos_memoria/memo_29.pdf

Mañalich Suárez, Rosario, *La competencia literaria en Ernesto "Che" Guevara*, disponible en <http://bimestrecubana.cult.cu>, 2008.

Montaigne Michel de, "Advertencia al lector", disponible en www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ensayos-de-montaigne

Ogarrio, Gustavo, "Che Guevara: una política de la transfiguración", en *La Jornada Semanal*, n.745, 14 de junio 2009, disponible en www.jornada.unam.mx.

Oliver, María Rosa "Solamente un testimonio", disponible en <http://www.che80.co.cu/testimonios.html#01>

Mondragón, Rafael, "La biblioteca, otro nombre de utopía (A contramano del dramaturgo anarquista Rodolfo González Pacheco)", en *La Pacarina del Sur [En línea]*, num.27, abril-junio del 2016, disponible en <http://www.pacarinadelsur.com/home/pielago-de-imagenes/1295-la-biblioteca-otro-nombre-de-utopia-a-contramano-del-dramaturgo-anarquista-rodolfo-gonzalez-pacheco>

Ramos Carrasco, Gabriel, *Crisis del periodo especial y el debate actual sobre el socialismo en Cuba*, Tesis de Maestría, México, UNAM, pp. 4-20, disponible en <http://132.248.9.195/ptd2012/junio/097137786/Index.html>

Sánchez Becerril, Ivonne, *La sombra del hombre nuevo en Ena Lucía Portela*, disponible en www.academia.edu, 2011.

Soria Galvarro, Carlos, *Los libros: compañía inseparable del Che*, 2008, disponible en <http://www.chebolivia.org/index.php/articulos/75-los-libros-compania-inseparable-del-che>

Traverso, Enzo, seminario *Melancolía de izquierda*, realizado en el Instituto de Investigaciones Filológicas los días 26, 27, y 28 de abril de 2016, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=2iIfCol2-D4>.

Valinoti, Cecilia, "La edición de libros en Argentina a comienzo del Siglo XX. Primeras aproximaciones" disponible en <http://museo.bn.gov.ar/media/page/beatriz-valinoti.pdf>,

Vicente Portales, Zenaida, *La competencia comunicativa de Ernesto Guevara de la Serna*, 2010, disponible en www.scielo.sid/cu.

Villegas, Harry, "El Che me enseñó a leer y a escribir", 2010, disponible en <http://marialeon.psuv.org.ve/2010/10/07/opinion/ernesto-che-guevara-me-enseno-a-leer-y-a-escribir-fue-ejemplo-del-hombre-nuevo/#.WH8wXVXhCpo>

Proyecto Casa natal de Ernesto Che Guevara, Rosario, Argentina. <https://www.youtube.com/watch?v=Fq7iYqSa-kk>,

Programa televisivo realizado por la Dirección General de Televisión Universitaria dedicado al poeta, "Juan Gelman y otras cuestiones", 2011, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=-F9pne1OZwQ>